hoy y aquí



EVERALDA OCAMPO

HOY Y AYER

EVERALDA OCAMPO

Una Historia de Pilsen, Libro Dos

Derechos de autor © **2024 Everalda Ocampo**

Diseño de portada: KC & G

Editora: Isabel Pettibone

Correctora: Anuradha Raj

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin el permiso escrito de la autora, excepto para la inclusión de breves citas en reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, establecimientos, organizaciones e incidentes son productos de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

www.everaldaocampo.com

A cada soñador, en cualquier lugar.

Que podamos convertir los susurros de nuestras almas en cosas nuevas, ya sea una cuenta en redes sociales, una panadería, una canción, un título, un libro o cualquier otra cosa que sentimos llamados a hacer.

Que nunca permitamos que el miedo nos venza.

Para Anna, mi mejor amiga, quien ha apoyado cada carrera que he perseguido (las buenas, las malas y las extrañas). Gracias por creer en mí.

Finalmente, para Tivonda, quien me repetía una y otra vez que estaría bien en un momento de mi vida en el que no lo creía. Tenías razón.

Índice

Spotify Playlist
Pilsen, Chicago
Advertencia de Contenido

1. Un Día Ordinario
2. ¡Déjalo ya!
3. Solo Tu
4. Cuando Eran Jóvenes
5. Cruzando Líneas
6. Una Base Segura
7. La Flor
8. Límites Inciertos
9. El Espacio Entre el Arte y el Anhelo
10. El Presente se Encuentra con el Pasado
11. La Fiesta de Aniversario
12. Pies y Promesas
13. Una Metáfora de Jardinería
14. Sábados de susto
15. Como gustéis
16. El ímpetu
17. Autorreconocimiento
18. Confía en la vida
19. Corazón Robado
20. Abreme Tu Corazon
21. Demasiados Sentimientos
22. Mucho ruido y pocas nueces

Epílogo extendido

Otras Obras de Everalda Ocampo
Acerca del Autor

Spotify Playlist

Cada canción corresponde con el capítulo numerado.

Para escuchar la playlist, haz clic aquí: https://open.spotify.com/playlist/2nPzDR8ZIkiSJ7Dgmmf1Mm



1. Ordinary Day – Vanessa Carlton
2. Feather – Sabrina Carpenter
3. Cool Out – Matthew E. White, Natalie Press
4. Sideways – Carly Rae Jepson
5. As– Stevie Wonder
6. Si Tu Me Quieres – Fonseca, Juan Luis Guerra 4.40
7. Cuando Tus Ojos Me Miran – Franco De Vita, India Martinez
8. Work R3Hab Remix – Rihanna, Drake, R3Hab
9. Can I Walk With You – India Arie
10. Butterfly Fly Away – Miley Cyrus
11. Winter (The Four Seasons) – Antonio Vivaldi
12. Toto – Africa
13. Now I'm In It – Haim
14. This Love – Taylor Swift
15. Best Part of Me – Ed Sheeran, Yebba
16. Trust Fall – Pink
17. Como Abeja Al Panal – Juan Luis Guerra
18. Come Away With Me – Norah Jones
19. You're On You're Own Kid – Taylor Swift
20. Vamo' A La Calle – Carlos Baute (feat Chyno Miranda)
21. Sweetner – Ariana Grande

Pilsen, Chicago

Pilsen, Chicago

Los libros se pueden leer de forma independiente, pero este es el orden de la serie. <3

•*Libor 1*: Sigueme Por Siempre (Daisy y Michael)

•*Libro 2:* Hoy y Ayer (Alex y Carlos)

•*Libro 3:* Destino o Deseo (Judit y David) - *Nov, 18, 2024*

•*Libro 4:* Amor, Con Cautela (Mari y Marcos) - *Enero 18, 2025*

•*Libro 5:* La Caridad en el Amor (Sophia y Leo) - *Marzo 16, 2025*

•*Libro 6:* Hacia un Sitio (Kate y Kris) - *Mayo 4 2025*

•*Libro 7:* Dentro del Corazón *(*Javy y ?) - *Nov 8 2025*

•*Libro 8:* El Caos del Corazón (Anthony y ?) - *Enero 18, 2026*

Cada historia en esta serie de pueblo pequeño es independiente y termina con un final feliz.

Sin embargo, todas están entrelazadas.

Pilsen, un barrio en el corazón de Chicago, sirve como telón de fondo para partes de esta historia y muchas otras que contaré. Es un lugar rico en cultura, con increíbles restaurantes y el Museo Nacional de Arte Mexicano.

El Pilsen de mi historia ha experimentado transformaciones significativas, al igual que su contraparte en el mundo real desde la década de 1970. La zona ha evolucionado y está cambiando incluso ahora, especialmente con la introducción de una universidad y la construcción en East Pilsen.

Mi conexión personal con Pilsen es profunda: crecí en el límite de Pilsen y Little Village. Mis padres vivían allí, a cuadras de distancia, antes de encontrarse. Mi papá trabajaba allí, y mi hermana actualmente trabaja allí.

Para aquellos familiarizados con Pilsen, podrían notar diferencias entre la realidad y la versión que he creado.

Esto es intencional.

Para citar a mi amigo KC, "Hace una mejor historia."

Así que, aunque inspirado en la verdadera esencia de Pilsen, lo he reinventado para adaptarlo a mis historias, inventando negocios y ajustando el escenario según sea necesario. Esta libertad creativa me permite crear un Pilsen que, aunque arraigado en la autenticidad, es único para mí.

¡Invito tus comentarios y pensamientos sobre el mundo que he creado o cualquier cosa en realidad!

Envíame un correo electrónico a everaldocampo@gmail.com o visítame en everaldaocampo.com.

También estoy en todas las redes sociales, solo busca everaldaocampo.

Advertencia de Contenido

Advertencia de Contenido para la Historia de Alex y Carlos

Este libro está destinado para una audiencia de 18+.

Explora temas como la pérdida, la tristeza y la fe en que, en el momento adecuado, todo cambiará. Es una historia sobre lo que sucede cuando confías en la vida. Aunque mi intención fue escribirla desde un lugar de amor, entiendo que cada persona vive estas experiencias de manera distinta.

Les animo a cuidar de su bienestar emocional mientras leen esta historia.

UNO

Un Día Ordinario

"MUCHAS VECES, DE LOS COMIENZOS MÁS PEQUEÑOS, SURGEN LOS MAYORES CAMBIOS." — JOHN MILTON

CARLOS

Finales de octubre

“Enfoquémonos en la retención de estudiantes, gente. ¡Feliz lunes!”

Carlos De La Torre miraba el fondo del vaso que contenía el dudoso café que había consumido, mientras terminaba la reunión del profesorado.

Las luces fluorescentes parpadeaban levemente sobre su cabeza, proyectando un resplandor áspero sobre la mesa llena de papeles y tazas de café vacías.

Al ponerse de pie, se estiró, sus antebrazos musculosos se tensaban con cada movimiento.

Con un rápido gesto, lanzó el vaso de papel vacío al contenedor de reciclaje. “Necesito mejor café que este para sobrevivir el resto del día.”

“Otra reunión sin sentido. ¿Vamos por un café mejor?” susurró Daniel.

Carlos asintió mientras saludaba con la mano a los demás miembros de la facultad de Inglés que salían de la sala, la mayoría yendo en silencio hacia sus oficinas. El eco de sus pasos resonaba en el suelo de baldosas pulidas.

“Definitivamente,” murmuró Carlos.

Miró su reloj, calculando cuánto tiempo tenían antes de sugerir el mejor lugar de café en el campus. Su cabello oscuro, ligeramente despeinado pero con estilo, enmarcaba un rostro que irradiaba energía juvenil.

La reunión se había alargado una hora más de lo esperado, y ya eran las once de la mañana cuando comenzaron su caminata de quince minutos hacia el buen café. Salieron al aire fresco de otoño, las hojas crujían bajo sus pies mientras una brisa agitada levantaba los restos del otoño a su alrededor.

Daniel se quejó de sus estudiantes antes de preguntar: “¿Cómo va tu investigación?”

Los ojos de Carlos brillaron con la pregunta. “Encontré unos escritos tempranos de Shakespeare en la Biblioteca Newberry. En ellos, critica *Rosalynde: Euphues’ Golden Legacy*, señalando la falta de tensión fraternal en la obra.”

Una sonrisa confiada se dibujó en su rostro mientras hablaba, la emoción brotaba a la superficie.

“¿Ser tu amigo me deprime? Eres el académico perfecto, ya preparando tu paquete de titularidad a los veintinueve,” dijo Daniel, su aliento empañándose en el aire fresco de finales de octubre en Chicago.

“Mientras tanto, en mi última revisión me dijeron que ‘me concentrara en las publicaciones’ este año.”

Carlos se rió del tono autocrítico de Daniel.

Había tenido la suerte de recibir una beca para investigar las relaciones fraternales en la literatura del siglo XVII, en particular cómo se relacionaban con la estabilidad económica dentro de las familias extendidas.

Y sí, solo a unas trescientas personas en el mundo les importaba ese tema.

Se encogió de hombros, sus largas zancadas igualaban fácilmente las más cortas de Daniel. “Para ser justos, tú acabas de casarte. Yo estoy muy soltero y tengo tiempo ilimitado para publicar.”

“No ayudé mucho a Rory durante la planificación de la boda ni siquiera en la propia boda.”

Carlos observó a Daniel, que fruncía el ceño, claramente perdido en sus pensamientos.

“Espero que nunca se dé cuenta de eso. De todos modos, sal con alguien. Angie de Sociología preguntó si estabas soltero, y como me pediste, dije que no. Te gusta, y siempre está pasando por tu oficina.”

El corazón de Carlos se aceleró levemente al mencionar a Angie. Al ser los más jóvenes del departamento, él y Daniel gravitaban naturalmente el uno hacia el otro, ya que el resto del profesorado tenía unos cincuenta años.

También compartían un sentido del humor similar y vidas fuera de la academia.

Daniel estaba obsesionado con emparejarlo, como la mayoría de los casados. A Carlos no le gustaba salir. Era como si su mente fuera un ático desordenado y no quisiera invitar a nadie más a entrar.

Expresarle eso a Daniel solo provocaría un sermón sobre la importancia de una pareja.

Llegaron al puesto de café en el borde del campus, el rico aroma del café recién hecho flotaba en el aire y se mezclaba con el olor terroso de las hojas caídas.

Se rascó la barbilla, todavía acostumbrándose a la barba que le había crecido en los últimos meses. Consideró lo que diría y decidió que ser directo era lo más fácil.

“No estoy saliendo con nadie hasta obtener la titularidad, Daniel. Ya te lo mencioné.”

En la academia, el departamento te ofrecía la oportunidad de solicitar la titularidad cuando demostrabas tu valor. Si la obtenías, esencialmente garantizabas un trabajo de por vida, siendo

despedido solo por mala conducta grave.

El proceso era agotador. Necesitaba preparar un paquete y una presentación para convencer a un comité de que merecía el puesto, además de sus deberes regulares como profesor: enseñar cinco clases, escribir artículos académicos, formar parte de comités y manejar innumerables otras tareas.

Sin embargo, el desafío lo emocionaba.

“Está bien,” murmuró Daniel. “Pero si sigues sobresaliendo, no estoy seguro de poder seguir siendo tu amigo. Y quiero decir te otra vez, que no creo que salir con alguien afecte tus posibilidades de obtener la titularidad. Eres demasiado meticuloso para que eso pase.”

Mientras hacían sus pedidos de café, Carlos miraba a los estudiantes alrededor, sus risas y charlas llenaban el aire con una energía que envidiaba.

A sus veintinueve años, tras múltiples relaciones fallidas y haber presenciado el colapso del matrimonio de sus padres, no tenía prisa por conocer a alguien románticamente.

La idea de que alguien invadiera su tiempo, añadiendo presión, le parecía insoportable.

Apreciaba esos momentos tranquilos cuando su mente vagaba y escribía sobre los significados profundos en la literatura, desentrañando las capas de una historia para revelar las complejidades de la naturaleza humana.

“¿Estás insinuando que debería salir con alguien solo para sabotear mis posibilidades de titularidad?” preguntó, con un toque de humor en su voz.

Bromear solía desviar las cosas.

El tono de Daniel cambió, preocupándose a pesar de su intento por mantener la ligereza. “No sé qué estoy diciendo. No estoy sugiriendo que te cases con nadie. Solo que te relajes un poco. No puedes vivir solo en tu casa pequeña corrigiendo trabajos para siempre.”

“Mi casa tiene más de dos mil pies cuadrados. Es un buen tamaño para Chicago. Además, tengo una vida completa. Amigos. Tengo mucho en marcha, Daniel. No todos podemos ser hombres casados,” respondió Carlos, a la defensiva.

A veces, su vida se sentía demasiado llena, con sus padres y su hermano necesitando su atención en momentos impredecibles.

Daniel se encogió de hombros. “Solo me parece extraño que alguien que estudia a los poetas románticos del siglo XVII esté tan en contra del romance. Pero, ¿qué sé yo?”

Caminaron de regreso al edificio del departamento de Inglés, café en mano. Carlos estaba feliz, y no dejaría que nadie le convenciera de lo contrario.

Carlos dejó escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo, sus hombros se relajaron ligeramente. “Aparentemente, no mucho.”

Daniel lo miró y sonrió. “¡Eres la razón por la que la gente cree que los académicos son aburridos!”

Una oleada de alivio recorrió a Carlos cuando la conversación terminó. Una vez dentro de su oficina, se hundió en la reconfortante rutina de su trabajo, refugiándose en la soledad que tanto anhelaba. Un suspiro escapó de sus labios. Bueno, no estaba exactamente solo; tenía a Alex.

Mientras se acomodaba en sus tareas, trató de controlar sus pensamientos, pero seguían volviendo a ella. No podía evitar verla en su mente: su largo cabello cayendo sobre sus hombros, la forma en que sus labios se curvaban en esa sonrisa familiar.

El recuerdo de su risa resonaba en su cabeza, y con él venía una oleada de calor que hacía que su corazón se acelerara.

Ella era su amiga más importante, Alex Santana, la única persona que realmente entendía su dedicación a su carrera y todas sus exigencias.

La imaginó, esos ojos color avellana brillando con determinación y vulnerabilidad. El pensamiento le provocó un escalofrío, despertando emociones que no estaba listo para enfrentar.

Se recordó a sí mismo que ella tenía novio, y cualquier esperanza que hubiera albergado de algo más entre ellos se sentía como un sueño lejano. Si algo hubiera sucedido entre ellos, ya habría pasado.

Eran amigos, y eso era algo bueno, ya que, por ahora, su carrera venía primero, por encima de cualquier otra cosa o persona.

ALEX

Alex Santana, gerente de sucursal en el Orange Community Bank—el banco más grande de Pilsen—miró su reloj por tercera vez en esa hora.

Mientras caminaba por el concurrido vestíbulo, se aseguraba de que todo estuviera funcionando sin problemas, con una mezcla de español e inglés flotando a su alrededor.

Después de haber trabajado en la banca durante tanto tiempo, la mayoría de sus tareas se habían vuelto hábitos inconscientes. Aunque no llevaba mucho tiempo como gerente de sucursal en la ubicación de Pilsen, había trabajado diligentemente para conocer a cada cliente personalmente.

Vivir en la comunidad hacía que ese esfuerzo fuera aún más significativo.

El vestíbulo zumbaba de actividad mientras ella pasaba, el sonido de las conversaciones llenaba el aire. Las ventanillas de los cajeros estaban ocupadas con un flujo constante de clientes, cuyas voces se mezclaban con el ruido de los billetes y los saludos alegres de los cajeros.

Incluso con la conveniencia de los cajeros automáticos, la comunidad mayoritariamente latina de Pilsen que frecuentaba Orange Bank todavía prefería el toque personal de hablar con un cajero o banquero para retirar su dinero.

“¡Buenos días, Sr. Rodríguez!” le llamó a una cara familiar que esperaba en la fila, ganándose una sonrisa y un asentimiento a cambio.

Al pasar, notó a un par de clientes con depósitos de cheques, y se acercó, lista para ayudar. “Si quieren, puedo tomarlos por ustedes,” ofreció con voz alegre en medio del bullicio.

“¿De verdad? ¡Sería genial!” respondió uno de ellos.

“Síganme a mi oficina, y los procesaré,” dijo, llevándolos por el concurrido vestíbulo. El sonido de los teléfonos sonando y las conversaciones amistosas los rodeaban mientras ella abría la puerta de su oficina.

Una vez dentro, llenó rápidamente la papeleta de depósito y les entregó un recibo con una sonrisa tranquilizadora. “¡Todo listo! Gracias por pasar.”

Las comisuras de su boca dolían por el esfuerzo de sonreír. La ansiedad que había estado sintiendo cada vez más la tomó por sorpresa.

Concéntrate en las tareas diarias, se recordó.

¿Qué tenía que hacer hoy? Era día de entrega de efectivo.

Pronto ayudaría al gerente de cajeros a auditar los cajeros automáticos. La banca era una serie de eventos semanales que una vez le proporcionaban una rutina reconfortante. Todos los martes, enviaban dinero a la Reserva Federal.

Todos los días, equilibraban la bóveda. Estos patrones solían darle consuelo, pero últimamente, comenzaba a tener un leve dolor de cabeza alrededor de las once y media cada día.

Se dirigió a su oficina, cuyas paredes estaban adornadas con carteles con motivaciones, y una gran ventana daba a la bulliciosa calle, donde los peatones pasaban apurados, ajenos al caos organizado dentro.

Abriendo el presupuesto del banco en su computadora, se preparó para el día. Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos. Era Mari Ortega, su vecina y cliente frecuente, conocida por pedir favores.

Los padres de Mari eran dueños de varias tiendas de conveniencia en la zona, lo que los convertía en una de las cuentas comerciales más grandes que atendía su sucursal. Eso significaba que Alex necesitaba hacer un poco más por Mari que por el cliente promedio.

Para Alex, el cabello largo y suelto de Mari y la forma en que se manejaba siempre parecían atraer a la gente sin esfuerzo, una cualidad que dejaba a Alex tanto impresionada como envidiosa en silencio. Había una confianza en sus gestos, una certeza en su tono, como si el mundo naturalmente se inclinara a su favor sin necesidad de esforzarse. No era forzado ni ensayado; Mari simplemente pedía lo que quería, y de alguna manera, siempre lo conseguía.

Mari entró y se dejó caer en la silla frente a Alex, el suave sonido de sus tacones resonando en el suelo.

“Alex, lo hice otra vez,” suspiró. “Dos comisiones, y no fue mi culpa. Decía que tenía el dinero. ¿Puedes reservarlas, por favor?” Mari batió las pestañas de una manera que le recordaba a Alex a un personaje de caricatura.

Alex reprimió un gruñido, recordando que ya le había revertido el límite una vez. Con una

sonrisa forzada, dijo, “Puedo llamar a servicio al cliente y ver si pueden reservarlas, pero Mari, te dije la última vez que no podía.”

Mari sacudió la cabeza, su vestido de punto deslizándose de su hombro mientras suplicaba: “Eres tan astuta, Alex. Encontrarás la manera.”

Con un suspiro pesado, Alex tomó el teléfono, su conversación con el agente de servicio al cliente apenas registrándose para Mari, que ya estaba desplazándose en su teléfono, ajena a todo.

Después de explicar la situación, el agente accedió: “Dado su historial y la relación con la cuenta comercial, podemos revertirlo esta vez. Sin embargo, enfatice que esta es absolutamente la última instancia.”

Alex colgó, su mirada firme. “Lo revirtieron, Mari, pero es absolutamente la última vez, ¿de acuerdo?”

Mari, ya a mitad de camino hacia la puerta, sonrió traviesamente y dijo: “Eres una salvadora, Alex. Mi turno en el centro comunitario empezó hace diez minutos. Esta noche van a hacer calaveras para el Día de Muertos la próxima semana. ¡Deberías venir!”

Un escalofrío recorrió la columna de Alex al mencionar la festividad. Sacudió la cabeza, apartando los recuerdos. Ahora no era el momento de pensar en el pasado, especialmente en el trabajo.

En lugar de eso, dijo, “Mari, hablo en serio. Esta es la última vez.”

“¡Les diré a mis papás que les mandas saludos!” gritó Mari, cerrando la puerta de golpe detrás de ella, dejando a Alex sola con su pantalla de computadora y el silencio que la envolvía.

El trabajo en el banco era un trabajo de ventas. Tenía que mantener contentos a los clientes y atraer nuevos negocios—su bono trimestral dependía de ello.

Una familiar opresión se formaba en el pecho de Alex, una inquietud sin nombre oscureciendo sus pensamientos. Y solo había una cosa que ayudaba con eso.

Tomó su teléfono, calculando mentalmente que Carlos estaría enseñando una clase a las doce y media. Había una posibilidad de que contestara para una charla rápida.

Ni siquiera pensó en por qué necesitaba llamarlo; era instinto. En un mundo donde las conexiones eran difíciles de establecer y aún más difíciles de mantener, Carlos seguía siendo su ancla, la única persona que la entendía de maneras que pocos otros podían.

Se rió de sus propios pensamientos mientras marcaba para hacer la videollamada.

Colocando el teléfono en su soporte, una sonrisa se extendió por su rostro cuando las familiares facciones de Carlos aparecieron en la pantalla.

Sus ojos se suavizaron y un sentido de calma la envolvió.

Su cabello castaño oscuro caía sobre su frente, con destellos dorados a la luz del sol.

La barba que había dejado crecer recientemente lo hacía ver un poco más rudo, aunque no suavizaba del todo la intensidad de su mirada.

De alguna manera, esa calidez en sus ojos siempre la tranquilizaba, ofreciéndole una tranquilidad silenciosa.

“Mari Ortega estuvo aquí,” dijo, omitiendo los saludos habituales. Carlos conocía a Mari por su breve intento de salir con su hermano menor, Javy.

Él la miró a través de la pantalla y exhaló, las palabras “Es un peligro” salieron en ese mismo suspiro.

Mientras hablaba, el peso sobre los hombros de Alex se levantaba.

Asintió y se volvió hacia su computadora. “No tienes idea, hoy no es mi día. Entonces, ¿lo viste?” preguntó, sin dar contexto.

Carlos apartó la mirada, sus dedos tecleaban en su teclado mientras ella esperaba su respuesta.

Tenían su propio lenguaje abreviado para comunicarse, uno que había evolucionado a lo largo de los muchos años de su amistad.

“¿Te refieres al reality show sobre estrellas de reality shows que nunca he escuchado, compitiendo por ser la mejor estrella de reality show? No, no lo vi.”

Alex resopló ante la pequeña pantalla mientras comenzaba a responder correos electrónicos. “Aburrido. Me aguanté una obra de Shakespeare con sangre y tripas y un Anthony Hopkins muy confundido por ti. ¿Y no pudiste disfrutar un programa divertido y ligero por mí?”

Esta era una discusión común entre ellos. A pesar de haber crecido juntos, tenían preferencias opuestas en cuanto a lo que encontraban entretenido.

Después de un largo día lidiando con gente difícil, Alex quería ver televisión de realidad sin sentido. Carlos necesitaba estimulación mental; insistía en ver películas premiadas y series de televisión de prestigio.

Él apartó un mechón de su espeso cabello y miró de nuevo la pantalla. “Estoy de acuerdo. Esa no fue la mejor versión de *Tito Andrónico,* pero fue interesante. Y se supone que su personaje estaba confundido. Está loco.”

Alex sonrió con malicia. “Interesante” era la manera de Carlos de decir que algo le había dejado una impresión, algo en lo que había que reflexionar. Había aprendido hace mucho tiempo que cuando él llamaba algo interesante, probablemente significaba que ella no lo entendería.

De repente, Carlos dijo, “No entiendo por qué quieres que lo vea. Pensaría que verías algo así con Michael, siendo un influencer. ¿No son estos programas el lenguaje de su gente?”

Ella se rió, sabiendo que Carlos no tenía nada personal en contra de Michael Coppens. Llevaban saliendo casi un año. Él trabajaba en finanzas, era increíblemente atractivo y apasionado por su trabajo.

También era un micro-influencer, y su manera de hablar sobre análisis de medios y redes sociales solía incomodar a Carlos. Carlos apenas usaba sus dos cuentas de redes sociales y nunca las revisaba, prefiriendo enfocarse en conexiones de la vida real.

Se detuvo, considerando sus próximas palabras y decidió optar por el humor.

“Eres un hater, ¿sabes? Millones de personas no pueden estar equivocadas. A la gente le encanta el programa, objetivamente,” bromeó Alex mientras respondía un correo sobre una nueva iniciativa de ventas.

Carlos casi gritó, “¡¿Qué saben las masas?! ¡A las masas les encantan las cosas locas!”

Ella se encogió de hombros, conteniendo una sonrisa. “Eres un elitista,” le lanzó, medio en broma. Sí, su amigo era un académico, y sí, se negaba a involucrarse con cualquier cosa que el mundo adorara. Pero no se lo reprochaba.

Cuando se trataba de televisión o cine, le encantaba discutirlo con él, él siempre veía cosas que ella no.

“Te metiste con Anthony Hopkins y *Tito,* y ahora quieres que sea amable con Michael y las masas. No estoy convencido de que siquiera te guste Michael, y amo a Anthony Hopkins.”

Los ojos de Alex se abrieron en una incredulidad fingida, ignorando la pulla contra Michael como solía hacerlo, mientras una sonrisa juguetona se dibujaba en sus labios.

“Lo siento,” bromeó. “Sabía de tu profundo amor por Shakespeare. ¿Pero ahora también tengo que proteger a Anthony Hopkins?”

Mientras hablaba, la ligereza en su tono se desvaneció levemente, reemplazada por una tensión sutil. No podía evitar preguntarse qué eran realmente sus sentimientos hacia Michael.

Ahora no era el momento de explorar eso, no en el trabajo.

“Mejor me voy,” dijo con firmeza, mirando el reloj en la pared de su oficina. El espacio era luminoso y profesional, con un escritorio elegante y una pintura solitaria colgando en la pared, pero su atención se desvió hacia la pared de cristal que daba al concurrido vestíbulo. “Es día de entrega de efectivo.”

Él se frotó el puente de la nariz, la tensión evidente en su voz mientras se recostaba en su silla de oficina, rodeado de estantes llenos de textos académicos.

“Perdón. Mi estrés va a ser una locura hasta que obtenga la titularidad. ¿Estamos bien, verdad?”

Una risa cálida y genuina brotó de Alex, el sonido se mezclaba con el suave murmullo y el crujir de papeles del vestíbulo abajo.

“¡Por supuesto! No tiraría años de amistad solo porque no ves reality shows. Lo cual es sorprendente, porque creo que los amo más de lo que tú amas a Shakespeare.”

Terminaron la llamada con una promesa de hablar más tarde. La conversación había ofrecido una distracción temporal, pero la vaga ansiedad que persistía en su mente se negaba a desaparecer.

Mientras abría un correo de su gerente regional, Christy Jones, su corazón se hundió.

“Alex, me preocupa la cantidad de reversos de comisiones en tu sucursal. Necesitamos discutirlo cuando te visite la próxima semana.”

Antes de que Alex pudiera procesar por completo el mensaje, Sarah, una de sus cajeras favoritas, entró a su oficina.

“Perdón, Alex,” dijo Sarah, disculpándose, “pero la señora Jiménez quiere cancelar su certificado de depósito. Traté de explicarle la penalización, pero mi español no es el mejor y no creo que lo entienda.”

Alex asintió, dejando escapar un suspiro cansado. “Que pase.”

“Por favor, Alex,” suplicó la señora Jiménez, su voz temblorosa. “Necesito mi dinero. No entiendo por qué tengo que pagar una penalización.”

Alex pudo ver las lágrimas asomándose en los ojos de la señora Jiménez.

“Entiendo que esté molesta, señora Jiménez,” respondió suavemente. “Pero cuando abrió la cuenta de CD, aceptó los términos, que incluían un período de bloqueo.”

La señora Jiménez sacudió la cabeza, la confusión marcada en su rostro. “No recuerdo que me explicaran eso. Pensé que podía sacar mi dinero cuando lo necesitara.”

Con un suspiro, Alex continuó: “Lo siento, señora Jiménez. Parece que hubo un malentendido. Quien le explicó el CD debió ser más claro sobre el período de bloqueo.”

“Alex, necesito ese dinero para enviárselo a mi esposo. Si hubiera sabido sobre el período de bloqueo, nunca lo habría traído.”

Alex miró su pantalla de computadora, el correo de Christy claramente mostrando la preocupación de su gerente sobre el alto número de reversos de comisiones en la sucursal.

Con una profunda respiración, decidió ir en contra de la política del banco y cancelar la penalización de $400. Su conciencia no le permitía hacer otra cosa. ¿Cómo justificaría cobrarle a alguien que no entendía completamente la cuenta a la que se había inscrito?

“Está bien, le voy a eximir la penalización esta vez, pero permítame explicarle las otras cuentas que tiene,” dijo Alex suavemente en español, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora mientras le explicaba los detalles de las cuentas de ahorro y cheques.

Mientras guardaba su bolsa, los ojos de la señora Jiménez se llenaron de gratitud, su alivio era evidente en la forma en que sus hombros se relajaron.

“Gracias, Alex. Que Dios te lo pague,” dijo, su voz temblando de agradecimiento mientras se giraba para salir.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, el calor del momento se desvaneció, reemplazado por una ansiedad que la carcomía.

Alex se recostó en su silla, mirando el espacio vacío donde la señora Jiménez había estado de pie.

¿Cómo se había convertido su día en un esfuerzo constante por hacer que el banco ganara dinero, a menudo a expensas de personas como la señora Jiménez?

Últimamente, se sentía fatal en ese papel. El peso del correo de Christy rondaba en su mente, y con cada reverso de comisiones, la distancia entre sus valores y su trabajo se hacía más grande.

Una confusión familiar la invadió: ¿cómo había terminado en la banca?

DOS

¡Déjalo ya!

ALEX

Cuando Alex estacionó en su *garaje*, la luz cálida de las lámparas de la calle suavizó la fachada de ladrillo desgastado de su casa en Pilsen.

Al caminar por el sendero, inhaló el aroma del pasto recién cortado y las flores que florecían, sintiendo una sensación familiar de casa.

Giró la llave, y el silencio de su casa vacía la envolvió—un cambio bienvenido después del ruido de la ciudad.

Se quitó los zapatos y entró a la sala, encendiendo las luces. Los pensamientos que había apartado en el trabajo de repente irrumpieron, exigiendo su atención.

Fotos de ella a diferentes edades con su papá y su tía Sofía adornaban las paredes, cada cuadro un recordatorio de momentos que ya se habían ido.

Se detuvo, observando la sonrisa de su tía, sintiendo una punzada de añoranza dentro de ella. ¿Cómo estaría Sofía en Ámsterdam?

Al tocar el borde de un cuadro, una foto espontánea de ella y su papá, con la risa marcada en sus rostros, Alex sintió un leve temblor en sus manos.

El peso de la muerte de su padre aún la sorprendía, capaz de golpearla sin previo aviso. Habían pasado cuatro años desde que se fue, pero el vacío que dejó su ausencia seguía creciendo, llenándolo todo a su alrededor.

Con un suspiro pesado, se dirigió a su cuarto, el familiar aroma a lavanda llenando el aire. Al entrar en su baño, el agua caliente cayendo por su cuerpo, intentó concentrarse en el momento presente, pero los recuerdos la arrastraron, especialmente las decisiones que había tomado desde la muerte de su papá.

El año pasado, cuando conoció a Michael, él había sido una distracción bienvenida de su dolor—una oportunidad para perderse en algo nuevo.

Esa noche, asistió a un evento para jóvenes profesionales organizado por el Consejo de la Ciudad de Chicago. El lugar vibraba con energía, el aire lleno de risas y el tintineo de copas.

Jóvenes ambiciosos con trajes elegantes y vestidos impecables llenaban el lugar. Mientras se lavaba el cabello, podía imaginar ese momento cuando lo vio por primera vez.

Miró alrededor de la sala, y sus ojos se posaron en él.

Michael, alto, musculoso y rubio. Estaba junto a la ventana, con el teléfono en la mano, hablando a la cámara con la clase de confianza que hacía parecer que controlaba todo a su alrededor.

Antes de que pudiera detenerse, ya estaba caminando hacia él.

“Hola,” dijo con una sonrisa, su voz lo suficientemente alta como para captar su atención.

Michael se giró, aún transmitiendo en vivo, pero sus ojos se iluminaron al verla. Su sonrisa era amplia y juguetona.

“Bueno, ¿a quién tenemos aquí?” dijo, levantando una ceja mientras seguía grabando. “Estoy en vivo ahora mismo. ¿Te importa salir en mi transmisión?”

Alex dudó un segundo, sintiendo el efecto del champán que había tomado antes.

“Claro, ¿por qué no?” dijo, su sonrisa volviéndose más confiada gracias al alcohol.

Michael rió, claramente complacido. Giró la cámara hacia ella y le preguntó: “Entonces, cuéntales a todos quién eres y a qué te dedicas.”

Alex se enderezó, el entusiasmo del momento empujándola a disfrutar la atención. “En realidad, me acaban de promover hoy,” dijo, con un toque de orgullo en su voz. “Están viendo a la nueva gerente de la sucursal de Pilsen de Orange Bank.”

Los ojos de Michael se agrandaron levemente, impresionado. “¿Una promoción? Bueno, felicidades,” dijo, volviendo la cámara hacia él mismo por un segundo antes de apagarla rápidamente. “Eso definitivamente hay que celebrarlo.”

Guardó su teléfono y le lanzó una sonrisa. “Déjame invitarte a celebrar,” dijo, su voz suave pero sincera. “Hay que marcar la ocasión.”

Alex parpadeó, sorprendida por su confianza, pero la idea de celebrar no le pareció tan mala. Después de dos años de estar soltera, su atención la hacía sentir abrigada y cómoda.

“Bueno,” bromeó, algo juguetona por el efecto del alcohol, “ni siquiera te conozco.”

Él se inclinó un poco más, su sonrisa ampliándose.

“Soy Michael, y esta noche, me gustaría ser el tipo que celebre tu promoción.”

Saliendo de el baño, se dirigió a su armario. Sus dedos recorrieron la ropa hasta detenerse en el vestido que había usado la noche en que conoció a Michael.

Todavía le sorprendía que estuvieran juntos un año después.

Pero tenía sentido—ambos estaban ocupados, solo se veían dos veces a la semana, y ninguno

presionaba la relación.

Funcionaba, aunque con el tiempo se dio cuenta de que no encajaban del todo. No era una mala relación. Simplemente se sentía... muy, muy aburrida.

Las conversaciones nunca parecían profundizar.

Ambos se enfocaban en el trabajo, y el estrés impedía que tuvieran otras conversaciones. Su vida íntima era un equilibrio entre rutina y aburrimiento.

¿Aburrimiento? No, no aburrimiento, pero tal vez... sin vida.

Con un rápido movimiento, eligió un vestido y se lo puso. ¿Qué quería hacer con Michael?

Extendió la mano hacia su joyero y sacó un delicado collar. Sus dedos recorrieron la familiar forma del colgante en forma de corazón, su mente inundada de recuerdos de su papá.

Su respiración se detuvo mientras aferraba el colgante, recordando la calidez de la voz de su papá el día que se lo dio.

El emblema en el colgante, le había dicho, representaba el legado de su familia. “Decide con el corazón, no con la cabeza,” le había dicho.

Extrañaba a su papá y sabía exactamente lo que él diría: rompe con Michael. Pero tenía miedo. ¿Quién rompía con un buen hombre? ¿En esta economía? Eso no tenía sentido.

Sus emociones eran demasiado inestables para tomar alguna acción.

Con el Día de los Muertos acercándose, pronto armaría un altar, como lo hacía todos los años. Y tal vez después de eso podría pensar en su relación.

Después de todo, Michael parecía feliz, tal vez ella era el problema.

El anhelo por su papá y su creciente mal humor la preocupaban.

Pero estaría bien.

Saldría con Michael, y tendrían una charla superficial como siempre.

Al ponerse los tacones, un dolor punzante recorrió sus cansados pies, reflejando el agotamiento del largo día.

“Alex, estás siendo exagerada,” pensó, sacudiéndose el cansancio.

Apartando todo eso, se miró en el espejo.

Nunca había dudado de su apariencia—al menos tenía eso.

Una mirada a su teléfono reveló un mensaje de Michael, ya estaba afuera.

Sobreviviría a esta cena, soportaría la conversación incómoda y volvería a casa, donde verdaderamente pertenecía.

Bajó las escaleras, forzando una sonrisa para enmascarar su inquietud. Ahí estaba él, luciendo como un príncipe de cuento de hadas y sonriéndole como si realmente le gustara.

Y, sin embargo, ella no sentía nada.

Abrió la puerta del Lexus RX de Michael, se deslizó en el asiento del pasajero, acomodándose como una observadora silenciosa. La emoción en su voz resonaba en el aire, pero no podía ignorar la incomodidad de los asientos rígidos.

La charla superficial, decidió, la ayudaría a distraerse de su estado actual esa noche.

"¿Cómo estuvo tu día? Dijiste que tenías una reunión con un cliente que te preocupaba. ¿Cerraste el negocio?"

"¡Fue increíble! Entonces, creo que te conté que..." Se lanzó a contar una historia sin detenerse a respirar.

Esa única pregunta desató una conversación completa que ella solo escuchó a medias mientras él manejaba de Pilsen al West Loop.

El restaurante era un moderno lugar italiano, su exterior elegante, adornado con un letrero simple y una gran ventana que ofrecía un vistazo del bullicioso interior. Se veía chic y sofisticado.

Cuando Alex y Michael entraron, fueron recibidos por una atmósfera cálida y acogedora.

La voz de Michael era un torbellino. "¿Puedes creer que conseguimos mesa aquí? ¡Es italiano, tu favorito!" Sus ojos brillaban con anticipación.

Alex forzó una sonrisa, su corazón latiendo rápido. Veía los engranajes girar en la cabeza de Michael, la máquina de creación de contenido ya en marcha.

"Está muy bonito," respondió, su voz algo tensa.

Mientras él se acercaba a la anfitriona, ella retrocedió, sintiendo que era una espectadora en su propia vida.

Llevaba un trípode, una luz de aro y un cargador portátil ocultos en su pequeña mochila de diseñador. Eso significaba que habría una serie de fotos tomadas durante la cena, dejando poco espacio para una conversación normal.

Michael se acercó a ella, y se quedaron en un incómodo silencio durante dos minutos antes de que el mesero llamara su nombre.

Siguieron al mesero por la sala llena de gente, conversaciones y risas resonando.

Michael los guió entre las mesas, rodeados de grupos, y mientras caminaban entre las mesas con manteles blancos y flores, las cabezas se giraron a verlos. Sus rostros y ropa moderna atraían miradas de admiración.

Su cabello oscuro, suelto, contrastaba con el rubio de Michael. Su altura la hacía parecer aún más pequeña.

Michael, con su sonrisa siempre presente, parecía entender el impacto que su apariencia tenía en los demás.

Un destello de una cámara en una mesa cercana la cegó momentáneamente. Una pareja se reía al ver la foto en su teléfono, sus expresiones cuidadosamente ensayadas para la cámara. Alex miró

alrededor del restaurante; la escena se repetía en casi todas las mesas.

Su estómago se revolvió al verlos, sus risas forzadas, sus sonrisas demasiado amplias. Eran como Michael—perfectos por fuera, sus vidas cuidadosamente organizadas, llenas de cenas glamorosas y atardeceres perfectos.

“Tenemos que asegurarnos de tomar una foto junto al banco antes de irnos,” dijo Michael, sonriendo ampliamente.

Ella miró hacia el banco rodeado de plantas falsas, sabiendo que pasarían unos veinte minutos tomando fotos ahí después de cenar, cuando todo lo que ella quería era irse a casa.

Mientras pasaban junto a las mesas y ella miraba la comida, suspiró. “Claro, podemos tomar todas las fotos que necesites.”

Él le sonrió, tomando fotos de la decoración.

Sentada, lo observó.

Sus ojos, azules, los más hermosos que había visto, y su sonrisa constante no coincidían con el malestar que ella sentía. Él apartó la mirada, distraído por una notificación en su teléfono.

Tal vez, si se mostraba vulnerable, podría profundizar su relación y sentirse menos sola.

El mesero apareció con una sonrisa profesional, entregándoles los menús. Michael apenas lo miró, ya conocía el lugar. “Yo tomaré un Negroni,” dijo, levantando la vista de su teléfono solo lo suficiente para hacer contacto visual.

Alex dudó un momento antes de ordenar. “Yo tomaré una copa de Sauvignon Blanc, por favor,” dijo, tratando de igualar su tono casual. Jugaba con la esquina del menú mientras el mesero se alejaba.

El aire olía ligeramente a pan recién horneado y albahaca, pero no ayudaba mucho a calmar la tensión que crecía dentro de ella.

Ni siquiera habían mirado el menú, y el peso de lo que necesitaba decir ya la presionaba.

“Michael,” comenzó, con un toque de nerviosismo mientras miraba alrededor del restaurante. Las velas en su mesa parpadeaban suavemente, proyectando sombras cálidas en las paredes. “Sabes que... bueno, odio mi trabajo.”

Los ojos de Michael se encontraron con los de ella pensativamente, su ceño se frunció levemente mientras dejaba su teléfono a un lado junto a su vaso de agua. “No me había dado cuenta de que sentías algo tan fuerte por eso, Alex,” dijo, con un tono medido.

Alex respiró hondo, sus dedos recorriendo nerviosamente el borde del menú. Las superficies pulidas y la decoración elegante de repente se sentían sofocantes.

“Bueno, tal vez ‘odio’ es una palabra fuerte,” continuó, mirando hacia el bar donde preparaban sus bebidas.

“Pero últimamente, la presión para cumplir con las metas realmente me está afectando. Especialmente después del correo que recibí hoy de Christy sobre la reversión de algunas

comisiones.”

Michael se recostó en su silla, su expresión indescifrable mientras el mesero regresaba con sus bebidas. Probó el Negroni superficialmente antes de dejarlo a un lado.

“No era exactamente la conversación que esperaba esta noche, Alex,” respondió, con un tono frío mientras ajustaba sus cubiertos, más enfocado en la disposición que en sus palabras.

Michael suspiró, pasando una mano por su cabello. “Realmente quería que conectáramos y nos divirtiéramos. Últimamente, siento que incluso cuando estamos juntos, estás lejos. Pero... si quieres saber lo que realmente pienso...”

Su voz se apagó mientras miraba alrededor del restaurante, con la frustración burbujeando bajo su calma.

Alex intentó reírse, esperando aligerar el ambiente, pero le pareció poco natural. La tensión entre ellos hacía que el entorno elegante se sintiera sofocante mientras jugaba con la esquina de su servilleta.

“Claro que quiero saber qué piensas.”

Michael se inclinó hacia adelante, sus ojos afilados, su tono volviéndose más molesto. “¿Por qué estás revirtiendo tantas comisiones? Cada historia que me cuentas de tu trabajo involucra a alguien que ya debería saber mejor,” añadió, su frustración saliendo a flote.

Los dedos de Alex se tensaron alrededor de la servilleta, sintiendo el peso de sus palabras. “Es solo que... ser gerente de sucursal en Pilsen no es lo que esperaba,” comenzó, su voz teñida de tristeza. “Cumplir con las metas y empujar a la gente a abrir cuentas o pedir préstamos es... impersonal, incluso explotador. No sé por qué no lo había notado antes pero…”

Sus palabras flotaron en el aire mientras trataba de explicarse. “Es tan evidente en Pilsen, donde algunas personas no siempre entienden las comisiones que se les cobran por…”

Michael la interrumpió, recostándose en su silla, con los brazos cruzados. “¿Cómo sabes que no entienden?” Su mirada era aguda, casi despectiva.

“Porque parecen confundidos. En fin, solo pienso... o he estado pensando si tal vez lo que necesito es un descanso y simplemente... renunciar,” respondió, su voz suavizándose mientras buscaba en su rostro algún signo de empatía.

Él se encogió de hombros, sus ojos entrecerrados levemente. “No creo que puedas saber si están confundidos. La gente miente. Más allá de eso…”

Ella lo miró, esperando algún tipo de comprensión, pero él bajó la mirada a su teléfono, desplazándose por sus mensajes como si sus palabras no le importaran. El golpe de su indiferencia la golpeó como un puñetazo.

“Vamos, Alex.” Apenas la miró mientras ajustaba el ángulo de su teléfono, preparándose para otra foto para su reel. “Si no eres feliz, ¿qué más da? Paga tus cuentas y tu estilo de vida. ¿Cuánto tienes ahorrado? No creo que tenga sentido que renuncies.”

Una ola de decepción la inundó, dejándola agotada y vacía. “Tienes razón,” murmuró, apenas en

voz alta.

Tuvo una vaga imagen de sí misma luchando por pagar las cuentas, usando su 401k. El pensamiento la carcomía, pero había algo más profundo.

“Lo sé. ¿Cómo puedes pensar en renunciar en esta economía?” La voz de Michael tenía un toque engreído, como si la conversación hubiera terminado.

Sonrió al mesero que se acercaba a su mesa para tomar su pedido, y Alex forzó una sonrisa en respuesta, la tensión entre ellos aliviándose temporalmente. Miró el menú, eligiendo lo primero que llamó su atención, desesperada por calmar sus pensamientos acelerados.

Le había dicho a Michael que estaba pensando en renunciar, pero no había sabido realmente que eso era lo que quería hasta que lo dijo en voz alta. El momento en que las palabras salieron de sus labios, una ola de alivio la invadió.

De repente, su teléfono vibró sobre la mesa, interrumpiendo su momento de claridad.

Instintivamente, lo tomó, su corazón hundiéndose al ver un mensaje de Tracy, su subgerente: “Oye... Sarah acaba de decirle a todos que está saliendo con Michael. Dijo que se besaron en un bar y…”

Las palabras la golpearon como un puñetazo.

Su corazón se aceleró mientras leía el resto de los mensajes.

Sarah, una de sus mejores cajeras, había estado hablando en voz alta sobre salir con Michael. La mente de Alex giraba. Recordó lo pegajoso que había estado él en la parrillada que organizó para el trabajo, cómo gravitaba hacia Sarah.

Su agarre se apretó alrededor de su teléfono mientras su cuidadosamente mantenida compostura se resquebrajaba. Su pulso latía en sus oídos, ahogando el ruido del restaurante.

¿Qué estoy haciendo? La pregunta silenciosa resonó en su mente, cargada de incertidumbre.

Una oleada de emociones reprimidas durante meses la invadió. Enojo—crudo y abrumador. Enojo porque su papá se había ido, porque su trabajo la estaba drenando, porque estaba fingiendo divertirse con un hombre que también salía con su empleada.

Miró a Michael, su voz atrapada en su garganta. “Michael, ¿estás saliendo con Sarah? Sarah, quien trabaja conmigo.”

Él se movió incómodo en su asiento, colocando su teléfono en la mesa con un suave golpe. La tenue luz del restaurante resaltaba la tensión en sus hombros mientras respiraba profundamente, su mirada desviándose de la de ella.

“Honestamente, Alex, ya no puedo hacer esto contigo. Nunca estás feliz, y no sé cómo hacerte feliz. Sí, Sarah y yo hemos salido, pero…” Su voz se apagó, dejando el aire cargado de palabras no dichas.

Alex mantuvo su mirada, su corazón acelerado pero su voz firme a pesar del enojo que hervía dentro. “¿Por qué ella? Yo trabajo con ella.”

La risa de Michael fue corta y amarga. “¿Te sentirías mejor si no trabajaras con ella? ¿Te importa más eso que nosotros? ¿Acaso te importo?”

Sus palabras dolían, pero no tuvieron el efecto que él esperaba. En lugar de hacerla querer arreglar las cosas, solo solidificaron lo que ella había sabido en el fondo.

No quería seguir saliendo con Michael—no había querido hacerlo desde hacía mucho tiempo.

Finalmente, tenía una razón. Tenía claridad. Todo el día había intentado convencerse de que todo en su vida estaba bien porque nada en ella gritaba terrible. Pero ahora finalmente tenía una razón para terminar con lo que fuera que era esta relación.

Asintió lentamente, una sensación de paz la invadió como una ola fresca.

“Supongo que ya no me importa. Adiós, Michael. Terminamos. No me llames.”

Sin esperar una respuesta, se levantó y salió del restaurante. Sabía que él no la seguiría—nunca manejaba bien las situaciones difíciles. El aire frío afuera la golpeó como una bofetada, pero fue un alivio.

Al pisar la calle, la ráfaga de aire despejó el peso sofocante que la había envuelto durante tanto tiempo. Una lágrima se deslizó por su mejilla—ya fuera de alivio o por el frío viento, no estaba segura—pero la dejó caer.

Estaba libre.

Dar vueltas a las razones de Michael para engañar no cambiaría nada. En cambio, se enfrentó a dos preguntas urgentes: ¿cómo había terminado en una relación durante tanto tiempo con alguien con quien no conectaba realmente, y lo más importante, cómo seguiría adelante?

Había cambiado algo, tomado el control. Por primera vez en meses, se preguntó, ¿Qué más podría cambiar?

Las preguntas flotaban mientras miraba la calle llena de vida, contemplando cómo volver a casa.

Una sensación de calidez la invadió al pensar en llamar a Carlos. Cuidaría de ella—su presencia constante calmaría sus nervios. La escucharía sin juzgarla, y tal vez también la abrazaría.

Tener a alguien tan sólido en su vida era un regalo increíble. Le gustaba Carlos—mucho—en todas las formas que importaban.

Con una respiración profunda, sacó su teléfono y marcó el número de Carlos, sintiendo una oleada de esperanza y anticipación al pensar en verlo.

TRES

Solo Tu

CARLOS

A Carlos no le gustaba andar a las carreras.

Después de despedir a su clase, se fue a su oficina, un espacio pequeño y acogedor, lleno de estantes con libros y diplomas enmarcados en las paredes.

Allí, entre los papeles de los estudiantes desparramados en su escritorio de forma ordenada, encontró un momento de calma para hacer un poco de trabajo de última hora.

Aunque el cielo de octubre afuera comenzaba a oscurecerse, arrojando largas sombras sobre el campus, no le gustaba llevarse el trabajo a casa—especialmente a su nueva casa en Pilsen.

El suave susurro de las hojas de los árboles afuera le recordaba la importancia de poner límites. La academia era de esas carreras que debías manejar con cuidado, si no querías acabar más quemado que un pan tostado olvidado. Mantenía su casa como un santuario donde las presiones del trabajo no podían entrar.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en su casa, que Daniel le había dicho en broma que era "chiquita." La idea de invertir en su propio lugar había comenzado hace un año. Ganaba lo suficiente, y de alguna manera, había dado el salto.

En algún rincón, tenía la opción de practicar con su teclado para relajarse. No era un gran pianista, pero a veces tocaba solo por gusto, perdiéndose en las melodías que llenaban el cuarto.

Mientras empacaba sus cosas, una sonrisa juguetona tiraba de sus labios, imaginando su casa escondida detrás de las calles envejecidas y gastadas de Pilsen. El jardín de enfrente tenía dos árboles enormes, cuyas hojas comenzaban a tornarse en tonos de ámbar y dorado.

Había aprendido que rastrillar hojas era parte del paquete de ser dueño de casa.

Bueno, no del todo nuevo. Ya llevaba seis meses con la propiedad, pero la decoración seguía siendo una tarea pendiente. La cocina y su cuarto eran los únicos lugares que parecían algo terminados, adornados con algunos objetos cuidadosamente elegidos que reflejaban su personalidad. Aun así, cada vez que abría la puerta y entraba, una oleada de satisfacción lo

envolvía, recordándole el esfuerzo y la determinación que lo habían llevado hasta allí.

Después de años de estudios, su vida finalmente parecía estar tomando forma, y comenzaba a sentir el peso de la adultez posarse sobre sus hombros.

Regresar a Chicago desde Santa Cruz tres años atrás había sido un volado. Había vuelto aunque no quería estar cerca de su familia, decidido a enfrentar sus demonios.

Guardó los papeles de los estudiantes, reflexionando sobre cuánto había mejorado su vida desde que volvió a casa.

Su relación con sus padres siempre había sido tirante, y su hermano menor, Javy, tomaba decisiones impulsivas, justificándolas con el típico "lo sentí en las tripas" — como conjunto, lo dejaban con una sensación de inquietud e incertidumbre.

Sin esfuerzo alguno de su parte, todo parecía estar encajando. Estaba construyendo su propia vida a su manera, y sorprendentemente, sus relaciones familiares habían mejorado solitas.

Tras completar las últimas tareas, se sintió satisfecho, sabiendo que había ganado una ventaja temprana para el día siguiente.

Al salir del edificio y caminar hacia su coche, una sensación de posibilidad lo envolvía. Al subirse al asiento del conductor, oyó el zumbido de su teléfono. Sonrió al ver la cara de Alex en la pantalla, encendió el motor y contestó la llamada de inmediato.

“¡Hola! Qué buen timing. Justo salgo del campus,” dijo, mientras salía del estacionamiento. Le encantaba hablar con Alex mientras manejaba.

Alex soltó un suspiro tembloroso. “¿Me puedes recoger? Michael y yo terminamos, y necesito desahogarme.” Le envió una ubicación por mensaje.

Carlos suspiró. No le sorprendió cuando se enteró de la ruptura entre Alex y Michael. A menudo ella gravitaba hacia los "tipos equivocados," y sus relaciones raramente terminaban bien. Aunque esta no había sido tan dramática como otras, el patrón seguía claro.

Nunca lo mencionaba porque él tampoco era un genio en el tema de las citas, ni entendía del todo qué hacía que las cosas funcionaran.

“Sí, claro. Ya voy para allá.” Su voz era firme y tranquilizadora, testimonio de los quince años de amistad que habían resistido la muerte del padre de ella y mucho más. Conectó el pin en su GPS y preguntó: “¿Estás bien? Estoy a unos diez minutos.”

“Estoy bien, pero tengo que colgar. Mi teléfono se está muriendo.”

“Está bien, ya voy.”

Los recuerdos lo inundaron mientras conducía hacia ella. Siempre habían estado ahí el uno para el otro. Nunca se le ocurriría no ayudarla.

Recordó aquel incómodo baile de secundaria, cuando Melissa Vegas le preguntó a Alex qué hacía su mamá, y Alex le respondió que estaba muerta. Michael estaba justo al lado de ella y le dijo a Melissa: "Todo se muere, Melissa, así que puedes quitar esa cara de espanto. Lee un libro."

También recordó aquella vez en la residencia universitaria, cuando Alex ansiaba una charla profunda con una amiga a altas horas de la noche, pero las conversaciones con sus compañeras de cuarto siempre se desvanecían. En lugar de eso, lo llamaba a él, y él siempre contestaba con un “¿Qué onda?”.

Sabía lo mucho que odiaba explicarles a las personas nuevas por qué no tenía padres; era normal que la gente quisiera saber sobre la familia. Su madre murió cuando tenía nueve años, y su padre había estado enfermo desde que ella tenía trece, justo cuando se conocieron.

Llegó al restaurante italiano, y al ver a Alex, su corazón dio un pequeño vuelco. Se veía deslumbrante. Su cabello castaño oscuro caía en suaves ondas por su espalda, enmarcando un rostro ovalado con pómulos altos y labios carnosos. Su piel aceitunada tenía un brillo saludable, y sus ojos color avellana se veían más oscuros, de alguna manera más vivos en la noche—la tristeza les daba una sabiduría que los hacía hermosos.

Llevaba un vestido negro asimétrico que caía elegantemente de un hombro, destacando su clavícula. Los tacones dorados añadían un toque de elegancia, y un simple broche sujetaba su cabello a un lado.

Cuando salió del coche, una brisa fría de Chicago flotaba en el aire, los árboles insinuando la llegada del invierno. Abrió la puerta del pasajero para ella, superando su estatura de 1.65 con su 1.78 y su cuerpo atlético que revelaba un estilo de vida activo.

Tiritando, dijo: “Estoy molesta, tengo frío, y muero de hambre. Apenas he comido hoy.”

Él respondió: “Puedo solucionar uno de esos problemas. Por suerte para ti, tengo M&M’s de emergencia en el coche para este tipo de situaciones.”

Ella sonrió entonces; él siempre tenía M&M’s de cacahuate a la mano para ella porque con frecuencia estaba "de malas por hambre." Después de que ella se acomodara en el asiento del pasajero, él cerró la puerta y se subió al asiento del conductor, listo para llevársela.

Mientras se incorporaba al tráfico, la ciudad vibraba a su alrededor, las luces de los otros coches creando un desenfoque de luz contra el cielo que oscurecía. Carlos le entregó los M&M’s y dijo: “Por cierto, Javy me escribió que Mari lo convenció. Va a salir con ella.”

Habló en un tono casual, sabiendo que la noticia ayudaría a Alex a relajarse. No les caía mal Mari; simplemente era una persona demasiado confusa para guardar algún verdadero rencor hacia ella. Su naturaleza impredecible a menudo dejaba a la gente adivinando, pero su vibrante personalidad y el trabajo que hacía en la comunidad hacían difícil resentirla.

El sonido rítmico de las llantas rodando sobre el pavimento se mezclaba con el leve zumbido del motor mientras él navegaba por el tráfico de la noche, su atención alternando entre el camino y Alex.

Ella se rió: “Ojalá yo fuera Mari. Siempre gana en la vida. ¡Estoy antojada de nuggets de pollo y papas fritas!”

“No sabía que estábamos celebrando hoy, y no estoy seguro de que salir con Javy sea un premio,” dijo Carlos con una sonrisa juguetona, manteniendo los ojos en la carretera mientras recorrían las calles de la ciudad.

Alex sonrió con orgullo, ignorando su comentario sobre Javy. Carlos sabía lo mucho que ella apreciaba a su hermano pequeño—lo trataba como si fuera familia. “Definitivamente esto se siente como una celebración.”

Carlos no presionó a Alex con preguntas sobre cómo estaba. Sabía que necesitaba tiempo antes de poder expresar sus emociones.

Al acercarse al bar, el letrero de neón parpadeaba, proyectando un cálido resplandor sobre la calle gastada de la ciudad. Al entrar, la atmósfera los envolvió de inmediato. El suave murmullo de conversaciones y el tintineo de vasos creaban un ruido de fondo reconfortante, con estudiantes universitarios llenando las mesas cercanas, sus charlas añadiendo una energía juvenil al espacio.

Se acomodaron en un rincón tenuemente iluminado, el asiento de cuero desgastado ofreciéndoles una sensación de comodidad. Alex se hundió en él, dejando escapar un largo suspiro mientras colocaba su bolso a su lado.

Carlos revisó el menú, concentrado en la selección de cervezas artesanales. “Me arrepentiré de esto mañana,” murmuró con una sonrisa, captando la mirada de Alex. “Pero esta noche también estoy de humor para celebrar.”

La sonrisa de Alex no llegó del todo a sus ojos. Aun así, forzó una risa. “¿Celebrar que ahora que Michael se fue, te verás obligado a ver ese reality show conmigo?”

Carlos era lo suficientemente listo como para no responder y, en lugar de eso, le apretó la mano.

La comida llegó rápido, una montaña de papas fritas doradas y nuggets de pollo humeantes apilados en una canasta de plástico rojo.

Carlos observó cómo Alex picoteaba su comida, su apetito desapareciendo de repente. Tomó un largo sorbo de su bebida—vodka con limón, que en broma llamaba “ensalada,” insistiendo en que contaba porque básicamente eran papas y limón.

El momento quedó suspendido entre ellos hasta que Alex soltó de golpe: “Me engañó... con Sarah.”

Los ojos de Carlos se abrieron momentáneamente, la ira pasando fugazmente por su rostro antes de que rápidamente controlara su reacción. “¿Sarah? ¿La cajera de banco de 22 años que trabaja contigo?” preguntó, tratando de mantener su tono firme. Recordaba la barbacoa donde había notado que Sarah coqueteaba con Michael, aunque Michael parecía desinteresado.

“Esa misma,” gruñó Alex, con la voz apenas audible.

El vaso en la mano de Carlos hizo un ruido fuerte al dejarlo sobre la mesa, sus nudillos poniéndose blancos mientras apretaba el puño. “Bueno, al menos tendrán mucho de qué hablar. A ambos les encanta las redes sociales y tienen la misma edad mental,” murmuró por lo bajo.

“Lo siento mucho, Alex,” dijo Carlos, su voz sincera y cargada de preocupación. “Eso... sí que no me lo esperaba. ¿Él dijo algo? ¿Le preguntaste por qué?”

Se levantó de su asiento, la preocupación marcando líneas en su frente. Mientras se quitaba la chaqueta, su mente corría. Nunca la había visto tan vulnerable, su tono sarcástico habitual apagado por el dolor y la traición.

Le colocó la chaqueta sobre los hombros, el simple gesto una silenciosa oferta de consuelo. Al mirarla, una oleada de protección lo invadió. Su mente viajó a la primera vez que se conocieron en la primaria. Recordó a una niña flaca y enojada cuyos ojos reflejaban un miedo más profundo que su edad.

Alex rió y dijo: “No. No importa. Sabes que ya no nos llevábamos bien. Igual íbamos a terminar.”

Su risa se desvaneció en un tono más serio. “No sé. Mi ego está herido, pero no mi corazón. Carlos, por favor toma conmigo. Una bebida de verdad y no hablemos más de Michael ni de Sarah.”

Carlos asintió, pero sentía preocupación por Alex.

Para él, ella era hermosa de maneras profundas y significativas, y su vulnerabilidad ahora despertaba emociones no expresadas en él que creía haber resuelto hace mucho tiempo.

Alargó la mano, quedándose suspendida sobre la de ella un segundo más de lo necesario, antes de retirarla bruscamente.

Ella dijo que quería beber.

Pidió dos shots de tequila, con la esperanza de aliviar el filo de sus pensamientos.

El tiempo se desdibujó mientras se sentaban en el bar tenuemente iluminado, las conversaciones fluyendo desde anécdotas ligeras sobre sus familias hasta reflexiones más profundas sobre la vida.

Durante dos horas, ahogaron sus preocupaciones en risas y conversaciones, olvidándose momentáneamente del mundo exterior.

“¿Cómo va el trabajo?” preguntó ella con voz pastosa, alcanzando el vaso de agua que Carlos había puesto frente a ella.

Él la observaba de cerca, la preocupación brillando en sus ojos. Ya era tarde, y le preocupaba llevarla a casa de manera segura antes de que cualquiera de los dos exagerara con el alcohol. El bar estaba lleno, la música pulsaba en el fondo, las risas y las charlas se mezclaban en un bullicio animado.

Carlos miró su bebida. Sentía el hormigueo del tequila en su sistema y decidió que llamaría a un servicio de transporte para llevarlos a casa.

Cambiando el enfoque de nuevo a su conversación, forzó una sonrisa. “He estado avanzando con mi paquete de titularidad,” respondió. “Me llevará al menos dos meses más. Todavía no puedo creer que ya estoy en esa etapa; se siente surrealista.” De repente, le guiñó un ojo, dejando ver su emoción a pesar del cansancio. “Estabilidad, ¿eh? Me gusta cómo suena eso.”

La voz de Alex fue pequeña cuando dijo: “Lo siento. No estoy siendo una buena amiga ahora mismo. Todo lo que puedo pensar es en cuánto odio mi trabajo.”

Carlos la miró a los ojos, su corazón dolido por ella. No era la primera vez que lo escuchaba. Sabía que Alex había caído en la banca casi por accidente, y entendía que su verdadera pasión

estaba en otro lado.

“¿Qué harías si pudieras hacer cualquier cosa?” preguntó, su tono suave pero inquisitivo, esperando sacarla de los pensamientos oscuros que la rodeaban.

La pregunta quedó flotando entre ellos, y Carlos ya no pudo resistir la urgencia de alcanzarla.

Tomó su mano, jugando con sus dedos, esperando que el calor de su toque le ofreciera algo de consuelo.

Fue un acto inconsciente que su mente medio borracha le obligó a hacer. Siempre le había gustado tocar a Alex. Antes de irse a la universidad, le costaba controlar las ganas de abrazarla más tiempo del que debía. Había sido un alivio estar lejos de ella geográficamente y tener solo una relación a través del teléfono y la pantalla.

Era un compañero cariñoso, siempre lo había sido, y con ella, se detenía para no dejar que sus instintos tomaran el control. Instintos que le decían que la besara y la abrazara fuerte.

Pero había algo en este momento y su vulnerabilidad que le dio la impresión de que tenía permiso para tocarla.

“Pintaría. Antes me encantaba. Creo que tal vez era buena en eso,” admitió Alex, mirando las manos de Carlos que jugaban con sus dedos.

“No eras buena en eso,” Carlos se rió, con una sonrisa suave en el rostro. “Eras increíble. Todavía lo eres. ¿Te acuerdas de tu pintura para la tesis? Está colgada sobre mi cama ahora mismo.”

Una oleada espontánea de emoción pareció abrumar a Alex, quien lo abrazó impulsivamente. Carlos podía sentirla aferrarse a él con fuerza, y deseaba poder absorber su dolor. De alguna manera, ella terminó en su regazo, y él no hizo nada por moverla. Sus cuerpos se aferraban el uno al otro casi inconscientemente.

Cuando las luces del bar se encendieron, señalando que ya casi cerraban, ella seguía envuelta en él, su voz pequeña al hablar. “Me da miedo perseguir la pintura como carrera,” confesó, su voz temblando.

“¿Y si soy pésima en eso? Me da miedo fracasar en algo que amo tanto.” Carlos percibió su duda, cómo luchaba con el peso de sus sentimientos.

“Tal vez Michael tenía razón. Estoy bien jodida. Por eso soy tan poco querible. Tengo demasiado miedo de perder algo otra vez y de realmente ir tras lo que quiero,” dijo, seguida de una risa temblorosa.

La voz del bartender resonó en el bar cuando dijo: “Cerramos en diez minutos, amigos. Cierren sus cuentas.”

Carlos lo ignoró, su corazón dolido por ella. Con suavidad, le limpió una lágrima que se le escapaba, esperando ofrecerle algo de consuelo. Sus dedos se quedaron un momento más en su mejilla, enviando una descarga de conciencia a través de él mientras se daba cuenta de lo cerca que estaban.

Era como si fueran las únicas dos personas en el bar. Ella estaba en sus brazos, y él la consolaba, como siempre lo había hecho.

Todo parecía suspendido en el tiempo.

“Alex,” susurró en su oído, su voz apenas audible entre los gritos y la música fuerte que los rodeaba.

“No eres ‘demasiado profunda’. Quieres lo mismo que todos: amor, realización y el valor para seguir tus pasiones. Y no eres poco querible. De hecho, te he amado desde el momento en que te vi.”

Siempre le decía que la amaba, y aunque lo decía como amigo, esta vez despertó algo más profundo dentro de él.

Nunca habían estado solteros al mismo tiempo.

Siempre parecía haber algún tipo de tragedia desarrollándose a su alrededor.

Habían arraigado su amor en la amistad, pero se sentía como algo más—algo que colgaba en el aire entre ellos, esperando el momento adecuado para ser reconocido.

Sus palabras flotaron en el aire, y él la observó absorberlas, mirándolo con una vulnerabilidad en sus ojos que lo atravesaba profundamente.

Ella apartó un mechón de su cabello y le acarició la cara, sus manos cálidas contra su barba. “Supongo que me gusta esta barba. Al principio no estaba segura, pero es suave.”

Carlos se rió, pero su corazón se aceleró, y se inclinó hacia su toque, sintiendo el calor que irradiaba de sus dedos. Una ola de deseo lo invadió, dificultando pensar con claridad.

“Le pongo producto,” logró decir, su voz baja y juguetona, a pesar de la tensión eléctrica que chisporroteaba entre ellos.

Sus ojos se encontraron, y la comodidad familiar de su amistad se transformó en algo más.

El aire se espesó con posibilidades no dichas mientras los dedos delicados de ella trazaban la línea de su mandíbula, enviándole escalofríos.

Él miró sus labios, imaginando cómo sería besar a su mejor amiga. El pensamiento le provocó una oleada de emoción que recorrió su cuerpo, entrelazándose con el calor de su amistad.

¿Qué pasaría si se inclinara solo un poquito más?

No podía pensar con claridad; podía ver eso—el pasado y el presente, sus deseos, los deseos reprimidos, colisionaban en ese momento.

Ella asintió. “Siempre tan considerado con los demás, ¿verdad? Nunca te dejarías crecer una barba sin asegurarte de que fuera suave al tacto.”

Sus ojos, llenos de una mezcla de afecto y atracción, lo mantenían cautivo.

Él se sintió excitado por su suave toque, demasiado atrapado en el momento como para sentir vergüenza, casi hipnotizado por ella y la forma en que lo miraba.

Sus ojos volvieron a sus labios, imaginando lo que sería besar a su mejor amiga.

El pensamiento le provocó una oleada de emoción que recorrió su cuerpo, mezclándose con la familiaridad de su amistad.

¿Qué pasaría si se inclinara solo un poquito más?

El aire entre ellos se espesó, cargado de posibilidades no dichas.

Carlos se preguntaba si ella también lo sentía—la tensión, el momento que se alargaba mientras se quedaban atrapados en la mirada del otro.

CUATRO

Cuando Eran Jóvenes

"EL CORAZÓN TIENE RAZONES QUE LA RAZÓN IGNORA." — BLAISE PASCAL

ALEX

Se miraron intensamente.

Los ojos de Carlos se fijaron en sus labios, como si hubiera una atracción magnética.

“Tú eres la persona en quien más confío en este mundo. ¿Lo sabías?” dijo Alex, su voz sincera, vulnerable.

No podía expresar su amor por él de la misma manera, pero intentaba mostrarlo a través de sus acciones y las emociones que sus palabras transmitían.

Lo quería, pero como amigo, se recordó a sí misma, mientras sentía su barba bajo sus dedos.

Cuando le había dicho que no quería hablar más de Michael, realmente lo había dicho en serio. Ni Michael ni Sarah importaban ahora.

Había cosas mucho más significativas ocupando su mente y su corazón.

Era como si hubiera desatado un torrente de emociones. Curiosamente, el fin de la relación con Michael carecía de significado.

Para Alex, la larga enfermedad de su padre y la muerte repentina de su madre habían cambiado su perspectiva de la vida. Ahora sabía que todo era incierto, que cualquier cosa tenía el potencial de cambiar.

El final de su relación con Michael no tenía la capacidad de afectarla, especialmente en comparación con las pérdidas que había experimentado. Nunca le había importado mucho él.

Y al final, todavía tenía a Carlos.

Mientras la gente pagaba sus cuentas y el bar seguía lleno, el ruido de fondo se desvaneció cuando él dijo: “Me alegra. Tú también eres la persona en quien más confío en este mundo.”

El corazón de Alex latía con fuerza en su pecho mientras se inclinaba, sus labios rozando los de él.

Empezó como un beso amistoso, pero también era una pregunta.

¿Sentía él lo mismo que ella en este momento—la conexión, la necesidad de convertir lo que tenían en algo más?

Sus besos eran castos, pero llenos de promesa. Él la dejó llevar el ritmo, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Sus manos se posaron en la parte baja de su espalda.

Cuando ella se apartó, Carlos la acercó suavemente, su lengua asomándose.

Un suspiro suave escapó de los labios de Alex, separándolos apenas, dejándolo entrar para que pudiera saborearla. Una invitación que él aceptó de inmediato.

El beso se profundizó, su lengua era un explorador suave, trazando los contornos de su boca con una lentitud metódica. El mundo se redujo al roce de sus labios, mientras sus lenguas danzaban juntas.

El mundo parecía encogerse hasta incluir solo a los dos, ella sentada en su regazo, sintiéndolo envolverla. Sus dedos se enredaron en su cabello, tirándolo más cerca a medida que el beso se intensificaba.

Años de anhelo no expresado parecían condensarse en este único, electrizante momento, encendiendo una chispa dentro de ella que había estado dormida durante mucho tiempo.

Él se apartó ligeramente, sus respiraciones mezclándose. Un escalofrío recorrió la columna de Alex al sentir la barba de Carlos rozar su mejilla, un contraste agradable con la calidez de sus labios.

Su lengua recorrió perezosamente el borde de sus labios, enviándole otro escalofrío. Luego, él besó su cuello, su toque era ligero y exploratorio.

El ruido circundante desapareció, reemplazado por el latido de su corazón. Se olvidó de dónde estaban, del bar ruidoso, de la gente alrededor.

En alguna parte confusa de su mente, experimentó una mezcla de inquietud y un deseo extraño, desconocido: una especie de posesividad.

Como si el cuerpo de él le perteneciera de alguna manera, y por eso estaba bien que la estuviera besando en un lugar público.

Su boca encontró la de ella nuevamente.

Él la besó con todo su cuerpo esta vez, sus manos recorriendo su cuerpo, mientras ella intentaba acercarse aún más.

Esto no solo era cómodo; era un eco de algo más profundo, un reconocimiento de lo que realmente se sentía bien, lo que realmente se sentía como hogar mientras sus lenguas seguían su danza, profundizando el beso. Ella se movió, montándolo mientras se acomodaba en su regazo, sus piernas envolviéndose fuertemente alrededor de sus caderas, acercándolo aún más.

Él la atrajo más cerca, sus cuerpos presionados juntos, cada centímetro de ellos conectados mientras seguían besándose. Un gruñido bajo resonó en el pecho de Carlos cuando ella se apretó contra él, el calor de su cuerpo encendiendo un fuego dentro de él.

Una mano la sujetaba firmemente contra él, posesiva, mientras la otra le sostenía la cara, sus dedos la mantenían en su lugar, como si temiera perderla.

Los callos ásperos en las manos de Carlos contrastaban con la suavidad de la piel de Alex, enviándole un escalofrío de emoción por la espalda.

Ella sabía cuándo había conseguido esos callos.

Había sido en la clase de química, cuando accidentalmente derramó un químico en sus manos al no estar usando guantes.

Él se retiró nuevamente para morderle el labio inferior, luego el superior, y después se movió hacia su cuello, su cálido aliento haciendo cosquillas en su piel.

Perdida en el momento, se inclinó hacia él, sus dedos enredados en su cabello, sosteniéndolo contra ella.

Un fuerte carraspeo partió el cuarto en dos, rompiendo el mundo íntimo que habían construido a su alrededor.

Se separaron, recuperando el aliento.

Alex se sobresaltó, abriendo los ojos para encontrarse con la figura imponente del bartender. El bar tenuemente iluminado, con sus mesas de madera desgastada y los parpadeantes letreros de cerveza de neón, parecía materializarse a su alrededor una vez más.

El bartender, un hombre corpulento con un bigote de manubrio, estaba de pie junto a ellos, con los brazos cruzados. “Perdón por interrumpir, estamos cerrados,” dijo con voz ronca, “pero pueden seguir en su Uber de camino a casa.”

Las mejillas de Alex se sonrojaron al apartarse, de repente consciente de que estaban en un bar lleno. Carlos, luciendo un poco desconcertado, se pasó la mano por el cabello.

Alex miró entre Carlos y el bartender, su mente era un torbellino de confusión. Los recuerdos del pasado y las ansiedades sobre el futuro se arremolinaban en su cabeza, creando un nudo de incertidumbre en su estómago.

Siempre había dependido de él en momentos como este. En momentos así, cuando estaba perdida o enojada, confiaba en él como su apoyo incondicional.

Había estado allí desde el principio.

ALEX **& Carlos**

Hace 15 años

En la experiencia de Carlos De La Torre en la escuela primaria, dos verdades incuestionables siempre prevalecían: los dibujos bonitos y a menudo innecesarios en el pizarrón siempre estaban presentes durante las lecciones del Sr. Green, y siempre había una recaudación de fondos escolar.

Hoy, por primera vez, se preguntó si esto era una rareza de su escuela católica o alguna clase de verdad universal en la experiencia de la escuela secundaria.

Los costos del edificio de la escuela provocaban una actividad constante mientras los estudiantes y voluntarios vendían de todo, desde barras de chocolate hasta manzanas con caramelo y boletos para rifas.

La idea constante de que, incluso con el apoyo económico de sus padres, no era suficiente, más tarde se convertiría en una fuente de ansiedad para él.

Sin embargo, hoy no era ese día.

El espectáculo de talentos encabezaba la agenda, con el Sr. Green intentando convencerlos de participar. Los dibujos del Sr. Green estaban llenos de niños bailando y cantando.

Carlos se preguntaba si el Sr. Green deseaba estar en otro lugar, tal vez mostrando sus dibujos a otros adultos en lugar de intentar convencer a un grupo de niños de actuar en un show de talentos.

Los adultos siempre encontraban una forma de hacer que tus acciones fueran sobre ellos o te alentaban a hacer cosas que claramente deseaban para ellos mismos.

El Sr. Green concluyó su elaborado boceto en el pizarrón anunciando que era obligatorio que todos los alumnos de octavo grado se ofrecieran como voluntarios.

Carlos sintió que su atención se alejaba de su cuaderno.

Entendía que, como presidente de la clase de octavo grado, tenía la responsabilidad de estar comprometido, a pesar de su deseo de perderse en su novela de Tolkien y alejarse del salón de clases.

Ayudaría con la organización y sería quien tomara los boletos. Al terminar el día y dirigirse al gimnasio, se preguntaba por qué tenían que ayudar con la preparación.

Acomodó los muebles, mientras su mirada recorría el salón. Sus ojos se posaron en una niña, y una sacudida de sorpresa lo recorrió.

Su mirada se quedó en ella, admiración reflejada en su rostro. Sus rasgos eran delicados, enmarcados por mechones de cabello que captaban la luz, y sus llamativos ojos color avellana tenían una profundidad que lo atraía.

Sin embargo, era la belleza interior lo que realmente lo cautivaba—una fuerza tranquila que irradiaba de ella, una concentración inquebrantable en medio del bullicio de quienes la rodeaban. Parecía perfectamente contenta en su soledad, irradiando una paz que la hacía destacar aún más.

Su uniforme escolar parecía sencillo en comparación con los demás, sin los toques personales que muchas de las otras niñas habían añadido. Su largo cabello estaba recogido en una simple cola de caballo, en marcado contraste con los elaborados peinados de sus compañeras.

No se preguntó qué lo motivaba a acercarse a ella. A los trece años, no se hacía muchas preguntas. Moviéndose más cerca de ella, Carlos carraspeó.

Ella doblaba los programas con diligencia. “Hola, un gusto conocerte. Me llamo Carlos. Estoy en

octavo grado.”

Ella soltó una risa sarcástica, sus ojos fijos en el programa que doblaba meticulosamente. Las comisuras de su boca se torcieron ligeramente, formando una mueca tensa. “¿Y?”

“Eh, bueno, bienvenido. No creo haberte visto antes. ¿Estás en séptimo?”

Su mirada era helada cuando respondió, “Mira, no quiero ni necesito amigos. Sea lo que sea esto, ¿puedes dejarme en paz? Hay un montón de programas que doblar, y necesito concentrarme.”

Carlos asintió, dando un paso atrás. “Claro, bueno, me llamo Carlos. Soy uno de los que va a tomar boletos. Solo estamos preparando las mesas. Si necesitas ayuda o algo, puedo venir después.”

Carlos encontró sorprendente la rudeza de la niña, pero no le molestó. El último año, él había sido el gruñón con sus padres y su hermano menor, así que sabía que estar enojado no siempre era un gran problema.

“Maravilloso,” dijo ella con desdén, sin molestarse en mirarlo.

Más tarde.

La noche del espectáculo de talentos, Carlos tenía una sensación extraña. Sentía que algo iba a cambiar, y no entendía cómo ni por qué.

Fue a la escuela y recogió los boletos, sin prestar mucha atención al canto y baile dentro. Estaba en un pasillo largo y detrás de él estaba la entrada al comedor, donde se llevaba a cabo el evento.

A pesar de las decoraciones y la música fuerte, no podía deshacerse de la sensación de que algo iba a pasar.

A cada extremo del pasillo había varios laboratorios de computación, oficinas de maestros y baños. Carlos amaba las escuelas. Le gustaba que fueran lugares donde la gente iba a aprender y que él pudiera medir cuánto sabía. Le gustaba cómo estaban organizadas y eran fáciles de entender.

A mitad de la noche, se aburrió y hojeó el programa. En la portada, vio dibujos intrincados de niños bailando y cantando en estilo Kawaii.

Divertidos y amigables. Le hicieron sonreír.

De repente, frunció el ceño. Estos dibujos no parecían del Sr. Green. Los suyos eran buenos, pero más realistas.

Había algo de cuento de hadas en estos dibujos. Miró la firma debajo del dibujo. Alex Santana. Estaba preguntándose quién era cuando escuchó sollozos suaves. Cerró la caja de dinero y le pidió a Matt, su compañero de ventas, que vigilara la mesa mientras seguía los sonidos de llanto.

Bajó por el pasillo de oficinas y vio a alguien acurrucado en una esquina junto al armario de suministros, llorando en silencio.

La preocupación se dibujó en el rostro de Carlos. Se acercó con cautela, su voz suave y tentativa cuando preguntó, “¿Está todo bien?”

La chica se sobresaltó con sus palabras, levantando la cabeza para revelar unas mejillas empapadas de lágrimas.

Su voz, amortiguada por su regazo y espesa con emoción, murmuró, “Déjame en paz.”

Carlos frunció el ceño, su corazón retorciéndose de empatía. “Lo siento,” dijo con suavidad, “pero pareces muy triste. No puedo dejarte sola así. Pero si no quieres hablar, está bien. Solo me quedaré aquí en silencio hasta que estés lista.” Señaló el suelo junto a ella, su postura transmitía respeto por su espacio y disposición para ayudar si lo necesitaba.

Así que lo hizo. Se sentó en el suelo junto a ella, sin decir una palabra.

Cinco minutos después, ella dijo, “¿Por qué eres tan amable?”

Él rió, quitando una pelusa de sus pantalones. “No soy amable, pero tampoco voy a dejar que alguien llore solo en el suelo.” Carlos había aprendido temprano en la vida que, cuando te sientes mal, no hay mucho que puedas hacer al respecto. Solo tienes que quedarte con eso.

Su casa ahora mismo era un campo de batalla, y a menudo encontraba a su hermano menor acurrucado, llorando. Al principio, había intentado hablar con él, hasta que su terapeuta les explicó que podían simplemente sentarse juntos.

Ella asintió lentamente, limpiando una lágrima suelta de su mejilla. Cuando levantó la mirada, sus ojos parecían más tranquilos, pero aún quedaba un leve rastro de enrojecimiento. Su cabello caía desordenado alrededor de su rostro, enmarcando una expresión de confusión.

“Tienes razón,” admitió en voz baja, su voz apenas un susurro. “Perdón por haberte gritado antes.”

Sintió una punzada de simpatía. Ahora la reconocía—era la niña que había visto doblando programas antes. Una tensión incómoda colgaba en el aire; obviamente estaba pasando por algo difícil.

Dudó por un momento, luego habló, su voz pensativa. “Siento que estés triste. Es importante reconocer nuestros sentimientos. Mis padres se divorciaron el año pasado, y me acostumbré a los gritos. Todo lo que hago es hablar de sentimientos en terapia.”

Ella lo miró, la vulnerabilidad reemplazando la frustración. Un pequeño suspiro escapó de sus labios, y la tensión en sus hombros pareció aliviarse ligeramente. “Te reconozco,” empezó, con una voz más suave. “Nos hemos conocido antes. También te grité entonces. Perdón. No suelo ser una bruja. Mi papá está muy enfermo, y parece que todos fingen que todo está bien cuando no lo está.”

Alex sintió que volvía a la realidad. Había estado tan enojada durante tanto tiempo. Negar la verdad de lo que le estaba pasando a su papá la había estado lastimando activamente. Ahora que lo decía en voz alta, se sentía aliviada de una manera que no entendía del todo.

Carlos asintió, su expresión reflexiva y tranquila. “Sí, los adultos siempre mienten. Pero yo no, así que puedes contarme y te escucharé. Y no tienes que estar bien.” Carlos le dio a Alex lo que él había aprendido que necesitaba para sí mismo.

Una pequeña risa escapó de sus labios, la tensión aliviándose. “Gracias,” dijo. “Pero antes de

contarte mis secretos, debería decirte mi nombre. Soy Alexandra Aurora Santana, pero la mayoría de la gente me llama Alex."

Él le ofreció una cálida sonrisa. "Mucho gusto, Alex. Yo soy Carlos De La Torre. Oye, ¿tú dibujaste la portada del programa escolar? ¡Estaba increíble!" Sabía que había algo especial en esos volantes.

Ella sonrió de vuelta. "Dibujar es lo único que me ayuda a entender mis sentimientos. Estoy en séptimo grado, por cierto."

Miró a sus cálidos ojos marrones. Era la primera persona, además de su tía y su papá, con la que había hablado en oraciones completas en meses.

De repente se sintió más liviana.

La forma en que él había aceptado lo que dijo la hacía sentir menos sola. Él sonrió, una chispa de conexión iluminando su día. "¡Lo sabía!"

Hizo una pausa, una pregunta formándose en sus labios. Quería saber más sobre ella, sobre los dibujos, sobre por qué se sentía sola.

Pero tenía que volver a vender boletos. Así que la invitó a sentarse con él en la mesa, y ella aceptó.

Ella lo observó vender boletos y se calmó tanto que, cuando su tía llegó para recogerla, notó que Alex estaba más contenta.

CINCO

Cruzando Líneas

"LAS PERSONAS COMO NOSOTROS QUE CREEMOS EN LA FÍSICA SABEMOS QUE LA DISTINCIÓN ENTRE PASADO, PRESENTE Y FUTURO ES SOLO UNA ILUSIÓN OBSTINADAMENTE PERSISTENTE." — ALBERT EINSTEIN

CARLOS Y ALEX

El Presente

Y fue ese día que Carlos escuchó por primera vez su voz interior. Pero al crecer, a veces te olvidas de lo que sabías de niño.

Ese fue un punto de inflexión, y de alguna manera su mente lo llevó de vuelta al principio. Esa conversación sencilla floreció en una amistad con alguien que se convertiría en su confidente más cercana. Esa confianza interna lo había guiado hacia ella. Quizás no estaba tan mal confiar en tu instinto. Tal vez debería ser más suave con su hermano.

El pensamiento cruzó su mente rápidamente, siendo reemplazado por Alex.

Con los años, su vínculo había sobrevivido incontables tragedias, forjando una comprensión profunda basada en el apoyo mutuo. Eran el ancla del otro, una fuente constante de fuerza.

Por eso, cuando el cantinero les dijo que ya era hora de irse, confió en su instinto.

Se inclinó hacia ella, su voz baja resonando en su oído. “Vámonos de aquí,” murmuró, sus ojos fijos en los de ella, seguros.

“Podemos ir a mi casa; está más cerca.”

“Sí,” susurró ella, con la voz ronca de emoción. El aire se le quedó atrapado en la garganta cuando sus dedos rozaron su mejilla.

Asintió, con una mirada de anhelo en sus ojos. “Quiero estar contigo. Necesito estar contigo.” Él no sabía exactamente a qué se refería, pero no importaba; el tono posesivo en su voz lo hizo perder el control.

El silencio entre ellos era cómodo al salir del bar. Sus dedos se entrelazaron mientras caminaban. Ese simple acto les brindaba consuelo, tanto al darlo como al recibirlo.

Pidió un Uber, y mientras esperaban, tuvieron una pausa temporal de los pensamientos enredados y los deseos no dichos que colgaban pesadamente en el aire. Ambos podían considerar

lo que realmente querían.

Él sabía que ella acababa de romper con su novio. Estaba más vulnerable de lo que la había visto en años.

El aire se le quedó atrapado en la garganta, una duda cruzando su rostro. Luego, como si no pudiera resistir más, la abrazó con fuerza, apretándola contra su pecho. Ya había pasado el punto de la razón.

El calor de su abrazo se filtró en ella, un contraste con el frío de la noche. Ella dejó escapar un suspiro suave, su cabeza encontrando su lugar de descanso contra su pecho. El mundo a su alrededor parecía desvanecerse.

El único sonido en el que se concentraba era su latido constante bajo su oído. Era un ritmo que conocía bien, un punto de apoyo reconfortante frente a las emociones que la invadían.

Una parte de ella sabía que estaban tomando una decisión impulsiva, pero nunca había tenido la oportunidad de cometer errores.

Su vida, marcada por la responsabilidad desde joven, le había dejado poco espacio para la espontaneidad. Pero aquí, con Carlos, todo parecía extrañamente fácil, casi como si fuera el destino. La preocupación por su trabajo, la tristeza persistente por su padre... todo eso parecía distante, reemplazado por una profunda sensación de paz en sus brazos.

Todas las preocupaciones del último año, el dolor en su vida, las incertidumbres del futuro, se desvanecían en sus brazos.

Mañana enfrentaría las preguntas sobre lo que esto significaba, pero por ahora, simplemente se dejó hundir más en su abrazo reconfortante.

Sus dedos permanecieron entrelazados mientras subían al Uber, un entendimiento silencioso flotando entre ellos. El aire vibraba con una certeza nueva, no dicha pero potente.

En la puerta de su casa, lo no dicho se intensificó. Carlos buscó las llaves torpemente, el momento se estiraba mientras el silencio llenaba el espacio. La puerta hizo clic al abrirse, y el silencio parecía amplificar los latidos rápidos de sus corazones.

Él la atrajo hacia él, sus ojos encontrándose en el suave resplandor de la luz del pasillo.

Su beso, cuando llegó, fue más que algo físico. Fue una promesa susurrada, un eco de deseos no expresados que finalmente encontraban su voz. Exploró su rostro con caricias suaves, cada beso era como una pincelada, pintando un mapa intrincado de deseo y ternura.

Carlos recorrió con un dedo su cuello, deteniéndose en la piel sensible de su lóbulo. Lo mordió y succionó ahí. Un gemido suave escapó de los labios de Alex, un sonido que resonó profundamente dentro de él. Quería que ella perdiera el control, quería verla loca por él.

Su deseo no estaba impulsado por una necesidad de poseer o dominar, sino por un genuino deseo de cuidarla, de ofrecerle el consuelo y amor que creía que ella merecía. Quería ser la fuente de su placer, no solo del suyo.

"Bien", pensó en la distancia. Quería hacerla sentir bien. Se lo merecía, merecía sentirse amada y

bien.

La besó suavemente y luego trazó un camino hacia su cuello, mordiéndolo y succionándolo, queriendo dejarle un chupetón. Ella gimió y lo acercó más, susurrando: "más fuerte". Su voz le provocó un escalofrío.

El deseo de ver las marcas que le dejaría en la piel al día siguiente lo consumía. “Mañana, cuando las vea”, pensó, “recordaré este momento, sabré que fue real”.

Quería saber qué la hacía gemir y qué la hacía suspirar.

Deslizó sus manos por su espalda, dejándolas vagar por su cuerpo, tomando sus nalgas para hacerle sentir su intenso deseo por ella.

La sintió retorcerse bajo sus manos mientras la presionaba contra su erección.

Se apartó ligeramente, mordiendo sus labios, murmurando contra ellos mientras lo hacía, y dijo: "Voy a saborearte en todas partes".

De repente, estaban en su habitación. La estaba sosteniendo, besándola suavemente y mirándola a los ojos, asegurándose de que disfrutara la experiencia.

Apretó sus manos contra las nalgas de Alex, enseñándole cómo moverse contra él, cómo volverlo loco de deseo.

La presionó suavemente contra la pared mientras se frotaba contra ella. “Carlos,” jadeaba, tratando de recuperar el aliento, su voz un reto y una demanda, “quiero”.

Él bajó el cierre de su vestido, besándola suavemente mientras murmuraba contra sus labios: "¿Qué quieres? Dímelo y te lo daré".

Sus manos deslizaban el vestido fácilmente.

Cuando se reunió alrededor de su cintura, él tomó sus pechos y acarició los pezones, llevando uno a su boca.

Ella lo sostuvo más cerca, animándolo a chupar con más fuerza.

Temblando de placer, sus manos agarraban fuertemente sus hombros mientras su lengua se movía hacia su otro pecho. Su boca cubrió el pezón, su barba dejando suaves rasguños mientras lo succionaba profundamente en su boca. Y aún no era suficiente.

Ella gimió, "necesito más".

Carlos sonrió contra sus labios, adorando su actitud mandona, deseando sus exigencias, y levantó la suave tela de su vestido, queriendo complacerla.

Una mano en su cadera, sosteniendo el vestido arriba, mientras que la otra se movía lentamente sobre su vientre.

Finalmente, su dedo se movió hacia el lugar donde más deseaba sentir, mientras su boca volvía a la de ella, besándola profundamente.

Su dedo trazó un camino lento dentro de ella, percibiendo su calor mientras su lengua luchaba

apasionadamente con la de ella.

Se tomó su tiempo, acariciando suavemente con su dedo, disfrutando de la humedad que encontraba ahí, sabiendo que era por él, para él.

Ella se retorcía contra él, queriendo que su dedo entrara más profundo. Sintiendo su impaciencia, retiró su dedo, besando y succionando su cuello mientras deslizaba su vestido hasta dejarlo caer.

El vestido se amontonó a sus pies, y ella salió de él.

Se sentía abrumada por el placer del momento, por quién era él, por su propia necesidad.

Demandó, “Quiero más.”

Él respondió, “Quiero darte más.” Mientras caía de rodillas, sus ojos vidriosos y desenfocados, su boca lamía un camino perezoso por su cuerpo. Le quitó los zapatos y le bajó las bragas con reverencia. Se acercó a su cuerpo.

Al verla así, solo podía pensar en saborearla. Se inclinó y presionó un beso en la parte interna de su rodilla, luego en la suavidad de sus muslos mientras subía hacia ese lugar.

Desesperadamente quería lamerla y succionarla, hacerla suya.

Le separó los muslos y miró con necesidad sus pliegues rosados, tan mojados y listos para él. Brillaban y lo tentaban. Se endureció más, deseando entrar en ella y experimentar ese calor.

Pero fue paciente, saborearla era igual de importante. Volverla loca cumpliría su deseo de hacerla feliz. Deslizó su lengua sobre ella, disfrutando el dulce sabor que su cuerpo producía para él.

Se tomó su tiempo, dándole lamidas largas y lentas, aumentando el ritmo poco a poco. Saboreaba su sabor, mordisqueando suavemente y murmurando contra su entrepierna.

La provocó y prolongó el placer hasta que ella se arqueaba contra su boca, exigiendo más.

Él se perdió en el momento.

Le encantaba aprender qué la hacía acercarse más, qué la hacía gemir. Recogía información, mientras sostenía su cuerpo cuando amenazaba con colapsar.

Todos sus sentidos cobraron vida. Era como si pudiera sentir su lengua y su boca acariciando cada parte de su cuerpo, mientras ella susurraba suavemente su nombre.

Le acariciaba el cabello y lo atraía más hacia ella, empujándose contra su boca. Él empujó la punta de su lengua dentro de ella.

Sabía a sueños y deseos, como si le perteneciera.

La lamió con intensidad, sin darle tiempo ni espacio para pensar hasta que ella gimió fuerte, llegando con fuerza contra su boca. Y él consumió su liberación, lamiendo mientras ella atravesaba el orgasmo más poderoso que había experimentado. Se sentía agradecida de que la pared la sostuviera mientras recuperaba el aliento.

Él nunca había visto algo más hermoso que ella perdiendo el control por él. Se levantó de sus

rodillas y la abrazó.

Ella temblaba bajo su toque, dejando escapar un suspiro suave mientras apoyaba su cabeza contra su pecho. Había tantas emociones fluyendo dentro de ella.

La intensidad de ese momento era algo que nunca había experimentado. Él la había devorado, y no solo lo había deseado, sino que lo había exigido.

Sabía que con él estaba segura, que podía pedir lo que necesitaba. Él le acarició la espalda y movió su rostro hacia arriba, mirándola a los ojos. Ella vio su amor reflejado ahí y se lo devolvió.

Era como ver una estrella fugaz. Sabías que tenías que detenerte porque tal vez nunca volverías a ver algo así, el momento lleno de un abrumador sentido de asombro y posibilidad.

Él encontró su mirada, una pregunta flotando en lo profundo de sus ojos. ¿Este lazo que habían construido, una base que se había formado durante quince años, se extendía hasta este momento? ¿Podrían hablar de lo que estaba pasando ahora?

Un entendimiento silencioso pasó entre ellos, un suave asentimiento que decía más que cualquier frase. Había vulnerabilidad en sus ojos.

Le acarició la espalda suavemente, esperando a que su respiración se calmara. "¿Quieres parar?"

Carlos necesitaba pedirle su consentimiento explícitamente antes de cruzar la línea, sabiendo que Alex había estado molesta. También tenía miedo. Había una guerra dentro de él.

Tenía la sensación de que esto alteraría sus planes, lo que pensaba que quería para sí mismo. Pero no podía detenerlo. No quería detenerse, a menos que ella lo hiciera.

Alex sabía que más tarde tendría muchas preguntas, pero se sentía relajada y tan lista para sentirlo dentro de ella. Colocó una mano en su pecho, acariciándolo suavemente, respondiendo, "No quiero parar. Estás tan duro. Te necesito dentro de mí."

Él quería hacer lo que ella le pedía, pero esto no era un encuentro pasajero, un momento de deseo fugaz. Era una decisión, un salto hacia algo más profundo, algo con el potencial tanto de belleza como de consecuencias.

"Alex," exhaló, viendo cómo ella se movía contra él, dándole pequeños besos y mordiscos en su pecho.

Cerró los ojos mientras las manos de ella se movían sobre él, rozando su pezón. Lo estaba tentando, nublando su mente.

Él gimió suavemente, su voz ronca de anhelo mientras decía, "Hay más en esto de lo que queremos ahora mismo. Esto... esto cambia todo después. Tengo protección, no porque haya estado con alguien, sino porque..."

Ella dejó de besarlo y lo miró a los ojos, colocando su mano sobre su boca para silenciarlo.

Carlos pensaba demasiado. Era una de las muchas cosas que ella amaba de él. Pero en este momento, solo quería esto. Levantó la boca hacia la de él, besándolo suavemente unas cuantas veces.

Dejó que su lengua explorara lentamente sus labios hasta que él los abrió, dándole acceso. Le transmitió su deseo.

Después de sentirlo relajarse contra ella, se apartó y dijo, "Estás hablando demasiado. Confío en ti. Te quiero."

Casi esperaba que él se apartara, que quisiera hablar más, pero él se inclinó hacia ella. Se dejó llevar, tomando la iniciativa de nuevo. Besó su garganta, mordió el hueco de sus clavículas y luego volvió a sus labios.

Sus manos se deslizaron sobre su cuerpo, apreciando todo lo que tocaba. Su boca llegó a sus pechos, succionando intensamente, acariciando la suave carne hinchada, apretándola suavemente hasta que ella se retorció debajo de él.

"Eres terrible para mi autocontrol. Tienes una manera de hacerme olvidar todo," murmuró, su voz cargada de emoción. Los besos eran perezosos al principio. Los sonidos que ella hacía, todas sus demandas, iban directos a su miembro.

Estaba más caliente y más duro de lo que jamás recordaba. Los besos se profundizaron mientras sus manos bajaban por su cuerpo, sus dedos moviéndose lentamente hacia la piel suave de su vientre. Luego, atraídos magnéticamente de nuevo hacia dentro de ella, al lugar donde su miembro quería entrar.

Sintió la combinación de la humedad que acababa de saborear y la humedad que él mismo había generado al separar sus pliegues suaves y llenos.

Gimió en su boca, succionando su lengua, hundiendo más profundamente sus dedos dentro de ella. Mientras la tocaba, se imaginaba la sensación que experimentaría cuando ella lo envolviera con ese calor, lo abrazara en esa calidez húmeda.

Pronto la penetraría y sentiría cómo lo envolvía.

Lo excitaba aún más saber que ella estaba mojada por él, y que sentía su propia humedad dentro de ella. La acarició desde dentro, mientras su boca seguía besando sus labios, mordiéndolos, queriendo que ella perdiera el control tanto como él.

Ella tembló cuando sus músculos internos apretaron su dedo, mientras su pulgar hacía pequeños círculos en su centro.

Él tocaba con más confianza ahora porque ya había aprendido lo que a ella le gustaba. Cómo quería que sus manos estuvieran sobre ella.

Su lengua entró en la boca jadeante de ella de nuevo y coincidió con el movimiento del dedo en su cuerpo que la estaba provocando. Primero lento y perezoso, luego más rápido, exigiendo su rendición.

Se movían en un ritmo que la hacía jadear, incapaz de besarlo, así que mordió su boca en su lugar.

El dedo entraba, giraba, salía, en un círculo hacia dentro y fuera, presionando profundamente, haciéndola estremecerse.

Alex gimió cuando su mano se liberó de su cuerpo.

Su beso la silenció mientras sus brazos la envolvían por las nalgas, llevándola la corta distancia hasta su cama. Se desnudó rápidamente y se puso protección. Ella lo miraba desde las almohadas, sonriéndole, mientras él se acercaba a la cama.

Lo miró de arriba abajo, admirando su cuerpo tonificado, antes de centrar la vista únicamente en su miembro.

Dijo, "Eres tan sexy, Carlos De La Torre."

Él no podía responder. No podía pensar. Ella lo volvía loco. Necesitaba estar dentro de ella. Se unió a ella en la cama.

Ella lo atrajo hacia sí, sus dedos enredándose en su cabello. Quería su cuerpo duro cubriéndola, la longitud gruesa de su miembro, que estaba presionando contra su vientre, penetrándola.

Lo quería ahora. Fuerte y profundo. Él la penetró lentamente, muy lentamente.

Le dio un minuto para ajustarse a su presencia, la besó suavemente, mientras ella movía sus piernas a su alrededor, queriendo atraerlo más profundo.

Ella gimió mientras él la miraba, sus ojos avellana vidriosos, sus labios entreabiertos y rojos.

Carlos se había perdido irrevocablemente. Fascinado por Alex, por la manera en que lo satisfacía, su aroma, la sensación de ella debajo de él.

Ella se inclinó hacia adelante y puso sus labios en su cuello, dejando que su lengua lo lamiera. Los músculos bajo la piel se tensaron y saltaron, y un gruñido profundo brotó de su pecho.

Se movieron juntos en la cama, enredados en las sábanas, acercándose más con cada momento compartido, sus manos atrayéndolo mientras él se movía dentro de ella.

Sus uñas lo arañaban, rascando con placer. Cuando ya no podían besarse, él lamía sus labios y la dejaba perseguir su lengua con la suya.

Sus movimientos eran una mezcla de rápidos y lentos, una danza intrincada de deseo y necesidad.

Un gemido escapó de los labios de él mientras la penetraba más profundo, enviando olas de placer por su cuerpo.

Todo parecía moverse a la vez, pero cada momento se alargaba, marcado por el ritmo de sus cuerpos moviéndose juntos. Ella sintió un placer intenso cuando él agarró su mano, entrando y saliendo de ella.

Él se apartó y la observó, memorizando cada emoción que cruzaba su rostro.

Ella se tensó, y el mundo explotó, y su orgasmo la envolvió.

Él permaneció dentro de ella mientras su cuerpo se tensaba. La sostuvo. Cediendo al placer, experimentó el pulso rápido en su garganta mientras inclinaba la cabeza.

Cuando su respiración vaciló, él presionó sus labios contra su cuello, sintiendo su pulso

acelerado.

El cansancio se mezclaba con una sensación eufórica mientras yacían lado a lado, sus respiraciones resonando suavemente en la habitación silenciosa. El resplandor del momento los envolvía como un cálido capullo. Alex, aún sin aliento, nunca había experimentado tanta pasión, dejándola sin palabras en un estado de casi reverente asombro.

Carlos, sintiendo la necesidad de hacer algo, se levantó y fue al baño. Regresó y colocó un vaso de agua en la mesita de noche junto a ella. Luego se acostó a su lado y tomó su mano.

Sintiendo la fuerza de su mano en la suya, Alex lo miró. Estaban acostados en silencio, su mano sosteniendo la de ella. Hasta que rompió el silencio.

"Hay cosas que decir sobre esto, pero ¿podemos esperar para decirlo? Me derritiste. No puedo hablar de todo esto mientras estoy así..." Su voz se apagó, abrumada por la intensidad del momento.

Su mano se sentía como un ancla física, manteniéndola en el presente.

Ella intentaba detenerlo de decirle lo que esto debería significar.

Su risa fue un cálido murmullo en la habitación silenciosa.

"Tú también me derretiste," murmuró, su voz más suave que nunca. Una ola de paz inesperada lo invadió.

Dormir con Alex había sido una decisión espontánea, impulsada por la emoción cruda en lugar de su enfoque habitual, guiado por la lógica. No era ingenuo.

Sabía que esta decisión no sería sin consecuencias, afectando el mundo cuidadosamente construido que había levantado a su alrededor.

Pero en ese momento, enfrentar lo desconocido parecía menos aterrador, casi emocionante. Ella gimió juguetonamente, acurrucándose más cerca de él.

"Deja de pensar. No hables." Carlos se rió, atrayéndola más cerca. "

ALEX

Hace 3 años

La ceremonia de graduación estaba a punto de comenzar en el vibrante campus de la Universidad de California, Santa Cruz. Alex sonrió mientras miraba a su alrededor, admirando los edificios dispersos entre los árboles de secuoya que daban vista al brillante Océano Pacífico a lo lejos.

Alex se sentaba junto a los padres de Carlos. Su padre, el Dr. De La Torre, profesor de física en una pequeña universidad de artes liberales, y su madre, Alana Shapiro-Farkas, editora de una notable revista local para mujeres. A pesar de estar divorciados, mantenían una relación cordial, aunque un poco fría.

Ambos se habían vuelto a casar, y parecían “llevarse bien.” Parecían ser la palabra clave, ya que pasaban la mayor parte del tiempo juntos haciéndose pequeñas indirectas.

Para Alex, estar cerca de ellos era confuso y estresante, pero jamás le mencionaría eso a Carlos. Alex miró el programa en sus manos.

Tener un amigo con un doctorado era tanto intimidante como extraño. Se preguntó si debería empezar a llamarlo "Dr." a partir de ahora.

Sonrió para sí misma, pensando: “Bueno, no es exactamente del tipo que salva vidas, así que tal vez no.”

Como si lo hubiera invocado, Cynthia, la novia de Carlos, se unió a ellos. Un cambio en la atmósfera acompañó su llegada. Alex siempre tenía la impresión de sentirse un poco abrumada por Cynthia, quien lograba que Alex sintiera que necesitaba cargar un diccionario.

Usaba palabras como “erudita” y “nebulosa.”

“¡Saludos a todos!” anunció Cynthia, con un entusiasmo que irradiaba en su voz. Sin embargo, su sonrisa nunca alcanzaba sus ojos mientras saludaba a Alex con un asentimiento educado.

“Hola, Cynthia,” respondió Alex, forzando una sonrisa. “Debes estar increíblemente orgullosa de Carlos.”

Cynthia se encogió de hombros, su confianza inquebrantable. “Es la trayectoria esperada, ¿no crees? Honestamente, más que orgullosa, estoy frustrada. Aceptó un trabajo en Chicago, y la verdad, la idea de dejar Santa Cruz por el invierno en Chicago no me entusiasma en lo más mínimo.”

Alex asintió; tampoco esperaba que Carlos quisiera mudarse de nuevo. Tenía la sensación de que él era más feliz estando lejos de sus padres. Pero Carlos había sorprendido a todos al anunciar que, a pesar de tener otras opciones, elegía regresar a casa para trabajar con un profesor al que respetaba en Chicago.

Alex se removió incómoda en su asiento por el exceso de sinceridad de Cynthia. Aunque, pensándolo bien, Cynthia siempre había sido una persona peculiar. Todos los que había conocido que estudiaban para un doctorado le parecían un poco demasiado intensos.

Excepto Carlos.

Cynthia se acercó más, murmurando en voz apenas audible. “Sabes, Alex, tienes suerte de no ser tú quien esté saliendo con él.”

Alex parpadeó, sorprendida por el repentino cambio de conversación. “¿Qué?” balbuceó.

“Carlos,” continuó Cynthia, con un leve toque de amargura en su voz. “Es un evitativo de manual. El compromiso parece asustarlo. Todo con él es trabajo, trabajo primero, siempre.”

La mente de Alex se quedó en blanco, tratando de reconciliar las palabras de Cynthia con su propia experiencia. Habían crecido juntos, compartiendo toda una vida de secretos y experiencias. “No, eso no puede ser verdad,” pensó, recordando el apoyo incondicional que le dio tras la muerte de su padre.

Había volado para verla en medio de la escritura de su tesis doctoral. Las acusaciones de Cynthia parecían fuera de lugar, especialmente considerando la reciente decisión de Carlos de regresar a casa a pesar de su tensa relación con sus padres.

Pero, ¿qué sabía ella?

Carlos y Cynthia eran muy intelectuales. Alex suspiró en silencio. Cynthia siempre le provocaba dolor de cabeza.

Cynthia se enderezó, y sus ojos se dirigieron al escenario cuando comenzaron a sonar las primeras notas de la marcha de graduación. “Terapia,” declaró, ahora en un tono más suave.

“Eso es lo que sugiero. Veremos si ayuda.”

La cruda honestidad dejó a Alex sin palabras. Era mucho para asimilar, y el inicio repentino de la ceremonia no le dio tiempo para reflexionar.

A medida que la melodía familiar llenaba el aire, Alex no pudo evitar sonreír.

Carlos estaba regresando a casa. Su mejor amigo volvía después de ocho largos años.

La emoción burbujeaba dentro de ella, teñida de una pizca de incertidumbre sembrada por las palabras de Cynthia.

SEIS

Una Base Segura

"LOS AMANTES NO SE ENCUENTRAN FINALMENTE EN ALGÚN LUGAR, HAN ESTADO EL UNO EN EL OTRO TODO EL TIEMPO..." – RUMI

CARLOS

La luz de la mañana se filtraba a través de las persianas, dibujando líneas sobre sus cuerpos entrelazados en la cama.

Carlos, ya despierto, trazaba con la mirada la suave curva de la mejilla de Alex. Su respiración, cálida y rítmica, hacía cosquillas en su cuello mientras dormía plácidamente. Sentía una especie de asombro que rara vez asociaba con el sexo.

Nunca esperó que recogerla llevara a que terminaran durmiendo juntos. El impulso posiblemente había sido lo más tonto que había hecho.

La culpa era de ella; no podía detenerse porque ella le había dicho que sí una y otra vez.

Ella lo hacía querer ser más romántico de lo que realmente era, salir en citas y planificar.

Sin embargo, una parte de él reconocía que eso entraba en conflicto con sus prioridades actuales de establecerse en su carrera y asegurar la tenencia.

Desde su primera sesión de terapia a los trece años, Carlos había buscado la estabilidad emocional.

Descubrió que la forma más fácil de lograrlo era enfocarse únicamente en su carrera y en su amistad inquebrantable con Alex.

Sabía que el compromiso no era su fuerte, como lo demostraba su historial de relaciones fallidas.

Casi podía escuchar la voz de su ex en su mente, etiquetándolo como una decepción en el romance tradicional.

Pero nunca había tenido una amante que reaccionara ante él de esa manera.

Mientras la miraba, recordó cómo su cuerpo había cobrado vida bajo su toque—cómo se arqueaba hacia él, jadeando con cada beso, con sus ojos brillando con una mezcla de emoción y necesidad.

Ella lo había acercado más, exigiendo más con cada gemido y suspiro, sus manos enredadas en su cabello como si lo anclaran a ella.

El calor de su piel bajo sus dedos, la forma en que su respiración se aceleraba cuando trazaba la curva sensible de su cuello.

El recuerdo de sus susurros resonaba en su mente, instándolo a explorar cada rincón de su cuerpo, a saborearla, y su respuesta.

Ella se había aferrado a él como si fuera su salvavidas, y en ese momento, se sintió poderoso y vulnerable al mismo tiempo, arrastrado por la intensidad entre ellos.

Carlos no podía sacudirse la imagen de ella perdiéndose en el placer, sus ojos cerrados, su boca entreabierta en un suave jadeo mientras él la tocaba.

El pensamiento de que se entregara tan completamente le provocaba un escalofrío, dejándolo preguntándose cómo alguien podía sentirse tan bien, tan perfectamente en sintonía con él de todas las maneras posibles.

Mientras la observaba, otros pensamientos se colaron; tenía que irse a trabajar en una hora. Su día estaba lleno de citas y responsabilidades esperando más allá de ese abrazo robado.

Una punzada de anhelo agridulce tiraba de su corazón. Quería quedarse, perderse en el santuario tranquilo que ella le ofrecía, pero de repente, el insistente timbre de su teléfono sonó, rompiendo el momento y sus pensamientos.

Suavemente apartó un mechón de cabello de su rostro, su toque era una promesa silenciosa, un voto para navegar lo que fuera que esto era.

Alex abrió los ojos y habló. “Buenos días, Carlos,” dijo juguetonamente.

Había estado en su casa decenas de veces antes y solía burlarse de él, diciéndole más de una vez que su casa parecía un hotel—vacía y sin carácter.

Pero en ese momento, parecía demasiado distraída para bromear al respecto.

Se miraron, y ninguno dijo una palabra. La realidad de lo que había pasado se hundió en ambos, una mezcla de emociones creciendo dentro de él: incertidumbre, sorpresa, esperanza, y un poco de miedo.

“Buenos días, Alex,” murmuró Carlos, su voz un poco más suave de lo habitual. La miró por un momento.

“Ambos tenemos que trabajar pronto, ¿no? Quizás nos duchamos aquí y luego hago unos omelets.”

Le gustaba cocinar; el proceso metódico ofrecía una distracción bienvenida.

Esta vez, el ritmo de cortar los ingredientes esperaba proporcionarle una escapatoria temporal de la conversación que pesaba en el aire.

“Los omelets suenan increíbles,” respondió ella, con una pequeña sonrisa cautelosa jugando en sus labios.

Carlos se levantó de la cama, sus movimientos eran algo cautelosos. Evitó encontrarse con sus ojos mientras buscaba unos shorts en su cajón.

Le lanzó una camiseta a Alex. “Puedes usar este baño,” dijo, su voz apenas un susurro.

“Yo usaré el de invitados.”

El aire chisporroteaba con tensión y palabras no dichas, pero el silencio no era incómodo.

Se conocían demasiado bien, y confiaban el uno en el otro lo suficiente como para saber que todo estaría bien. Se dio una ducha rápida y se dirigió a la cocina.

Estaba tan escasamente amueblada como el resto de su casa, la luz de la mañana se filtraba por la pequeña ventana sobre el fregadero.

Pero tenía comida. Empezó a sacar los favoritos de Alex, sin cuestionar por qué siempre los tenía a la mano.

Comenzó a preparar su favorito.

El aroma de la espinaca salteada se mezclaba con el toque ácido del queso de cabra, creando una atmósfera reconfortante que lo distrajo momentáneamente de la ansiedad que zumbaba en su pecho.

Batió los huevos en un tazón, su color amarillo brillante contrastaba con los tonos apagados de su entorno.

Mientras revolvía, su mente divagó hacia los mensajes sin leer que se acumulaban en su teléfono, cada uno un recordatorio de las conversaciones que evitaba con sus padres.

Ellos tenían una manera de hacerle nudos en el estómago con sus expectativas, especialmente ahora que estaba en camino para obtener la tenencia.

El peso de ese expediente lo acechaba, una colección de su trabajo que sentía tanto significativa como sofocante.

Vertió los huevos en la sartén, el sonido del chisporroteo una distracción momentánea del caos que giraba en su cabeza.

¿Qué significaba construir un futuro cuando se sentía tan dividido?

Luego estaba Alex. El pensamiento de ella provocaba un calor que lo recorría, pero rápidamente se veía opacado por la incertidumbre.

Habían cruzado una línea, y todo se sentía amplificado—su amistad, su conexión tácita, y las implicaciones de lo que había sucedido entre ellos.

La forma en que ella se había derretido contra él, cómo su risa había llenado el aire, y cómo ella se había aferrado a él como si fuera lo único que la mantenía en pie en ese momento.

Los omelets tomaron forma.

Los bordes se tornaban dorados y crujientes mientras los doblaba. ¿Cambiaría todo? Se preguntaba, sus manos trabajando instintivamente mientras su mente corría.

Y luego estaba la realidad de su vida. La vacuidad de su apartamento le recordaba que aún necesitaba encontrar muebles, para que este lugar sintiera como un hogar y no como una parada temporal.

Tenía tanto que hacer, y no suficiente tiempo para hacerlo.

Alex apareció en la cocina, sentándose en su taburete improvisado, que era una maleta. Era una imagen que tanto lo divertía como lo entristecía.

Ella sonrió y señaló alrededor de la habitación. “De verdad necesitas muebles.”

Él asintió, “¿No me lo digas?”

Comieron el desayuno en un silencio incómodo, cada uno perdido en sus propios pensamientos en lugar de disfrutarlo con risas y conversación.

Alex rompió el silencio. "Carlos, necesitamos hablar sobre... anoche. Va a ser incómodo porque todo sucedió tan de repente, y no entiendo cómo pasó. No me arrepiento de que haya sucedido. Vaya, esto es mucho de 'lo que pasó'.

Pero, bueno, deberíamos hablar de los momentos intensos antes de que mi cerebro explote".

Hizo un gesto entre ellos, disculpándose, una risa nerviosa escapó de sus labios mientras se sonrojaba y escondía su rostro. "Toda esta situación es un poco abrumadora, por decir lo menos".

"Momentos intensos. Lo que pasó. Esto es serio. Estás haciendo bromas terribles".

Carlos se rió, un suave retumbar en su pecho, dejando el tenedor sobre la mesa con un suave tintineo. Era todo extraño, pero verla sonrojarse, su vulnerabilidad expuesta, lo anclaba en la realidad.

Ella le ofreció una sonrisa vacilante, sus ojos reflejaban incertidumbre y miedo. Anoche había sido... intenso. Habían estado completamente sincronizados, en una frecuencia que solo ellos entendían.

"Anoche... fue increíble". La voz de Alex temblaba ligeramente, y sus manos se movían inquietas en su regazo.

"Pero necesito aclarar las cosas". Hizo una pausa, mirando a Carlos, su expresión vacilante. "No es que tú quieras más. Quiero decir, no sé lo que quieres. Pero probablemente deberíamos esperar. ¿Verdad?".

Su mirada cayó, un ceño fruncido asomaba en su frente. "Quiero decir, ambos estábamos bebiendo... tal vez demasiado. No es que crea que esto pasó solo porque bebimos", dijo apresuradamente, las palabras tropezando unas con otras.

Un suspiro escapó de sus labios mientras continuaba, "Necesito aclarar mi carrera antes de pensar en nosotros, en esto. Además, acabo de terminar con Michael".

Hizo una pausa, su voz apenas un susurro. "Espera, ¿esto me convierte en una cualquiera?".

La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada con incertidumbre. Alex rápidamente se llenó la boca con el omelet, como si intentara detener la avalancha de pensamientos que amenazaba con

desbordarse.

Carlos se rió suavemente, extendiendo la mano para tomar la de ella. Sintió el calor de su piel contra la suya, lo que lo conectó con el momento.

Sabía que Alex se volvía algo tonta cuando estaba nerviosa, y entendió que debía responder con honestidad para aliviar la tensión que los rodeaba.

"Escucha, Alex", dijo, su voz firme pero suave, "No quiero forzarte a nada. No hay prisa por resolver esto". Apretó su mano con suavidad, su pulgar acariciando sus nudillos. "Primero somos amigos. Quiero que descubras lo que necesites descubrir".

Hizo una pausa, dejando que su mirada se quedara en la de ella, absorbiendo la mezcla de emociones reflejadas en sus ojos.

"Y no, no eres una cualquiera. Si acaso, Michael es el que lo es. Bueno, tal vez tú seas una. Puedes serlo si quieres. Yo apoyo que las mujeres sean lo que quieran ser".

Su declaración resonaba en su mente, sumándose al lío de deseos que también él intentaba desentrañar.

La verdad era que él tampoco sabía exactamente qué debían hacer. Pero admitirlo sentía como una vulnerabilidad que aún no estaba listo para compartir.

Notó que Alex soltaba una risa nerviosa, el sonido un poco más agudo de lo que era habitual, incluso para ella misma.

Lo empujó juguetonamente en el brazo, añadiendo, "Gracias. Solo quiero la libertad de explorar y aclarar las cosas sin ser juzgada". Y añadió, "Además, todos merecen el derecho a ser una cualquiera".

Una sonrisa irónica se asomó en sus labios mientras comprendía su confusión.

Él también se sentía inquieto. Quería tantas cosas al mismo tiempo. De repente, anhelaba todo aquello que antes lo hacía querer correr en la dirección opuesta.

Sus ojos se deslizaron hacia las marcas que había dejado en su cuello, y soltó un gemido interno, sintiendo una oleada de placer.

Cada marca era un testimonio de su noche juntos, algo que nunca se había sentido obligado a hacer con nadie más. Pero con Alex, tenía sentido. Se sentía correcto dejar una huella, reclamar una parte de ella como suya.

Cada vez que la miraba, parecía que nada más importaba excepto ellos dos. El mundo a su alrededor desaparecía, dejando solo el calor de su presencia y la conexión eléctrica que vibraba en el aire entre ellos.

Sus sentimientos eran demasiado nuevos para darles sentido, pero sentía alivio al saber que tenía tiempo para procesar lo que acababa de suceder.

“¿Qué significa esto para nosotros?” preguntó Alex, su voz teñida de incertidumbre, reflejando los latidos nerviosos de su propio corazón.

Carlos se inclinó hacia ella, una sonrisa suave iluminando las comisuras de sus ojos.

Apretó su mano, su toque transmitiendo más de lo que las palabras podían decir.

“Creo que significa que somos amigos increíbles,” comenzó, su voz baja y tranquilizadora,

“Amigos que tal vez tengan el potencial de ser algo más. Pero ahora mismo, el tiempo no parece estar de nuestro lado.”

Vio cómo su sonrisa se tornaba melancólica, un subtono de alivio brillando en sus ojos.

“Por ahora,” continuó Carlos, señalando los omelets, “terminemos estos omelets increíbles antes de que ambos nos vayamos al trabajo.”

Una ola de acuerdo la envolvió, y ella ofreció una sonrisa pequeña pero genuina. “Está bien,” respondió, su voz más ligera de lo que había estado en toda la mañana. “

Pero…” Vaciló, tomando aire profundamente. “Hay una cosa que tengo clara. Necesito resolver mi situación laboral. Tengo una reunión con Christy más tarde esta semana, y quiero hablar con ella sobre mis preocupaciones.”

Mientras hablaba, Carlos podía escuchar un temblor en su voz, traicionando la mezcla de miedo y emoción que se agitaba dentro de ella. Extendió su mano a través de la mesa, dejando que su toque se prolongara en el de ella por un momento.

“Por supuesto,” dijo, su voz llena de calidez genuina. “Estoy muy orgulloso de ti, Alex. Hagas lo que hagas, ten por seguro que estaré aquí, apoyándote en cada paso del camino.”

Volvieron a caer en silencio, terminando su desayuno, con una comprensión cómoda flotando en el aire. Aunque las cosas habían tomado un giro inesperado, algunas cosas seguían siendo constantes. Eran amigos, un lazo forjado a través del tiempo.

Lo que el futuro les deparara, lo enfrentarían juntos, un paso y una decisión a la vez.

SIETE

La Flor

"LOS AMANTES NO SE ENCUENTRAN FINALMENTE EN ALGÚN LUGAR; ESTÁN EL UNO EN EL OTRO DESDE SIEMPRE." – RUMI

ALEX

La suave luz bañaba el apartamento de Alex, los vibrantes colores agregando calidez a una mañana por lo demás fría.

Las paredes, decoradas con una colección cuidadosamente seleccionada de arte, fotos y recuerdos acumulados a lo largo de los años, parecían contar la historia de su vida. Mientras las observaba, sonrió, encontrando consuelo en las formas y rostros familiares que la rodeaban.

Alex respiró hondo, intentando absorber el torbellino de las últimas 24 horas. Después de salir de la casa de Carlos, había tomado un Uber a casa, el zumbido tranquilo de la ciudad fuera de la ventana reflejando la tormenta de pensamientos en su mente.

Le había enviado un mensaje a Tracy, informándole que llegaría después del almuerzo.

La idea de enfrentar a Sarah le provocaba escalofríos. Esa conversación pendiente era como una tormenta en el horizonte. Se preguntaba si realmente renunciaría a su trabajo. ¿Quién renuncia a mitad de su carrera?

Sus dedos recorrieron la tela desgastada del sofá, el familiar tacto ofreciéndole una efímera sensación de consuelo. Tenía 28 años. ¿Cómo una mujer de 28 años se convierte en artista y logra sobrevivir?

Las preguntas giraban en su mente, llenas de dudas e incertidumbre. Se hundió más en el sofá, mientras los suaves cojines la envolvían y trataba de darle sentido a todo lo que había ocurrido.

La emoción de su noche con Carlos se mezclaba incómodamente con la ansiedad por lo que vendría.

Las exuberantes plantas verdes, acomodadas en macetas en los alféizares y estantes, captaban la suave luz de la mañana e infundían vida al espacio.

Este lugar representaba su hogar de la infancia, lleno del legado de su padre. Mientras su tía Sophia había seguido adelante para retomar su vida después de años de cuidar a su padre, Alex no podía soltarlo. Algunos lo considerarían extraño, pero su hogar tenía más recuerdos

maravillosos que malos.

La casa era una típica "two-flat" de Chicago, con dos apartamentos y un sótano. Ella utilizaba el sótano como su estudio y alquilaba el piso superior a Jackie, una viuda soltera, y su hijo Tommy.

Ellos se sentían como familia para ella.

Lo que más amaba de la casa eran los jardines delanteros y traseros. Jackie la ayudaba a plantar y cuidar de ellos. Arbustos de hortensias y rosales adornaban el área, acompañados de vibrantes y coloridas plantas en macetas por todas partes. Todo carecía de organización, pero rebosaba de colores vivos.

Se levantó del sofá, sintiendo determinación correr por sus venas. Era hora de prepararse.

Mientras se ponía su uniforme habitual de trabajo en el banco—una camisa blanca impecable y pantalones azul marino—sentía una desconexión profunda entre ella y su trabajo. Este uniforme estaba diseñado para hacerla desaparecer.

Decidió conducir a la sucursal, dirigiéndose a su garaje.

Si no hubiera llegado tarde a casa desde la de Carlos, habría caminado.

Pilsen era una comunidad vibrante en Chicago, un crisol de culturas, pero predominantemente latina. Alex había crecido con la diversidad de vida que se desplegaba ante sus ojos. Niños corriendo hacia la escuela, abuelos paseando a sus perros, el ocasional músico callejero llenando el aire con melodías sinceras.

Los vendedores ambulantes, sus voces una melodía en contrapunto al zumbido de la ciudad, ofrecían sus productos. El tentador aroma del elote en vaso, su favorito, llenaba el aire. ¡Cinco dólares! Casi había duplicado su precio.

Amaba el vibrante tapiz de la calle, ese sentido de comunidad, pero una sombra de conciencia permanecía. Las luchas existían, ocultas bajo la superficie. Aún así, esos desafíos de su comunidad también eran suyos.

Mientras avanzaba por las bulliciosas calles hacia la sucursal de Pilsen, la pregunta resonaba en su mente: ¿querría dejar la banca si continuara gestionando la ubicación del centro?

Le encantaba su equipo del centro.

Solía llegar a casa y no pensar demasiado en las cosas. El trabajo simplemente era eso, un trabajo. Allí, los clientes apenas pestañeaban ante las tarifas, tal vez por familiaridad o por tener un ingreso más alto.

Pero en Pilsen, las cosas adquirían un carácter distinto. Su sucursal no estaba ganando terreno.

La lealtad era fuerte con los bancos locales y las casas de cambio, lugares donde las tarifas eran claras y las relaciones contaban más que los números.

Esto, sumado a la barrera del idioma, presentaba un desafío único. Mientras su personal bilingüe hacía todo lo posible, muchos residentes no estaban familiarizados con los bancos tradicionales. Los bancos locales prosperaban por cualidades como la paciencia y la personalización, a menudo eclipsando a los bancos nacionales, más enfocados en las ventas.

Renunciar no se le habría pasado por la mente antes. Con su nuevo entendimiento de las prácticas del banco y sus márgenes de ganancia—cosas que siempre habían estado presentes pero que no había notado—ya no podía ignorar cuánto no estaba de acuerdo con las políticas.

El banco tenía un objetivo claro: persuadir a la comunidad para que confiara en ellos con su dinero ganado con tanto esfuerzo.

Al estacionarse frente al banco, Alex respiró hondo, sintiendo el peso del día posarse sobre sus hombros. El sistema tenía fallas significativas, y no sabía cómo podía seguir contribuyendo sin perder la cordura. Al salir de su coche, caminó hacia la entrada, preparándose para el día que le esperaba.

El vestíbulo estaba lleno de actividad, clientes conversando, teléfonos sonando, y empleados moviéndose con propósito. Alex saludó a algunas caras conocidas mientras atravesaba la multitud, ofreciendo sonrisas educadas a pesar de la tormenta que se gestaba en su interior.

“¡Buenos días, Alex!” llamó un compañero, saludando con entusiasmo.

“¡Buenos días!” respondió, forzando calidez en su tono mientras pasaba junto a la recepción.

Justo cuando llegó a su escritorio, Sarah entró detrás de ella, cerrando la puerta con un suave golpe. "Alex, yo... lo siento," tartamudeó Sarah, su voz apenas un susurro.

"¿Qué pasa?" preguntó Alex, preparándose instintivamente para lo que venía.

“Michael me dijo que no era serio entre ustedes dos, y yo...” La voz de Sarah se apagó, su expresión era una mezcla de preocupación y vacilación.

Alex simplemente asintió, manteniendo un tono suave. No sabía si creía lo que Sarah estaba diciendo, pero en realidad no importaba.

“Está bien, Sarah. Supongo que no éramos serios, y honestamente, esta no es una conversación apropiada para tener en el trabajo.” A pesar de su actitud tranquila, la verdad de sus palabras resonaba profundamente en su interior.

No quería estar enojada ni amargada. Los problemas que giraban en su mente no eran sobre Michael o Sarah; eran sobre su papel en el mundo de la banca y si realmente quería seguir en este camino.

Sarah asintió y dijo, “Gracias, Alex. Te dejo en paz.”

Cuando Sarah salió, Alex respiró hondo antes de comenzar a revisar sus correos electrónicos.

De repente, Alex saltó en su asiento cuando Tracy entró sin tocar.

Tracy era una mujer afropuertorriqueña deslumbrante, con cabello rizado negro, ojos marrones y labios llenos.

A pesar de la aburrida camisa blanca y los pantalones azul marino que la hacían mezclarse con el paisaje corporativo, la piel dorada de Alex brillaba con una luminosidad natural que no podía ocultarse. Irradiaba una calidez que parecía desafiar la monotonía de su atuendo.

Su franqueza era otra cualidad que brillaba; nunca endulzaba sus palabras, un rasgo que Alex

admiraba profundamente. Le recordaba a su tía, quien, aunque de voz suave, también era increíblemente honesta y no se disculpaba por ello.

Al igual que Tracy, su tía Sophia tenía una manera de cortar el ruido con claridad, y Alex sentía una reconfortante conexión con su tía cada vez que interactuaba con ella.

Tracy la miró fijamente y dijo, “Alex, lamento lo del mensaje sobre Sarah. Solo necesitaba arrancar la curita, ¿sabes? Dejarte ver lo que estaba pasando.”

Alex suspiró, sintiendo gratitud. “No te preocupes, Tracy. Honestamente, necesitaba ese empujón. Me ayudó a darme cuenta de que esa relación no era para mí. Hiciste lo que una amiga haría.”

Una sonrisa suave se extendió por el rostro de Tracy. “Es extraño hacer amigos de adultos, ¿verdad? Pero me gustaría ser tu amiga, Alex. ¿Qué te parece si vamos por unos tragos después del trabajo? Las dos somos gerentes, ¿no? No se rompen reglas ahí. Sé que parece repentino, pero mi hijo está con su papá esta noche, así que puedo quedarme fuera un poco más de lo habitual.”

Alex se rió. “Estoy dentro, pero lo mío será agua esta noche. La noche de ayer fue... interesante.”

La sonrisa de Tracy se ensanchó, con los ojos llenos de curiosidad. “¿Críptica, eh? Me parece bien. Tú bebes agua, yo me tomo una copa, y nos adentramos en este territorio inexplorado de la amistad real. No es necesario derramar el té todavía. ¿Qué te parece un lugar cercano? Hay un sitio al que he querido ir, pero nunca me he atrevido sola.”

Un destello de esperanza iluminó los ojos de Alex. “Suena bien para mí.” Quería cambiar su vida, y una forma de comenzar era profundizando su relación con Tracy, quien ya le había pedido que salieran después del trabajo varias veces, aunque siempre se había negado.

El día transcurrió lentamente mientras se ocupaba de los correos electrónicos. Sabía que necesitaba hablar con Christy sobre sus sentimientos. Si iba a quedarse en Pilsen, tenía que lograr que aumentaran el presupuesto de tarifas.

Cada sucursal tenía un presupuesto, y la suya simplemente no podía hacer lo que esperaban sin considerar su ubicación.

Así que, entre correos electrónicos y sus deberes habituales en la sucursal, Alex preparó una presentación para la reunión de la próxima semana. Esto se sentía bien. No eran solo números en una hoja de cálculo; era una voz para su comunidad, una lucha por la justicia.

Finalmente, al cerrar la sucursal con Tracy a su lado, una ola de alivio invadió a Alex. Era la primera vez en años que no se sentía luchando contra la corriente.

Tracy la guió hasta La Flor, un bar local conocido por sus eventos familiares, que estaba a solo dos negocios de distancia. Entraron, y Alex no pudo contener la risa al observar los alrededores familiares del bar.

Su decoración única siempre le sacaba una sonrisa, reflejando la vibrante y energética atmósfera que emanaba. Las paredes, adornadas con un tapiz vibrante de arte Wixárika, mostraban con orgullo el patrimonio que Javy había descubierto en un reciente viaje transformador a México.

Cada pintura, llena de color y simbolismo, susurraba historias de los pueblos indígenas y su profunda conexión con la naturaleza. Yuxtapuestas a estas, había otros artefactos culturales que reflejaban el rico tapiz de la historia de Pilsen.

Cada rincón tenía detalles especiales, como los hermosamente pintados puntos cardinales que marcaban su presencia en la habitación.

Estos detalles contribuyeron a la cálida y acogedora atmósfera del lugar.

Tracy arqueó una ceja, curiosa por la repentina risa de Alex.

“¿Qué es tan gracioso?” preguntó, con un ligero toque de molestia en su voz.

Recuperando la compostura, Alex respondió: “Este bar es propiedad del hermano de un buen amigo mío, Javy. ¿Por qué no te habías atrevido a entrar aquí?”

Los ojos de Tracy se agrandaron, sorprendida. “¿En serio? ¡Has estado guardando secretos!” exclamó. “Y siempre está lleno, Alex, así que no quería venir sola. ¿Vienes aquí seguido?”

Justo en ese momento, Javy se acercó a su mesa.

Era atractivo, con una mandíbula fuerte y bien definida. Su cabello castaño oscuro era grueso y estaba peinado en un corte corto y ordenado, con pestañas largas que enmarcaban sus ojos marrones.

Su piel tenía un tono cálido, y sus labios eran llenos y sensuales. Nunca lo había visto con otra cosa que no fuera jeans y una camiseta, y hoy no era la excepción.

Javy era más alto que Carlos, y todavía mantenía la complexión esbelta de sus días de corredor en la escuela secundaria. Con 1.90m, superaba a todos en altura, pero sus cálidos ojos marrones y su sonrisa contagiosa lo hacían parecer accesible y amigable.

“¡Hola, Alex!” la voz de Javy resonó en todo el bar, su sonrisa traviesa iluminando su rostro. “¡Hace mucho que no te veo, extraña!”

Su corazón se calentó al verlo. “¡Javy! Te vi hace dos semanas en casa de tu papá.” Su sonrisa llegó a sus ojos.

Javy era un coqueto encantador que podía convencer a cualquiera de prácticamente cualquier cosa.

Había sido un amigo mientras Carlos estaba fuera en la universidad. Aunque Javy había recibido muchas becas, eligió un camino diferente en la vida.

A los dieciocho años, había ganado una gran suma de dinero—nunca le dijo a nadie cuánto—en criptomonedas, y luego, a los veinte, abrió este bar. Su éxito en la comunidad era tan legendario como él.

“¿Ustedes se conocen?” preguntó Tracy, con la mirada alternando entre Javy y Alex.

Con una risa, Javy pasó un brazo alrededor de Alex, atrayéndola en un abrazo a medias. “Crecimos juntos,” dijo, con un tono afectuoso.

Miró a Tracy, con curiosidad clara en su rostro. “Creo que te he visto por aquí antes,” comentó

Javy, adoptando un tono más educado.

“Trabajo en el banco con Alex,” explicó Tracy.

La sonrisa de Javy se ensanchó. “¡No me digas! Te veré por ahí todo el tiempo. ¿Cómo te trata Alex? Sé que puede ser un fastidio. Prácticamente ha estado casada con mi aburrido hermano, Carlos, desde que eran niños.”

Los ojos de Tracy se agrandaron con sorpresa, moviéndose entre Alex y Javy. “¿Qué?”

Alex se rió, rodando los ojos juguetonamente ante los dramas de Javy. “Está bien, Javy, ya basta. Me estás avergonzando. Carlos y yo solo somos amigos, en serio.”

Alex trató de mantener la cara seria mientras Javy parecía mirarla directamente al alma. Siempre había habido algo extraño en él, una intuición que a veces daba miedo.

Javy levantó las manos en señal de rendición, con un brillo travieso en sus ojos. “Está bien, está bien. Solo digo lo que veo.”

Justo en ese momento, la puerta del bar se abrió, y Carlos entró.

Cuando Javy vio a su hermano, no pudo evitar gritar: “¡Mira quién llegó! Hermano, vas a vivir para siempre. Justo estábamos hablando de ti.

OCHO

Límites Inciertos

"SI QUIERES QUE ALGO SE HAGA, PÍDESELO A UNA PERSONA OCUPADA." — BENJAMIN FRANKLIN

CARLOS

Carlos acababa de soportar uno de los días más largos y agotadores de su vida académica. Un día típico para un académico que, de alguna manera, se sentía más extenuante que cualquier otro.

Tan pronto como entró al edificio, su cabeza empezó a palpitar. Cuando llegó a su oficina, fue recibido por una marea de rostros ansiosos, estudiantes de su seminario de último año que buscaban su aprobación para los temas de sus trabajos.

Luego, una segunda ola de estudiantes lo abrumó durante sus horas de oficina, ansiosos por debatir sus calificaciones antes del tercer examen. Finalmente, durante su clase nocturna, nadie parecía interesado en discutir la relación tumultuosa entre Orlando y Oliver en *Como gustéis*.

Para empeorar las cosas, cuando finalmente tuvo tiempo de revisar su abarrotada bandeja de entrada, descubrió que el comité académico había rechazado su último artículo. Un golpe devastador para su paquete de titularidad, ya que consideraba que cada artículo en proceso de revisión era un paso más en su carrera.

Con todas estas distracciones, no había tenido tiempo de pensar en Alex, aunque su reciente encuentro íntimo seguía allí, en el fondo de su mente.

Justo cuando estaba por escapar, una estudiante entró en su oficina.

La chica era alta, de unos 1,75 m, y proyectaba un aire de autoridad. Iba vestida como si fuera a un festival de música, con una falda fluida y lo que parecían ser flores en el cabello.

Una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios mientras decía: “Creo que le quedan diez minutos de sus horas de oficina, Dr. De La Torre. ¿Podemos hablar?”

Carlos inclinó la cabeza hacia la silla frente a él y dijo: “Por supuesto. ¿En qué clase estás?”

Una cascada de rizos rojizos se movió cuando negó con la cabeza y respondió: “En realidad, Dr. De La Torre, no estoy en ninguna de sus clases. Soy Anastasia Leon, estudiante de posgrado en antropología.”

Una ligera arruga se formó en su ceño mientras decía: “Ya veo. ¿Y en qué puedo ayudarte, Srta. Leon?”

Carlos suspiró internamente. Era común en la academia que personas de otros departamentos pidieran colaboraciones. Normalmente, esto despertaría el interés de Carlos, pero hoy se sentía abrumado con su carga de cursos, sin mencionar que su vida personal se sentía de repente más desordenada que tranquila.

“Bueno, Dr. De La Torre,” comenzó ella, con un toque de diversión en su sonrisa, “estoy escribiendo mi tesis de maestría sobre el papel del ritual en las tragedias de Shakespeare. Mi asesora, la Dra. Camille Brust, me sugirió que usted fuera el segundo lector. Las obras de Shakespeare actúan como rituales reconocibles. En mi trabajo, argumento que son llamados a la acción que funcionan de la misma manera que los rituales tradicionales. ¿Le interesaría revisar mi trabajo? He traído los primeros capítulos. Entiendo si necesita revisarlos antes de comprometerse.”

Carlos miró el paquete que Anastasia le había entregado. Sentía curiosidad, pero ya tenía demasiadas responsabilidades. Estaba ayudando a dos de sus propios estudiantes con sus tesis y proyectos de segundo año, pero antes de que pudiera responder, Anastasia señaló la única pintura en su oficina y dijo: "Ese es arte Wixárika, ¿verdad?"

Carlos asintió. “Lo es. Tienes buen ojo.” Había algo en esta estudiante que lo incomodaba. Sentía que ella veía más de lo que él estaba dispuesto a mostrar.

La pintura abstracta había sido un regalo inesperado de su hermano Javy, cuando se mudó de vuelta a Chicago después de su viaje a la Sierra Nevada.

Ella sonrió y dijo: “Visité la Sierra Nevada cuando estaba en la universidad. ¿Sabías que esa pintura es una llamada al centro? Al corazón. Es muy hermosa.”

Carlos miró a la estudiante frente a él. Algo en la forma en que lo dijo, y los sentimientos que evocó, lo asustó. Nunca había querido ser una persona de corazón abierto. Ser confiable y leal, sí. Pero la idea de abrir su corazón le hacía sentir que le estaban imponiendo algo.

Se sintió molesto de que Javy le hubiera dado un regalo sin explicarle su significado. Aunque no creía en esas cosas, su hermano sí, y no podía evitar sentir que lo estaban empujando a ser algo que no era.

Su mente era un caos de pensamientos no relacionados, y de alguna manera, en lugar de rechazar su petición como había planeado, otras palabras salieron de su boca. “No lo sabía. Qué interesante. Bueno, Srta. Leon, lo leeré. Pero no puedo garantizar que seré su segundo lector. Tengo mucho en mi plato ahora mismo.”

Ella se levantó rápidamente, con un encogimiento de hombros despreocupado y respondió: “Esperaré a ver qué opina después de que lo haya leído.” Se fue, cerrando la puerta detrás de ella.

Con un suspiro que salió de sus labios como un globo desinflado, Carlos se dejó caer en su silla, enterrando su cabeza entre sus manos. Más trabajo. Amaba trabajar, pero hoy, de alguna manera, ya no parecía suficiente.

Se preocupaba de que cuanto más tiempo dedicaba a su trabajo, más se estaba perdiendo de algo

más grande. ¿Cómo se encontraba un equilibrio entre lo que uno quería hacer y tener una vida personal plena?

El insistente sonido de su teléfono interrumpió sus pensamientos. Lo alcanzó con un gemido, y vio un simple mensaje de Javy: "Llámame." A esta hora, Javy estaría en el bar. Raramente enviaba mensajes cuando estaba en el trabajo, a menos que fuera una emergencia.

La coincidencia entre el mensaje de su hermano y la visita de Anastasia Leon lo desconcertaba, especialmente por su comentario sobre el arte Wixárika. Mientras miraba su teléfono, se preguntó si realmente tenía un corazón abierto hacia su hermano.

Sabía que se sentía orgulloso de él, aunque a veces le costaba entenderlo. Espera, ¿era como Oliver en *Como gustéis*? Sonrió ante este pensamiento. En la obra de Shakespeare, Oliver odiaba a Orlando porque era amable y despreocupado.

Javy era cuatro años menor que él, pero su brillantez era innegable: un genio al nivel de Mensa que cautivaba a todos a su alrededor. Crecer con Javy había sido un desafío; no solo tenía una mejor relación con sus padres, sino que también parecía estar más en paz consigo mismo.

Aunque no odiaba a su hermano, le molestaba que Javy pareciera estar tan tranquilo consigo mismo. Él y sus padres habían acordado hacía mucho tiempo que Javy era único e independiente, y que era mejor no hacer demasiadas preguntas sobre lo que hacía o por qué lo hacía.

Carlos llamó a su hermano, mostrando impaciencia. "Estoy a punto de salir del campus."

"Vaya," canturreó Javy, "¿Esa es la manera de hablarle a tu hermano menor, más exitoso y, lo más importante, más guapo?"

Carlos rió y respondió: "Sí, lo es. ¿Qué pasa?" Su cuerpo se tensó.

Nadie lo llamaba a menos que quisieran algo de él. Bueno, eso no era del todo cierto. Su hermano también lo llamaba cuando sus padres necesitaban algo. Él era el mediador, especialmente cuando las cosas se ponían tensas, lo que ocurría a menudo. El único al que nadie le decía que no.

"Solo te recuerdo, como me pediste, que entregues las fotos familiares que papá te dio para mamá. Las necesito para el video que estoy creando para el aniversario de mamá y Matt este fin de semana. Como sabes, estás obligado a asistir este año, como todos los años, ¿verdad?"

Carlos gruñó interiormente al recordar el aniversario. Le caía bien su padrastro, pero las constantes muestras de afecto en público entre su madre y Matt le resultaban asfixiantes. Otro compromiso más en su ya abarrotado horario.

Guardó la tesis de Anastasia en el gabinete, forzando una sonrisa. El trabajo se haría, como siempre en estos eventos anuales.

Este año, su madre había planeado una especie de monstruosidad: un video que mostraba su viaje personal hasta llegar a Matt, que se exhibiría en pantallas alrededor de la fiesta. ¿Por qué? Ella pensaba que era romántico.

Su madre le había encargado recoger fotos antiguas de la casa de su padre, destinadas a mostrarla como una madre amorosa, pero sin incluir a su padre. Entrar en la casa de su padre y recoger

esas imágenes se sentía como un golpe físico.

Nadie notaba su lucha, ajenos al peso de la historia no dicha que cargaba, una carga invisible para todos menos para él. También tenía un impacto no hablado en su padre que solo él parecía notar.

Sin embargo, como siempre, no quería profundizar en eso con su hermano de 25 años, porque Javy no se preocupaba por la necesidad de su madre de celebrar públicamente su nuevo matrimonio.

Exhausto, pero cumpliendo con su deber, Carlos respondió: “Sí, las tengo en el coche. Las dejaré de camino a casa.”

La sonrisa casi audible de su hermano resonó en el teléfono mientras decía: “¡Gracias, jefe!”

Carlos colgó, dejando escapar otro gemido. Era difícil tener un corazón abierto con Javy cuando sentía que su hermano navegaba la vida con mayor facilidad que él.

Javy era el divertido, el encantador, el que siempre tenía una novia. Tenía una facilidad que Carlos siempre sentiría un poco de envidia.

Carlos era el constante, el confiable, el aburrido. Siempre había estado orgulloso de ser así. Pero algo en esa descripción ya no le parecía cierto. Desde el momento en que besó a Alex, sintió que algo cambió dentro de él, algo que no entendía del todo y que no podía poner en palabras, lo cual era extraño, porque amaba las palabras.

Él y Alex no se habían hablado en todo el día. No era normal para ellos. Incluso cuando él estaba en la universidad o en la escuela de posgrado, siempre se mandaban mensajes, memes o noticias —sabiendo que no leían todo, pero encontrando consuelo en la conexión constante.

Hoy había habido silencio de ambos lados. Era un comportamiento que él conocía bien, uno que había usado en el pasado cuando se sentía emocionalmente abrumado.

Necesitaba tiempo para procesar el torbellino de emociones en su corazón y desenredar sus sentimientos.

Sin embargo, mientras recorría el camino familiar hacia el bar de su hermano, se preguntaba si el silencio no era la respuesta esta vez.

¿Debería acercarse y arriesgarse a complicar las cosas, o mantener la distancia y arriesgarse a perder esta nueva conexión? La noche lo había dejado desconcertado. ¿Cómo podía su amistad platónica transformarse tan rápido? Siempre había admirado la belleza de Alex, pero esta nueva intimidad se sentía abrumadora, con una sorprendente dosis de intimidación.

Alex era como él—madura, estable, confiable. Ninguno de los dos era el tipo de encuentros apasionados. Pero el beso reveló un lado diferente, uno apasionado que no había visto antes.

Era como si hubiera descubierto una dimensión oculta de su personalidad. Y del otro lado, había mucho en juego en sus vidas. Necesitaba encontrar el equilibrio.

Las luces de la ciudad brillaban afuera de La Flor, un marcado contraste con la tormenta de emociones que Carlos llevaba dentro. Revivía su noche juntos una y otra vez, cada recuerdo

encendiendo una chispa que no sabía que existía.

Alex, la mujer que siempre había admirado por su ingenio y su fortaleza tranquila, de repente se sentía diferente.

La imagen de Alex como solo una buena amiga se había desvanecido. Ahora veía algo más profundo: una vulnerabilidad bajo la superficie, un anhelo que reflejaba el suyo propio. Recordaba claramente cómo la música había desaparecido esa noche, y el mundo se había reducido a solo ellos dos en aquel bar, perdidos el uno en el otro.

¿A quién intentaba engañar? No podría mantenerse alejado de su mejor amiga. La llamaría después de dejar esas fotos, y así se encargaría de cualquier incomodidad entre ellos. Ella era su amiga. Solo una amiga, por ahora. Esa conversación lo había dejado claro.

Repitió el mantra en su mente mientras empujaba la pesada puerta de roble del bar. El suave murmullo de conversaciones y el alegre tintineo de vasos lo envolvieron, distrayéndolo momentáneamente del torbellino interno.

Escaneó la sala, sus ojos recorriendo de mesa en mesa, mientras su ansiedad crecía al no ver a su hermano. Sintió alivio cuando finalmente lo localizó, solo para que esa sensación se convirtiera rápidamente en una oleada de irritación al reconocer la escena frente a él. Javy, su siempre encantador hermano, estaba profundamente enfrascado en conversación con Alex y su compañera de trabajo, Tracy.

Ambas mujeres se reían de algo que Javy había dicho. Porque, claro, Javy era el simpático, el divertido.

Un pinchazo de posesividad, un sentimiento completamente desconocido, retorció su estómago. El recuerdo del beso le provocó un escalofrío. Verla allí, riendo con otra persona, solo aumentaba la confusión dentro de él. ¿Debería acercarse? La idea de interrumpir la conversación lo paralizó.

“¡Miren quién llegó!” La voz de Javy resonó por encima de la música al verlo. Gritó: “¡Hermano! ¡Vas a vivir para siempre! Justo estábamos hablando de ti.”

Una sonrisa irónica apareció en los labios de Carlos. “¿En serio? ¿Y qué estaban diciendo?”

Javy sonrió, desplegando su característico encanto. “Le estaba contando a la amiga de Alex sobre cómo ustedes dos prácticamente han estado casados desde que tenían 13 años.”

Tracy, tratando de contener la risa detrás de su mano, dijo: “Es un placer escuchar su historia de amor. En un mundo cínico, es realmente inspirador.”

El calor inundó las mejillas de Carlos, sintiendo cómo se sonrojaba. “Mi siempre dramático hermano menor,” dijo, enfatizando “menor” con una mirada directa hacia la altura de Javy.

“Alex y yo hemos sido amigos por mucho tiempo, como Javy ha exagerado tan útilmente. ¿No tienes cosas que hacer en este bar que tú mismo diriges?”

Los ojos de Javy se movieron entre Carlos y Alex.

Había hecho una broma familiar, una de esas que normalmente le sacaba a Carlos un gesto de

buena voluntad con los ojos en blanco. Pero esta noche, algo era diferente; parecía molesto por ello. Había una nueva tensión en su hermano que Javy no había visto antes.

Muy sospechoso. Javy miró a Alex, quien lo estaba manejando mejor que su hermano, pero que también parecía... culpable.

Un rubor se fue extendiendo por el cuello de Carlos mientras su mirada, que inicialmente había sido de molestia hacia su hermano, se suavizaba en una súplica silenciosa hacia Alex, rogándole sin palabras que interviniera.

Captando el mensaje no verbal, Alex se rió y levantó las manos, diciendo: "Creo que me ofende que no confirmes nuestra conexión mística en el concurso de talentos."

Alex intentó mantener la calma. Javy era una persona muy “poco seria”, siempre haciendo bromas con la misma facilidad con la que hablaba. La única manera de lidiar con él era seguirle el juego, a menos que quisieras ser el blanco de la broma.

Carlos negó con la cabeza y se unió a ellos en la mesa. Le entregó a Javy la pequeña caja con fotos de su madre y dijo: "Aquí están las fotos de mamá, Javy. Ahora me gustaría un whiskey sour, por favor."

Javy, fingiendo estar ofendido, dijo en voz alta: "¡Me has despedido!" Luego se volvió hacia Tracy y agregó: "Tracy, ha sido un placer. Alex, seguro te veré pronto."

Tracy jugueteó con su reloj, mirando de un lado a otro entre Alex y Carlos, y luego repentinamente a su teléfono. "¿Sabes qué, Alex? ¿Qué te parece si tomamos algo mañana? Acabo de recordar que tengo que estar en otro lugar. ¡Nos vemos luego!" Con una apresurada despedida, Tracy prácticamente salió corriendo del bar. La tensión entre Alex y Carlos colgaba en el aire, como una tormenta silenciosa de la que Tracy claramente no quería ser parte.

"Vaya manera de vaciar una sala, Carlos De La Torre." Su voz, usualmente segura, tenía un toque de nerviosismo. Ahora que estaban solos, se sentía raro.

Autoconsciente, Alex luchó contra el impulso de arreglarse el cabello. Un calor invadió sus mejillas, una reacción que no podía explicarse del todo. Había una corriente de atracción entre ellos ahora.

Se sentía extraño, considerando que había conocido a Carlos durante quince años.

Carlos la miró a los ojos, con una mirada intensa. “Gracias por manejar a Javy, Alex Aurora,” dijo con sarcasmo. Era el nombre que usaba cuando ella lo irritaba. Aunque la irritación no era lo único que sentía al mirarla.

Podía sentir la electricidad entre ellos, una tensión extraña que había surgido después del beso. De repente, se sentía atraído hacia ella: su amistad seguía ahí, junto con el afecto y el cariño de siempre, pero ahora había una clara atracción física.

Sus manos hormigueaban con el impulso de acercarse, de abrazarla. Ella levantó las manos de nuevo, en una falsa rendición, “Lo siento, cuando tu hermano empieza, no puedo detenerlo. Me niego a ser el blanco de sus bromas.”

Carlos sonrió con picardía. “Bueno, me alegra que se haya ido.” La verdad en sus palabras relajó

algo dentro de él. Tenía razón, por supuesto.

Ambos empezaron a reírse por la familiaridad de la situación y el estrés que cada uno llevaba por separado.

Ella se secó las lágrimas de los ojos. “Pero volverá.”

Él asintió. “Tienes razón, como siempre, lo que significa que deberíamos irnos. ¿Te apetece caminar?” Preguntarle fue una necesidad impulsiva; quería hablar lejos del ruido del bar.

Ella sonrió. “Siempre.”

Dejando algo de dinero en la mesa, salieron del bar, y el aire fresco de la noche los envolvió. Las luces de la ciudad brillaban sobre Pilsen, proyectando un suave resplandor sobre sus rostros.

Esta no era su típica caminata llena de bromas. Había una nueva consciencia, cargada de preguntas no dichas que giraban en sus mentes.

Mientras caminaban bajo las luces de la ciudad, un silencio tenso y cómodo a la vez los envolvía —una mezcla de familiaridad y la chispa eléctrica de nuevas posibilidades.

NUEVE

El Espacio Entre el Arte y el Anhelo

"¿PODRÍAS DECIRME, POR FAVOR, QUÉ CAMINO DEBO TOMAR DESDE AQUÍ?" "ESO DEPENDE EN GRAN MEDIDA DE A DÓNDE QUIERAS LLEGAR", DIJO EL GATO".

ALEX

Después de salir del bar, Alex y Carlos caminaron tranquilamente por las calles de Pilsen, envueltos en la tranquila comodidad de la compañía mutua.

Los vibrantes murales pintados en los edificios susurraban historias de la comunidad, mientras el tentador aroma de la comida callejera flotaba en el aire, creando el telón de fondo perfecto para su conversación.

Finalmente, se encontraron sentados en un banco frente al banco, cerca de su coche, aún envueltos en esa cómoda familiaridad compartida.

Alex señaló el edificio del banco. "He descubierto cómo solucionar mi situación en el trabajo. El próximo lunes, durante mi reunión con Christy, voy a pedir un presupuesto más grande para las tarifas. Si acepta, podré servir mejor a la comunidad y definitivamente hará que venir al trabajo sea menos estresante." Alex se tapó los ojos juguetonamente y lo miró a través de los dedos. "¿Y bien? Reacciona."

Carlos la miró fijamente, considerando qué decir a continuación. Ella percibió que quería hablar sobre el hecho de que no habían hablado ese día, quizás preguntarle cómo podían evitar que su noche juntos afectara su amistad. Pero al escuchar su ansiedad sobre el trabajo, decidió no mencionarlo.

Quizás ella solo estaba pensando demasiado en la falta de comunicación.

Miró el banco y reunió sus pensamientos.

Carlos había escuchado sus problemas con las tarifas del banco; lo habían hablado muchas veces. Sin embargo, ella sentía que su incomodidad iba más allá de eso, que tenía que ver con el entorno que sofocaba su verdadera pasión, una verdad que aún no estaba lista para enfrentar.

Con un tono reflexivo, él le preguntó: "¿Eso es realmente lo que quieres? Sé que te molestan las tarifas, pero pensé que iba más allá de eso."

Girando su cuerpo hacia él en el estrecho banco, respondió: "Lo sé, pero pensé que esta sería una

solución temporal. ¿De verdad crees que debería intentar convertirme en artista?"

Era algo tonto de decir en voz alta, aunque el pensamiento hacía que su corazón se acelerara.

Él se encogió de hombros, a punto de responder, pero antes de que pudiera, ella sacudió la cabeza, con incertidumbre en los ojos. "Tengo 28 años. ¿Quién empieza una carrera a esta edad? Tal vez estoy destinada a ser banquera."

Las palabras quedaron flotando en el aire, cargadas de duda.

Su trabajo en el banco era una certeza, y era buena en ello. Si renunciaba, tendría que empezar desde cero como artista. Parecía una tontería pensar que podría empezar a vender sus pinturas y ganarse la vida con eso.

Probablemente había miles de pintores talentosos que desearían tener la seguridad del trabajo que ella tenía actualmente. Sin mencionar que tener un trabajo a tiempo completo también significaba tener seguro. ¿Qué haría como artista? ¿Cómo funcionaría el seguro entonces?

"Ambos somos demasiado racionales y lógicos para creer en algo así, ¿verdad? Pero hay muchas personas que comienzan carreras a cualquier edad. Lo sabes," dijo Carlos, mirándola a los ojos.

En muchos aspectos, se habían vuelto personas muy parecidas, cada uno influenciando sutilmente al otro. Ya no quedaba la chica valiente y enojada que había conocido años atrás; en su lugar estaba una mujer estable, pero asustada.

Antes de que pudiera decir algo, Carlos continuó: "Sabes, aunque nadie más haya comenzado una nueva carrera a los 28, aún creería que podrías hacerlo. Porque creo en ti."

Se sentaron en el banco afuera de la sucursal del banco en Pilsen, con la vibrante energía del barrio zumbando a su alrededor.

La gente pasaba por la acera, sus risas y conversaciones se mezclaban con los sonidos de los músicos callejeros tocando cerca. El aroma de los tamales frescos flotaba en el aire desde un vendedor de comida, y, sin embargo, parecía que el mundo consistía solo en ellos dos.

Carlos hizo una pausa y reflexionó. "Eres la mujer que una vez me dijo que no necesitabas amigos. Crecí viéndote defenderte a ti misma y a tu familia cuando tu papá estaba enfermo. Ganaste una beca para ir a la escuela de arte, tuviste exhibiciones, y lo dejaste porque tu tía te pidió que consiguieras un trabajo para ayudar con las cuentas familiares. Y lo hiciste sin pensarlo. Estás hecha de acero, Alex Santana. Quizás necesitas creer en ti misma."

Ella sintió un cambio. Sus palabras fueron más seductoras que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. La sensación de ser vista por alguien que realmente la conocía la hizo sentir más valiente de lo que realmente era.

La atracción inconveniente hacia él había vuelto, esa energía entre ellos.

Siempre habían estado conectados por un lazo no dicho, una mezcla de profunda amistad y miradas persistentes que hablaban sin palabras. Pero ahora, enfrentados a la chispa eléctrica de la atracción, la vieja etiqueta de "solo amigos" ya no parecía encajar.

Estaban en una encrucijada, ambos conscientes del tirón silencioso hacia el otro, pero inseguros

de cómo navegar este nuevo camino. ¿Sería su conexión lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de salir juntos? ¿Podían arriesgar la comodidad de su amistad por la oportunidad de algo más? Estas eran las preguntas que los rodeaban, no dichas, pero muy presentes en el aire.

Su cuerpo se inclinó hacia él como si fuera atraído por una fuerza magnética. Ese espíritu afín, la comprensión tácita que los unía, era la razón por la que eran amigos.

Alex siempre había confiado en Carlos. Ambos eran personas serias y prácticas que navegaban la vida con mano firme, empujando a un lado los sentimientos inconvenientes y fuertes para hacer lo que debía hacerse.

La idea de emociones grandiosas y turbulentas parecía casi... extraña.

Sabía que él nunca se dejaría llevar por perseguir un sueño tonto.

Guardó silencio por un momento. "Yo... realmente... ¿de verdad crees que podría? Ni siquiera sé por dónde empezar." Su creencia en ella la hizo sentir menos asustada y más capaz de lo que se había sentido en todo el día. Sabía que él la veía tal como era, y eso era algo poderoso.

Sus ojos se encontraron, la verdad brillando en su mirada mientras él decía: "Sí lo creo."

Siempre se había burlado de su hermano por perseguir sus sueños o por fijarse metas tontas. Pero creía en ella.

Esta vez, el tirón fue lento, deliberado.

Él se inclinó, con los ojos fijos en los de ella, dándole cada oportunidad de alejarse.

Alex sabía que debería detenerlo. Vacilante, puso una mano en su pecho, sorprendida por el calor que irradiaba de él. Él encontró su toque, sus dedos se entrelazaron suavemente con los de ella, una cautividad gentil.

“Carlos,” comenzó, su voz apenas un susurro mientras miraba sus manos entrelazadas.

Él se inclinó más, sin forzar nada, mientras le susurraba al oído: "Eres una artista, lo admitas o no."

Su aliento era cálido contra su mejilla, pero Alex no se apartó. En lugar de eso, se encontró imitando su movimiento, atraída por una fuerza que no podía explicar. Iba a darle un beso en la mejilla, un gesto de apoyo y consuelo entre amigos.

Pero al girar su cabeza, sus labios se rozaron, desatando una cascada de calor entre ellos. Fue un toque fugaz, un susurro de deseo.

El beso comenzó en silencio. Fue una sorpresa para ambos. Ninguno sabía cómo había comenzado, y ninguno quería que terminara.

El mundo a su alrededor se desvaneció.

Los coches en la calle Pilsen se convirtieron en un zumbido distante, reemplazados por el frenético tamborileo de sus corazones. Su colonia se mezcló con el ligero frío del aire de octubre, una mezcla embriagadora que le provocó escalofríos por la espalda.

Sus brazos se apretaron a su alrededor, acercándola más mientras el calor del beso se extendía

por todo su cuerpo, una explosión de sensaciones que la recorrieron hasta las yemas de sus dedos.

Un beso se convirtió en otro, este un poco más profundo, una deliciosa confusión en guerra con la voz de la razón en su cabeza. Había anhelado esta cercanía todo el día. Había estado en el trabajo, obligándose a no llamarlo.

La noche que habían pasado juntos y la confusión sobre su carrera eran demasiado para manejar al mismo tiempo. Cada vez que levantaba el teléfono para llamarlo, la duda persistía.

Confiaba en él, pero se preguntaba si las cosas serían diferentes después de lo que había sucedido entre ellos. Ese pensamiento la había mantenido alejada. Pero cuando lo vio nuevamente en La Flor, todo cambió para mejor. Su conexión se sentía más profunda.

Una parte de ella temía que esto fuera demasiado bueno para ser verdad, que tanta felicidad no fuera posible para alguien que había experimentado tanto dolor. Pero no era lo suficientemente fuerte como para apartarse.

Con cada beso que se hacía más profundo, la barrera que contenía sus deseos se desmoronaba. Esto era una indulgencia prohibida, un baile imprudente con las emociones que siempre había tratado de controlar en su vida.

No entendía por qué besarlo se sentía tan especial, tan distinto de cualquier otra experiencia que había tenido con él. Pero en ese momento, sintió como si hubiera una promesa tejiéndose entre los dos, y su corazón aceptó felizmente. Perdió toda noción del tiempo y el espacio. Rendirse parecía la única opción.

Sus brazos se enroscaron alrededor de su cuello porque era lo que su corazón deseaba. Todo su cuerpo se había convertido en líquido, y necesitaba algo a lo que aferrarse. Mientras su corazón hablaba, le decía: Este es Carlos. Confías en él. Nunca te haría daño.

Así que puso todo lo que no sabía que sentía en ese beso.

Sus labios rozaron los suyos, un toque ligero como un susurro que envió una descarga directa a través de él. Él se movió para mordisquear juguetonamente, primero su labio superior y luego el inferior, enviando una corriente entre ambos como un cable cargado de energía.

Todo se intensificó, una conciencia cruda que le robó el aliento. El mundo a su alrededor se desvaneció, reemplazado por el ritmo embriagador de sus suspiros y la forma en que ella se derretía en su abrazo.

Él exploró más, cada toque una deliciosa revelación, una nota mental que guardaba de lo que provocaba una reacción en ella. Ese beso iba mucho más allá de lo físico; era una entrega de su corazón, un anhelo por conectarse en un nivel más profundo.

Una revelación la golpeó de repente. Nunca antes se había soltado por completo, nunca había abrazado de verdad una conexión con un hombre.

Su carrera, la implacable búsqueda de estabilidad, siempre habían sido una barrera invisible. Había retenido una parte de sí misma, un compartimento secreto en su corazón, cerrado por miedo a poner en peligro sus metas.

Este beso era puro, un momento compartido que resonaba profundamente en su interior. No se trataba de nada más que de ellos y de la alegría de simplemente estar presentes en el momento.

EL ESTRUENDO repentino de un cono de helado cayendo al suelo rompió el momento. Una niña pequeña gritó sorprendida, y una familia pasó corriendo junto al banco, disculpándose profusamente.

La interrupción los sacudió de vuelta a la realidad.

Las mejillas de Alex ardían con una extraña sensación de pérdida, seguida de una punzada de culpa. Le había dicho a Carlos esa mañana que necesitaba espacio, y sin embargo, aquí estaba, besándolo de nuevo.

La noche anterior también lo había besado primero, iniciando un cambio en su amistad, y ahora lo había vuelto a hacer.

No quería que Carlos pensara que estaba jugando con él.

Antes de que él pudiera hablar, ella soltó de repente, con la voz temblorosa: "Lo siento mucho, C. Sé que pareció que me incliné, y nunca quise que esto volviera a pasar."

La vergüenza la invadió. No había renunciado a su trabajo, y ahora no estaba manteniendo las cosas simples con Carlos.

Todo era demasiado para procesar sola. Había tratado de manejar lo que sucedía entre ellos como algo que podía controlar, pero eso no parecía que fuera a funcionar.

Normalmente, hablaría con Carlos sobre algo así. Pero, ¿cómo podía hablar con él cuando tenía tanto miedo de perderlo, tanto miedo de que él se alejara de ella?

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Tenía que ser cuidadosa.

"Nos atraemos," dijo Carlos suavemente, con la voz apenas por encima de un susurro. "Eso está bien. Somos adultos, ¿no? Podemos manejarlo." Sus palabras se apagaron, la incertidumbre comenzando a notarse en su tono.

Alex observó cómo él se echaba ligeramente hacia atrás, creando un pequeño espacio entre ellos en el banco. ¿Realmente quería manejarlo? ¿Sabía siquiera lo que significaba "manejarlo"?

Él se movió de nuevo, evitando su mirada, y ella podía sentir la tensión en su postura. "Solo tenemos que ser cuidadosos el uno con el otro, ¿no?" dijo, con un toque de duda en la voz. Luego murmuró, casi para sí mismo: "No puedo creer que nos hayamos... besado tan intensamente en lugares públicos. Eres un poco exhibicionista, Alex Santana."

Alex rió, agradecida de que él siempre supiera qué decir para aligerar el ambiente. "Um, eso es todo cosa tuya. Yo nunca lo haría."

Pero notó la forma en que él se reía nerviosamente, sus manos inquietas mientras rozaba el banco, la distancia entre ellos ahora palpable. Su mirada vagaba por el lugar, como si estuviera muy consciente de su entorno—las vibrantes calles de Pilsen, las risas y charlas de la gente que

pasaba.

"Claro," susurró ella, apenas audible. Alex estaba confundida. El beso había parecido ocurrir por sí solo, como si su cuerpo se hubiera movido hacia el de él sin pensarlo.

Él se pasó una mano por el cabello. "Ambos acordamos que necesitabas espacio, y eso sigue siendo cierto..." Vaciló, luego la miró de nuevo, sus ojos buscando los de ella. "No es que tengamos que negar que estos sentimientos existen. Solo que creo que debemos ser más cuidadosos con la parte física de las cosas."

"¡Sí! No quiero que pienses que estoy jugando o tratando de ser confusa," ella coincidió. Tenía razón. Eran adultos. Podían manejar la atracción que sentían el uno por el otro.

Por dentro, estaba hecha un caos. Dos cosas estaban claras: una, ella había correspondido al beso, y dos, estaba en un estado de incertidumbre. Habían estado disfrutando de una tranquila conversación en el banco, y la urgencia de besarlo había sido irresistible.

No entendía cómo podían avanzar, pero sabía que tenían que intentarlo. Movió su cuerpo un poco más lejos del de él para poner algo de distancia entre ellos y respiró profundamente. La distancia física ayudaría.

Él negó con la cabeza. "Nunca pensaría eso. Confío en ti. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Creo que solo necesitamos tiempo para aclarar las cosas. Tú mereces tiempo para resolver lo de tu carrera, y yo también estoy abrumado con el trabajo."

"¿Aclarar las cosas, eh?" dijo con una risa, frunciendo la nariz de manera juguetona. "Sí, me gusta eso. Tengo muchas arrugas que aclarar yo también, como averiguar lo que quiero de mi carrera y tal vez..."

Se detuvo, sintiendo cómo sus mejillas se calentaban bajo la mirada de él. "Tal vez de la vida en general."

Él sonrió, y ella sintió que la presión se disipaba. Ese era el tipo de conversación que los amigos tenían. Ese era un rol que entendía.

Él dijo con certeza: "Lo descubrirás."

Ella sonrió. "Eso espero. Pero incluso si no lo hago, no puedo perder lo que tenemos."

"Eso nunca podría pasar. Somos demasiado mayores para crear dramas innecesarios en nuestras vidas. Y ninguno de los dos quiere perder esta amistad," dijo él, sintiendo que intentaba convencerla tanto como a sí mismo.

El silencio se extendió entre ellos, espeso y sofocante. Con una sonrisa forzada que no alcanzó sus ojos, ella asintió. "Bien, bueno. Debería irme."

De alguna manera, acordar poner fin a esto se sentía como renunciar a su carrera artística. Aunque parecía la opción segura, la elección responsable, dejó un sabor amargo en su boca.

La energía entre ella y Carlos era inexplorada, nueva y embriagadora. Se sentía como una oportunidad, un estallido vibrante de color en el lienzo beige de su vida. Pero el miedo la detenía.

¿Podría arriesgarse a perseguir algo tan hermoso y potencialmente perderlo todo? Dejando a un

lado el pensamiento, ofreció una última sonrisa. "Buenas noches, Carlos."

Respiró profundamente, tomando mentalmente tres pequeños respiros, el sonido resonando en la tranquila noche mientras se acomodaba en su auto. El fresco aire nocturno acariciaba su piel, trayendo consigo los sonidos lejanos de Pilsen.

Ambos tenían sueños que perseguir, carreras que navegar. El peso de su conversación anterior flotaba en el aire, mezclándose con el suave resplandor de las luces de la calle que iluminaban su camino.

Pero mientras arrancaba el motor y se alejaba, un solo pensamiento permanecía en su mente: ¿podrían controlar la atracción que sentían ahora?

DIEZ

El Presente se Encuentra con el Pasado

"LOS AMADOS NO PUEDEN MORIR, PORQUE EL AMOR ES INMORTALIDAD." — EMILY DICKINSON

ALEX

Sábado

El resto de la semana pasó volando como cualquier otra. Alex fue al trabajo y se enfrentó a los mismos problemas de siempre en el banco: revertir comisiones, explicar certificados de depósito, tratar de igualar las tasas de ahorro de los bancos competidores, revisar las metas de ventas.

Estaba trabajando en obtener los datos que necesitaba para mostrar evidencia de que, al revertir comisiones, podrían generar lealtad en los clientes. Sin embargo, al examinar las cuentas de los clientes a los que les había revertido comisiones, se dio cuenta de que esas devoluciones no parecían hacer que los clientes fueran más propensos a mantener sus cuentas.

No era sencillo, y los números no mostraban lo que ella quería. En cambio, mostraban demasiada variabilidad como para hacer un argumento coherente.

La verdad parecía ser que, incluso los clientes que mantenían sus cuentas apenas las usaban. El estrés que sentía antes de su reunión con Christy se multiplicaba. Mientras caminaba hacia el trabajo el sábado, para el día reducido del banco, no podía quitarse de encima la sensación de que estaba luchando la batalla equivocada. Intentando quedarse en un lugar que no lograba comprender.

¿Qué puedes hacer cuando los números no tienen sentido? Los sábados en el banco eran días acelerados, de todo el personal manos a la obra. El lobby estaba lleno, y agradecía que su última cita fuera una sencilla apertura de cuenta.

La chica que entró en la oficina exudaba una cualidad angelical. Llevaba una falda larga, una blusa con escote redondo y un suéter grueso, que parecía incongruente para el frío día en Chicago.

Alex se sentó frente a ella y examinó los documentos de apertura de cuenta. "Anastasia Leon," dijo con una sonrisa. "Es un nombre hermoso."

Anastasia levantó una ceja. "A mi madre le encantaba la historia de los Romanov," explicó. "Le

parecía romántica la idea de una princesa perdida. Honestamente, a mí me parecía aterrador."

Mientras Alex ingresaba la información de Anastasia, le explicó las opciones de cuenta corriente estudiantil, haciendo una conversación amistosa durante todo el proceso. Cuando terminaron, Anastasia señaló la pared. "¿Es una impresión de Hilma af Klint?"

Alex se sorprendió. Pocas personas reconocían a la artista de sus pinturas, y menos una sueca poco conocida que solo había ganado reconocimiento recientemente. "Sí, lo es," dijo. "Vi su exposición en el Guggenheim hace unos años. Fue impresionante."

Después de la exposición, había comprado la impresión, y de alguna manera se había convertido en parte del ruido de fondo en su oficina. Pero ahora sentía que la miraba con los mismos ojos que habían estado en esa apertura.

Anastasia sonrió, luego dijo: "Acabo de leer sobre ella recientemente. Es inspirador, ¿no? Ella siguió pintando incluso mientras cuidaba a su madre, impulsada por la pasión más que por el deseo de fama."

Hilma af Klint estaba obsesionada con la dualidad, y era una científica de corazón. Había tratado de pintar y mostrar cómo todo tenía un equilibrio, incluso la tristeza en la vida. Hilma creía que el mundo no estaba preparado para sus pinturas durante su vida, por lo que escribió que no podían mostrarse hasta después de su muerte.

Alex asintió pensativa, pensando en la visión de Hilma y respondió: "Era increíblemente valiente y talentosa."

Anastasia asintió también. "Se necesita valor para perseguir tus sueños. Bueno, muchas gracias, Alex."

"Nos vemos por aquí," dijo Alex. "Bienvenida al vecindario."

Anastasia asintió sin decir palabra y se fue. Alex se giró para mirar la impresión en su pared.

Hilma había vivido una vida sencilla y pintado por el amor a la pintura. Cuanto más Alex miraba la impresión, más sentía que algo dentro de ella se desbloqueaba. Si una mujer de 44 años podía comenzar una carrera como pintora, ¿por qué ella no podría?

Cuando llegó el mediodía y el banco cerró, Alex sabía que volvería a su sala de pintura en cuanto llegara a casa. Nunca había dejado de pintar; solo había dejado de hacerlo con frecuencia.

El camino a casa era corto. El camino hacia el sótano que su padre había creado para ella cuando tenía 10 años era aún más corto. Mientras encendía las luces, observó su trabajo.

Las pinturas que Alex había creado colgaban en las paredes, reflejando sus diversas influencias. Había pinturas expresionistas abstractas con colores audaces y pinceladas inspiradas en Hilma af Klint, Georgia O'Keeffe, Marcel Duchamp, y retratos vibrantes al estilo de Frida Kahlo.

Una experimentadora apasionada, había explorado varios materiales e integrado sin esfuerzo objetos encontrados en sus creaciones. La escultura de autos hecha con piezas de un desguace y una pintura con granos de café (un testimonio del amor de su padre por el café) eran solo algunos ejemplos.

De pie ante su proyecto más reciente, una "explosión de emociones" comenzada en el aniversario de la muerte de su padre, lo examinó intensamente, buscando un momento de claridad.

Tomó su espátula y esparció un verde intenso en el centro, pensando en la pérdida.

Lo que se siente al perder algo que nunca podrías recuperar. Era una conversación entre ella, su pintura y la misma pérdida.

Las pinceladas surgían, la pintura se mezclaba. Había tonos de verde, luego de azul verdoso, bailando juntos en un lienzo preparado. Era forma y falta de forma. Recuerdos imposibles de borrar. El bien que venía de amar a alguien y la tristeza de reconocer que no te pertenecían.

Le pertenecían a la vida misma.

Eran una manifestación del anhelo de la vida por sí misma. Cuando se iban, creaban un vacío que alguna otra cosa hermosa reemplazaría, tal vez en otro tiempo y lugar. Pintaba estos pensamientos a medida que llegaban.

La pintura abstracta reconocía la incapacidad de la forma para expresar pensamiento y sentimiento.

Como artista, expresaba lo que nunca se podía decir usando color y forma. Era un baile que su cuerpo entendía. El lienzo esperaba que ella lo trajera a la vida.

Sentía el pincel en su mano mientras lo movía, creando un ritmo y un flujo. Cuando miró el lienzo, se preguntó, ¿por qué ocurren cosas malas a personas amables?

Pintar consistía en expresar sus sentimientos y finalmente verlos. El lienzo proporcionaba respuestas no verbales. Susurraba y decía que no soltara el amor. No olvides que nunca puedes perder lo que es real.

Sus manos tomaron vida propia y su habilidad se unió con algo que estaba más allá de ella.

Se alejó de la pintura, con el pincel apretado entre los dientes y la espátula en la mano, creando patrones intrincados.

Perdió la noción del tiempo, perdiéndose hasta que, en algún momento, sus brazos dolían. Tomó aire, observando lo que había creado antes de asentir para sí misma.

La pintura mostraba un baile con la parte oculta de su corazón y la verdad que existía en cada ser viviente en el planeta.

Colocó el pincel en un frasco con solución y limpió su espátula mientras estudiaba su trabajo. ¿Transmitía el anhelo en su corazón? ¿Se sentía como pérdida? Aún no, pero pronto. Sería lo mejor que había creado, de eso estaba segura.

Miró el reloj en la habitación. Se le hacía tarde. Era hora de la fiesta de aniversario que la madre de Carlos organizaba todos los años desde que se había vuelto a casar.

Normalmente, por esta época, ella y Carlos se enviaban mensajes al respecto. Burlándose del tema o las ocurrencias de su madre.

Mientras se cambiaba a un atuendo adecuado, pensó en su solitaria semana.

Asistir a las fiestas de aniversario de la madre de Carlos había sido una tradición anual desde la preparatoria, una extraña mezcla de diversión y momentos incómodos que siempre compartían. Pero hoy, el aire estaba cargado de una tensión no verbalizada. No habían hablado en días, el silencio pesando sobre lo que normalmente era una comunicación fluida y fácil entre ellos.

Se preparó rápidamente, poniéndose el vestido que había elegido a principios de la semana.

Al subirse al coche, se alisó el vestido, la seda violeta susurrando contra sus piernas.

No se había atrevido a contactarlo. El miedo, disfrazado de lógica, la había detenido. Los límites estaban borrosos después de haber dormido juntos y de ese beso, y la fuerza para resistirse a él, para mantener una distancia segura, se sentía tanto necesaria como triste.

Sin embargo, Carlos siempre había sido su roca, una presencia constante incluso cuando no lo pedía. Ahora, era su turno de estar ahí para él, aunque significara sentirse incómoda. Era la naturaleza de su amistad estar el uno para el otro, y no iba a detenerse ahora.

ALEX & Carlos

Hace cuatro años

Sus padres, ambos de espíritu tardío, la tuvieron cuando su papá tenía cuarenta años y su mamá treinta y ocho. Ella había sido su bebé milagro, continuando con un legado de bendiciones inesperadas y tardías por el lado de su padre. Pero todos esos milagros ya se habían ido. Ahora, solo quedaban ella y su tía.

Su madre, que se fue cuando Alex tenía nueve años, permanecía como un recuerdo vibrante: una mujer que llenaba la casa de risas, himnos de iglesia, y el tranquilo zumbido del servicio comunitario a través de su trabajo como secretaria. Su padre, un trabajador con manos callosas, había forjado una vida entregando carne de cerdo en la planta empacadora de Old Polonia, donde vivían los inmigrantes polacos de la ciudad.

Cada mañana, se levantaba a las 3:30 am, un guerrero silencioso que afrontaba el frío y las exigencias físicas de su trabajo sin quejarse. Hasta que un día, a los 52 años, sufrió un ataque al corazón.

Ella siempre había creído en secreto que eso le había pasado porque tenía el corazón roto. Perder a su mamá había sido demasiado para él. Después de su ataque al corazón, la energía de su enfermedad se había unido a la tristeza y la pérdida de la muerte de su madre. Esto desencadenó una serie de problemas de salud implacables.

Durante su infancia, escuchaba palabras como "enfermedad vascular" y "retención de líquidos", sin saber qué significaban. Al principio, quería saber. En algún momento, había sido demasiado abrumador saberlo.

Y sin embargo, también había amor a su alrededor. Su papá era rápido para reírse, para no tomarse su enfermedad demasiado en serio. Después de su ataque al corazón, su tía Sophia se mudó con ellos. Apareció y dijo que eso era lo que hacía la familia. "Mija, tu papá me ayudó a

criarme. Necesito ayudarte para mi tranquilidad". Su tía tenía 20 años. Básicamente, era una niña. Había dejado la universidad para ayudar a llevar la casa.

Se convirtieron en una familia, una familia muy nerviosa y muy ansiosa de tres personas. La mayoría de los días, todo parecía que podía salir mal en cualquier momento, pero eran una familia, y eso les daba fortaleza.

Las decisiones eran fáciles. Alex asistió a una universidad cercana. Vivía en el campus, pero pasaba mucho de su tiempo libre en casa. Había sido difícil. Había pasado mucho tiempo evitando sus sentimientos.

Regresaba a casa para ayudar a su joven tía, sin pensar realmente en lo que estaba sucediendo. Su objetivo era ignorar lo estresante que era su vida.

Salía con chicos con el fin de distraerse, nunca realmente le gustó nadie, y elegía a los hombres en función de cuánto la distraían y lo egocéntricos que eran. Los hombres egocéntricos nunca te hacían preguntas sobre ti. Para distanciarse de la dura realidad de la enfermedad de su padre, construyó murallas mentales elaboradas.

En marcado contraste, su padre abrazaba el amor en todas sus formas: romántico, platónico y familiar.

Promovía el amor a primera vista, el poder del matrimonio y, sobre todo, los finales felices. Esta convicción incluso se extendía a sus elecciones de películas; se negaba a ver algo con un final triste.

"La vida ya puede ser lo suficientemente dura, Mija", decía. "¿Por qué ver tristeza en la ficción?" Su amor por las personas no tenía límites, y su casa siempre estaba llena de una corriente constante de visitantes. Sam Santana, un hombre que amaba profundamente y era amado con la misma intensidad.

Alex quería creer en el amor, el amor grande, el amor Divino. Pero, ¿cómo podía abrazarlo cuando el mejor hombre que había conocido había sufrido tanto? El simple concepto de ello se sentía como una traición a su dolor.

Su última conversación había sido sobre el amor. En casa, antes de que falleciera, cuando decidieron optar por cuidados paliativos.

"Mija", había dicho felizmente, "no estés triste por mí. Tuve una buena vida. Amé a alguien, y ella me amó de vuelta. ¿Quién puede decir eso? Muy pocas personas tienen el regalo del amor. Y te tuve a ti. Pude ser tu papá. Estoy agradecido con Dios por lo que me dio en esta vida... pero tengo preocupaciones por ti, Mija. Tienes el corazón cerrado. Lo veo".

Ella negó con la cabeza, sintiéndose congelada y entumecida, tratando de mantenerse esperanzada por él.

Respondió, "Papá, estoy bien. Estoy haciendo lo mejor que puedo. Me ascendieron. Ahora soy gerente de banco. Gano más dinero y las cosas van bien. Por favor, no te preocupes por mí".

ELLA QUERÍA que su papá se fuera de este mundo sintiéndose liviano, sabiendo que ella estaría

bien, porque lo amaba y no podía añadir a su sufrimiento.

Su papá asintió, con los ojos llenos de tristeza por ella, y dijo, “El dinero es genial, Mija, pero no reemplaza el amor y la amistad. Espero que dejes entrar el amor. Está más cerca de lo que piensas, pero sigues alejándolo… sabes que Carlos te ama.”

Ella asintió, con la voz apenas un susurro, respondiendo, “Lo sé, Pa... yo también lo amo... es mi mejor amigo, y eso es más que suficiente.” Hizo una pausa, frunciendo el ceño. “¡Es mi único amigo! ¿Cómo podría arriesgarme a perder a mi único amigo?”

Una risa forzada escapó de sus labios mientras miraba por la ventana, con la mirada vacía.

Su papá tosió débilmente, seguido de una risa suave. “Ay, mija,” dijo con voz ronca, “un día no podrás evitar el amor. Hasta entonces, espero que encuentres alegría en el camino.”

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso, con el peso de su dolor aplastándola. No podía soportar pensar en el amor, el dinero o la muerte por más tiempo.

El funeral había llegado y se había ido, dejando a Alex con una mezcla extraña de emociones.

Ahora no tenía papá ni mamá. Estaba cansada.

Se encontraba entre la familia y los amigos de su papá, y mientras la abrazaban y traían comida, los observaba como desde la distancia. Sentía el final de una era, incluso mientras resistía hacer algún cambio genuino.

El conocimiento de que su partida era inevitable no hacía que fuera más fácil de soportar. El peso de la tristeza se asentó pesadamente sobre su corazón. Se sentía entumecida y desconectada.

Sus pensamientos se dirigieron a su trabajo en el banco, un lugar donde su bienintencionada tía Sophia la había alentado a unirse. En medio de la enfermedad de su padre, la carga financiera había crecido, y la practicidad de trabajar había sido la elección correcta.

Habían logrado tanto, y estaba agradecida por el dinero que le proporcionaba el trabajo. Estaba feliz. Estaba cómoda, y ahora podía dejar que su tía se fuera a vivir su propia vida.

Su tía Sophia tenía 33 años y era simplemente hermosa. Con cabello corto, rizado y marrón, y un rostro en forma de corazón, se vestía de manera modesta y trabajaba como secretaria para un arquitecto.

Y aunque no destacaba su belleza, esta brillaba desde dentro. Respetaba a su tía, a quien llamaba Titi, más de lo que podía expresar.

Después de que todos, excepto Carlos, se fueron, llevó a su tía lejos de la limpieza. Colocó sus manos en los hombros de su tía, mirándola a los amables ojos marrones. “Titi, vete.”

Su tía se rió. “¿A dónde, Mija? Hay un desorden aquí.”

Alex sacudió la cabeza, con la determinación marcada en su rostro. “¡Vete! Viaja, Titi. Ve y vive. Has estado con nosotros para siempre; es hora de que vivas tu vida. Necesito que vivas tu vida. Papá me hizo prometer que te dejaría libre.” Su voz vaciló ligeramente, traicionando la emoción que sentía, y sus manos temblaban.

Su tía la miró, con un leve indicio de ofensa en su expresión. “¿Dejarme libre de ti? Te amo. He amado estar aquí con ustedes dos,” respondió, con una mezcla de sorpresa y calidez en su voz.

Alex, imperturbable, sacudió la cabeza de nuevo, con sus ojos suplicantes. “Por favor, Titi, siempre puedes volver aquí si quieres, pero quiero que vivas por ti misma. Por favor,” rogó, con un sentimiento sincero y genuino.

Y así, hablaron de ello a fondo. De la logística y de por qué era importante, hasta que su tía accedió a considerarlo.

Cuando llegó al frente de la casa, una sensación de ligereza se instaló en su pecho. Se dejó caer en los escalones de cemento, y Carlos se unió a ella. “¿Aceptó?” preguntó suavemente.

Alex asintió, con una pequeña sonrisa en los labios. “Casi. Ya la conoces. Necesita que la empujen.”

Miró hacia el cielo, sintiendo la soledad asentarse a su alrededor como una pesada manta. Las personas pasaban por la acera—amigos riendo, familias charlando, desconocidos perdidos en sus propios mundos.

Cada rostro le recordaba las conexiones que había perdido, al último miembro de su familia que tenía que dejar ir. Incluso mientras le pedía a su tía que se fuera, una parte de ella quería aferrarse, mantener los restos de su familia cerca. Pero en el fondo, sabía que no sería correcto impedirle que viviera su vida.

Carlos colocó una mano reconfortante en su hombro. “Hiciste lo correcto, Alex. Ahora, ¿qué pasa contigo?”

Ella se encogió de hombros, con la mirada aún distante mientras observaba el mundo pasar. “¿Qué hay de mí?”

Él sacudió ligeramente la cabeza, frunciendo el ceño con preocupación. “No importa, no es el momento. Por ahora, solo siéntate conmigo,” dijo suavemente, con una voz cálida y acogedora.

Alex sonrió débilmente, sintiendo una oleada de gratitud al mirarlo. “Me gustaría eso,” murmuró, con una voz suave y agradecida. “¿Podemos simplemente quedarnos aquí?”

Él le ofreció una sonrisa tranquilizadora. “Sí, por el tiempo que necesites.”

Mientras se sentaban juntos en los escalones de cemento, el calor de su cuerpo junto al de ella le brindaba una sensación de consuelo que no sabía que necesitaba. Sabía que Carlos nunca la dejaría por voluntad propia. Él estaba a su lado, una presencia constante en el caótico espectáculo de terror que era su vida.

Después de un momento de silencio, habló, con la voz apenas audible. “Gracias por venir con tan poco aviso,” dijo, apoyando su cabeza en su hombro, sintiendo cómo la tensión del día se desvanecía.

Se sentaron en un silencio cómodo durante horas, con sus pensamientos vagando hacia los misterios de la vida y la muerte, encontrando consuelo en la compañía del otro.

El mundo a su alrededor se desvanecía, las risas y charlas de los transeúntes se convertían en un

murmullo distante, reemplazado por la simple verdad de que se tenían el uno al otro.

ONCE

La Fiesta de Aniversario

"CUANDO TE DIGO QUE NO TE CASES SIN AMOR, NO TE ACONSEJO QUE TE CASES SOLO POR AMOR; HAY MUCHAS, MUCHAS OTRAS COSAS A CONSIDERAR." – ANNE BRONTË

CARLOS

Era un día frío de octubre en Chicago. Quizás demasiado frío para un evento al aire libre, pero a la madre de Carlos, Alana, le encantaba estar afuera, y más aún le encantaba su aniversario de bodas.

Mientras Carlos conducía desde el área cercana a la Universidad de Chicago hasta la casa de su madre en Oak Lawn, su mente viajaba a través del tiempo.

Su madre, Alana Shapiro-Farkas, era una mezcla de varios orígenes europeos. Incluso en sus 50 años, no parecía la madre de nadie.

Era una rubia elegante, con un corte de bob corto y ojos color avellana, que poseía bolsos heredados de su madre que valían miles de dólares. Su nombre y su historia hablaban de un pasado lleno de riqueza.

Había conocido a su segundo esposo, Mark Farkas, en un evento en Chicago cuando Carlos estaba en su primer año de preparatoria, y habían salido y finalmente se casaron durante el último año de preparatoria de Carlos.

Nunca había tenido problemas con Mark. Él y Javy se habían visto obligados a pasar tiempo con él cuando su madre cancelaba planes de cena debido a una fecha límite o cuando llegaba tarde (y siempre llegaba tarde).

Mark era un amable húngaro que había sido invitado a trabajar en los Estados Unidos en la década de los setenta.

Carlos lo respetaba; era un investigador e increíblemente inteligente que trabajaba en la Universidad de Lake Chicago, realizando investigaciones sobre células madre.

Era un poco famoso, en la forma en que solo los académicos pueden serlo, lo que significaba que alrededor de 5,000 personas en su campo muy específico lo conocían y lo respetaban profundamente.

Pero fue la rapidez de la relación con Mark lo que realmente le había dolido, y el hecho de que

su madre tuviera aún menos tiempo para ellos no ayudaba.

De hecho, algunos dirían que aún estaba recuperándose del amargo final del matrimonio de sus padres.

Simplemente no lo había visto venir. Estaba en séptimo grado cuando sus padres le hablaron sobre el divorcio (no a su hermano menor Javy, que era aún muy joven).

Carlos había preguntado por qué se estaban divorciando, y simplemente le dijeron que ya no se amaban.

Así que había estado en terapia durante la mayor parte de la secundaria tratando de entender qué significaba eso.

¿No se habían amado lo suficiente? ¿Podía el amor desaparecer? Incluso como adulto, se preguntaba sobre las implicaciones de cómo sus padres se habían alejado tan rápidamente.

Bueno, su madre había seguido adelante rápidamente; su padre se había refugiado en el trabajo y la enseñanza.

Luego, hace cuatro años, su padre había decidido que estaba enamorado de una joven de 25 años. Nuevamente, Carlos no tenía nada en contra de Claudia Pagano.

Parecía una buena mujer que trabajaba en ventas de medios. Pero su padre tenía más de 50 años, y no podía entender qué tenían en común o de qué hablaban.

Sus acciones lo habían convertido en la persona que era. Carlos siempre había sabido que el amor era algo que debía tomarse en serio, por lo que había esperado.

Cuando finalmente se comprometió, se había prometido a sí mismo que sería para toda la vida.

Mientras conducía por la calle de su madre, con las manos aferradas al volante, tomaba respiraciones calmantes. Sus padres lo ponían tenso.

Se recordó a sí mismo lo más útil que su terapeuta le había dicho: "La gente tiene derecho a cambiar de opinión. Los sentimientos son fluidos".

Algo de eso todavía lo aterraba, pero al menos lo ayudaba a entender a sus padres.

Tener que asistir a la fiesta de aniversario de su madre cada año lo enfurecía. Pero nunca se lo diría a nadie, porque era mezquino y pequeño.

Toda esta celebración, algo sobre ella parecía negar su propia existencia. Pero era una persona sensata.

Así que, mientras entraba por la entrada trasera de la lujosa casa de su madre en Oak Lawn, se recordó por décima vez que los sentimientos no eran hechos.

El jardín de su madre era un estallido de color, con flores de todos los tonos floreciendo en filas horizontales. Los árboles estaban podados en formas y el césped perfectamente cuidado. Pero a pesar de toda la belleza, había algo en el jardín que se sentía frío y vacío.

Parecía un mundo perfecto, artificial, y para él, siempre era extrañamente inquietante.

Tenía la sensación de estar caminando por un museo, no por un lugar vivo y vibrante. Era tan diferente del área cerca de Pilsen donde vivía.

No era en absoluto lo que quería para su vida. La música era clásica, las bebidas muy refinadas, el ambiente sereno.

Se dirigió al bar y se dio la vuelta cuando sintió un toque en el hombro.

“¡Hola, extraño!” Alex le sonrió con un entusiasmo exagerado que lo hizo sentir un poco cauteloso, pero también levemente divertido.

Llevaba un vestido violeta con un escote asimétrico y los pendientes que él le había regalado en el undécimo grado. Sus zapatos eran dorados con detalles de flores que sospechaba ella misma había añadido.

Carlos sabía que los pendientes eran los que le había dado porque había pagado a un joyero para que los creara. Eran sus piedras favoritas: citrino, amatista y jade, entrelazadas en un engarce de oro único con pequeñas rosas de oro entre las piedras.

A ella le habían encantado esos pendientes, y a él le encantaba que le gustaran, porque él los había diseñado. Aunque nunca se lo había dicho, ni el precio que tenían.

Verla ahora lo ponía nervioso. En el transcurso de una semana, su mejor amiga se había convertido en una tentación y una distracción que no podía explicar. Sin embargo, ambos querían que las cosas se mantuvieran igual.

"Estás actuando maniática", observó mientras tomaba un sorbo de su vodka soda. Su tono era ligero, con el humor que siempre parecía tender un puente entre ellos.

Bromeaba, no para criticarla, sino para traer una sensación de calma al momento, un ritual compartido que ambos encontraban reconfortante y familiar.

Ella respondió con una risa alegre, un sonido que se mezclaba con el bullicio de la actividad mientras los camareros se movían a su alrededor.

"Estoy nerviosa, ¿ok? ¡Gracias por señalarlo!" Sus palabras eran juguetonas, reconociendo su observación con una indignación fingida que contenía afecto debajo.

Carlos se encontró sonriendo. Sentía que la tensión en su pecho se aflojaba. Alex estaba aquí. Todo estaría bien. Realmente se entendían.

“Bueno, tenía que molestarte, estabas siendo maniática y alegremente agresiva aquí, de todos los lugares.”

Miró alrededor mientras el espacio lentamente se llenaba de los muchos desconocidos que eran colegas de su madre. Las pantallas de video mostraban imágenes de ella en otras épocas.

Alex arqueó una ceja, observando la escena. Figuras elegantes, un caleidoscopio de marcas de diseñador, se movían de grupo en grupo.

Las risas se mezclaban con los agudos bordes de las conversaciones. Aquí, las discusiones eran un deporte competitivo. Las voces subían y bajaban, puntuadas por gestos enfáticos, como si cada tema fuera un campo de batalla por conquistar.

"A tu madre le encantan las extravagancias", dijo finalmente Alex, con un toque de diversión en su voz. Caminaron hacia una de las pequeñas mesas colocadas cerca de las hortensias.

Ella miró las flores con aprecio.

Carlos tragó, sintiéndose culpable y abrumado por su propia inmadurez emocional. De repente sintió la necesidad de disculparse; nunca antes habían pasado días sin hablarse.

“Debería haberte llamado esta semana y preguntarte si querías que te recogiera. El trabajo estuvo ocupado y no sabía si...” dejó la frase en el aire, evitando su rostro.

La verdad era complicada, y no sabía cómo articularla. Aunque quería hacerlo. Pero tenía miedo de hablar con franqueza, temeroso de las posibles consecuencias.

Ella miró alrededor dramáticamente y susurró: “No, está bien. Entiendo que las cosas estuvieron un poco tensas, el beso… los momentos sexys...” Lo provocó, esperando ayudar a aliviar la tensión entre ellos.

Carlos soltó una carcajada y sintió cómo la tensión abandonaba su cuerpo. Algo en ella se sentía más ligero de alguna manera. “¿Vas a seguir diciendo momentos sexys? Creo que necesito saber eso ahora para mi propia salud mental. No estoy seguro de que los adultos deban decir cosas así.”

La miró directamente a los ojos, desafiándola juguetonamente a seguir burlándose de él. Su mera presencia aliviaba la tensión que normalmente sentía cuando estaba cerca de su madre.

La esquina de los labios de Alex se curvó en una sonrisa. Tomó un sorbo de vino, dejando que el líquido fresco se quedara en su lengua antes de responder: “Creo que ahora tengo que decir momentos sexys. Por lo hilarante que es.”

Carlos asintió y se movió con fluidez la corta distancia hacia el bar, saludó al camarero y fue directamente hacia una cubeta de hielo. Alex lo observó mientras sacaba una botella fría y agarraba dos copas de champán.

Sus labios se curvaron en una sonrisa agradecida al leer la etiqueta, “Tu madre siempre tiene lo mejor.”

Él abrió la botella con un giro alegre, entregándole una copa de su champán favorito.

Guardaron silencio por un momento, luego Carlos respondió: “Sabes que Alana Farkas no se conformaría con menos que lo mejor. Estás de muy buen humor, y solo dos cosas te llevan allí: yo y pintar.”

Sirvió dos copas, le entregó una, guiñándole un ojo en el proceso.

Había estado con ella cuando había descubierto su champán favorito. Fue hace años en un evento como este.

Había algo en una Alex relajada que lo ayudaba a calmarse. Por un segundo fugaz, se había preguntado si vendría, preocupado de que no lo hiciera, pero aquí estaba, con él, en este incómodo evento. Era el mayor regalo que podía haberle dado.

Ella rió, sin negar la verdad de sus palabras. “Me conoces bien. Pinté hoy y liberé algo en mí. Es

una pieza muy nueva, pero cuando esté terminada, puede ser algo.”

Carlos apenas podía respirar con eso.

Una risa ahogada se escapó de él, un sonido que traicionaba la maraña de emociones en su garganta. No podía descifrarlas, así que se retiró al ritmo familiar de sus bromas. “No puedo esperar para ver la obra maestra,” dijo, su voz cálida. “Y gracias por el aviso sobre el nuevo vocabulario. Es hora de actualizar mi diccionario mental para momentos sexys. Genial manera de quitarles lo sexy.”

Un destello juguetón brilló en sus ojos antes de ser reemplazado por algo más serio.

Tomó aire. “Odié nuestra falta de contacto. No podemos volver a hacer eso.”

Alex dejó su copa en la mesa con un suave tintineo. "Yo también pude haberme comunicado, y no sé por qué no lo hice," admitió suavemente. "Te extrañé. Extrañé tus memes raros de Shakespeare."

Pasó un momento de silencio cómodo. "Estuvimos siendo raros," admitió finalmente, con un toque de diversión en su voz.

El alivio lo invadió al reconocer la incomodidad. Era un pequeño paso, pero se sentía significativo, un regreso a la normalidad en medio del caos controlado de la fiesta de su madre. Aquí, en este espacio inesperado, estaban encontrando su camino de vuelta el uno al otro, una conversación honesta a la vez.

“Definitivamente estábamos siendo raros, pero culpo a mi madre por eso,” dijo, agitando las manos hacia la escena a su alrededor.

Sus ojos se sostuvieron por cinco segundos más de lo necesario, luego Carlos, impulsivamente, le tomó la mano para estabilizarse. Necesitaba tocarla. Bajó la cara, acercando lentamente su boca a la de ella y dijo: “Alex, tal vez podríamos...”

No sabía qué estaba pensando ella. No creía que se diera cuenta de que su boca hacía una lenta bajada hacia la suya.

De repente, apareció Javy, vestido con jeans y una camiseta, y comentó: "¿Es aquí donde nos estamos escondiendo?" Miró entre ambos, sabiendo exactamente lo que había interrumpido, como solo un hermano menor podía hacerlo.

Los tres estallaron en risas.

La noche fue tranquila. Su madre y su padrastro hicieron una breve aparición y les hicieron las preguntas habituales.

La fiesta estaba programada para durar cuatro horas. Javy aguantó una hora.

Ellos se quedaron por tres.

Carlos se aferró a Alex mientras mantenía conversaciones triviales con los innumerables conocidos y asociados de negocios de su madre. Escuchó los brindis, vio la presentación de diapositivas y, al final de la noche, se sentía más exhausto de lo que podía explicarse a sí mismo. Había algo en este evento anual que se sentía vacío, pero no sabía si era su percepción

distorsionada o la realidad del evento en sí.

Su mente inquieta se desvió hacia Alex. Ella había estado a su lado en cada una de las fiestas de aniversario de su madre y no podía imaginar que no estuviera allí con él. Ni siquiera se le había ocurrido invitar a alguien más a acompañarlo.

Había consuelo en saber que no solo podía contar con ella, sino que también comprendía a su loca familia. No tenía que explicarle quiénes eran sus padres ni disculparse por ellos. Ella los conocía y los aceptaba. La verdad era que probablemente los apreciaba más que él mismo.

La guió entre las mesas hacia la salida.

Mientras caminaban hacia el valet para recoger sus autos, Carlos dudó. No quería que se fuera. Ella lo hacía sentir seguro de una manera que nadie más podía.

Alex le dio una palmadita en el hombro y dijo: “Lo hiciste genial. Fue una actuación digna de un premio.”

Carlos asintió y la miró a los ojos, esos ojos avellana llenos de comprensión.

Todo se reducía al hecho de que ella realmente lo conocía, y él la conocía a ella.

En un mundo lleno de superficialidad, en el mundo lleno de apariencia de su madre, Alex era algo real. Tal vez lo más real en su vida.

Pensó en el beso que casi compartieron. ¿Deberían hablar de eso o simplemente ignorarlo?

Reflexionando sobre el momento, murmuró: “Sí, lo fue, ¿verdad? Pero ahora me siento inquieto, y desearía que hubiéramos venido juntos en lugar de tener que conducir cada uno en su propio auto de vuelta a casa.”

Era tarde. Cerca de la medianoche.

Ella respondió con un encogimiento de hombros despreocupado. "No tengo prisa. Además, tenemos una tradición que cumplir. Debemos ir a comer helado."

Su sonrisa se ensanchó al mencionar el diner abierto las veinticuatro horas, el lugar al que siempre acudían después de uno de los eventos de su madre.

Le encantaba la forma en que ella actuaba con naturalidad sobre la rutina que habían desarrollado para lidiar con el caos que era su familia.

Habían encontrado ese diner después del primer año en que su madre organizó la fiesta, cuando él se negó a comer la comida que ella sirvió.

Alex se había unido a él y para cuando salieron de la fiesta ambos estaban hambrientos y se detuvieron en el primer lugar que vieron. Ahora era lo único que esperaban con ansias cuando hacían el trayecto de una hora hacia la casa de su madre.

Carlos tragó saliva, sintiendo una mezcla de placer y ansiedad. “¡Sí! El diner de Sammy. Hagámoslo.”

Mientras esperaban que el valet trajera sus autos, el silencio entre ellos estaba cargado de pensamientos no dichos.

El casi-beso flotaba en el aire, como una interrogante esperando ser abordada.

DOCE

Pies y Promesas

"SI TIENES UN VERDADERO AMIGO, TIENES MÁS DE LO QUE TE CORRESPONDE." — THOMAS FULLER

ALEX Y CARLOS

Alex estacionó en el aparcamiento del restaurante, con el letrero de neón familiar proyectando un cálido resplandor sobre el asfalto.

Tomó una respiración profunda y forzó una sonrisa mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

Casi se habían besado de nuevo. Lo habrían hecho si Javy no hubiera... bueno, sido Javy. El recuerdo provocó un aleteo en su estómago, una mezcla de emoción y frustración persistente.

Deslizándose fuera del coche, el aire fresco de otoño le mordía las mejillas. Miró alrededor del estacionamiento, esperando ver el coche de Carlos, pero no había señales de él todavía. Con un encogimiento de hombros, se dirigió hacia adentro.

El aroma del pan recién horneado y el café la recibió al abrir la puerta del restaurante, envolviéndola como una cálida ola. Era un contraste marcado con la perfección helada de la fiesta que acababan de dejar. El restaurante de Sammy vibraba con una nueva energía: un caos amistoso y familiar que instantáneamente tranquilizó a Alex.

Los asientos de cuero rojo brillaban bajo el suave resplandor de las lámparas colgantes. Los manteles a cuadros, desgastados por el uso de incontables comidas, cubrían las mesas de madera. Una larga barra, con su cromo reluciente, se extendía a lo largo de una pared, rematada con cómodos taburetes giratorios.

Las paredes eran una lección de historia visual, adornadas con fotos enmarcadas de celebridades y monumentos antiguos de Chicago, cada una una historia esperando ser contada.

La rock and roll clásica sonaba en la máquina de discos, llenando el aire con viejas canciones que parecían entretejerse entre las conversaciones y las risas.

Alex se deslizó en un puesto, el cuero rojo desgastado enfriando su piel. Respirando hondo para calmarse, vio que la camarera se acercaba y soltó rápidamente: "Tomaré un café y un trozo de pastel con helado, por favor. Lo que sea que sea el pastel del día".

La joven camarera, que parecía recién salida de la preparatoria, sonrió amablemente y respondió: “¡Es una excelente elección! Hoy tenemos un delicioso pastel de sorbete de limón y granada”.

De repente, una voz familiar sorprendió a Alex. "Yo tomaré lo mismo", dijo Carlos, apareciendo detrás de ella.

Se sentaron en silencio durante unos momentos, permitiendo que la comodidad del restaurante familiar los envolviera. Finalmente, Alex rompió el silencio, su voz teñida con un toque de alegría forzada. "Fue una fiesta hermosa, tu madre realmente se superó".

Carlos ofreció una sonrisa tensa, la tensión evidente en su voz. "Tiene talento para la jardinería y el catering, eso hay que admitirlo. Además, está en constante renovación de la casa, así que cualquier excusa para presumirla, ¿verdad?".

Alex tomó un sorbo vacilante del café que la camarera le había servido, pero el calor no hizo mucho para disipar el escalofrío que sentía.

Ignorando el recuerdo del casi-beso y la conversación que ansiaba tener, centró su atención en Carlos. Sus hombros estaban tensos, su mandíbula apretada y una profunda arruga cruzaba su frente.

"¿Qué pasa?" le preguntó con suavidad, su voz impregnada de preocupación.

“Te veo perturbado por este aniversario. Normalmente nos burlamos de tu madre y sus amigos, pero de alguna manera hoy eso no parece correcto”.

Carlos la miró, con una vulnerabilidad brillando en sus ojos. “Sí, lo estoy”, admitió, su voz baja y tensa. “¿Puedo ser honesto contigo, Alex? Completamente honesto.”

Quería desenredar el nudo de emociones que había estado cargando desde que era apenas un adolescente, un secreto que nunca se había atrevido a confesar, ni siquiera a sí mismo.

Alex sintió un nudo formarse en su garganta al ver la vulnerabilidad cruda grabada en su rostro. Quería ofrecer consuelo, ser ese espacio seguro que él necesitaba.

Pero las palabras parecían inadecuadas frente al dolor no dicho. En su lugar, simplemente asintió, sus ojos transmitiendo el apoyo incondicional que él anhelaba. “Está bien.”

Habló tan bajo que Alex tuvo que esforzarse para oírlo por encima del murmullo del restaurante. “Solo siento que... mi madre nos borró, a Javy y a mí. Se fue rápido, justo cuando las cosas se desmoronaron con mi papá.

Comenzó a salir con alguien, simplemente... siguió con su vida. Éramos una idea tardía, siempre en la periferia. Se cambió el nombre sin pensar en cómo nos haría sentir. Cada año, esa maldita fiesta... me hace sentir como si ni siquiera fuéramos queridos.”

Su voz se quebró, un susurro apenas audible que traicionaba años de emociones reprimidas. “No creo que mis padres alguna vez se hayan amado, Alex. Y no creo que hayan aprendido a amarnos.”

Una ola de empatía la envolvió. Antes de pensarlo dos veces, extendió la mano, encontrando la suya. Su toque fue suave, una oferta silenciosa de consuelo y apoyo.

"Yo... Yo nunca supe que te sentías así". Su voz era suave, teñida de tristeza. “Eras tan valiente cuando éramos niños... siempre explicando lo que aprendías en terapia…”

Se detuvo, sin poder expresar completamente la profundidad de su comprensión.

Ambos sabían la verdad no dicha: él había tenido que madurar demasiado pronto, navegando una infancia llena de abandono. Era como ella en ese sentido. Ambos habían enfrentado situaciones adultas cuando eran solo niños.

Su agarre se apretó en su mano; sus dedos entrelazados en una muestra silenciosa de apoyo.

"Nunca sentí que tenía derecho a cargarte con mis problemas", confesó, su voz áspera por la emoción mientras decía, "Mi dolor parecía insignificante comparado con el tuyo, con todo lo que perdiste."

Hubo un silencio cómodo entre ellos, un espacio donde las palabras parecían innecesarias. Ambos comprendían la verdad no dicha: los sentimientos no se trataban de tener razón o estar equivocado.

Eran constelaciones complejas dentro de cada persona, llenas de alegría y tristeza, que existían más allá de la lógica o el juicio.

Sus ojos se encontraron, una vulnerabilidad cruda evidente en su profundidad, tanto aterradora como entrañable.

“Alex,” comenzó, su voz apenas un susurro, “tu familia, tu papá y tu tía, fueron lo más cercano a una familia que alguna vez conocí. Más que la mía, excepto por Javy, pero incluso con él... siempre hemos sido islas, cada uno dependiendo de sí mismo. Eres diferente. Dependo de ti, Alex.”

Se detuvo, su voz ahogada por la emoción. “Esta semana sin hablar contigo fue difícil. En el pasado, otras mujeres me han visto como emocionalmente incapaz, incapaz de una conexión real. Y me aterra que tú también lo veas, Alex. Me aterra que me dejes como todos los demás. Siempre me he refugiado en mi trabajo, pero eso no va a funcionar.”

El miedo ahogó su voz, pero ella apretó su mano y negó con la cabeza con determinación.

“Carlos, siento exactamente lo mismo,” confesó, su voz apenas un susurro. “Te necesito también. Eres una constante en mi vida, una fuente de apoyo que no puedo explicar, pero que no cambiaría por nada. La idea de perderte... es insoportable.”

Un grito silencioso resonó dentro de ella. Las palabras que anhelaba decir colgaban pesadas en el aire:

“Te quiero.” Pero la vulnerabilidad era aterradora, el futuro incierto.

Se quedaron mirando sus manos entrelazadas. Ella se sintió como una niña de nuevo. Solo que esta vez él era el que estaba en el suelo, y ella era la que tenía que guiar.

Esta vez, ella tenía que tomar la iniciativa, navegar el territorio inexplorado de sus corazones.

Ella respiró hondo para calmarse y dijo: “¿Y si hemos estado enfocando esto de la manera equivocada? ¿Y si podemos resolverlo juntos, en lugar de ignorarlo o evitarlo hasta que resuelva

mi carrera?" Se preguntó si su corazón siempre latía tan fuerte mientras tomaba una respiración profunda y sus ojos se encontraron con los de él.

La respuesta sencilla temblaba en sus labios, una sensación aterradoramente desconocida burbujeaba dentro de él. Esta intensa felicidad, un torbellino de emociones que nunca antes había experimentado, lo emocionaba y lo asustaba a la vez. Estaba ahogado en trabajo, y la idea de comenzar una nueva relación en medio de todo eso le parecía una receta para el desastre. Sin embargo, a pesar del miedo, un "sí" resonaba con fuerza dentro de él.

Tomando una profunda respiración, obligó a que la palabra saliera de su garganta contraída. "Sí," respondió, su voz temblando ligeramente. "Pero mentiría si dijera que no tengo miedo."

Mientras la camarera colocaba frente a ellos las rebanadas humeantes de pastel con helado derretido, sus manos instintivamente se soltaron.

Se quedaron en un silencio cómodo, mirando los postres. De repente, una ola de realización golpeó a Carlos. Pensó en los innumerables lugares que había visitado, en los rostros que había conocido, y con una claridad sorprendente lo entendió. Sentado frente a él en esa gastada cabina roja, Carlos comprendió que lo más significativo en su mundo estaba justo allí, en ese momento.

La honestidad, decidió, era el único camino a seguir. "Quiero intentarlo," confesó, su voz sincera. "No puedo garantizar que seré perfecto navegando esto… lo que sea que está pasando entre nosotros. Pero no te presionaré. Entiendo la importancia de que te enfoques en tu carrera, y no se me ocurriría interponerme en tu camino."

Ella lo miró, sus ojos llenos de un reconocimiento silencioso de su preocupación. "Claro que estás preocupado," dijo finalmente, una leve sonrisa asomando en sus labios. "Te importo, tú me importas, y eso no cambiará, pase lo que pase entre nosotros."

Su voz se suavizó mientras continuaba, "Empecemos despacio. Sé que suena loco porque siempre salimos juntos... pero, ¿y si vamos a una cita? Nada más."

Ella se sonrojó levemente y dijo: "Quiero decir, tal vez deberíamos limitarnos a solo besarnos y salir. Ver si encajamos como algo más que amigos. ¿Como una prueba? Porque ya sabemos que funcionamos, ya sabes…" su voz se desvaneció.

Carlos estalló en carcajadas, el sonido genuino y sincero. Ella era tan linda.

Tomó un bocado de su pastel, el sabor dulce y ácido momentáneamente olvidado mientras contemplaba su propuesta. "Sí. Ya sé que funcionamos sexualmente. ¿Una cita, eh? Interesante. Aunque, por el bien de las historias futuras, debo ser yo quien te pidió salir."

Una sonrisa traviesa asomó en las comisuras de sus labios mientras consideraba el registro histórico: su pasado, su presente y su futuro.

"Trato," accedió finalmente, la rendición juguetona clara en su voz.

Un brillo juguetón iluminó sus ojos mientras le guiñaba el ojo. Extendió la mano y tomó un bocado de su pastel, saboreando el sabor con un suspiro de satisfacción. "El pastel está delicioso," declaró, "especialmente cuando es tuyo."

La calidez del café y la dulzura del postre se mezclaban con el silencio cómodo, creando una

sensación de perfecta satisfacción.

TRECE

Una Metáfora de Jardinería

"ES MEJOR SUFRIR UNA INJUSTICIA QUE COMETERLA, Y MÁS FELIZ SER ENGAÑADO A VECES QUE NO CONFIAR." — SAMUEL JOHNSON

ALEX

Todavía a finales de octubre

Era lunes por la noche, a cuatro días del Día de los Muertos. Tomar la iniciativa y proponer una cita había requerido más valor del que esperaba, pero la sonrisa persistente en sus labios delataba un creciente optimismo.

El domingo lo había pasado preparando su altar. Las fotografías familiares estaban cuidadosamente dispuestas, cada una de ellas un recuerdo traído de nuevo a la vida.

Encontraba consuelo en el ritual familiar, una manera tranquila de conectar con su papá. Su colgante de corazón de oro, un regalo de él, colgaba alrededor de su cuello.

No era fácil asumir riesgos, pero una vez que lo hacías, la apuesta se sentía casi emocionante.

El lunes llegó, y mientras Alex se sentaba para su reunión uno a uno con Christy, una ola familiar de ansiedad previa a la presentación la invadió. Enderezó su postura y respiró hondo, intentando centrarse.

Antes de salir de casa esa mañana, había pasado por su altar, contemplado las fotografías y tocado el colgante alrededor de su cuello, ofreciendo un momento silencioso de consuelo y conexión con su papá.

Sabía, de alguna manera, que todo estaría bien.

Christy entró en la sala luciendo preocupada y dijo: "Alex, eres una de nuestras mejores empleadas, pero al revisar los números de tu presupuesto, me preocupó ver que estabas revirtiendo el doble de tarifas. Me veo obligada a darte una advertencia."

Alex sostuvo la mirada de Christy con firmeza, con un aire de desafío en sus ojos. "Christy, entiendo tus preocupaciones", reconoció. "Las reversiones de tarifas son más altas de lo habitual; lo admito. Sin embargo, los desafíos que he encontrado en Pilsen son únicos en comparación con otras sucursales."

Respiró hondo para calmar los nervios y continuó: "Me gustaría proponer renegociar la asignación que tenemos para la reversión de tarifas en nuestra sucursal. He preparado una presentación que respalda mi razonamiento para esta solicitud." Señaló hacia su computadora portátil y lanzó la presentación.

Navegando por las diapositivas con facilidad, Alex explicó los datos que respaldaban su caso. "Como puedes ver, el programa de educación financiera ha sido increíblemente exitoso en involucrar a la comunidad y comunicar eficazmente las políticas financieras. Sin embargo, sin la capacidad de renunciar a ciertas tarifas en las primeras etapas, es difícil generar confianza y fomentar la participación."

Concluyó su presentación con una sonrisa segura. "Por eso creo que duplicar mi presupuesto para tarifas no solo es necesario, sino crucial para el éxito a largo plazo tanto del programa de educación financiera como del crecimiento de la sucursal en Pilsen."

El ceño de Christy se frunció levemente mientras se recostaba en su silla. "Aunque aprecio tu iniciativa, Alex", comenzó, "tu propuesta simplemente no es consistente con la política de la empresa. Tenemos una estructura de tarifas estandarizada para todos. Desafortunadamente, no es nuestra responsabilidad si los clientes no leen las divulgaciones."

La sonrisa de Alex se desvaneció. La decepción se asentó pesadamente en su estómago. Se sentó, el estallido inicial de confianza reemplazado por una sensación familiar de frustración.

"Christy, te respeto y aprecio todo lo que has hecho por mí", comenzó, con una firmeza en su voz a pesar del temblor que sentía por dentro. "Has sido una mentora increíble, pero me temo que tengo que estar en desacuerdo."

Respirando hondo, continuó: "Después de pensarlo detenidamente, he decidido presentar mi aviso de dos semanas. Honestamente, no creo que pueda cumplir con los objetivos de este mes y al mismo tiempo priorizar la educación financiera de la comunidad. Creo firmemente que el banco debería centrarse en la educación antes de empujar las ventas."

El silencio descendió sobre la sala. Christy le dio una mirada sorprendida.

"Alex", dijo Christy, "hemos realizado investigaciones exhaustivas y las comunidades eventualmente se ajustan a las tarifas. Entendemos que las quejas pueden ser abrumadoras, pero después de un período de ajuste, los clientes generalmente aceptan los cargos cuando se sopesan con los beneficios. Eres un activo invaluable, Alex. Eres una de las pocas gerentes que habla español. Odiaríamos perderte. ¿Estás realmente segura de que esta es la decisión correcta?"

Alex, con su determinación inquebrantable, respondió: "Sí, lo estoy. No puedo, en conciencia, continuar promoviendo productos que no creo que sirvan a los mejores intereses de nuestra comunidad. Simplemente no se siente bien.

Cuando penalizamos a clientes que confían en nosotros para su seguridad financiera, muchos provenientes de familias trabajadoras que han luchado para ahorrar, porque no entienden completamente o no han estado expuestos a todas estas complejidades antes, se siente mal. Parece que estamos apuntando a una comunidad y empujando acuerdos financieros sin ver si los entienden primero."

Christy la miró a los ojos y dijo: "Alex, eso no es lo que te estamos pidiendo. Queremos que

encuentres soluciones, productos que se alineen con las necesidades de los clientes..."

"Pero no creo que los necesiten", interrumpió Alex, con convicción en su voz. "Y por eso me voy."

El resto de la conversación pasó en un borrón. Los intentos de Christy de persuadir a Alex fueron a medias, casi con alivio, pensó Alex. Cuando la reunión terminó, una inesperada ligereza se apoderó de ella.

Dos semanas más dedicadas a este trabajo, y luego sería libre para explorar, para finalmente escuchar la voz interior que la había guiado a llamar a Carlos hace casi una semana.

Una sonrisa tiró de sus labios mientras colocaba una mano sobre su colgante en forma de corazón. Tal vez, solo tal vez, las cosas estaban a punto de cambiar.

Tal vez, por primera vez en mucho tiempo, estaba finalmente aprendiendo a seguir su propia intuición.

El día se arrastró, pero una tranquila confianza alimentaba cada uno de sus pasos. Cuando cerraron la sucursal por la noche, Alex salió junto a Tracy, sintiéndose más ligera que en años.

EL SOL, velado detrás de una fina capa de nubes, proyectaba un suave resplandor dorado sobre el horizonte de la ciudad.

A pesar del aire fresco de otoño, persistía un calor reconfortante, reflejo de la esperanza que sentía Alex en su interior. Solo había pasado un día desde que renunció a su trabajo, pero sentía como si hubiera transcurrido una vida entera.

La noche del sábado se repetía en su mente: la dulzura persistente del pastel, las risas compartidas con Carlos y la despedida agridulce cuando se separaron en sus autos, sin mencionar planes futuros explícitos.

Él seguía enviándole memes por mensaje de texto. Sin saber qué hacer, ella simplemente les daba "me gusta".

Aún no le había mencionado que había renunciado.

Normalmente, Alex se consideraba relajada y sin grandes exigencias. Sabía que esto estaba relacionado con el tiempo en que cuidar de su padre implicaba reprimir sus propias necesidades.

Se había convertido en una práctica constante, tanto que ahora no sabía realmente cómo pedir lo que necesitaba.

Incluso en su relación con Michael, se había sentido abrumada por sus exigencias, y al final se desvaneció como una ráfaga de humo. Sus relaciones anteriores a menudo terminaban con una sensación de alivio, una liberación de las expectativas, cuando las distracciones habían cumplido su propósito. Pero con Carlos era diferente. Él hacía su vida mejor, añadía en lugar de quitar.

Desaparecer no era una opción esta vez. Pero, ¿cómo, se preguntaba, se expresaban los deseos?

¿Cómo le recordaba a Carlos su cita? Expresar sus emociones nunca había sido el fuerte de Alex. Había construido un muro a su alrededor, un hábito que desesperadamente quería romper.

Suspiró mientras se acercaba a la ventanilla para autorizar una transacción.

Pronto, su tiempo en el banco terminaría, había programado un día corto para poder hacer algunas cosas. Los últimos días habían sido un torbellino, desde terminar con Michael hasta renunciar, y lo más desalentador, pero emocionante, el prospecto de salir con Carlos.

Una punzada de decepción la atravesó. Bueno, cuando finalmente salieran.

¿Por qué él no había tomado la iniciativa para la cita? Lo extrañaba, su voz, su presencia; solo habían pasado tres días desde que lo había visto, lo sabía, era ridículo. Pero la lógica rara vez gobernaba el corazón.

Al salir del trabajo, se obligó a concentrarse en las tareas que quedaban. Pronto, el mundo más allá del banco la esperaba. Mientras caminaba por su vecindario, decidió tomar una ruta nueva hacia casa.

El mural cautivador llamó su atención: una joven con flores en el cabello, su rostro pintado con una sonrisa misteriosa. Los colores vibrantes y los intrincados detalles reflejaban la mezcla de emociones que se arremolinaban en el interior de Alex.

La ira, una emoción reprimida durante mucho tiempo, empezó a burbujear en la superficie.

¿Por qué involucrarse con ella y luego desaparecer en silencio?

Al llegar a casa, se cambió a su ropa de jardinería e inició su podcast de paz interior. Los tonos calmantes pronto se desvanecieron en el fondo, su mensaje ahogado por la turbulencia interna.

Estar presente, como predicaba el podcast, parecía imposible. Su mente se convirtió en un campo de batalla, luchando entre las posibilidades del futuro y los ecos del pasado.

La inquietud la devoraba. Comenzó a meter sus plantas al interior, preparándose para el frío de noviembre.

Sus ojos se desviaron hacia el parterre descuidado en su jardín delantero. Una maleza particularmente obstinada, cuya tenaz presencia reflejaba la intrusión no deseada de la duda, la llamaba.

Agarró una herramienta de jardinería y se arrodilló junto a la hierba no deseada, sus movimientos impulsados por la necesidad de purgar la frustración que hervía en su interior.

Esto era lo que necesitaba, un lugar donde desahogar su frustración hacia ese idiota.

"Me encanta que te tomes la jardinería tan en serio", gritó una voz desde arriba, una voz que reconocería en cualquier lugar.

Alzó la vista justo cuando Carlos se agachaba a su lado. Pensó que olía a mar, mientras ella seguramente no olía igual de bien.

"Por supuesto que me lo tomo en serio. Son seres vivos", respondió. Le molestaba lo guapo y arreglado que se veía con pantalones de vestir y un polo.

Se levantó al mismo tiempo que él.

Con la gorra de béisbol baja, Alex lo miró, con los guantes colgando en su mano. "¿A qué debo el placer, Carlos De La Torre?" preguntó, su voz era una mezcla ronca de diversión y enfado.

Él se sentó en los escalones, dándole palmaditas en el espacio junto a él. "¡Vaya! Pensé que estarías feliz de ver a alguien a quien conoces desde hace años. ¿No es un poco duro, no crees?" Dijo con un tono juguetón.

Ella se rió mientras se sentaba a su lado. "Hm. Yo nunca soy grosera. Tú, sin embargo, pareces un villano de caricatura. Entonces, ¿qué haces aquí, desconocido?"

Él asintió y dijo, "Exactamente, he sido un desconocido. ¿Puedes perdonarme? Me rechazaron otro artículo y eso me sumergió en el trabajo, del que apenas pude salir. Conociéndote como te conozco, pensé que una visita sorpresa sería mejor recibida que una llamada telefónica."

Ella se encogió de hombros. No estaba equivocado, pero estaba demasiado molesta para perdonarlo aún.

"¿Te he dicho alguna vez cuánto me gusta tu cara? Desde el momento en que te conocí. Tus ojos parecen color avellana, pero en realidad tienen todas esas tonalidades de marrón. Me encanta tu nariz, y tienes los labios más perfectos."

Su corazón, el traidor, dio un vuelco en su pecho. La luz del sol lo bañaba, creando un suave halo dorado a su alrededor. Se veía tan guapo sin esfuerzo. De repente, tenía la garganta seca.

Le encantaba que coqueteara con ella. Pero también estaba tan irritada con él, así que dijo, "¿Viniste a decirme que te gusta mi cara? Pues es una pena, porque justo decidí que estoy molesta contigo. ¿Por qué no pudiste simplemente decirme que estabas ocupado con el trabajo, idiota?"

"Definitivamente es algo en lo que tengo que trabajar, Alex", admitió, su voz sincera. "Lucho para comunicarme cuando las presiones del trabajo aumentan, y eso no es justo para ti. Te pido disculpas sinceramente por la falta de comunicación y el dolor que causó."

Ella asintió. Sabía eso de él. Podía oír la voz de Cynthia en su mente. Había sido testigo de su comportamiento con otras mujeres que él había salido. Debería haberlo llamado, pero su orgullo la había detenido.

"Está bien, ambos nos equivocamos. Yo también podría haberte llamado", admitió Alex, las palabras sintiéndose pesadas y liberadoras al mismo tiempo. "Te perdono."

Carlos, con los ojos llenos de gratitud y alivio, tomó su mano y le dio un beso rápido en los nudillos.

"Gracias. Haré lo mejor que pueda."

Un sentimiento nervioso llenó el estómago de Alex. Este cambio en su dinámica, una vez cómoda y familiar, era tan emocionante como aterrador.

"Es solo que", comenzó, luego se detuvo, empujando hacia abajo el pánico que surgía.

Alex se quedó de pie frente a su casa, con el entorno familiar que se sentía tanto reconfortante

como inquietante. Sentía el peso del momento, la conversación que estaban a punto de tener flotando en el aire entre ellos.

"Antes, hubo total silencio", comenzó, su voz firme pero teñida de emoción.

"Y creo que intentaste arreglarlo enviando memes. Eso me puso más ansiosa, porque sentía que realmente no estabas ahí, pero estos mensajes aleatorios seguían llegando."

Carlos, aparentemente reflejando su ansiedad, soltó su mano y comenzó a pasearse inquietamente.

Se oía una risa lejana y el aroma de tacos de un camión de comida cercano llenaba el aire, pero él estaba perdido en sus pensamientos.

De repente, se detuvo, su mirada conectándose con la de ella. "Alex, soy terrible en esto. Me estoy ahogando en mi propio miedo", admitió, su voz áspera al hablar.

"Quería planear algo grandioso, pero lo sobrepensé todo. Hemos decidido salir, y es tanto emocionante como abrumador. Siento haberte asustado."

Se detuvo, pasándose una mano por el cabello, la frustración evidente en su postura.

"Sabía que el silencio la última vez fue lo incorrecto, así que cuando mis fechas límites me abrumaron y seguía trabajando, envié memes. Para mantener la comunicación abierta."

Una ola de comprensión envolvió a Alex. Vio la vulnerabilidad reflejada en su propia imagen, el miedo y la emoción entrelazados. "Lo entiendo", susurró, su voz apenas un suspiro.

"Esto es nuevo para los dos. Estamos aprendiendo sobre la marcha."

Él asintió, el alivio marcando líneas en su rostro, antes de atraerla hacia un abrazo apretado.

El bullicio de la calle a su alrededor se desvaneció en el fondo, el mundo reduciéndose solo a ellos dos. Su corazón latía frenéticamente contra el de ella, un eco frenético de las emociones que los rodeaban.

En ese momento, en medio del torbellino de incertidumbre, una frágil hebra de esperanza floreció.

Ella lo rodeó con sus manos y apoyó la cabeza en su pecho. El calor de su cuerpo la envolvía, anclándola en el presente.

Él la sostuvo con fuerza, apreciando el consuelo de sus pequeñas manos en su espalda. El abrazo se sintió seguro, un simple intercambio de consuelo dado y recibido, mientras la vibrante vida de Pilsen continuaba a su alrededor, ajena a la tormenta emocional que ellos navegaban.

"Yo tampoco soy la mejor expresándome", admitió, su voz apagada contra su pecho. "Lo que sea que estés planeando no tiene que ser perfecto. Solo... me gusta pasar tiempo contigo."

Se quedaron en el medio de su calle, frente a la casa y los escalones que conocían desde hace años. Los sonidos familiares de la ciudad zumbaban a su alrededor.

Él apretó su abrazo. "Pero para mí es importante", susurró. "Quería que fuera algo especial."

Ella se apartó y lo miró, sus ojos brillando. "Ya lo es", dijo suavemente. Los sentimientos eran grandes, confusos y emocionantes al mismo tiempo. Respiró hondo, tratando de contenerlos.

Aclarando su garganta y limpiando sus lágrimas, reconoció la necesidad de trabajar en expresar sus emociones.

Pero sintiéndose un poco demasiado vulnerable, dijo, "Bueno, ya que estás aquí, puedes ayudarme a meter el resto de las plantas", dijo, tratando de aligerar el ambiente.

Trabajaron durante los siguientes quince minutos, moviendo las macetas a su sala designada para plantas. Un silencio cómodo se asentó entre ellos, solo interrumpido por el suave tintineo de las macetas.

"Gracias", dijo una vez que terminaron. "Aprecio tu mano de obra."

Ella lo acompañó hasta las escaleras. Se quedaron parados por un momento, sus miradas conectadas. El aire estaba cargado de emociones no expresadas.

"Será mejor que me vaya", finalmente dijo él. "Es una noche de escuela para mí. Y tengo artículos que editar y volver a enviar."

La nueva dinámica de su relación se sentía confusa, una hermosa mezcla de amistad y algo más profundo que él no podía definir del todo.

"Sí, probablemente deberías", dijo ella, poniendo los ojos en blanco juguetonamente. "Bueno, adiós."

Él se dio la vuelta bruscamente y se alejó.

Ella lo vio irse, sintiéndose como una mujer de 28 años que apenas se entendía a sí misma, como una adolescente navegando por territorio desconocido.

Fue solo cuando se sentó en su sofá, aliviada de tener un episodio de su programa de telerrealidad favorito para ver, que se dio cuenta de que todavía no le había dicho que había renunciado.

CATORCE

Sábados de susto

"EL HERMANO MENOR DEBE AYUDAR A PAGAR LOS PLACERES DEL MAYOR." — JANE AUSTEN

CARLOS NOVIEMBRE

Los ojos de Carlos recorrieron nerviosamente el bullicioso espacio de La Flor, con las palmas húmedas por el sudor de los nervios.

Había planeado la cita perfecta con Alex, pero cuando despertó esa mañana, la duda lo invadió.

Los recuerdos de Alex compartiendo historias sobre todos los lugares de moda que había visitado con Michael provocaron una ola de temor que lo arrastró de vuelta al punto de partida.

Se dio cuenta de que necesitaba hacer algo que realmente reflejara lo que significaban el uno para el otro. Buscando un hilo de familiaridad, decidió pedirle ayuda a su hermano. Si tenía alguna duda de que estaba perdiendo la cabeza, este era el momento en que se cristalizaría.

La Flor estaba llena, incluso a las 5 PM, con el animado murmullo envolviéndolo como una manta cálida.

Al abrirse paso entre la multitud, notó al nuevo bartender, Kris Andrews, moviéndose con una facilidad practicada detrás de la barra, manejando los pedidos con destreza.

Con 1.85 metros de altura, Kris sobresalía sobre la mayoría de los clientes, su cabello castaño claro contrastando fuertemente con sus penetrantes ojos azules. Como si sintiera la mirada de Carlos, Kris le hizo un gesto con la cabeza y dijo: "Tu hermano está moviendo las plantas para despejar la terraza y cerrarla."

Carlos asintió, notando que Kris le entregaba un Pisco Sour a un cliente habitual. Esta era una de las bebidas más complicadas del menú. Kris había empezado hace un mes y no tenía ninguna experiencia previa en bares o restaurantes en su currículum.

O era el aprendiz más rápido del mundo, o algo más estaba sucediendo. Sacudiendo esas sospechas, Carlos le agradeció y se dirigió a la terraza, su mente volviendo al principal tema de preocupación de la noche: Alex.

Pedirle ayuda a Javy no era el problema; era enfrentar las preguntas que sabía que vendrían. Nunca había acudido a su hermano para pedir apoyo antes, y la idea le hacía un nudo en el

estómago.

La terraza, adornada con luces de la ciudad que brillaban, plantas colgantes y lámparas de calefacción, normalmente atraía a una multitud de clientes la mayoría de las noches. Salió por la puerta trasera y notó a su hermano inspeccionando el área vacía.

"Hey", dijo Carlos. "¿Qué pasa? ¿Por qué estás cerrando la terraza tan pronto en la temporada?"

Trató de mantener la molestia fuera de su voz, pero no pudo evitar pensar que, aunque fuera sin querer, su hermano siempre parecía arruinar sus planes.

Javy levantó la vista, levantando una ceja. "Tengo algunas mejoras en mente. Quiero empezar antes de que llegue el invierno."

Su hermano estaba moviendo cosas por el espacio, evitando mirarlo a los ojos. Era desconcertante.

"¿Pero qué te trae aquí a media tarde, hermano mayor?" preguntó Javy, manteniendo un tono juguetón.

"Bueno, en realidad esperaba que pudieras conseguirme una mesa para Alex y para mí en la terraza." Carlos admitió, con un tono de molestia anticipando el siguiente movimiento de su hermano.

Sintiendo una ligera derrota, añadió: "Pero supongo que tendré que buscar otra cosa."

"Bro, en serio. Puedes tener cualquier mesa en este restaurante cuando quieras. Pero, um, ¿puedo hacer algunas preguntas de seguimiento... sobre lo que parece ser una cita muy romántica entre dos amigos?" Javy dijo juguetonamente mientras examinaba a su hermano de pies a cabeza.

"Vale," asintió Carlos, "la necesito lista para mañana por la noche a las ocho." Cuanto menos supiera Javy sobre lo que estaba sucediendo entre él y Alex, mejor.

La sonrisa de Javy se amplió. "Muy exigente, ¿no? No hay problema en absoluto", dijo arrastrando las palabras. "Si quieres, podría ser tu camarero."

Carlos levantó una ceja. "No, gracias." Sintió cómo la tensión aumentaba; estaba tratando de seguir el enfoque juguetón de su hermano, pero simplemente no podía. Algo en Javy siempre lo irritaba.

Javy estalló en carcajadas, el sonido resonando en el espacio mientras llevaba dos plantas a través del suelo de ladrillo hacia un espacio cerca de la entrada de la terraza. "Vale, vale. ¡Por todos aquellos que al final descubren las cosas! Que reine la claridad."

Carlos hizo una pausa, observando la forma en que su hermano se alejaba. "¡Espera!" le gritó. "¿Quiénes son todos? ¿Qué tienes que descubrir? ¡Pensé que eras el genio que sabía todo!"

Carlos encontró un extraño consuelo al ver a su hermano luchando con el helecho grande. Javy, ajeno a la observación de Carlos, peleaba con un helecho colgante, sus largas frondas rozándole la cara mientras lo desenganchaba de su lugar. Con un gruñido de esfuerzo, maniobró la planta hacia la puerta del bar.

Javy negó con la cabeza, con otra planta en el brazo, y dijo: "Ni de broma. Tú tienes tus secretos,

y yo tengo los míos. Así es como va, supongo." Hizo una pausa dramática, luego murmuró: "No entiendo por qué no puedes confiar en mí o por qué necesitas guardar secretos."

De repente, mirándolo directamente, gritó: "De todos modos, ¿me vas a ayudar o qué?"

Javy se encogió de hombros y dijo: "Claro que te voy a ayudar. Soy muy servicial."

Algo en la forma en que Javy lo dijo lo hizo detenerse. No estaba acostumbrado a ver a su hermano tan derrotado.

Carlos giró bruscamente, su voz aguda. "Esto tiene que ver con Mari Ortega, ¿no es así?" Sabía lo suficiente sobre Mari como para saber que su hermano relajado tendría problemas para lidiar con su naturaleza dominante.

Sorprendido, Javy asintió levemente. "Es... intensa, Carlos," admitió, con un tono de aprensión en su voz.

"Creo que necesito terminar con ella, pero también me gusta mucho. Es confuso." Sus ojos buscaron a su hermano, buscando no solo reconocimiento, sino también consejo.

La terraza de La Flor era un escape acogedor, adornada con luces que parpadeaban como estrellas contra el horizonte de Chicago.

Mientras el sol bajaba, bañando la ciudad en un cálido resplandor dorado, Carlos se apoyó en la barandilla, observando a su hermano menor, Javy.

Con 1.90 metros, Javy lo superaba en altura, pero hoy parecía más pequeño de alguna manera, perdido en sus pensamientos.

"Carlos," continuó Javy, pasándose una mano por el cabello desordenado, "acepté salir con Mari porque es segura de sí misma y hermosa. Pero cuanto más tiempo paso con ella... sé que no está bien. Quiere que sea otra persona."

Su voz se apagó, la incertidumbre pintando su expresión. Las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos, reflejando el conflicto que se gestaba en su interior.

Carlos soltó un leve silbido, una chispa de escepticismo en sus ojos. "Buena suerte con eso. Pero, de nuevo, siempre has sido el afortunado, ¿verdad?"

Cruzó los brazos, con un toque de diversión que ocultaba la preocupación debajo.

Javy se encogió de hombros, evitando el contacto visual, y cambió el tema. "¿Me vas a ayudar a mover estas plantas o qué?"

Carlos asintió mientras Javy le indicaba dónde colocar las plantas. Parecía que, una vez más, su hermano iba a ignorar la oportunidad de profundizar en su relación.

Sentía como si sus días se hubieran convertido en una serie de misiones de mudanza de plantas. Mientras trabajaban, no podía evitar pensar en el problema de su hermano.

Lo entendía.

La mayoría de las mujeres eran un enigma para él, pero siempre pensó que entendía a Alex.

Sin embargo, el recuerdo de sus ojos brillantes y su vulnerabilidad reciente seguía presente, un lado cautivador de ella que no había conocido. Encendía una chispa de curiosidad, convirtiendo lo familiar en algo desconocido que desesperadamente quería entender.

No podía sacudirse el miedo de arruinar las cosas con ella. Después de todo lo que había pasado en las citas, desde relaciones evasivas hasta conexiones fallidas, Alex se sentía como un soplo de aire fresco. Ella significaba mucho para él, y el peso de esa realización le provocaba una oleada de ansiedad. ¿Y si la perdía también?

¿Y si repetía sus errores pasados?

Pero en el fondo, sabía que no podía volver a lo que eran antes. La quería demasiado para dejar que el miedo dictara sus acciones.

Mientras terminaba de ayudar a Javy, se decidió a enfrentar sus emociones de frente, sin importar el resultado.

SÁBADO

El aire fresco de principios de noviembre susurraba a través de la ventana del dormitorio de Alex, llevando consigo el aroma de hojas caídas.

Mientras la luz del sol pintaba cálidas franjas doradas sobre su edredón, ella se estiraba lujosamente, saboreando la rara oportunidad de un inicio lento. Pero una mezcla deliciosa de emoción y aprensión burbujeaba dentro de ella.

Hace solo unos días, había celebrado el Día de Muertos sola. Por primera vez, se sintió en paz, una comunión silenciosa con sus antepasados y con su papá.

Ahora, con el final de su trabajo en el banco a poco más de una semana, el camino hacia la vida que realmente deseaba se sentía más cerca que nunca.

Y esa noche, tenía su primera cita con Carlos De La Torre, su mejor amigo. Era una perspectiva tan emocionante como aterradora.

Por ahora, su futuro permanecía desenfocado, como una imagen borrosa.

¿Qué le esperaba después de dejar el banco? La pregunta colgaba en el aire, momentáneamente eclipsada por las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Sin embargo, mientras contemplaba la pintura de Hilma af Klimt en su habitación, de alguna manera, se sentía extrañamente segura de que el futuro se resolvería.

Después de un largo baño, con el aroma de lavanda impregnando su piel, Alex disfrutó de un desayuno pausado.

Luego, con un suspiro de determinación, tomó una novela romántica reconfortante, buscando consuelo en su mundo familiar.

Llegada la tarde, el peso de la cita que se aproximaba se posó sobre sus hombros.

Se paró frente al espejo, examinando su reflejo. La mujer que le devolvía la mirada parecía de algún modo cambiada, energizada por lo desconocido que tenía por delante.

Pero la pregunta persistía: ¿cómo debía presentarse para esta ocasión tan importante? ¿Debía optar por un estilo discreto o algo más atrevido?

Un suave timbre interrumpió su mañana acogedora. Era un mensaje de texto de Carlos: "Lleva un suéter", decía. "Vamos a comer afuera y puede hacer frío. Nos vemos esta noche. ¡Espero que estés teniendo un gran día!"

Una sonrisa floreció en el rostro de Alex, esparciendo calor por todo su cuerpo como rayos de sol. Con una nueva confianza, se dispuso a elegir su atuendo, mientras la emoción por la velada volvía a burbujear.

Riendo ante el signo de exclamación, abrazó su teléfono contra sí antes de responder: "¡De acuerdo! Suena bien. ¡Nos vemos pronto!"

Alex se obsesionó con qué ponerse, pero al final eligió piezas ricas en color, porque le encantaba el color. Optó por un vestido corto asimétrico de algodón verde esmeralda.

Decidió combinarlo con un chal púrpura profundo porque no quería usar suéter en una cita, encantada con cómo los tonos joya se complementaban entre sí.

Colocó su largo cabello liso hacia un lado con un broche dorado, luciendo elegante, artística y completamente como ella misma. Dio una vuelta con una risa tonta,

"Definitivamente estoy perdiendo la cabeza".

"Ahí estás", murmuró a su reflejo, un destello de determinación cruzando sus rasgos. "Te ves bien. Lista. Abierta. Sin expectativas."

Tomando una respiración lenta, cerró los ojos brevemente mientras el timbre de la puerta sonaba.

Una sonrisa cruzó sus labios mientras abría la puerta, una imagen de serenidad que enmascaraba los nervios en su corazón. Lo que esa noche y lo que significaba para su cambiante vida eran desconocidos, pero no dejaría que se notara.

"Estas son para ti" dijo Carlos, extendiendo un pequeño ramo de hortensias moradas.

El corazón de Alex se aceleró al escuchar el familiar golpe en su puerta. La abrió y encontró a Carlos de pie, sosteniendo un ramo de flores vibrantes.

Los colores eran una mezcla deslumbrante de amarillos, rosas y naranjas, que recordaban a una puesta de sol.

"Oh, Carlos, son preciosas" exclamó, su sonrisa genuina iluminando su rostro.

Volviéndose hacia él, sintió un cosquilleo de nervios. "Pasa" murmuró tímidamente, apartándose para dejarlo entrar.

El aire dentro de su hogar era acogedor, lleno del aroma a canela y el sonido tenue de la risa de sus vecinos filtrándose a través de las paredes.

"Dame un minuto para tomar mis cosas, y estaré lista."

Él asintió, su mirada permaneciendo en ella mientras se acomodaba en el sofá.

Se apresuró, sintiendo una mezcla de emoción y ansiedad. Tomando su chal, se recordó respirar profundamente, calmando las mariposas en su estómago.

Cuando regresó, lo encontró de pie junto a la puerta, con una sonrisa juguetona en el rostro mientras la abría para ella, haciendo una leve reverencia. "¿Vamos?" Sus palabras coincidían con la formalidad ligera del momento, haciéndola reír.

Agarró su bolso, golpeándolo ligeramente con él mientras hacía una reverencia en respuesta.

"¡Jaja! ¡Tan caballeroso! ¡Sí, buen señor!"

Mientras salían de su casa, el sol de la tarde bajaba en el cielo, proyectando un cálido resplandor dorado en la calle.

Los sonidos de Pilsen zumbaban a su alrededor: música distante, risas y el chisporroteo de la comida de los vendedores cercanos. La ciudad estaba viva, vibrante y llena de promesas.

Caminando lado a lado por los escalones, la mano de Carlos rozó la suya, enviando una chispa de electricidad a través de ella.

Él tomó su mano con suavidad, entrelazando sus dedos mientras se dirigían hacia su coche. El calor de su agarre la tranquilizó, amplificando su anticipación por la noche que se avecinaba.

Una vez que llegaron al coche, él abrió la puerta para ella, un gesto que hizo que su corazón palpitara. Al subir, sintió una emoción mezclada con incertidumbre. No sabía a dónde iban, pero algo en ello se sentía aventurero y correcto.

Mientras conducían por las calles, las luces de la ciudad brillaban, creando una atmósfera mágica que los envolvía.

Alex robó miradas a Carlos, su corazón acelerado mientras se preguntaba si esa noche cambiaría todo entre ellos. Cada momento se sentía cargado de posibilidad, y no pudo evitar sonreír mientras desaparecían en la noche.

QUINCE

Como gustéis

"TAN PRONTO SE ENCONTRARON, SE MIRARON; TAN PRONTO SE MIRARON, SE AMARON." – WILLIAM SHAKESPEARE

CARLOS Y ALEX

La vibrante energía de La Flor parecía entonar una melodía familiar mientras Alex se acercaba a la entrada. Una ola de alivio la invadió, soltando el nudo de tensión que había apretado su estómago todo el día. Visiones de restaurantes llenos y desconocidos la habían atormentado, pero al ver el cálido resplandor de su lugar favorito, su sistema nervioso se calmó al instante. Esto, esto era perfecto.

Tomando una respiración profunda, apretó la mano de Carlos, su sonrisa era genuina y cálida mientras decía, "Esto es maravilloso, Carlos. Me encanta", su voz llevaba un toque de alivio. "La Flor se siente como un segundo hogar, lo sabes."

Carlos le devolvió la sonrisa con cierta vacilación, un toque de nerviosismo persistía en sus ojos. "Lo sé," admitió, su voz algo áspera. "Pensé… bueno, pensé que sería bueno hablar en un lugar sin distracciones. Un lugar donde realmente pudiéramos ser nosotros mismos."

Su sonrisa se transformó en una amplia sonrisa, complacido de haberla sorprendido, y la guió por el área del bar hacia la terraza. Un suspiro escapó de sus labios al ver la impresionante escena frente a ella. La terraza, que usualmente estaba llena de clientes, estaba vacía, salvo por una mesa solitaria, adornada con luces centelleantes y rodeada de flores colgantes.

Alrededor de la mesa, dispuestas en bandejas espejadas, las velas parpadeaban con un resplandor etéreo, pintando la escena en tonos cálidos y románticos. Dos delgados calentadores irradiaban una suave calidez.

Mientras se acercaban, los ojos de Alex se agrandaron al notar jarrones y cuencos llenos de vibrantes flores adornando mesas más pequeñas, sus colores reflejándose en la luz de las velas parpadeantes.

Él deslizó su silla, invitándola a sentarse. Tomó su lugar y notó la botella de vino fría y dos copas relucientes que los esperaban, creando una escena de intimidad acogedora con el telón de fondo del horizonte de Chicago. Una vez que estuvo cómodamente sentada, él rodeó la mesa con una gracia suave y tomó su asiento frente a ella.

"Esto no es lo que tenía en mente", confesó Carlos, su voz apenas un susurro.

"Tenemos toda la terraza para nosotros. Javy decidió que era tiempo de renovaciones, pero hizo una excepción solo para esta noche. Y mira cómo lo ha transformado para nosotros", dijo Carlos, su voz cargada de sorpresa y agradecimiento.

Mientras miraba a su alrededor, al hermoso espacio decorado, una rara sensación de gratitud hacia su hermano brotó en su interior. A pesar de la molestia que solía sentir hacia Javy, este gesto reveló el profundo cuidado y apoyo de su hermano.

Javier De La Torre era un verdadero romántico y un buen hermano. Abrumado por esta inesperada muestra de afecto, Carlos sintió un reconocimiento profundo del papel de Javy, no solo como hermano, sino como un apoyo a su felicidad.

"Es impresionante, Carlos. Somos dos personas muy afortunadas", suspiró ella, su voz llena de asombro.

Carlos asintió, con un nudo formándose en su garganta. Sus ojos se desviaron de la impresionante escena al rostro de Alex, la palabra "nosotros" resonando en su mente. ¿Ya eran un "nosotros"? Así lo parecía, al menos según Javy.

El peso de la palabra resonó en la mente de Carlos, en agudo contraste con la cómoda distancia que mantenía cuando llenaba sus días desentrañando a Shakespeare. ¿Estaba listo para una relación seria? La deseaba, pero ¿estaba listo?

Era un académico fluido en el lenguaje del pasado, pero se encontraba tropezando ante sus propias emociones en el presente.

Un deseo, enterrado profundamente en él, comenzó a surgir: la necesidad de pertenecer a alguien. Sin embargo, los fantasmas del divorcio de sus padres persistían, un recordatorio de lo que estaba en juego cuando el amor se desvanecía. Las personas se iban, incluso si permanecían físicamente presentes, mientras su atención, su amor, se desvanecía en un silencio doloroso.

Aunque intelectualmente sabía que las cosas eran diferentes con Alex, también sabía que las relaciones románticas no siempre eran fáciles.

Había expectativas y exigencias.

Esta cita y el territorio desconocido del "nosotros" con ella enviaban una oleada de emociones conflictivas que lo abrumaban. Estaba la posibilidad de pertenecer que lo dejaba sin aliento, o la preocupante perspectiva de perderlo todo una vez más.

Trató de calmar su mente. Estos no eran pensamientos que nadie debería tener en una primera cita.

De repente, apareció una camarera y les entregó un menú. Le sonrió a Carlos. "Tu hermano ha seleccionado un menú teniendo en cuenta sus platos favoritos", dijo. "Él espera que tengan una hermosa velada".

Alex miró el menú personalizado. Entrante: champiñones rellenos con ensalada de aguacate y tomate. Plato principal: crepas de mariscos. Postre: frambuesas frescas con crema y champán.

"Tu hermano es el mejor", comentó, captando la mirada de Carlos con una expresión juguetona en sus ojos mientras leía el pequeño añadido en la parte inferior del menú, "No sooner met, but they looked, William Shakespeare". Estoy segura de que añadió esa cita solo para ti". Sonrió, mirando las palabras en el menú y sintiéndose a gusto.

Él miró el menú, sus propios ojos se posaron en la pequeña inscripción al final. Una cita familiar: "No sooner met, but they looked", leyó, y Carlos sabía cómo terminaba: "No sooner looked, but they loved".

Su hermano siempre había estado diez pasos adelante de todos los demás.

Tomando la botella de vino fría, les sirvió a ambos una copa, su mano traicionando un leve temblor.

Tomando un sorbo lento, aclaró su garganta, por alguna razón, las palabras de Shakespeare aliviaron la tensión en su pecho. Se relajó; todo en su relación con Alex había fluido naturalmente, incluso cuando enfrentaron la tragedia.

De repente, la cita se volvió fácil.

La conversación fluía entre ellos como un río suave, fácil y natural. Se conocían bien y compartían muchos intereses. Los platos deliciosos y suculentos aparecían misteriosamente y, tan rápido como llegaban, desaparecían, hasta que llegó la hora del postre.

Ella lo miró y dijo, "He estado guardando un secreto. Bueno, no realmente. Pensaba decírtelo, pero esta semana ha pasado tanto entre nosotros. De todos modos. Renuncié. Oficialmente estás viendo a alguien que estará desempleada en poco más de una semana".

Él la miró con asombro y orgullo, tomando su mano sobre la mesa, respondió, "Alex, esto es enorme. No solo estoy feliz por ti, estoy orgulloso. Se necesita coraje para hacer lo que estás haciendo, para abrazar tu verdadera vocación. ¿Qué provocó esta valiente decisión?"

Estaba sorprendido por su declaración. La última vez que hablaron sobre eso, ella parecía tan insegura.

Ella lo miró tímidamente y admitió, "Sé que esto va a sonar extraño, pero fue Hilma af Klint".

Él frunció el ceño, pausando con su cuchara de postre en el aire, y preguntó, "¿Quién?"

Ella rió, sus ojos brillando con diversión, y explicó, "Es una artista sueca. Estaba en el trabajo y un cliente llegó y señaló la impresión detrás de mí. Estaba tratando de terminar mi presentación y, bueno, ella vino a abrir una cuenta y conocía la obra de Hilma".

Él asintió, animándola a continuar.

"Hilma fue una mística y una científica que se convirtió en pintora. Fui a su exposición con mi tía en Nueva York. Cuidaba a su madre enferma mientras pintaba, e hizo que la gente prometiera esconder sus cuadros hasta 20 años después de su muerte. Empezó a pintar alrededor de los 44 años, y cuando el mundo del arte finalmente descubrió su trabajo, se dieron cuenta de que había hecho la primera pintura abstracta. Ella creó ese estilo de arte, incluso antes que Kandinsky."

Carlos dejó su cuchara de postre y la miró con amor y admiración, su expresión suavizándose

mientras decía, "Esa es una historia increíble. ¿Cómo te ayudó a decidir dejar el trabajo?"

Mirando su postre, un poco avergonzada y nerviosa por sentirse tan soñadora, Alex se encogió de hombros y dijo: "Supongo que me recordó que hay magia en el mundo. Cosas que no podemos explicar—¿cómo supo esta mujer aislada que podía usar esas formas y figuras de una manera totalmente única? ¿O que, por sí sola, descubrió la pintura abstracta, que luego también fue encontrada por otra persona, y que resultó ser algo tan importante en el mundo? Ella no podía haberlo sabido y nosotros tampoco, a menos que haya magia en el mundo. Supongo que espero que esa magia me ayude a descubrir qué quiero hacer con mi vida. Que me muestre si estoy destinada a pintar."

Carlos aclaró su garganta, sin saber qué decir, así que dijo lo que sentía en el momento, confiando en que ella entendería las buenas intenciones detrás de sus palabras: "Gracias por compartir eso conmigo, Alex. Significa mucho. No puedo decir que sepa mucho sobre la magia, pero al ver el impacto que ha tenido en ti... bueno, digamos que me abre a la posibilidad."

Ella respondió pensativa: "Carlos, todos estos años, a través de cada altibajo, siempre hemos encontrado el camino de regreso el uno al otro. Tal vez, en esas posibilidades, había un poco de magia."

Sintiendo un poco de emoción, sin saber por qué, Carlos le ofreció un poco de frambuesas con crema. Necesitaba volver a un terreno firme, así que dijo: "Bueno, ya sea magia o lo que sea, me alegra conocerte, y sé que esta decisión es la correcta. Por cierto, aún no has probado tu postre favorito." Le ofreció un bocado de frambuesas con crema.

Sin pensarlo, Alex se inclinó para tomar el bocado que le ofrecía con el tenedor. "Mmm. Está muy bueno."

Él asintió y dijo: "Nada supera tu flan, sin embargo, sueño con él."

Ella rió, disfrutando de su elogio y del placer que él sentía por su comida, mientras respondía: "Me alegra tanto que te haya gustado. Tendré que prepararte uno."

Mientras le ofrecía otro bocado, Carlos pensó cuidadosamente en sus próximas palabras. "Hmm, eso suena como una segunda cita. ¿Me estás invitando a salir, señorita Santana?"

Ella masticó pensativa. Estaban las luces, las estrellas, la ciudad, y el hombre al otro lado de la mesa en quien no solo confiaba, sino que también apreciaba. "Sí, lo estoy. El próximo viernes en mi casa. Para entonces, ya no tendré trabajo, así que hacer flan será pan comido."

Él soltó una carcajada y asintió, ofreciéndole otro bocado, mientras decía: "Para entonces, estarás bien encaminada hacia ser una artista profesional."

Los ojos de Alex se humedecieron un poco mientras asentía y tomaba el bocado que él le ofrecía, disfrutando de la dulzura ácida y aterciopelada que se derretía en su lengua.

El viento azotaba alrededor del auto cuando él se detuvo frente a su casa, haciendo que las hojas de los árboles crujieran y esparcieran el aroma de las últimas flores antes del invierno.

La música que tenía puesta era suave y soñadora.

Para ella, era una noche perfecta. Habían hablado de todo y de nada. Había una comodidad en la cena que solo se podía construir con el tiempo, y una emoción que solo se sentía cuando realmente te atraía alguien.

La comida había sido ligera y justo lo que le gustaba. Se sentía relajada y tan feliz que casi le daba ansiedad.

"Esto fue maravilloso", dijo, girándose y apartando su largo cabello de la cara.

"Gracias por la increíble y relajante noche".

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras decía, "El placer fue mío".

Había sido una gran noche, y de no haber prometido que se lo tomarían con calma, habría querido entrar.

Salió del coche y rodeó el capó para abrirle la puerta con un gesto exagerado. Su sonrisa se profundizó y un suave "gracias" salió de sus labios.

Mientras caminaban de la mano por los escalones de concreto hacia su puerta, el simple hecho de tener sus dedos entrelazados le provocó un escalofrío. Su pulgar acarició su muñeca, y el leve acelerón de su pulso reflejaba el suyo propio.

Sus labios se entreabrieron levemente, una invitación silenciosa.

No pudo resistirse a ella. Se estaban tomando las cosas con calma, lo que significaba que podía besarla, sin duda.

Tomando su rostro entre las manos, la acercó, sus labios encontrándose en una exploración suave.

Aunque ella había anticipado el beso, la cercanía de él le provocó un escalofrío por la espalda. Un suspiro escapó de sus labios mientras sus dedos se enredaban en su cabello, profundizando el contacto.

Sus llaves cayeron al suelo mientras lo abrazaba, acercándolo más, perdida en el momento.

Él profundizó el beso, la danza familiar tomando una nueva intensidad. El mundo se inclinó nuevamente sobre su eje, de repente inestable bajo sus pies.

Lentamente, fue reduciendo el ritmo frenético, suavemente.

Hasta que, al final, rozó su lengua con la de ella y le dio un último beso suave.

Se apartó, sin decir nada, mientras se agachaba para recoger sus llaves y le abría la puerta.

"Buenas noches, Alexandra. Dijimos que nos lo tomaríamos con calma. Y planeo disfrutar cada momento de salir contigo". Mirándola profundamente a los ojos, le puso las llaves en la mano.

Asintiendo levemente, entró tambaleante en su casa, cerrando la puerta detrás de ella mientras se apoyaba en ella con el corazón acelerado. La alegría de esta cita la había tomado completamente por sorpresa.

No había esperado que todo esto sucediera, pero tenía que admitir que se alegraba de que la vida la sorprendiera.

Con una sonrisa, se dirigió a la cama, sus pensamientos derivando hacia la segunda cita y el flan que planeaba hacer para él.

Reflexionando sobre las diferentes ocasiones en las que el flan había sido su gesto—para celebrar, por diversión o simplemente por capricho—se dio cuenta de que esta vez tenía una promesa de ser sutilmente diferente.

Había olvidado que el mundo podía ofrecer más que confusión y tristeza.

Cuando su padre había enfermado, había sido algo inesperado y tan triste que la tristeza había impregnado toda su vida.

Así que había decidido que lo inesperado era algo terrible. No tenía sentido lógico, pero de alguna manera, había hecho elecciones más seguras para evitar sorpresas. Pero tal vez había más que solo tristeza que venía de la nada.

A veces, el mundo podía traerte cosas hermosas de manera inesperada.

Se dio vuelta en la cama, pensando en los eventos mágicos e inesperados que nadie podía predecir.

Cosas mágicas como una mujer en Suecia prediciendo una forma de arte, o dos amigos descubriendo que podían ser mucho más el uno para el otro de lo que pensaban.

DIECISÉIS

El ímpetu

"MUCHOS DE LOS FRACASOS EN LA VIDA SON DE PERSONAS QUE NO SE DIERON CUENTA DE LO CERCA QUE ESTABAN DEL ÉXITO CUANDO SE RINDIERON." – THOMAS EDISON

ALEX

Acabó.

Miraba el techo blanco y dejó escapar un largo suspiro.

Había trabajado en el banco durante años, y así de simple, ahora estaba desempleada.

Era extraño despertar un martes y no tener a dónde ir ni nada que hacer. Poder simplemente estar, observar y reflexionar sobre cómo había llegado a ese punto.

Estaba apostando por sí misma y planeaba usar sus ahorros para tomarse un descanso de seis meses. Era una decisión arriesgada que apenas entendía, pero cuando su padre falleció, recordó cuánto deseaba que se reconectara con su arte. En ese momento, había estado tan concentrada en la necesidad de dinero de su familia.

Se movió en la cama y pensó en su padre. Había sido mucho más que un padre para ella. Fue un ejemplo de cómo vivir la vida, sin importar lo que la vida le arrojara, siempre fue amable, de buen carácter y tenía la capacidad de hacerla reír.

Su padre, más allá de ser solo un padre, había sido un ejemplo viviente de amor incondicional. Incluso frente a sus propias luchas, la colmaba de afecto sin pedir nada a cambio. Ver su inquebrantable amabilidad, especialmente en sus días más oscuros, le había inculcado un profundo sentido de gratitud.

Sabía, o tal vez entendía, que la vida no te daba momentos de paz todos los días. A veces, para algunas personas, eran muy raros, y tenías que agarrarlos y aferrarte a ellos el mayor tiempo posible.

No estaba más cerca de encontrar respuestas sobre el significado o el origen del dolor en el mundo, pero sentía que estaba más cerca de una vida que se pudiera vivir como la de su padre. Quería permitirse sentir de nuevo.

Dejar el banco se sentía como dejar atrás una versión de sí misma que estaba insensible a todas las emociones. Quería sentir cosas.

Fuera lo que eso trajera.

Alex pasó una mano por su cabello, el gesto reflejaba el torbellino de emociones que giraban en su cabeza. "Profundo para ser un martes, Alex", murmuró, con un toque de diversión suavizando los bordes de su introspección.

Con un propósito renovado, alisó las sábanas arrugadas de la cama, una tarea familiar que ahora tomaba un significado simbólico de un nuevo comienzo. Alcanzó su teléfono y una sonrisa se extendió por su rostro al ver el mensaje en la pantalla.

Era de Carlos. "¡Buenos días! Bienvenida a tu primer día como artista. No puedo esperar a escuchar sobre él. Que tengas un día increíble."

Una calidez recorrió su pecho mientras releía el mensaje, las simples palabras cargadas del peso de sueños reprimidos durante tanto tiempo. Acercó el teléfono a su pecho, un abrazo silencioso, antes de escribir una respuesta.

"Gracias, C. Soy una artista. ¡Me voy a pintar!"

Las palabras tenían un nuevo peso, una declaración no solo para Carlos, sino también para sí misma.

Mientras el ritmo alegre de su canción pop española favorita llenaba la habitación, Alex prácticamente saltó hacia la ducha, una ligereza reemplazando la carga que había sentido antes.

La música trascendía el idioma; resonaba con una emoción cruda que las palabras en inglés a menudo parecían no poder capturar.

El agua caía en cascada, lavando el sueño y el peso de la incertidumbre. Alex se movía lentamente en el capullo de vapor. Cuando terminó, se maquilló deliberadamente; quería mostrarse a sus musas.

Se puso su atuendo familiar para pintar, que era en sí mismo un lienzo, salpicado con los recuerdos de creaciones pasadas.

Con una taza de café humeante en las manos, Alex se dirigió al estudio. El aroma familiar de las pinturas al óleo y la trementina la recibieron como a una vieja amiga. Hoy, terminaría el cuadro que había comenzado.

Cuando se paró frente al lienzo de nuevo, una energía cruda recorrió su cuerpo. Sus manos comenzaron a moverse por sí solas.

Pronto, sus manos la guiaron de vuelta a tonos de verde, estallidos de color e imágenes que podrían ser rayos, notas musicales o tornados. Tal vez las tres cosas. Los verdes se fundieron en muchas tonalidades.

Vio cómo el amor y la risa podían protegerte del dolor, incluso en medio del sufrimiento. Pintó la complejidad de las emociones y la bendición de poder sentir.

Mientras pintaba, las lágrimas comenzaron a formarse en sus ojos y rodaron por sus mejillas antes de que siquiera se diera cuenta de por qué. Había tantas cosas en su corazón que aún no entendía.

Cuando la última pincelada se secó, Alex dio un paso atrás, su corazón era una mezcla de agotamiento y euforia.

Cada color, cada línea en el lienzo, era un testimonio de su viaje, un viaje que, hasta ese momento, no había comprendido del todo que era lo suficientemente valiente como para emprender.

La risa de su padre pareció resonar en el silencio del estudio, un recordatorio de que la alegría podía encontrarse incluso en medio del cambio.

Alex miró el reloj en la pared, sorprendida al ver que las manecillas apuntaban a las seis.

Las horas se habían derretido, el mundo exterior a su estudio desvaneciéndose en un borrón de tiempo olvidado. Un leve rugido de su estómago la sacó de su concentración, recordándole las necesidades de su cuerpo.

Se estiró, sus músculos protestando ligeramente ante la repentina inactividad, y se dirigió a la cocina.

Alcanzando su teléfono en el mostrador, lo desbloqueó con una sonrisa cansada. Una notificación de mensaje de Javy parpadeaba en la pantalla. Lo abrió con un toque, y una pequeña arruga de confusión apareció en su frente al leer el mensaje.

"Hey, escuché que necesitabas trabajo", decía el mensaje.

Alex soltó una pequeña carcajada, con una sonrisa irónica en los labios mientras escribía su respuesta rápidamente.

"Sí, pero no estoy segura de ser material de mesera o bartender. No tengo la memoria para eso."

La respuesta de Javy llegó casi al instante.

"Es bueno saberlo," escribió. "Pero hoy, mientras corría, me encontré con Arturo, y me dijo que estaban buscando a un profesor de arte. Le mencioné que conocía a alguien con un título en historia del arte que podría estar interesada. Le envié tu LinkedIn y dijo que lo llamaras. Aquí está su número."

Alex mordió su labio, dudando, sus dedos suspendidos sobre el teclado.

"Pero nunca he enseñado antes, Javy," escribió finalmente.

La respuesta de Javy apareció casi inmediatamente. "Es para una beca y parte de su programa después de clases. Solo necesitas hacerte las huellas digitales. Estarías supervisando el programa y desarrollando los proyectos con otras personas. Ellos se encargarían de ejecutarlo. De todos modos, solo piénsalo. Habla con Arturo," decía el mensaje.

El corazón de Alex latía con fuerza. Respiró hondo. "Okay, gracias, Javy. Eres el mejor," escribió de vuelta.

"Mi vida sería más fácil si más gente supiera esto," respondió Javy, adjuntando un emoji de guiño.

Alex frunció el ceño, confundida. "¿De qué hablas?" escribió, su mensaje lleno de curiosidad.

La respuesta de Javy llegó rápido. "Era una broma. ¡Olvídalo! Llámalo ahora. ¡El centro comunitario está abierto hasta las 8 pm!"

Con un asentimiento decidido, Alex escribió un simple "Okay" y envió el mensaje.

Agarró su teléfono y marcó el número de Arturo. Después de una breve conversación, colgó el teléfono con una sonrisa de sorpresa en el rostro.

"Entrevista en dos días," murmuró para sí misma, las palabras resonando en el silencioso salón.

Dio una vuelta feliz por su apartamento. Aunque ahora estaba realmente hambrienta.

Un timbre agudo rompió el silencio, haciendo que Alex diera un pequeño salto. La curiosidad la impulsó a acercarse a la puerta.

En lugar de girar la perilla de inmediato, miró su teléfono, viendo la imagen capturada por la cámara del timbre. De pie en la puerta, estaba Carlos.

Corrió a abrir la puerta, y fue recibida por una amplia sonrisa en su rostro. En su mano, sostenía una bolsa con el logotipo de su restaurante mexicano favorito. "Sabía que habías estado pintando todo el día, y supuse que no habías comido todavía," dijo Carlos, con una voz cálida y acogedora. "¡Tenemos que celebrar tu primer día como artista!"

Alex lo abrazó, aplastando la comida entre ellos y diciendo, "¡Estoy muriendo de hambre, y tengo noticias sobre mi carrera!"

Carlos levantó las cejas, anticipando lo que iba a decir.

ALEX CAMINÓ tres cuadras hasta el Centro Comunitario de Pilsen, evitando la calle donde estaba ubicado el banco. No es que no le gustara el banco; simplemente sentía que estaba en una nueva etapa de su vida. Dos noches atrás, ella y Carlos habían hablado sobre su pintura y su enseñanza, y habían terminado la velada temprano.

Le resultaba extraño avanzar tan lentamente con él, pero sabía que debía priorizarse a sí misma y descubrir cómo este trabajo podría ayudarla en su objetivo más grande de convertirse en una artista profesional.

Las palabras de su padre resonaban en su mente: "Pa' tras ni pa' coger impulso". Le encantaba cómo en inglés se traducía literalmente como "Neither forward nor backward to gain momentum", pero figurativamente significaba "Sigue adelante". Era un dicho en el que pensaba constantemente y que la motivaba a centrarse en la siguiente etapa de su vida.

Otra mujer tal vez hubiera querido pasar más tiempo con él, aprovechar la oportunidad para acurrucarse o coquetear, pero la adrenalina de Alex estaba a tope después de investigar sobre el papel de una profesora de arte en un centro comunitario.

Necesitaba sentirse más asentada antes de poder avanzar con él, por lo que se sumergió en aprender, viendo videos y creando un plan de acción.

Habiendo participado en programas del centro comunitario antes, Alex conocía bien el espacio y sus recursos.

Su mente se desvió hacia Carlos. Aunque anhelaba pasar más tiempo con él, ambos estaban enfocados en navegar sus carreras. El recuerdo de la noche que pasaron juntos persistía, tentándola a desear más. Sin embargo, dejar su trabajo no fue una decisión que tomó a la ligera. Para avanzar de verdad, necesitaba dedicar su tiempo y energía a este nuevo camino.

La ligereza que se había instalado entre ellos se sentía refrescante, como si estuvieran redescubriendo una amistad cómoda bajo las capas de su romance. Era un consuelo bienvenido, uno que sospechaba que él entendía dado su autocontrol. Después de todo, un beso, por muy tentador que fuera, no les hubiera servido a ninguno de los dos en ese momento.

Ayer había pasado el día enfocada en idear ejemplos de proyectos grupales y en una variedad de formas en que un proyecto construiría sobre el conocimiento del anterior.

Ella imaginaba crear cosas utilizando materiales como pintura, arcilla y tela, conectándolas a discusiones sobre los murales alrededor de Pilsen y la diversa historia de los artistas latinoamericanos. También quería hacer proyectos prácticos y tal vez incluso abordar algunas formas en que el arte podría hacer la vida más fácil y mejor.

Estaba emocionada de hablar sobre estas ideas y pensar en cómo podrían cambiar mensualmente para reflejar diferentes enfoques que el centro comunitario podría tener.

Mientras cruzaba la calle, rodeada de coloridos murales y bulliciosas taquerías, se encontraba el Centro Comunitario de Pilsen. Daba la bienvenida a personas de todas las edades y orígenes con los brazos abiertos, y era un hermoso edificio de ladrillo antiguo, típico de los edificios de Chicago construidos en los años 1920.

Alex se acercó al mostrador de recepción, con un nudo de anticipación apretándole el estómago, y sonrió al ver a Mari Ortega allí.

"Hola Mari," comenzó, con la voz firme pero educada. "Estoy aquí para hablar con Arturo Tejeda.”

Mari asintió mientras decía: "Él te está esperando. Por cierto, me dio mucha tristeza saber que dejaste el banco. Ahora, ¿quién me va a revertir las tarifas?"

Alex se rió, encantada de que ya no fuera su problema, y respondió: "Estoy segura de que lo resolverás."

Un momento después, un hombre emergió de una puerta trasera, con líneas de risa marcando alrededor de sus ojos mientras escaneaba la habitación. Su cabello entrecano enmarcaba un rostro amable, y su camiseta y jeans parecían contar las historias de una vida bien vivida.

Cuando sus miradas se cruzaron, la sonrisa del hombre se ensanchó. "¿Alejandra? Es un placer finalmente conocerte. He oído cosas maravillosas sobre ti, y debo admitir que conocía a tu padre." Extendió la mano, con un apretón firme pero suave.

Alex sintió que una calidez se extendía por su pecho mientras le estrechaba la mano. "Es un gusto conocerte también, Sr. Cortez. ¿Cómo conoció a mi papá?"

Una risa suave salió del pecho de Arturo.

"Oh, bueno, nos mudamos al vecindario más o menos al mismo tiempo. Solíamos compartir una taza de café todas las mañanas en La Esperanza, junto con los otros señores. Tu papá," continuó, suavizando la voz, "era un buen hombre. Un privilegio conocerlo, diría yo."

Alex tragó el nudo en su garganta, una oleada de emoción inundándola. "Gracias," logró decir, su voz apenas un susurro.

Con una suave inclinación de cabeza, Arturo hizo un gesto hacia una puerta. "Ven conmigo, Alejandra. Vamos a discutir este programa de arte y tus ideas para revitalizarlo."

La condujo por un pasillo tranquilo, el bullicio del centro se desvanecía mientras entraban en una pequeña sala.

El espacio estaba escasamente amueblado, solo con un escritorio y una laptop, pero transmitía una sensación de calma que Alex encontró reconfortante.

Mientras se sentaba, Arturo comenzó a explicar el trabajo. Describió la reciente adquisición del centro comunitario de una subvención federal de cinco años para desarrollar un programa de arte e ingeniería.

"Esta subvención nos permite contratar a un profesor de arte," explicó Arturo, con una voz cálida. "El objetivo es integrar el arte en la vida diaria de los estudiantes, basándose en sus experiencias previas."

Hizo una pausa. "El candidato ideal colaboraría con el departamento de psicología de la Universidad de Chicago. Tu experiencia parece encajar muy bien con lo que estamos buscando."

Una preocupación cruzó el rostro de Arturo. "Será un trabajo exigente, pero la paga es justa. Sin embargo, debo ser honesto, no estoy seguro de qué sucederá con el puesto después de que termine el período de cinco años de la subvención."

Alex absorbió sus palabras, asintiendo mientras él detallaba la naturaleza del rol y el salario, que era alrededor de tres cuartas partes de lo que ganaba en el banco, pero aún así, significativamente más de lo que esperaba para un descanso en su carrera.

"Esta oportunidad se alinea perfectamente con mi objetivo de convertirme en una artista profesional," declaró Alex, con una renovada determinación en su voz. "Un compromiso de cinco años en realidad me funciona bien."

Una risa genuina escapó de los labios de Arturo.

“¡Eso es una noticia fantástica! Aunque tengo algunas entrevistas más programadas, te haré saber mi decisión en una semana. Realmente fue un placer conocerte, Alejandra."

Al darse la vuelta para irse, Alex le ofreció una sonrisa sincera. "Gracias, Sr. Cortez. El sentimiento es mutuo. Fue un placer conocerte también."

El sol poniente proyectaba largas sombras sobre la acera mientras Alex caminaba a casa. Las risas y charlas flotaban desde las ventanas abiertas del centro comunitario, una sinfonía de conexión humana reemplazando el tranquilo zumbido del día.

Reflexionó sobre las posibilidades que el puesto de profesora de arte ofrecía. Iba más allá de lo que inicialmente esperaba, ofreciendo un desafío emocionante junto con el tiempo precioso que necesitaba para nutrir sus propios emprendimientos artísticos.

Al llegar a su apartamento, le escribió a Javy, expresando su gratitud por recomendarle el trabajo, y luego llamó a Carlos.

"¿Cómo te fue?" preguntó, el calor familiar en su voz era evidente incluso a través del teléfono.

Alex respiró hondo, su corazón todavía palpitando por la entrevista. "Fue... bien," comenzó, con la voz llena de emoción, y dijo, "¡El rol en sí es fascinante! Podría colaborar con profesores de psicología en tu universidad, y la paga es realmente increíble para un puesto temporal."

Hizo una pausa, comparando mentalmente la oferta con su plan de descanso. "Definitivamente es menos de lo que ganaba en el banco, pero... bueno, es mucho más que solo una forma de ocupar el tiempo libre que estaba planeando. Es..." tartamudeó, buscando las palabras adecuadas, "es mucho más de lo que anticipaba."

Un breve silencio llenó la línea, luego Carlos habló, su voz suave. "Pero, ¿lo quieres, Alex?" preguntó, con el suave clic de su laptop cerrándose, señalando el final de su jornada laboral.

Alex se rió y dijo, "Sí, parece un cambio de ritmo muy divertido. ¿Ya terminaste?" Sabía que su horario de clases significaba que después de las 3 de la tarde estaría calificando o en reuniones. Pero su horario a menudo era flexible.

Carlos se rió mientras respondía, "Sabía que no podrías resistir un desafío. Acabo de cerrar mi laptop y me encantaría llevarte a tomar un café tarde, una cena temprana o dar un paseo."

"¡Sí! Me encantarían las tres cosas si es posible," dijo Alex.

Él sonrió mientras se dirigía a su coche. "Genial. Siempre estoy listo para un desafío. ¿Paso por ti a tu casa?"

"¡Sí!" exclamó ella. Al colgar el teléfono, Alex pensó en su papá y en sus palabras de aliento. "Pa' tras ni pa' coger impulso."

Sonrió. Estaba avanzando.

DIECISIETE

Autorreconocimiento

"LA VIDA SOLO PUEDE ENTENDERSE HACIA ATRÁS; PERO DEBE VIVIRSE HACIA ADELANTE." — SØREN KIERKEGAARD

ALEX

Alex sonrió, admirando su reflejo y la nueva lencería que había elegido en línea para su noche con Carlos. Negra y minimalista, diseñada para cautivar, este trozo de tela apenas estaba presente.

El delicado encaje susurraba contra su piel, guardando una promesa secreta que solo ella entendía. Se puso un poco de perfume, un aroma floral ligero, preguntándose qué se pondría.

Caminó hacia su armario y repasó sus opciones de vestidos, sabiendo ya cuál elegiría.

Normalmente, no se vestía solo para tentar o seducir, pero hoy era diferente. Atraída por el fondo de su armario, sacó “el vestido” y tocó la suave tela entre sus dedos.

Esta elección no era típica; no se trataba de tendencias, comodidad ni practicada.

Un dedo trazó suavemente la tela, enviando un escalofrío de anticipación por su columna. Esta noche, el aire a su alrededor crujía con sus deseos no dichos, exigiendo un lenguaje distinto. No era un vestido; era una invitación, un código secreto que quería que Carlos descifrara.

Lo había comprado hacía años. Era el tipo de vestido que te pones solo para ser vista por alguien a quien deseas tentar. Un vestido corto color esmeralda que abrazaba su cuerpo y destacaba cada una de sus curvas.

En el camino de regreso a casa, había sabido que quería seducir a Carlos. Había habido tantas palabras entre ellos, apoyo y bromas, y ahora quería acción.

Durante sus citas, se había mantenido reservada, observando cuidadosamente sus interacciones. Sin embargo, ahora se sentía más relajada, más anclada en el momento. Tenían una conexión fuerte, siempre sabían cómo apoyarse, cómo tentarse y coquetearse.

El enfoque de esta noche era explorar su conexión física.

Ansiaba una intimidad más profunda, una oportunidad para explorar las emociones que bullían bajo la superficie. Experimentar el toque de sus manos sobre ella de nuevo, besarlo, hacerlo

suyo.

Cuando una mujer deseaba esto, la elección del vestido probablemente era lo más importante.

Al menos lo era para Alex. No habría usado ese vestido con cualquiera, pero con Carlos, quería tanto.

Le encantaba volverlo loco aquella noche en el bar; sus ojos brillaban con picardía al recordar. Quería sentir su boca sobre ella de nuevo.

Estaba lista para dejarse llevar completamente por el amor que tantas veces había reprimido por él. Con un brillo travieso en sus ojos, era una mujer dispuesta a reescribir el guion.

La primera vez que estuvieron juntos había sido caótica, una mezcla de pasión y alcohol, pero esta noche quería fluir hacia él y permitirse disfrutar de su amor por él.

Quitó las etiquetas y se puso el vestido, sintiendo una oleada de poder. Las últimas semanas habían sido un torbellino de cambios: dejar su trabajo y su relación.

Pero con cada decisión, había reconstruido su vida, ladrillo por ladrillo, dándole poder. Ahora, mirando su reflejo, girando para ver cómo el vestido moldeaba sus curvas, sabía que podía manejar lo que fuera.

La realización llegó cuando regresó al armario para elegir los zapatos perfectos: Carlos siempre había sido una presencia constante. Su amistad inquebrantable había sido un ancla firme en los buenos y malos momentos. Ahora, con una perspectiva más amplia, los veía bajo una nueva luz.

Siempre habían compartido una conexión que iba más allá de la amistad, una chispa que insinuaba algo más.

La decisión de explorar este vínculo más profundo no había sido fácil, pero se sentía bien, como una progresión natural.

Se preguntaba si él veía el mismo potencial en su relación que ella. ¿Imaginaba un futuro juntos, no solo como amigos sino como compañeros?

Se miró en el espejo, con una nueva confianza en sus ojos. Vio a una mujer que ya no dudaba, sino que estaba segura de su camino, una mujer que sabía lo que quería y estaba lista para perseguirlo.

Eligiendo sus tacones negros con los lazos en la parte trasera, se los puso, caminando hacia el espejo para ver cómo la hacían más alta. Con estos, podía besarlo fácilmente.

Alex sonrió a su reflejo. La mujer que sentía que la vida le pasaba de largo había desaparecido.

Esta noche, su largo cabello oscuro caía libremente, enmarcando un rostro radiante de anticipación.

Mientras se colocaba unos pendientes en forma de estrella y sus anillos favoritos en los dedos, experimentó una mayor sensación de belleza.

Finalmente, sacó su collar con colgante en forma de corazón, colocándoselo lentamente.

Se hizo una promesa a sí misma de abrazar la felicidad, confiar en el momento y perseguir lo que

deseaba.

CARLOS Y ALEX

Carlos caminaba por la cuadra de Alex con una sonrisa pensativa en el rostro. Estaba orgulloso de ella. Sabía lo difícil que había sido para ella dejar su trabajo en el banco, pero también sabía lo talentosa que era.

Mientras observaba las calles llenas de niños jugando y murales, sonrió, reconociendo que había una cierta sensación de que todo estaba bien en su vida últimamente, algo que no podía ignorar.

Nunca había sido bueno en las relaciones románticas. Había sido un cínico. Te tenías que volver uno después de ver a tus propios padres destrozarse el uno al otro. Pero con Alex, todo era diferente.

No necesitaba fingir ser romántico ni actuar como un cliché. Porque ella lo emocionaba, él quería ser romántico. Decía y hacía cosas por ella porque eso era lo que él era cuando estaba con ella.

No estaba forzándose.

Quería verla sonreír y ser la fuente de su alegría. Había llegado a la realización de que hacer algo por una persona que amas era, en el fondo, un acto de egoísmo. Le daba una satisfacción que trascendía cualquier recompensa externa.

Como académico, alguien que estudiaba a los poetas románticos del siglo XVI y XVII, siempre había entendido que alguien, en algún lugar, había experimentado pensamientos obsesivos y románticos, pero los había descartado como algo que solo podías vivir si hubieras nacido en el pasado.

Pero Alex había abierto una puerta dentro de él que no sabía que existía.

Confiaba en ella y sabía que no lo juzgaría ni lo dejaría si cometía errores, así que podía relajarse. Y, como podía relajarse, podía hacer cosas cursis como comprarle sus flores favoritas o intentar planear citas que ella disfrutaría.

Le llenaba de una profunda satisfacción verla feliz. Apenas colgaron, reservó una cena en el restaurante del edificio Hancock, sabiendo que ofrecía una de sus vistas favoritas de la ciudad.

No podía esperar para ver la sonrisa en su rostro, una sonrisa solo para él, una confirmación de que él le traía un poco de luz a su vida.

Era extraño reconocer que alguien significaba tanto para ti que verlos sonreír se convertía en algo que querías, no, algo que necesitabas ver todos los días.

¿Era esto amor romántico? ¿Existía una distinción entre el amor que siempre habían compartido y la situación actual? Era confuso, pero sabía que ella era suya.

Así como entendía que él le pertenecía a ella.

Ahora que tenía esto, no lo dejaría ir.

Tocó el timbre, con una sonrisa en el rostro que rápidamente se transformó en deseo cuando ella abrió la puerta.

Ella lo miró; sus labios se curvaron en una ligera sonrisa. Parecía un pecado vestida en verde esmeralda. Un color que siempre había asociado con ella, y que ahora asociaría con el deseo.

Dio un paso atrás, admirándola más. Su largo cabello oscuro caía por su espalda y el vestido se ceñía a su cuerpo. Exhaló un suspiro que no se había dado cuenta que estaba conteniendo.

Vio las estrellas en sus orejas y pensó que eran apropiadas, porque ella era las estrellas para él.

Ella era su sol. Solo mirarla lo complacía. Pensar en ella le traía alegría.

En lugar de inquietarlo, sus pensamientos respondían las preguntas en su corazón.

En ese momento, Carlos experimentó una profunda conexión con los poetas que había estudiado durante años.

Entendiendo sus reflexiones sobre el amor, no como ejercicios académicos, sino como confesiones sinceras, vio la historia de él y Alex entretejida en el tejido atemporal de la emoción humana.

No lo entiendes hasta que te enamoras, pensarías que es una mentira hasta que lo sientes dentro de ti.

Había un misterio que podías descubrir cuando mirabas a los ojos de alguien que te amaba, y sabías que tú también los amabas.

Era un enigma que los límites del lenguaje nunca podrían expresar completamente, pero como académico, él veía la necesidad de intentarlo.

Observó sus tacones durante un segundo demasiado largo, diseñados para destacar sus piernas, que parecían diez veces más largas de lo normal. Su boca era de un rojo intenso, y su suave fragancia lo tentaba a descubrir dónde era más fuerte.

Ella era una sirena, tentándolo hacia las rocas, y él estaba bajo su hechizo.

"Hola, amigo", cantó ella, su voz enviando una oleada de calor a través de él.

Él tragó con dificultad. "Hola, amiga", respondió, su voz ronca. "Ese vestido es... bueno, definitivamente es una distracción. No creo que pueda concentrarme en tener una conversación si usas ese vestido."

Fue honesto con ella porque eran amigos, y sabía que ella no se apartaría de la verdad.

En ese momento, la deseaba más que cualquier otra cosa que hubiera deseado antes.

Una sonrisa lenta se extendió por su rostro mientras colocaba sus manos sobre su brazo, el calor de ella se filtraba instantáneamente a través de su ropa. "La cena puede esperar. Creo que hemos ido lo suficientemente despacio por demasiado tiempo. Te necesito dentro de mí de nuevo", murmuró, su voz en un susurro ronco.

Lo jaló hacia su apartamento mientras él inclinaba la cabeza y colocaba sus labios sobre los de ella.

La situación se desarrolló rápidamente, casi causando confusión. Sus citas habían sido inocentes, enfocadas en besos juguetones.

Había sido una tortura.

No estaba preparado para el efecto que sus palabras tendrían en él.

Saber que lo necesitaba, que lo quería dentro de ella, provocó un rugido en su mente.

El beso fue profundo, desesperadamente apasionado, mientras Alex lo jalaba hacia su casa, sus labios nunca separándose.

Sus manos encontraron instintivamente su cintura, acercándola como si intentara fusionar sus cuerpos, mientras sus dedos se enredaban en su cabello, profundizando su conexión.

Durante toda su vida, había estado esquivando realidades incómodas. Había evitado los sentimientos de abandono y las expectativas de sus padres, que querían reclamar sus éxitos como propios.

Había evitado confrontar sus sentimientos por Alex; sentimientos de necesidad y apego. Al huir a la escuela de posgrado, había buscado distancia de esas confrontaciones. Todos esos momentos convergieron de repente en una sola verdad.

Apartó sus labios de los de ella. Necesitaba un momento para respirar, para comprender sus propios sentimientos, para decirle lo que acababa de darse cuenta.

Imperturbable, ella comenzó a desabotonar su camisa, presionando sus manos contra su pecho, deteniendo sus movimientos.

Él atrapó sus manos en las suyas. "Alex", comenzó, su voz una mezcla de asombro y realización.

¨HE PASADO años diseccionando las palabras de los poetas, convencido de que esas historias de pasión eran exageraciones de su tiempo. Pero al sentir esto… contigo… ahora lo entiendo. El amor, ese que te llena, que te impulsa, no está solo en las páginas de libros antiguos. Está aquí, entre nosotros. Es real."

Ella lo miró a los ojos, reconociendo sus necesidades, deseos no dichos, y el dolor que se entrelazaba en ese momento mientras él decía, "Pídeme que te bese."

La levantó en sus brazos mientras ella jadeaba, sorprendida. Respondió sin dudar, aferrándose a sus hombros, "Bésame." Sintió la profundidad de sus palabras mientras él la llevaba a la cama. Puso la rodilla en el colchón y la bajó suavemente sobre él.

Él se movió hacia ella, la observó recostarse en la cama y la besó lentamente, completamente, con paciencia, deslizando su mano por su cintura, sintiendo la suave tela de su vestido.

La profundidad de sus sentimientos lo dejó vulnerable e inseguro. ¿Cómo podía saber que ella lo amaba tanto como él la amaba? ¿Que lo necesitaba tanto como él a ella? No podía decírselo, no tenía las palabras para hacerlo.

Le mostró cómo lo hacía sentir.

Quería sentir sus uñas en sus hombros, en su espalda, mostrándole cuánto lo necesitaba.

Se sentía mareado, con pensamientos y emociones rebotando dentro de él. Cosas que quería decir, pero no podía. Se quitó la camisa y bajó los tirantes de su vestido.

Ella suspiró mientras él mordía suavemente su cuello, pequeñas mordidas que provocaban suaves sonidos de su garganta.

No entendía esta necesidad dentro de sí de poseerla por completo. Quería que ella admitiera que era solo de él.

Su regalo por sentirse solo durante tanto tiempo, ella había desbloqueado necesidades que le eran extrañas y aterradoras. Sintió su duda contra su garganta y ella lo atrajo de nuevo hacia sus labios, de vuelta al momento. Fue un beso seductor.

Un beso que decía, te veo, te quiero, sé que te estoy besando.

Él se apartó y puso sus manos a ambos lados de su rostro, mirándola a los ojos. Necesitaba estabilizarse por un momento, una breve pausa dentro de la tormenta. Forzando sus pensamientos y emociones a calmarse.

Mientras se miraban a los ojos, sus labios se separaron.

“Eres todo mi mundo. Dime que me perteneces,” dijo lo primero que le vino a la mente, sintiendo la verdad de esas palabras resonar en todo su cuerpo.

Ella lo miró a los ojos y dijo, “Te pertenezco, solo a ti. Siempre he sido tuya.”

El ambiente cambió, lleno de la verdad de sus palabras y de la necesidad de mostrar la profundidad de su promesa físicamente. La besó suavemente, rápidamente, mientras tomaba sus pechos a través de la tela de su vestido, dejando que sus manos sintieran su forma mientras los apretaba suavemente.

Sus manos se aferraron a él, apretando su hombro mientras él desabrochaba lentamente el cierre de su vestido. Movió la tela verde por su hombro y bajó por su cintura, dejando que cayera fácilmente de su cuerpo, exponiendo la lencería negra que había escondido debajo.

Contuvo un gemido; ella tomó sus manos y las colocó sobre sus pechos cubiertos por un sujetador sin tirantes de encaje que apenas cubría, mostrando más de lo que escondía.

“Me lo puse para ti,” susurró.

Quería que él supiera, necesitaba que él supiera que lo había querido tentar, que deseaba que estuvieran exactamente donde estaban.

Él era la persona a quien quería que la viera hermosa. Ella jadeó cuando él le quitó el vestido de las piernas, rasgando la delicada tela de la lencería en su urgencia por verla completamente desnuda. La miró durante unos momentos antes de que sus labios comenzaran a recorrer su cuerpo.

Sus labios trazaron un camino suave, un sendero líquido sobre su piel. El primer roce de su

lengua en su hendidura mojada la hizo arquearse y gritar su nombre. El segundo pequeño lametón hizo que ella le jalara el cabello mientras él chupaba sin cesar. Ella lo acercó más, pidiéndole en silencio que aplicara más presión mientras gemía bajo él.

Él se acomodó entre sus muslos, colocando sus manos debajo de su trasero, acercándola más profundamente a su boca, disfrutando de su sabor, sabiendo que era solo suyo.

Ella lo apuraba con sus manos para que fuera más rápido.

Sus uñas arañaban su espalda. Estaba ansiosa y se sentía torturada por su boca. Se retorcía bajo su lengua implacable, pidiéndole que fuera más rápido, gritando cuando sus labios rodearon su clítoris y lo succionaron profundamente, explotando. Él la lamió mientras atravesaba su orgasmo.

Cerró los ojos, abrumada por el placer. Al dejarla, él se movió hacia su cintura, desabrochándose el cinturón, desnudándose rápidamente, volviendo a ella tan desnudo como ella. Necesitaba sentir que ella lo reclamaba como él la había reclamado. La jaló sobre él, recostándose y mirándola a los ojos deslumbrados, y dijo, "Toma lo que necesites. Móntame, Alex."

Apretó sus caderas mientras ella se subía a sus muslos, observando cómo sus dedos envolvían su miembro y lo dirigían a su entrada. Tuvo que contener la respiración mientras ella deslizaba la gruesa cabeza de su pene entre sus pliegues delicados.

Después de tentarse con él, sintiéndolo, prometiéndose a sí misma que lo probaría pronto, lo colocó dentro de ella.

Con una mirada aturdida y desesperada en sus ojos, ella gimió, moviéndose lentamente, alargando su placer.

Podía ver su rostro, ver el amor en sus ojos mientras se movía contra él, tomando lo que necesitaba. Su pene palpitaba dentro de ella, contra sus paredes internas que lo acariciaban y lo recibían en casa.

Él se quedó quieto, la miró a los ojos y la besó mientras establecía un ritmo. Un ritmo que era solo de ellos. No era suficiente.

Habían hecho el amor una vez antes, ambos un poco borrachos, y aunque él lo recordaba, nada se comparaba con este momento.

La sensación de llegar a casa, de que ella tomara de él lo que él quería darle con gusto. Alguien, algo finalmente le pertenecía, lo impulsó a moverse. La empujó debajo de él, necesitaba tomar el control del momento, quería volverla loca.

Comenzó a moverse.

La mordió en los labios mientras su pene empujaba dentro de ella, acariciando terminaciones nerviosas, haciendo que durara, queriendo destruirla. A pesar de sentir su urgencia, quería moverse lentamente por primera vez en su vida.

Quería memorizar este momento y mantener a raya sus deseos incontrolables.

Pronunció su nombre con reverencia mientras rodaban juntos, enredándose en las sábanas. Ella

envolvió sus piernas alrededor de él, acercándolo más a ella.

Todo lo que Carlos podía pensar era "más" y "mía". Necesitaba más de ella, llegar más profundo dentro de ella. Se echó hacia atrás, aferrándose con fuerza al cabecero de la cama.

Se hundió más profundo. Observó su rostro mientras la llevaba más alto. Cuando ella llegó al clímax, gritando su nombre, sus músculos se contrajeron a su alrededor, impulsándolo hacia su propia liberación.

Sus labios buscaron los de ella, bebiendo sus gemidos de placer, su cuerpo cubriendo el de ella mientras la sentía temblar, abrazándola con fuerza mientras ambos alcanzaban el orgasmo.

Le tomó a Carlos un tiempo volver a la realidad. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que estaba acostado de espaldas, con el brazo y la pierna de Alex sobre él. En cualquier momento, podría empezar a pensar con claridad.

En ese momento, su mente era un torbellino de pensamientos. Las cosas habían cambiado de una manera que no entendía del todo. Había tantos sentimientos nuevos dentro de él, y no sabía qué hacer con ellos. Era como si algo se hubiera liberado.

La parte física de su relación estaba fuera del alcance de todo lo que había experimentado antes. Era tierna y reverente de una manera que iba más allá del placer.

"Eso fue mucho mejor que la cena y el helado", dijo Alex, sonando feliz y relajada.

Su voz lo sacó de sus pensamientos. La miró, sintió su cuerpo sobre el suyo, y le acarició el brazo. La sensación de seguridad que sentía en ese momento lo sacudió hasta lo más profundo.

Estaba aterrorizado de haber descubierto un vacío con la forma de Alex dentro de él que solo ella podía llenar.

¿Qué pasaría si ella decidía mañana que quería volver a como eran las cosas antes?

Esta no había sido una noche de borrachera juntos. Esta noche, todo fue deliberado, intencional. ¿Cómo podía decirle lo que significaba para él?

La miró a los ojos, inclinó su rostro hacia él, y la besó profundamente. “Todo es mejor contigo,” dijo. “Respirar es mejor contigo.”

Finalmente tenía a alguien que lo conocía y se preocupaba por él. Alguien a quien le importaba lo que le sucediera. De alguna manera, tenía que encontrar la forma de no arruinarlo.

DIECIOCHO

Confía en la vida

ALEX Y CARLOS

El cuarto estaba oscura, salvo por el suave resplandor de la lámpara de noche. Alex sentía una paz profunda acostada en la cama con Carlos. Era libre de apreciar su cuerpo.

Memorizaba los músculos marcados de sus brazos y pecho. Estaban en una nueva etapa de su relación. Habían estado en silencio durante quince minutos. No había bromas ni palabras innecesarias.

Él sostenía su mano contra su pecho. Cada suave latido se sentía en su palma, un pulso rítmico que coincidía con el calor que irradiaba de él. Ella podía sentir la fuerza en su cuerpo, la firmeza que la tranquilizaba y la mantenía en tierra.

Se dejó llevar por el momento, confiando en él. En el pasado, solía sentirse triste y cansada al observar el mundo a su alrededor.

Veía a sus compañeros emocionarse por un viaje, un chico o una joya, sabiendo que esas cosas no importaban.

Había vivido sin muchas expectativas, especialmente en cuanto a las citas. Los hombres de su pasado no pedían mucho, y ella nunca esperaba quedarse con ninguno a largo plazo. En su opinión, si ella no esperaba nada de ellos, ellos tampoco deberían esperar nada de ella.

Escuchaba el latido del corazón de Carlos mientras sus pensamientos revoloteaban. Su relación había avanzado de manera gradual, y la atracción mutua le ayudó a explorar sus sentimientos. Finalmente, se dio cuenta de que la clave para descubrir lo que quería en la vida era liberar todos sus deseos y necesidades ocultas.

No era solo que tuviera la oportunidad de ser maestra de arte en el centro comunitario o que estuviera pintando de nuevo—pintando de verdad, como no lo había hecho en mucho tiempo.

No, había algo más. Estaba comenzando a entenderse a sí misma de una manera que nunca antes se había permitido.

Estar con Carlos era el resultado de conocerse a sí misma más profundamente. Era como

descubrir sueños olvidados o recibir regalos que creía que nunca podría permitirse.

Un cambio tan pequeño, pero dentro de él, había esperanza. Una emoción de asombro... de que tal vez todo saldría bien...

Esta certeza de que cada día habría algo nuevo que descubrir en su corazón, y que este nuevo capítulo de su relación con Carlos sería fácil.

Pertenecían el uno al otro, porque querían pertenecer el uno al otro. El aire a su alrededor susurraba promesas. La esperanza dentro de ella crecía constantemente, llenándola de paz, diciéndole que podía confiar en la vida.

Respiró hondo, obligándose a escuchar la voz en su cabeza que le decía que se dejara amar por él.

Alex se recostó contra Carlos, sus dedos se separaron de los de él, acariciando suavemente su pecho, siguiendo los contornos de sus músculos mientras disfrutaba del calor de su piel bajo su palma.

Sonrió para sí misma, levantando la cabeza para mirarlo, un poco mareada de amor.

"¿Tenemos hambre?" preguntó de repente, su voz suave y juguetona, aún sintiendo el calor de su intimidad anterior entre ellos.

Él soltó una risa, apartando un largo mechón de su cabello detrás de su oreja, sus dedos permanecieron en su piel, provocándole un agradable escalofrío en la columna. La intimidad del gesto hizo que su corazón se acelerara.

El cambio en el momento fue abrupto pero necesario. "No, estamos descansando porque me dejaste exhausto", respondió él, con una sonrisa traviesa en sus labios. "No necesito comida."

Las palabras quedaron en el aire, llenas de una mezcla de cansancio y bromas juguetonas.

Los dedos de Alex continuaron acariciando su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón bajo su toque. El suave subir y bajar de su respiración la confortaba, manteniéndola anclada en ese momento de dicha.

Aún podía oler el leve rastro de su pasión anterior mezclado con su cálido aroma terroso, y eso la hacía sentirse mareada de satisfacción, hasta que escuchó cómo su estómago rugía. Eso no era nada romántico.

Él intentó acercarla más, pero ella se alejó retorciéndose.

Se puso la bata, envolviéndola alrededor de su cuerpo, mientras él se cubría la cara con una almohada.

Su risa llenó la habitación, y ella le quitó la almohada de la cara. Al mirar su teléfono, notó la hora.

Eran las 8:30 p.m., definitivamente era hora de comer algo.

Le lanzó sus boxers a la cama, cerca de él, un gesto juguetón que provocó una sonrisa en Carlos.

"Vístete. Estás demasiado distraído sin ropa", bromeó, mirándolo con un brillo travieso en los

ojos.

Él levantó las cejas, una sonrisa pícara se extendió por su rostro. "¿Quieres decir que te distraigo?"

Alex gimió, sacudiendo la cabeza mientras revolvía en su cajón, buscando algo para que él se pusiera. "Ahora sí que necesitas vestirte", respondió ella, con una mezcla de diversión y fingida exasperación.

"Espera", protestó él, abriendo un ojo para mirarla.

"Comí mucho en el almuerzo. ¿A dónde vas? No sabía que la comida significaba tanto movimiento. Repito, no necesito comida. Vuelve."

Dejó caer la cabeza sobre la almohada, soltando un suave suspiro. "Está bien, me quedaré aquí, tú ve a comer."

El cansancio lo arrastraba, y todo lo que quería era acurrucarse con ella, sentir su calor contra su piel y robarle suaves besos en la luz perezosa de la mañana. La observaba mientras seguía buscando, encendiendo otra lámpara en su habitación.

Ella sacudió la cabeza y dijo, “Lo siento, señor, necesitamos comida. Tienes que enseñar mañana por la mañana. Yo necesito pintar. Los cerebros necesitan comida. Levántate. Sé que no quieres ponerte esos pantalones de vestir. Creo que tengo unos pants que dejaste aquí en algún momento.”

Fue a su tocador y encontró varias piezas de ropa que él había dejado allí a lo largo de los años. Sacó un par de pants y se los entregó. Él los ignoró mientras ella volvía al tocador a buscar más opciones.

Lanzándole diferentes prendas en su dirección general.

“Pensé que después de un encuentro romántico, las parejas se quedaban un rato diciendo cosas dulces. ¿Estás diciendo que Shakespeare es un mentiroso? ¿Dónde están mis cosas dulces? ¿Qué clase de encuentro romántico es este?” dijo en broma, sentándose y atrapando las piezas de ropa que seguían cayendo sobre su cuerpo, reconociendo de repente que tenía un poco de hambre.

Ella lo miró pensativa y luego le entregó un par de pantalones. “Creo que esas personas ya cenaron, por eso tienen energía para esas cosas dulces.”

Se dejó caer en la cama, frotándose la cara y mirando alrededor, desorientado y confundido por la explosión de energía de ella.

Con una lenta y melancólica voz, murmuró, “Extraño los momentos en la cama cuando estabas aquí conmigo,” colocando un par de pants de la Universidad de Chicago junto a los shorts en el suelo.

Con un suspiro, ella volvió al tocador, agarró una camiseta y la añadió a la pila creciente de ropa. Inclinándose, le dio un suave beso en la mejilla y, colocando otro par de joggers en su regazo, dijo, “No te preocupes, pronto estaremos de vuelta, pero por ahora estoy haciendo crepas.”

Él intentó jalarla de vuelta a la cama, pero ella se soltó fácilmente.

Su cerebro procesó lentamente lo que ella había dicho.

Se puso un par de shorts, finalmente escuchando lo que ella acababa de decir, y la miró con desconfianza, exclamando, "¿Crepas? Espera, ¿hablas en serio? ¿Tienes todo lo necesario?"

Ella asintió, parada en la puerta, y dijo, "¡Cómo te atreves! ¿Crees que ofrecería crepas sin tener todos los ingredientes? Tengo crema batida, todo tipo de frutas, Nutella," enfatizó, sabiendo que a él le encantaba, "todas las frutas," hizo una pausa para darle dramatismo y exclamó, "¡y más!" mientras mencionaba cada ingrediente, usaba un dedo para contarlo con dramatismo.

No se detuvo ni mientras bromeaba. Risas y brillo en sus ojos. Confiaría en este momento sin cuestionar a dónde la llevaría.

Él se levantó y puso un brazo sobre su hombro. "Ni el hombre más fuerte puede resistirse a unas crepas."

Mientras salían de su habitación, ella colocó su mano sobre su cintura y respondió, "¡Hiciste tu mejor esfuerzo!"

CARLOS Y ALEX

La luz de la mañana entraba por las ventanas, iluminando brillantemente la habitación de Alex.

Mantuvo los ojos cerrados mientras recordaba que no tenía trabajo y que podía ponerse a pintar cuando quisiera. Escuchó el sonido de la ducha. Eso era extraño. Sintiéndose un poco desorientada, se sentó.

La noche anterior volvió rápidamente a su mente: su entrevista, una cita planeada, y el desvío que la llevó a la noche más apasionada de su vida. Carlos estaba allí.

En su imaginación, lo veía usando su pasta de dientes, su cepillo de dientes extra, su toalla. Sonrió para sí misma y se dirigió a su otro baño. Sabía que él disfrutaba de duchas largas.

Ella se daría una rápida.

Mientras se paraba bajo el agua de la ducha, pensó en todas las cosas que sabía sobre él. Sabía mucho. Sabía cómo tomaba su café por la mañana (negro con dos cucharadas de azúcar) y cómo le gustaban los huevos (revueltos).

Había tantas cosas que sabía de él y tantas que no había sabido hasta la noche anterior. Se sonrojó al recordar algunas de las cosas que hicieron la noche anterior después de comer crepas tarde en la noche.

Nunca había respondido a un hombre de la manera en que respondió a él. Una vez que volvieron a la cama, él estudió su rostro, trazando con su dedo desde su hombro hasta su muñeca.

Habían hecho un juego de explorar los cuerpos del otro. Fue la experiencia más erótica de su vida, y se sentía un poco tímida al respecto.

Cuando apagó el agua, agradeció tener un momento de respiro.

Esto de ser feliz no era para cobardes. Al salir de la ducha, podía imaginar sus manos en su cuerpo. Se dirigió a la cocina y se acercó sigilosamente a Carlos por detrás, abrazándolo mientras él preparaba café.

Él se dio la vuelta, frunciendo el ceño. "¿Dónde estabas?" le preguntó, levantándola y colocándola en la encimera.

Parecía cómicamente decepcionado, así que ella trazó su ceño fruncido con el dedo y dijo, "También necesitaba ducharme. Esa es la maravilla de tener dos baños."

Él sacudió la cabeza y colocó su palma en su mejilla. "Te fuiste, y podrías haber venido conmigo a mi ducha. Te extrañé mientras no estabas."

Alex soltó una risita y dijo: “Ni te diste cuenta de que me fui. Estabas en la ducha. Además, nunca me he duchado con nadie en mi vida. Y escuché que no es cómodo.” Le acarició la barba y le dio un suave beso en la mejilla.

Él puso sus manos en su rostro, la miró a los ojos, y acercándose, la besó en el costado de la boca. “Te extrañé en la ducha. ¿Por qué no querrías ducharte conmigo? Eso suena como un desafío y una conversación más larga que tendremos en el futuro,” dijo con un brillo en los ojos.

Ella estaba a punto de discutir cuando él la besó de nuevo, profundamente. Ella se derritió en su abrazo, su cuerpo encajando perfectamente con el de él.

Él rozó su mejilla con la de ella, sintiendo el suave roce de su barba contra su piel, sabiendo que dejaría pequeñas marcas donde la tocara. “Ahora tengo que ir a enseñar,” susurró, las palabras con un sabor agridulce en su lengua.

Nunca había querido faltar al trabajo más de lo que lo deseaba en ese momento.

Ella sonrió, alejándose de él y saltando de la encimera. “¡Aha, ahora tú me estás dejando!” exclamó triunfante.

Sus ojos se suavizaron mientras la besaba suavemente en el cuello. “Nunca te dejaré,” murmuró contra su piel.

Nunca imaginó que una relación romántica pudiera ser tan viva y transformadora. No era solo deseo; era comprender y aceptar en quién se estaba convirtiendo, poco a poco, junto a ella.

El corazón de ella se aceleró mientras se inclinaba hacia su abrazo y respondía: “Te tomaré la palabra.”

Cuando Alex se apartó de su abrazo, Carlos sintió de inmediato una sensación de pérdida. Se giró hacia la puerta, su corazón aún latiendo rápido por su beso, pero el momento se sentía incompleto. Agarró su bolso de la silla, el peso familiar descansando pesadamente sobre su hombro.

“Hazme cumplir todas mis promesas,” murmuró, robando un último y dulce beso de ella.

“Está bien, ¡ve a enseñarles a esos estudiantes! ¡Yo necesito pintar y tomar café!” respondió ella, con una chispa juguetona en sus ojos.

“Está bien.” Él sacudió la cabeza, dirigiéndose a la puerta, pero sin poder resistir mirarla una vez

más. El verla vertiendo café en su taza favorita lo hizo detenerse, su corazón se hinchaba ante la simple belleza del momento.

Pero cuando alcanzó la manija de la puerta, sintió un tirón irresistible. Volvió hacia ella, cerrando la distancia una vez más y presionó sus labios contra los de ella, permaneciendo más tiempo esta vez.

“Ahora sí me voy,” dijo con voz baja, pero el brillo juguetón en los ojos de ella lo empujaba a seguir.

“¿Estás seguro?” lo provocó, inclinando la cabeza de una manera que hizo que su corazón se acelerara.

Él se rió suavemente, dando un paso atrás una vez más, pero sintiendo el tirón irresistible hacia ella de nuevo. “De verdad, debería irme...”

Pero volvió hacia ella, capturando sus labios en otro beso, este más profundo, una conversación silenciosa de necesidad y afecto.

Cada beso hacía más difícil irse, y él se retiró con desgana otra vez, sus manos permaneciendo en su cintura, sus dedos reacios a romper la conexión.

“Carlos, tienes que irte,” dijo ella, su voz suave pero llena de picardía.

“Cierto, cierto.” Se alejó, su corazón pesado mientras volvía a alcanzar la puerta, solo para girarse una vez más. “Solo una vez más,” murmuró, sus labios rozando los de ella de nuevo.

Finalmente, supo que tenía que irse. Con un suspiro, dio un paso atrás, obligándose a girar la manija de la puerta, mientras tomaba una profunda bocanada de aire fresco del exterior.

“Solo recuerda,” le gritó por encima del hombro, “¡Voy a regresar después del trabajo!”

“¡Bien!” respondió ella, su voz ligera y juguetona, envolviéndolo como un cálido abrazo mientras él finalmente salía, dejando un pedazo de su corazón atrás.

Exhaló un suspiro que no sabía que había estado conteniendo, el sonido escapando de sus labios rápidamente.

Su corazón, aún resonando con el frenético ritmo de su despedida, poco a poco se asentó en un latido constante. Trazó sus dedos sobre sus labios, el recuerdo de su toque permaneciendo como un susurro.

El aire, impregnado con el aroma del café que él había hecho, parecía brillar con promesas no dichas. Tomó un sorbo cauteloso.

Carlos hacía un café muy fuerte.

Sus sentidos estaban despiertos, en marcado contraste con la dulzura que aún quedaba de su beso.

Por primera vez en mucho tiempo, su mundo cobró vida con promesas y esperanza, como nunca antes había sentido. Vibraba con ello, un lienzo esperando ser pintado con los colores de una vida que ahora se atrevía a soñar.

Con una sonrisa mezclada con tanto temor como emoción, Alex se dio la vuelta y se dirigió hacia su estudio, que ya no era solo una habitación, sino un futuro lleno de potencial.

Con una suave sonrisa, se dirigió hacia su estudio.

DIECINUEVE

Corazón Robado

"LAS FAMILIAS FELICES SON TODAS IGUALES; CADA FAMILIA INFELIZ LO ES A SU MANERA." — LEÓN TOLSTÓI

CARLOS

A pesar de su doctorado en Literatura Inglesa y una disertación sobre las representaciones del amor, Carlos rara vez se consideraba romántico.

Pasaba la mayor parte de su tiempo analizando las emociones de poetas muertos, descuidando las suyas propias.

Esta mañana, mientras silbaba inconscientemente mientras caminaba por el pasillo, notó el ceño fruncido de un estudiante y se rió. Sentía una ligereza en su cuerpo y una relajación en los hombros que no podía explicar del todo.

La noche anterior había cimentado una frágil confianza entre Alex y él.

Pertenecían el uno al otro, una verdad no dicha que latía bajo la superficie de su conexión.

Y eso era algo que ahora llevaba consigo. Estaba cien por ciento enamorado de Alex, de una manera que no podía describir, y sabía que ella lo sentía también. Poder expresar su amor por ella, desearla de esa manera, amarla, era más de lo que alguna vez pensó que tendría en su vida.

Al mediodía, Carlos estaba inmerso en su agenda: reuniones con estudiantes, reuniones con la facultad, una ráfaga de conferencias que impartía con facilidad.

Le encantaba lo ocupados que eran sus días y que al final de hoy, finalmente tenía a alguien a quien volver a casa.

Sus pensamientos se aceleraban mientras caminaba hacia su oficina.

Perdido en su buen humor, alcanzó la pila de papeles que Anastasia Deleon le había entregado semanas atrás. Era hora de leerlos. Mientras avanzaba en su interesante argumento, el final del capítulo cuatro resonó en él: "Ricardo II actúa como un recordatorio de lo que puede suceder cuando dos hermanos se enfrentan en un conflicto a expensas de una nación. Al igual que algunos rituales recrean historias importantes, la obra le recuerda al público un pasado que no deberían repetir."

Las palabras de Anastasia lo impactaron.

Su argumento, que presentaba las obras de Shakespeare como una especie de ritual para Inglaterra, era sorprendentemente fresco y perspicaz.

La noción de experiencia compartida, de una memoria colectiva tejida a través de los hilos de la representación, era interesante.

Cuando terminó de leer, su mente se llenó de posibilidades. Quería ser su segundo lector. Aunque eso añadiría más a su carga, ¿cómo iba a manejarlo todo?

Frunciendo el ceño, aún pensando en los conflictos entre hermanos, notó llamadas perdidas de sus padres y de Javy.

Su llamada lo sorprendió, especialmente porque acababan de verse en su fiesta de aniversario. Frunciendo el ceño, se preguntó qué estaba ocurriendo. Una sensación de inquietud lo invadió.

Su atención se desvió hacia la pila de papeles al lado. La tesis de Anastasia sobre el conflicto fraternal en *Ricardo III*estaba allí.

Su familia a menudo olvidaba cuándo era apropiado llamar, asumiendo que enseñaba clases por la mañana. Así que, ver llamadas perdidas de sus padres y de Javy, en lugar de la de Alex que esperaba, lo sorprendió, y un nudo de ansiedad se formó en su estómago.

¿Por qué llamaría Javy? ¿Le habría pasado algo a sus padres?

Un repentino golpe de envidia atravesó a Carlos, profundizando su culpa. Javy se llevaba bien con ellos porque los veía más, los llamaba más.

Cada vez que Carlos se comparaba con Javy, sin importar la medida que usara, siempre le faltaba algo.

Tomando su teléfono, Carlos marcó primero el número de Javy.

El tono de llamada resonaba sin respuesta, amplificando la ansiedad que retorcía su estómago. El rostro de Alex apareció en su mente, y una sonrisa involuntaria suavizó las líneas tensas de su mandíbula.

Su pecho se alivió al imaginar su rostro comprensivo, cómo siempre parecía envolverlo en un abrazo silencioso y reconfortante.

Ella lo entendería. Fuera lo que fuera que estuviera pasando con su familia, podría contárselo y ella estaría allí para apoyarlo. Usando ese pensamiento como mantra, consideró a quién llamar después.

Decidió que su madre sería la menos agotadora de sus dos padres para devolver la llamada primero, así que la llamó.

La voz de Alana Shapiro-Farkas crujió a través del auricular: aguda y exigente.

“David Carlos,” dijo, “necesito que vayas al horrible bar de tu hermano en este mismo momento.”

Carlos se estremeció ante el uso de su nombre completo por parte de su madre y miró la pintura

que Javy le había regalado. Ajustándose en su asiento, inconscientemente enderezó su postura, preparándose contra las olas de culpa que solían acompañar sus conversaciones con ella.

Respondió con calma: “Mamá, es media tarde en plena semana escolar. ¿Por qué exactamente quieres que visite a Javy?”

Colocó el teléfono en su escritorio y lo puso en altavoz, desabrochándose los dos primeros botones de su camisa.

Continuó hablando en su tono más calmado: “Tengo una clase en una hora. No puedo ir a La Flor ahora. Pero puedo pasarme cuando termine mi día a las cinco.” No era la primera ni sería la última vez que su madre exigía su tiempo.

Fuera lo que fuera, no afectaría su día ni su buen humor. Pensó en sus planes de cena con Alex y se relajó un poco, esperando la respuesta de su madre.

Escuchó el sonido de sus tacones mientras caminaba de un lado a otro, mientras ella respondía: “Varios amigos que vieron el negocio de tu hermano en las noticias me informaron que alguien robó una obra de arte. Espero que no sea la pintura que le di de nuestra colección. Esa pieza es invaluable. Nunca me gustó que quisiera tenerla en ese... lugar suyo.”

Su madre solía ser agradable y distante.

Pero cuando estaba descontenta, era ligeramente cruel. Sus primeros recuerdos de la infancia eran de su madre y su padre regañándose y discutiendo por todo, desde qué beber en la cena hasta a dónde ir de vacaciones.

Había aprendido a través de años de terapia que no podía controlar las emociones de su madre, pero eran tan difíciles de soportar y procesar mientras ocurrían.

Volviendo al presente, frunció el ceño al pensar en la pieza de arte, un recuerdo familiar de su infancia. Si era esa pieza, probablemente valía al menos 20,000 dólares.

Irónicamente, su hermano no quería la pieza y había intentado devolvérsela. Todo esto, por supuesto, ahora no tenía importancia para su madre.

Miró por la ventana a los estudiantes que se dirigían a sus clases.

Javy estaría más preocupado por el impacto del robo en la comunidad de Pilsen que por la pérdida financiera, pero su madre nunca entendería eso. Al igual que no entendía por qué él había elegido ser profesor en una universidad estatal y no en una prestigiosa, o cualquiera de las docenas de formas en las que ella quería que tanto él como Javy fueran más ambiciosos.

“Mamá, no sabes qué fue lo que robaron,” dijo con firmeza, pero con una sonrisa calmada mientras hablaba por teléfono.

Se sintió desconectarse mientras su madre detallaba lo que debía hacerse: investigadores, planes y tantas otras cosas que, en algún momento, dejó de prestar atención.

Cuando ella terminó, respondió, “Incluso si es la que le diste, fue un regalo, ¿verdad? Puede colgarla donde quiera. Dijiste que está asegurada.”

Esperó su respuesta y luchó contra el impulso de caminar de un lado a otro. Casi podía oír los

engranajes girando en la mente de su madre.

Después de la fiesta de aniversario, había esperado evitarla al menos durante seis meses. Pero aquí estaba, sin ser invitada. Un nudo de resentimiento se retorció en su estómago, sintiendo que ella le había robado su felicidad, reemplazándola con el amargo sabor de su familia disfuncional.

Su madre gritó: "¿Qué importa eso? Es una pieza de la historia de mi familia. A tu hermano y a ti solo les importa la herencia de su padre. Yo también tengo una herencia. Veo una vez más que a mis hijos no les importo. ¡Adiós, David! Cuando hables con tu hermano, dile que me llame o mejor aún, que venga a verme."

Carlos hizo una mueca, como si le hubieran dado un golpe.

A su madre le molestaba que él y Javy usaran sus segundos nombres. Para Carlos, había sido más por necesidad. Creció rodeado de docenas de Davids y le gustaba que su nombre fuera único. Su hermano tenía una conexión emocional más fuerte con su nombre, queriendo abrazar su herencia mexicana.

Sin embargo, para su madre, parecía un rechazo personal, aunque había sido ella quien los había rechazado primero.

Se rió de su propia broma autocrítica.

Las palabras de su madre resonaban en su mente. Tomó tres respiraciones profundas, cada exhalación intentando liberar los nudos que se formaban en su estómago.

Miró su teléfono. Tendría que encontrar a alguien para cubrir sus clases. No habría suficiente tiempo para que alguien cubriera la siguiente, pero pediría a Daniel que cubriera el resto.

Tenía que apoyar a su hermano. Levantó su teléfono y le escribió: "Hola, acabo de escuchar lo de La Flor. Puedo estar allí en dos horas."

Miró su teléfono y vio aparecer los tres puntos mientras Javy respondía: "Perdón, acabo de ver tu llamada. Ya llenamos el reporte policial y estamos limpiando. Entraron por la puerta lateral. Agradecería que vinieras."

Carlos respondió: "Estaré ahí pronto."

CARLOS

Más tarde

Carlos miró a su alrededor mientras la multitud que se había reunido se dispersaba. La gente se iba en pequeños grupos, intercambiando palabras tranquilas con Javy mientras los acompañaba hasta la puerta. Había llegado a La Flor esperando encontrarlo solo.

En cambio, el lugar estaba lleno de vida, con el zumbido de apoyo y comunidad llenando el ambiente.

Carlos se sentó en un rincón, tomando lentamente una bebida que Kris Andrews le había

entregado antes. El vaso se sentía frío en su mano mientras tomaba un sorbo, el mordisco agudo del tequila permaneciendo en su lengua.

Observaba la forma en que Javy interactuaba con la gente que lo rodeaba, sintiendo una mezcla de asombro y un toque de orgullo por la vida que su hermano había construido allí. La Flor no era solo un bar; era un lugar de conexión, un centro para la comunidad de Pilsen.

Escuchando fragmentos de conversaciones, Carlos sintonizó cuando Arturo Tejeda, el director de la comunidad de Pilsen, terminó de hablar con Javy en la barra. “Estamos organizando una vigilancia comunitaria, Javy. Te avisaré si alguien escucha algo. Estas cosas salen a la luz de una forma u otra.”

Javy asintió con agradecimiento. Su rostro mostraba cansancio, pero también gratitud. “Gracias, Arturo. De verdad agradezco la ayuda.”

“Cuando quieras, amigo,” respondió Arturo, dándole a Javy una firme palmada en la espalda antes de dirigirse a la salida. Le dio a Carlos un saludo amistoso mientras pasaba, y Carlos levantó su vaso en reconocimiento.

La puerta se cerró suavemente detrás de Arturo, dejando el bar más tranquilo ahora, la energía vibrante de la multitud disipándose en la quietud de la sala casi vacía.

Javy caminó detrás de la barra, agarrando un vaso de whisky. El sonido familiar del hielo resonó en el espacio mientras se servía una bebida. Por un momento,

Javy se quedó allí, mirando el líquido ámbar girando en su vaso, antes de finalmente dirigirse hacia donde Carlos estaba sentado.

Javy se deslizó en la silla frente a él, colocando su whisky sobre la mesa.

Los dos hermanos se sentaron en silencio por un momento, con los suaves sonidos del bar asentándose a su alrededor.

Carlos miró a su alrededor, sus ojos atraídos por el arte Wixarika que adornaba las paredes: obras vívidas e intrincadas que contaban historias de herencia, cultura y comunidad. Pensó en lo que Anastasia Leon había dicho sobre abrir su corazón, sobre la conexión.

Estudió el rostro de su hermano, las líneas de agotamiento y frustración apenas ocultas bajo su exterior tranquilo. Por primera vez, Carlos reconoció cuánto había estado cargando Javy solo.

“Sabes que no lo menciono lo suficiente, pero es increíble lo que has hecho aquí. Mucha gente te quiere.”

Javy negó con la cabeza. “No me quieren a mí. Pero estoy agradecido por el apoyo, y ya sabes, trato de ayudar lo más que puedo. Supongo que están devolviendo el favor.”

Carlos frunció el ceño; nunca había visto a su hermano como alguien modesto. Se preguntaba si tal vez Javy no veía el impacto que tenía en las personas a su alrededor. Pero no podía profundizar en eso ahora. Había venido a ver a su hermano por una razón.

“Mamá quiere que hables con su investigador y que proporciones información para la reclamación del seguro,” dijo Carlos tras un momento. Su voz era tranquila, pero cortó el

silencio del bar. “Quiere verte.”

Incluso mientras lo decía, Carlos se preguntaba por qué había escuchado a su madre. Era como un hábito. Aunque pensaba que no la necesitaba, aún anhelaba su aprobación.

Javy suspiró profundamente, tomando un trago de su whisky y sonriendo con disculpa antes de responder: “No estoy seguro de tener la energía para lidiar con mamá en este momento,” admitió.

Carlos asintió.

Javy se frotó los brazos lentamente, como si el acto de consolarse pudiera aliviar la presión. “Querrá explicarme todas las razones por las que debería haberme quedado en finanzas o culparme por la pintura robada.”

Su voz transmitía una fatiga que iba más allá de lo físico. Era emocional, un cansancio de años de tratar de cumplir con las expectativas de otros.

Carlos sintió una sacudida recorrer su cuerpo. Siempre había asumido que Javy lo tenía más fácil, que su hermano menor había navegado el descontento de sus padres con facilidad, tomándolo con calma.

Después de todo, pocas personas eran financieramente estables a los 25 años, y menos aún podían hacer lo que su hermano había logrado: crear un espacio en una comunidad y ganar su aceptación.

“Lo entiendo,” dijo Carlos, inclinándose un poco hacia adelante. Quería cerrar la brecha entre ellos, mostrarle a Javy que no estaba solo en esto. “Pero estaré contigo. No tienes que enfrentarla solo.”

Javy encontró su mirada, con gratitud en los ojos. “Sé que piensas que me llevo mejor con ellos que tú, pero simplemente espero menos de ellos. Cuando te fuiste a la universidad, yo me quedé aquí, y creo que me di cuenta hace mucho tiempo de que nuestros padres son... egoístas. Pero no he terminado de ser su hijo. No quiero renunciar a mi relación con ellos.”

Bajó la mirada a sus manos, el peso de sus emociones era palpable. “Nunca debí haber aceptado esa estúpida pintura.”

Carlos sintió un nudo en el estómago ante la confesión de Javy. Sus enfoques hacia sus padres eran tan diferentes, y aun así, ambos se sentían abrumados.

“No la querías. Te la dio, y ambos sabemos que venía con condiciones,” respondió. Quería ser honesto con Javy y tener una mejor relación con él, aunque lo resistiera.

Hizo una pausa, tomándose un momento para reunir sus propios sentimientos. “Creo que siempre he sentido celos de que te lleves mejor con mamá y papá que yo. Pero... lo principal es que quiero que nos llevemos bien. Eres mi hermano.”

Javy sonrió, un atisbo de travesura rompiendo la melancolía que lo envolvía antes. Puso su mano en el hombro de Carlos, su agarre firme y reconfortante.

“¿Estás bromeando? Eres mi hermano mayor. Te admiro. Estoy celoso de lo responsable que eres. Me alimentabas cuando éramos niños. Venías a mis juegos de béisbol. Eras mis padres. Te

quiero, hermano. Nos llevamos bien. Al menos eso creo. Mira, no puedo decir que no hubiera sido agradable tener una familia que nos abrazara o lo que sea, pero en el fondo, sé que todos nos queremos."

Carlos sintió una sensación de alivio que le recorría los hombros mientras las palabras de Javy resonaban en su mente. Había deseado escuchar esa afirmación, y llenaba un espacio que no se había dado cuenta que estaba vacío.

"Eres más optimista que yo respecto a nuestros padres," dijo, su voz suave pero firme. "No creo que ellos cambien. Pero quiero apoyarte. Solo tenemos que presentarnos, y al final, lo que ella diga no importa."

No pudo suprimir el amargor que se filtraba en su voz cuando pensaba en su madre, una amargura que había crecido a lo largo de los años y que dudaba alguna vez desapareciera.

Javy se encogió de hombros, y Carlos notó una ligereza en la actitud de su hermano cuando respondió: "Tal vez a ella le importe, pero ya no está, y eso no es culpa de nadie. Las cosas se roban. Pasa."

Javy hizo una pausa, parecía perdido en sus propios pensamientos antes de levantarse. "Está bien. Si vienes conmigo, iré a hablar con ella. Vamos a lidiar con mamá. Te aprecio, hermano. ¿Cómo está mi cuñada? ¿Tienes que decirle sobre nuestro viaje improvisado?"

Carlos asintió, una sonrisa asomando en su rostro al pensar en Alex. "Te aprecio. Sí, déjame enviarle un mensaje a Alex ahora."

Sacó su teléfono, sintiendo una oleada de calidez al pensar en ella. Los ojos de Javy se abrieron con sorpresa genuina cruzando sus rasgos.

Miró su teléfono y vio que Alex ya le había escrito: "Hola, acabo de escuchar lo de La Flor. ¿Estás bien? ¿Javy está bien?"

No pudo evitar sonreír, escribiendo rápidamente: "Javy se mantiene firme, pero parece afectado. Vamos camino a casa de mamá, así que puede que tenga que cancelar la cena."

Los puntos aparecieron, señalando su respuesta, y sintió una oleada de cariño mientras leía: "Puedes venir aquí después si necesitas hablar o simplemente ver una película. Sé lo estresante que puede ser tu mamá. Podemos sentarnos en silencio. Lo que sea."

Una ola de aprecio y amor lo invadió, calentándolo por dentro mientras respondía: "De acuerdo, aceptaré tu oferta. Podría ser tarde."

Su respuesta llegó al instante: "¡Genial! Dejaré mi llave de repuesto debajo del tapete. Puedes entrar cuando llegues."

Cuando levantó la vista, vio a Javy mirándolo con sospecha. "¿Cómo van las cosas con Alex?"

Carlos sintió que sus tensos hombros se relajaban. Sabía que Alex y Javy tenían su propia relación. Habían pasado tiempo juntos cuando él se fue a la universidad y luego a la escuela de posgrado.

Respondió. "Las cosas van bien," las palabras salieron antes de que pudiera procesar

completamente su peso.

Para distraerse a sí mismo y a Javy, preguntó: “¿Cómo van las cosas con Mari Ortega?”

Javy pareció sorprendido por el repentino cambio de enfoque. “¿Qué?”

Carlos se encogió de hombros. “La última vez que hablamos, tenías sentimientos encontrados, pero estabas intrigado. Me pregunto si ella es mi nueva cuñada.”

Javy se levantó de un salto, su expresión una mezcla de sorpresa y defensiva. “Terminamos, y no quiero hablar de eso.”

Carlos rió, sintiendo una oleada de alegría tanto por él como por su hermano. “Está bien, está bien. Vamos a casa de mamá,” dijo, el sabor agridulce de la tensión familiar permaneciendo, pero superado por la ligereza en su corazón.

Mientras se dirigían a la puerta, se sintió como un punto de inflexión entre ellos.

Tal vez podrían enfrentar a su familia juntos, más fuertes como hermanos, y navegar las complejidades de su relación con una renovada determinación.

ALEX

Alex dejó su teléfono sobre el mostrador. Había estado tan absorta en su obra de arte toda la mañana que el resultado de la pintura abstracta la sorprendió. Ya era temprano por la tarde cuando tomó un respiro y vio un mensaje de Tracy, quien le había contado sobre el robo en La Flor.

Mientras se dirigía a su sala de estar, pensó en la mamá de Carlos. Era una mujer que tardaba mucho en entrar en confianza.

Cada vez que Alex se encontraba con la madre de Carlos, sentía la necesidad de recordarle que ya se conocían y que realmente le caía bien.

Sabía que eso era difícil para Carlos. El amor en su hogar mientras crecía había sido una luz que la guiaba, y aunque su padre ya no estaba, todavía lo sentía.

Ella y Carlos siempre se habían apoyado mutuamente, pero Alex sabía que no podía compensar el amor que él no había recibido de sus padres.

No podía imaginar cómo sería no tener eso. A pesar de la enfermedad de su padre, su amor inquebrantable siempre la había hecho sentir segura y querida. Mientras preparaba una ensalada simple para la cena, Alex se tomó un momento para agradecer al universo por las pequeñas bendiciones que había recibido.

VEINTE

Abreme Tu Corazon

"Y HE AQUÍ MI SECRETO, UN SECRETO MUY SIMPLE: SOLO CON EL CORAZÓN SE PUEDE VER BIEN; LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS." — ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

CARLOS **& Javy**

Habían salido de la casa de su madre, y la visita había transcurrido exactamente como Carlos temía. Aparcó en el lugar habitual frente al apartamento de Javy. Suspirando, lanzó una mirada de soslayo.

La expresión usualmente despreocupada de Javy estaba cubierta por una sombra de tristeza que reflejaba el propio tumulto interno de Carlos.

"¿Estás bien?" preguntó Carlos, su voz cargada de preocupación mientras detenía el coche frente al apartamento de su hermano.

Javy asintió lentamente, con los ojos pesados, y respondió: "Sí, supongo. Solo... desearía que las cosas fueran diferentes con ella, ¿sabes? Sería bueno que no nos tratara..." Se quedó en silencio, dejando las palabras sin decir flotando en el aire.

Su madre había sido dura. Había revivido viejas discusiones, enfadada de nuevo por el hecho de que Javy tuviera un bar y molesta por haber colocado algo relacionado con su familia en él.

El corazón de Carlos dolía por su hermano. Su madre había contratado a su propio investigador y los había tratado con la misma indiferencia de siempre.

Había sido fría y regañado a Javy como a un niño, hasta que Carlos la había detenido, alejando a su hermano.

Era difícil de aceptar, por mucho que tuvieran experiencia en ello. Nunca tendrían una madre cálida que pusiera sus sentimientos en primer lugar.

"Lo sé," dijo suavemente, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de Javy.

"Lo siento por no haber visto cómo te trata. Pero voy a hacerlo mejor. Estoy aquí, nos apoyamos el uno al otro." Carlos quería dejar ir su resentimiento. Algo de esto le había mostrado que su hermano no lo tenía más fácil que él.

De hecho, su madre era más dura con Javy, y Carlos podía ver la presión bajo la que estaba,

manteniendo su buen humor incluso ante su ira.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Javy. "Vaya," dijo, con un toque de humor que rompía su cansancio.

"Modo hermano mayor: activado. No sé por qué pensarías que ella fue más fácil conmigo. Te fuiste cuando yo tenía catorce años. Tenemos los mismos padres. Siempre me trataron como a ti."

Javy respiró profundamente, el suave zumbido del motor rompiendo el silencio de la noche. Estaban sentados en el coche de Carlos, aparcado frente al apartamento de Javy.

La calle estaba tranquila, bañada por el tenue resplandor de las farolas que proyectaban largas sombras sobre la acera. El sonido ocasional de un coche distante o el murmullo de la vida nocturna de la ciudad llegaba a través de la ventana abierta, pero, por lo demás, reinaba una calma nocturna.

"Cuando te fuiste, pasé por muchas cosas," dijo Javy, su voz baja e introspectiva. Miraba por la ventana, el débil brillo de las luces de la ciudad reflejándose en su rostro.

"Pero mi viaje a México me ayudó. Descubrir sobre la tribu a la que pertenece papá... me ofreció una perspectiva diferente. Aprendí mucho sobre el perdón y la aceptación, supongo. Aprendí a entender de dónde venía cada uno, pero eso no lo hace más fácil, ¿sabes?"

Carlos apretó con fuerza el volante, el frío cuero bajo sus dedos lo mantenía anclado en la quietud de la noche. Sus nudillos se volvieron blancos mientras las palabras de Javy pesaban sobre él.

"Debí haberte escuchado," admitió, su voz densa de arrepentimiento. La luz tenue del interior del coche parpadeó brevemente, proyectando un suave resplandor sobre sus rostros.

"Cuando intentaste decírmelo. Lo haré mejor, Javy. Te lo prometo. Seré un mejor hermano para ti."

UNA SUAVE SONRISA apareció en los labios de Javy, la tensión en su expresión aliviándose un poco. Se recostó en el asiento, con la mirada fija en la calle oscura y silenciosa frente a ellos. El cielo era de un profundo azul marino, con solo unas pocas estrellas visibles a través de la tenue neblina de la ciudad.

"Gracias," murmuró Javy, su voz apenas por encima de un susurro, como si hablar demasiado fuerte rompiera la quietud. No miró a Carlos, pero la gratitud en sus palabras era inconfundible. "Por venir y decir eso."

El coche se sumergió en un silencio cómodo, el suave zumbido del motor siendo el único sonido que llenaba el espacio. Las farolas proyectaban largas sombras en el pavimento.

Carlos miró de reojo a su hermano, quien ahora miraba su teléfono, la luz de la pantalla iluminando su rostro en la oscuridad.

"Mari me está llamando," dijo Javy de repente, rompiendo el silencio. Hizo una pausa y luego

añadió con una pequeña sonrisa, casi incrédula, "Y creo que esta vez voy a contestar."

Carlos arqueó las cejas, sorprendido. "¿En serio? ¿Por qué?"

Javy se encogió de hombros, aún mirando su teléfono, su sonrisa persistiendo en la tenue luz. "Ella no se rinde conmigo," dijo en voz baja.

"Y con una mamá como la nuestra, creo que necesito aferrarme a alguien como ella."

Carlos frunció ligeramente el ceño, queriendo decir más, preguntarle si realmente estaba listo para abrirse a Mari, pero antes de que pudiera hacerlo,

Javy ya estaba enviándole un mensaje. Había algo diferente en la actitud de su hermano: tal vez la hora tardía, tal vez la vulnerabilidad del momento, pero Carlos podía sentir que Javy hablaba en serio.

Javy abrió la puerta del coche, el clic del pestillo sonando inusualmente fuerte en la quietud de la noche. El aire fresco de la tarde se coló, y él salió a la calle débilmente iluminada.

Se giró hacia Carlos, el suave resplandor de la farola proyectando largas sombras sobre su rostro. "Saluda a Alex de mi parte," dijo con una sonrisa, su voz más baja ahora. "Ella es parte de nuestra familia también."

Carlos asintió, una sonrisa asomando en sus labios al pensar en Alex. "Lo haré."

Cuando Javy cerró la puerta, el sonido resonó en la tranquila calle.

Carlos observó a su hermano subir los escalones hacia su apartamento, su silueta pequeña y solitaria bajo las tenues luces de la calle.

La noche se sintió más pesada, más silenciosa ahora, con el peso de su conversación flotando en el aire como un secreto que solo ellos dos compartían.

Una vez que Javy desapareció en el interior, Carlos tomó una respiración profunda, la quietud de la noche envolviéndolo como una manta.

Sus dedos aún apretaban el volante mientras se quedaba allí un momento más, el aire fresco que entraba por la ventana entreabierta enviándole un escalofrío por la espalda.

La hora avanzada lo presionaba, pero también lo hacía una sensación de paz, una comprensión de que algo había cambiado entre él y su hermano.

CARLOS Y ALEX

Mientras se dirigía a la casa de Alex, sintió que años de decepción parental no expresada descendían sobre él.

Estar cerca de su madre siempre le recordaba todas las veces que había anhelado amor y apoyo de sus padres. Sentía que la forma en que lo trataban tenía algo que ver con él.

Estaba agradecido de finalmente entender que los problemas de sus padres no tenían que ver con él, ni con Javy, sino con ellos mismos.

Sus padres estaban ensimismados; no eran malas personas, simplemente no eran del tipo que expresaría orgullo por sus hijos o brindaría consuelo.

Al subir el último escalón hasta la puerta de Alex, el aroma de canela y café recién hecho flotó hacia él, recibiéndolo como un cálido abrazo.

Antes de que pudiera tocar, la puerta se abrió de golpe, revelando a Alex, su rostro marcado por la preocupación. Sus ojos buscaban los suyos, captando la caída de sus hombros y las líneas de preocupación grabadas en su frente.

Un suspiro tembloroso escapó de Carlos, liberando el peso que cargaba. Cuando Alex lo atrajo hacia ella, la tensión en sus hombros se desvaneció. Su abrazo, un refugio familiar, lo calmó al instante.

Sus dedos amasaron suavemente los nudos en su espalda, enviando oleadas de relajación que lo envolvían. Su mano, como por voluntad propia, se alzó y acarició su cabello, una expresión silenciosa de gratitud y consuelo.

Su rostro, grabado con una emoción que ella reconoció como un dolor profundo, le rompió el corazón, una vulnerabilidad que rara vez se permitía mostrar.

Guiándolo hacia el sofá, ella se sentó a su lado, su cabeza reposando suavemente en su hombro. En la quietud silenciosa, trazó círculos reconfortantes en su brazo, los únicos sonidos eran el suave ritmo de su respiración y el latido constante de su propio corazón.

No había prisa por escuchar lo que había sucedido. Ella lo había visto todo en sus ojos cuando abrió la puerta, había sido su amiga el tiempo suficiente para conocer el impacto que su madre tenía en él.

"Mi madre estaba molesta por el robo de la pintura", comenzó Carlos, su voz cansada pero firme, interrumpiendo el silencio entre ellos.

"Dijo que era de su abuelo. No estoy seguro de si Javy lo sabía, pero contrató a investigadores y dijo que trataría de encontrarla. Nunca la había visto tratar a Javy de esa manera ni estar tan molesta por un objeto."

Alex inclinó la cabeza y dijo: "Eso suena muy... estresante. ¿Cómo lo tomó Javy? ¿Cómo estás tú?"

Carlos trató de no tomarlo como algo personal que ella preguntara por Javy primero, sintiéndose un poco abatido, deseando que solo se preocupara por él.

"Estaba herido", dijo sin mirarla directamente a los ojos. "Es la primera vez que lo veo afectado por las palabras de mi madre. Se quedó paralizado por ellas, así que los saqué a ambos de allí."

Alex acarició suavemente su pecho.

Sus ojos, centelleando con empatía y un atisbo de tristeza, se fijaron en los suyos. "Lo siento. Estoy muy agradecida de que estuvieras allí para apoyarlo y llevarlo a casa."

Lo sintió entonces, la culpa. Durante la última década, se había centrado únicamente en la escuela de posgrado—cinco años obteniendo su doctorado y luego su primer trabajo académico. Entre la enseñanza y la escritura, no había dedicado mucho tiempo a su hermano. Había querido escapar de su familia.

"Nunca lo he apoyado antes, lo traté como nuestros padres me trataron a mí, como a un extraño distante", admitió, el peso de la realización asentándose en su voz.

"He sido muy duro con él, celoso de él y de su relación con nuestros padres. Pero él también carga con su disfunción, al igual que yo. Necesito hacerlo mejor, por él y por mí mismo. No quiero convertirme en mis padres."

Los ecos del pasado, más fuertes que nunca, resonaron dentro de él. La carga de la conexión emocional, el miedo a alejar a Alex, el juicio injusto que había lanzado sobre su hermano, todo se arremolinaba en su mente.

Al ver su vulnerabilidad al descubierto, Alex sintió un cambio profundo entre ellos.

Era como entrar en un nuevo capítulo; una comprensión más profunda estaba creciendo entre ellos. Ser testigo de sus emociones crudas trajo una ternura a su corazón que no sabía que existía.

Podía ver la tensión en las líneas de su rostro, la forma en que sus manos descansaban lánguidamente en su regazo.

Con suavidad, Alex extendió la mano, frotando lentos círculos reconfortantes en su espalda. Su toque era firme, reconfortante, y él se inclinó hacia ella sin pensarlo.

Era un hombre que cargaba con la culpa instintivamente, que creía que la practicidad era un escudo. Siempre había sabido que su relación con Javy era tensa, pero nunca se había cuestionado cómo afectaba a Javy. Ahora, parecía pesarle más de lo que ella se había dado cuenta.

Sus miradas se encontraron, y sus rasgos se suavizaron con comprensión. "Él ocultaba bien su dolor, ustedes dos bromeaban entre sí", dijo suavemente.

"Hiciste lo mejor que pudiste, basado en lo que entendías entonces. Ahora puedes hacerlo mejor, con la claridad del presente. Me enseñaste hace mucho tiempo a perdonarme por mi ira. Todos cometemos errores."

Carlos miró hacia abajo a su mano en su espalda, la calidez de su toque aliviando la tensión que lo había mantenido atrapado durante tanto tiempo. No fueron exactamente sus palabras lo que lo calmó—era la sensación de tenerla cerca, la tranquila seguridad de su presencia.

Lentamente, la atrajo hacia un abrazo, rodeándola con sus brazos, aferrándose como si nunca quisiera soltarla.

Su cabeza descansó contra su pecho, y el ritmo constante de su respiración calmó la tormenta dentro de él.

"No sé por qué me sorprende", dijo en voz baja contra su cabello. "Nunca has juzgado las partes que intenté ocultar, siempre aceptándome por quien soy."

En el pasado, después de una interacción incómoda con su familia, veía algo o leía algo.

Intentaba desconectarse y distanciarse de sus propios sentimientos incómodos. Esta vez sabía que había un lugar al que volver. Una persona en quien confiaba con sus pensamientos complicados.

Ella apretó sus brazos alrededor de él, su abrazo hablando más fuerte que las palabras.

"Nunca me he sentido tan conectado con otro ser humano", murmuró. "Siempre has sido tú."

Alex no había anticipado la profundidad de su relación cuando se conocieron, pero ahora era innegable.

El miedo a la pérdida que reflejaba el suyo propio dentro de ella, y el feroz deseo de ser su constante, su ancla.

Ella asintió; su voz resuelta mientras decía: "Eres la magia que nunca supe que estaba esperando, Carlos. Cuando se trata de ti, me niego a estar limitada por la practicidad. Siempre estaré a tu lado. Siempre estaré en tu equipo."

Él se hundió más en el abrazo, el calor y la seguridad penetrando en sus huesos. Necesitaba esas palabras.

Necesitaba escuchar que ella lo amaría, sin importar cuán imperfecto fuera. El mundo a su alrededor se desvaneció, reemplazado por la sinfonía silenciosa de sus corazones latiendo.

Levantando una mano, acarició su mejilla, su pulgar trazando la curva familiar de su mandíbula.

"Te amo", susurró, su voz cargada de emoción.

"Completamente, irrevocablemente. Como amiga, como compañera, como un sueño hecho realidad. Eres la única magia que podría desear en el mundo."

La confesión quedó suspendida en el aire entre ellos, pesada y dulce. Sus ojos se llenaron de lágrimas, brillando en la suave luz. Lo dijo porque todo lo que sentía era grande y necesitaba ser expresado.

Una sonrisa, vacilante al principio, se extendió por sus labios, reflejando el calor en su pecho, mientras decía: "Te amo de la misma manera. Eres mío y yo soy tuya."

Él se inclinó, sus respiraciones mezclándose mientras sus labios se encontraban. El beso fue una exploración lenta, un caleidoscopio de emociones arremolinándose en él.

Era una promesa, un punto final a la declaración que acababan de hacerse el uno al otro.

Plenitud, un anhelo de más, miedo y la promesa de un futuro aún no escrito.

Con cada beso, descubría nuevas profundidades dentro de sí mismo, emociones que ni siquiera sabía que existían. Era un hombre de lógica, de razón, pero en sus brazos, su corazón tenía las riendas. Lo impulsaba hacia adelante.

Los sonidos de la ciudad resonaban a su alrededor, una sinfonía de autobuses, música y la vida nocturna de Pilsen. Era ruidosa, caótica y emocionante. Se convirtió en ruido de fondo mientras su beso se profundizaba.

Alex era su vida. No estaba seguro de cuándo había sucedido. Pero aquí estaba.

Ella se movió y se sentó a horcajadas sobre su regazo, sus manos sosteniendo su rostro mientras se inclinaba, presionando su cuerpo contra el de él.

El calor de su piel a través de la ropa encendió algo en él, una llama lenta que era a la vez estimulante y reconfortante. Sus caderas se movieron instintivamente, un suave gemido escapando de sus labios al sentirlo duro debajo de ella.

Las manos de Carlos encontraron su camino hacia su cintura, sus dedos hundiéndose suavemente en ella como para anclarse.

Su respiración se entrecortó mientras los labios de ella viajaban desde su boca hasta su mandíbula, provocándolo con besos ligeros por el costado de su cuello.

Sus sentimientos el uno por el otro necesitaban ser expresados físicamente.

Él inclinó la cabeza hacia atrás, dándole acceso, perdido en la sensación de sus labios contra su piel.

Susurró su nombre, su voz baja y áspera: "Alex..."

Su respuesta fue presionarse más cerca, la fricción de sus cuerpos construyendo una deliciosa tensión. Podía sentirlo a través de la ropa, el ritmo constante de su respiración igualando el acelerado latido de su corazón.

Sus besos se profundizaron, volviéndose más urgentes, más necesitados.

Ella pasó sus manos por su pecho, trazando las líneas de sus músculos a través de la camisa antes de levantarla, sus dedos recorriendo la piel desnuda debajo.

Carlos soltó un suave gemido mientras su toque enviaba ondas de electricidad a través de él. La atrajo más cerca, sus manos deslizándose debajo de su camisa, los dedos rozando la suave piel de su espalda.

Con ella, no necesitaba reprimir sus emociones ni ser un profesor serio o un hijo sin emociones para padres ensimismados. Los eventos del día, las conversaciones y las máscaras se derretían en la promesa del momento.

Podía ser un hombre, más primitivo e instintivo, y finalmente sentir el amor que nunca se había permitido experimentar plenamente.

Todo el amor en su corazón tenía una dirección, un enfoque. Podía darle todo su amor a ella, y en ese momento, eso era suficiente.

Se apartó, inhalando su aroma y grabando el momento en su mente, sus ojos profundizando en los de ella mientras murmuraba: "Alex, esta vez no quiero ser suave".

Al decir las palabras, vio su verdad. Había una necesidad de poseerla, y ese deseo no era suave.

Ella lo atrajo más cerca, susurrando contra sus labios: "No lo seas". Sintió sus manos recorrer su espalda y su cuerpo se fundió contra el de él.

La atrajo aún más cerca, sintiendo la necesidad de más. Se entendían tan bien. Sus cuerpos encajaban a la perfección. Su boca estaba hambrienta y frenética, llena de emoción que ella no podía creer que estuviera toda dirigida hacia ella.

Habían pasado de tener una conversación sobre sus padres a este momento y, sin embargo, todo tenía sentido. De repente, estaban en el suelo; sobre su alfombra, ella se dejó llevar, y el movimiento de sus cuerpos parecía coincidir con la naturaleza frenética de sus pensamientos de amor el uno por el otro.

Sus manos se movían sobre su cuerpo con reverencia, y todo lo que ella podía pensar era: amo tanto a esta persona. Esta es mi persona. Por favor, no me lo quiten.

No sabía a quién o a qué se lo pedía. Pero entendía lo rápido que la felicidad podía ser arrebatada.

Sin embargo, ese conocimiento solo intensificó su deseo de saborear este momento, de apreciar verdaderamente el regalo que le había sido dado. Todos los clichés en los que nunca había creído, aquellos en los que no podía creer, se sentían reales.

Él se sentía fuera de control con la necesidad de estar en su cuerpo. Los sonidos que Alex hacía y su estímulo lo estaban volviendo loco con la necesidad de reclamarla como suya, de poseerla completamente.

Sus manos le quitaban la ropa. Su boca trazaba un camino familiar por su cuerpo, dejando besos y mordiéndola suavemente. Queriendo dejar su marca en cada lugar que sus labios tocaban.

Él separó sus muslos, revelando sus brillantes pliegues, observándola antes de susurrar contra su piel: "Estuve soñando con esto antes. Tan pronto como te dejé, quise saborearte de nuevo."

Miró hacia arriba y ella lo miraba fijamente. Simplemente lo miraba. Sus ojos avellana, amplios y tan hermosos. Vio su amor por él en sus ojos y su corazón comenzó a latir con fuerza. Humedeció sus labios, su erección presionando contra la cremallera de sus pantalones.

Con sus pulgares, la abrió, revelando la carne rosada que ahora conocía tan bien, húmeda y dulce. Se sintió endurecer aún más mientras colocaba sus labios sobre su clítoris. Lo rodeó lentamente y luego lo succionó con avidez mientras una mano bajaba hacia su cadera. Amaba el sabor y la textura de ella porque era suya.

"¡Dios!" gritó Alex, moviendo la cabeza de un lado a otro, perdida en el placer que él le daba.

"Déjate llevar, te atraparé. Eres mía," susurró antes de que su boca volviera a succionar suavemente. Ella gimió al sentir sus dedos llenándola, acariciándola por dentro, moviéndose en ella con movimientos lentos y dulces.

Segundos después, gritó su nombre, estremeciéndose, retorciéndose mientras Carlos seguía lamiendo, sintiendo cómo su orgasmo la atravesaba, ralentizando las caricias mientras ella llegaba al clímax.

Él se quitó la ropa rápidamente y le separó las piernas aún más. Era todo músculo, poder y piel dorada, mientras presionaba su erección contra sus frágiles pliegues. Se abrió camino dentro de ella, la punta desapareciendo y luego reapareciendo.

Entró más profundo con cada movimiento, retrocediendo para ver cómo su humedad lo cubría.

Finalmente estaban juntos de nuevo, una sola unidad. Sus caderas se sacudieron, penetrándola completamente mientras luchaba contra el placer ondulante que iba desde su centro hasta su corazón.

"Te amo. Eres mi hogar", gimió mientras se movía con largas y lentas embestidas. Perdida en la pasión, Alex mantenía su rostro enterrado en su cuello, besando su piel sudorosa cada vez que él llegaba al fondo de ella.

Pronto ella gemía bajo él, moviéndose con él, tomándolo dentro de sí. No eran silenciosos. Eran ruidosos, susurrando promesas y haciéndose demandas mutuas.

Sus respiraciones comenzaron a acelerarse mientras él aumentaba gradualmente el ritmo de sus movimientos.

Pronto sus manos sujetaron la parte baja de su espalda y empujaron al compás de las embestidas de sus caderas para mantenerla moviéndose sobre él.

Ella lo atrajo más cerca, envolviendo su cuerpo alrededor de él, y él perdió el control, embistiéndola con fuerza. Sus caderas se arquearon. Sintió cómo ella se apretaba alrededor de él.

Ella susurró contra su cuello: "Te amo tanto. Soy tuya". Se unieron con una necesidad desesperada, una intensidad por reclamarse mutuamente. Para saber que estaban seguros. Eran una sola unidad, un hogar, listos para enfrentar juntos los desafíos de sus mundos. Un equipo.

Él sintió su estrecho canal palpitar, apretarse y luego explotar a su alrededor. El clímax la atravesó de nuevo, una oleada de placer que la absorbió profundamente.

Abrumada por la intensidad, se dejó llevar a donde fuera. Gritando su nombre, sus brazos apretados alrededor de él, sus duros pezones quemando su pecho. Ella llegó al clímax en sus brazos.

No fue suficiente; él quería más. Jadeó su nombre, presionó sus labios contra su cuello y susurró:

"Quiero que vuelvas a venir, mi amor. ¿Puedes hacer eso por mí?" Su respiración entrecortada, agarró sus caderas y las levantó de nuevo. Su piel estaba húmeda en la tenue luz, mientras la volteaba sobre él.

La bajó sobre sí mismo y la levantó del suelo. Observó cómo el placer se apoderaba de su rostro, sus manos subiendo para cubrir sus pechos.

Ella comenzó a moverse. Su cuerpo encontró su ritmo, tomando el control.

Arquió su espalda y se condujo hacia el placer, sintiendo la necesidad de reclamarlo como él la había reclamado a ella.

El mundo era de repente nuevo, audaz y pintado en tonos brillantes. Ella se perdió en el placer; cuando llegó el clímax, se derritió sobre él.

Permanecieron tendidos en el suelo, presionados el uno contra el otro, sobre la alfombra turquesa de su sala, recuperando el aliento.

Después de algún tiempo, él la levantó y la llevó al dormitorio.

Carlos los acomodó a ambos, su rostro presionado contra su hombro; ella trazaba perezosos patrones en su pecho.

Él la atrajo más cerca, y cerraron los ojos y descansaron.

VEINTIUNO

Demasiados Sentimientos

"AMAR ES TAN ASOMBROSO QUE DEJA POCO TIEMPO PARA CUALQUIER OTRA COSA."
— EMILY DICKINSON

ALEX **& Michael**

El insistente zumbido de su teléfono a las 10:30 a.m. despertó a Alex de golpe. Desorientada, apenas recordaba haberse quedado dormida sobre Carlos. Un suspiro escapó de sus labios mientras se estiraba, recordando cómo él la había llevado hasta allí.

La luz del sol de media mañana filtrándose por la ventana le arrancó una sonrisa. Ya no tenía las estrictas rutinas de su antiguo trabajo, reemplazadas por el ritmo desconocido pero liberador del trabajo por cuenta propia.

Pero a medida que su mente se despejaba, una arruga de preocupación apareció en su frente. El persistente zumbido de su teléfono rompió el silencio.

Miró la pantalla, un número desconocido parpadeaba en el display. Carlos ya se había ido. Era un día entre semana, y debía estar enseñando.

Vestida con su ropa de pintar, se dirigió a la cocina, una taza de café humeante siendo su prioridad. En el mostrador, una nota de Carlos acompañaba un tentador muffin: "Come algo antes de empezar a pintar. No quería despertarte. Clase a las 7 am hoy. Te llamo en mi descanso. Te amo."

Sostuvo la nota contra su pecho. Había estado preocupada por nada. Le había dejado una nota. La amaba. Ella lo amaba. Rió ante sus propias emociones turbulentas.

El amor no era para los débiles. Cerró los ojos, lo imaginó enseñando en la Universidad de Chicago, y su corazón se llenó de amor cuando escuchó que su teléfono volvía a sonar.

Corrió hacia su dormitorio, con el corazón palpitando de amor. Miró la pantalla, con sorpresa y resignación en su rostro.

Era Michael, su exnovio, y la razón por la que ella y Carlos estaban juntos. Escuchó el tercer timbre y sonrió. Bueno, tal vez no exactamente la razón.

Respondió, y antes de que pudiera decir algo... lo escuchó decir: "Hola."

La voz de Michael crujió con su habitual firmeza, tirándola instantáneamente de sus pensamientos sobre Carlos.

Sonrió, recordando por qué se había sentido atraída por él en primer lugar: su confianza inquebrantable, un marcado contraste con la duda que la invadió tras la muerte de su padre. Pero ahora, esa misma energía que alguna vez encontró extrañamente reconfortante se sentía como una constante corriente de ansiedad.

"Hola," respondió con cautela.

Sabía que le debía esta conversación a Michael, pero su lengua se sentía trabada. Nunca habían sido buenos para analizar los problemas; más bien, solían ignorar el mal humor del otro.

Cuando conoció a Michael, había deseado una relación sencilla, y eso fue lo que tuvieron: una rutina cómoda, actividades compartidas y un afecto superficial. No era pasión, pero tampoco era malo.

Se había preocupado por él, de alguna manera, pero no muy profundamente. Eran compañeros de actividades. Mirando atrás, todo parecía como el resto de su vida había sido, insensible, en algún lugar entre lo seguro y lo aburrido.

Colocó su teléfono en altavoz y lo dejó sobre la cama, preguntándose a dónde llevaría esta conversación.

“Alex," comenzó Michael, su voz áspera con una vulnerabilidad que no había escuchado en mucho tiempo. "Esto... todo lo nuestro... sigue molestándome. La forma en que terminó, se siente inconcluso, la regué porque..."

Michael inhaló; había esperado semanas para llamar a Alex. La forma en que habían terminado lo había inquietado. Había muchas cosas que lo inquietaban. Su hermano había sido diagnosticado con diabetes tipo 1, y sentía cómo ella se distanciaba. Quería que esa cena fuera especial. Quería hacerla feliz y que se sintiera más segura. En lugar de eso, explotó. Le dijo que le había sido infiel, aunque eso no era exactamente cierto. Había sido cruel de una manera que no era propia de él.

Cuando ella rompió con él, se sorprendió. No es que no estuviera de acuerdo en que no debían estar juntos. Más bien, le gustaba Alex, siempre le había gustado pasar tiempo con ella. Y a medida que pasaban los días, se dio cuenta de que la extrañaba. Todo el incidente lo había motivado a ver a un terapeuta, quien le había recomendado llamarla.

Su relación había sido algo fácil en su vida. Todavía en estado de shock, Alex asintió con la cabeza hacia su teléfono mientras respondía, "Está bien. Sé que no fue el mejor momento para ninguno de los dos. Creo que los dos simplemente... éramos infelices."

Él respondió con nostalgia y dijo, "Sí, yo... el trabajo es estresante. Estaba... abrumado tratando de hacer algo bueno... y tú hablabas de tus sentimientos. Eso me hizo sentir incómodo conmigo mismo... y no sé por qué lo hice. Pero tú y yo... estábamos bien... y no quiero sentir que ahora me odias."

Cada palabra que decía era espontánea, y para alguien que pasaba horas pensando en publicaciones para redes sociales, era un momento aterrador, pero de alguna manera, también se

sentía más libre que nunca.

Ella absorbió sus palabras apresuradas. Su respuesta salió del corazón. "Te escucho. Mi trabajo también era estresante, y contribuyó a la explosión, lo admito. Simplemente... no éramos la pareja perfecta."

Estaba agradecida con Michael y con esa noche. Le había mostrado quién era y qué necesitaba cambiar.

Michael pensó en qué decir a continuación. Todo se sentía final y un poco triste. Alex probablemente había sido la primera mujer con la que había salido que también consideraba una amiga. Recordaba los lugares a los que habían ido, las publicaciones en Instagram y los seguidores que ella lo había ayudado a ganar. Más importante aún, recordaba lo real que se sentía para él.

"Pero nos divertimos, ¿verdad?", preguntó, su voz cargada de emoción contenida, "Mientras estábamos juntos," insistió, buscando confirmación con un tono esperanzador, "¿Nos divertimos?"

Ella sonrió al notar la inseguridad en su tono y respondió con sinceridad, "Nos divertimos mucho."

El mundo de fotos y poses de Michael había sido un gran lugar para esconderse. A ella le había encantado hasta que, un día, ya no fue suficiente, y eso no era culpa de él.

Él carraspeó y dijo lentamente, con cuidado, "Ya no estoy viendo a Sarah, por cierto." Tomó aire y continuó: "Eso fue... no sé. Una reacción... y solo comenzó después de que rompimos."

Intentó ser honesto, se obligó a explicarlo a pesar de que era claro que ella no quería escuchar los detalles.

Sentía que había algo mal en su necesidad de atención, pero no sabía por qué la necesitaba o de quién.

Ella miró su teléfono, reflexionando sobre su relación con Michael, cómo sus cuentas de redes sociales la habían molestado. Pensó en cómo él la había engañado con Sarah.

Nada de eso realmente importaba ya. No ahora. Tener esta conversación con Michael era extraño. No sentía la comodidad y facilidad que sentía cuando le contaba a Carlos cómo se sentía, y sin embargo, quería ser honesta con él. Para ella, quería tener una conversación madura porque esa era la persona que era.

Alex respondió con torpeza pero con honestidad: "Sabes, siempre admiré que tuvieras algo más que hacías y que te encantaba. Eres un buen influencer de restaurantes. Creo que siempre miraré tus publicaciones para descubrir los lugares cool a los que ir. También creo que amas tu trabajo. Lo de Sarah... está bien. Creo que no estábamos exactamente rompiendo las sábanas, así que... me hacía sentido que quisieras a alguien más. Que quisieras más. Deberías tener más."

Él rió y murmuró: "No más... no sé."

Se detuvo a sí mismo. Sintió el cambio en las emociones de ella y respetó que no quisiera reparar la relación. “Gracias por ser amable, Alex... Espero que podamos... no sé. No quiero que las

cosas se pongan raras cuando nos encontremos."

Ella negó con la cabeza, pensando en lo poco probable que era eso ahora. "No lo estarán. Escucha, necesito irme."

"Lo entiendo. Sé que estás en el trabajo," dijo él, su tono lento y sincero.

Ella rió y dijo con nostalgia: "De hecho, no estoy en el trabajo. Estoy pintando de nuevo, y supongo que tratando de averiguar cómo ganarme la vida con ello."

El tono de Michael cambió y se alivianó. Ella se dio cuenta de que él había vuelto a ser la persona que había conocido al principio, y recordó por qué había disfrutado de su compañía en el pasado. De repente, él era confiado.

Lleno de ideas. Su ritmo rápido ahora casi como una canción mientras decía: "Oye, eso es algo con lo que te puedo ayudar."

Pensó en lo que sabía y en quién conocía en el mundo de la venta de arte en línea.

Las palabras fluyeron de él. La verdad era que sentía que le debía algo a Alex; ella siempre había estado en sus publicaciones y le permitió hacer pública su relación de una manera que sabía que a ella nunca le había gustado. Se sintió mejor al saber que su experiencia podía ayudarla.

Para su sorpresa, pasó la siguiente media hora hablando con Michael sobre cómo vender arte en línea y las diferentes personas que él conocía que hacían ese tipo de cosas.

Cuando terminó la llamada, se preguntó si tal vez Michael estaba destinado a ser un amigo.

O tal vez él solo la estaba ayudando ahora. Fuera lo que fuese, estaba agradecida de que no hubiera malos sentimientos entre ellos y que pudiera enfocarse en su nueva vida. Al finalizar la llamada, miró los contactos que él le había dado en su aplicación de notas y entró a su estudio.

Ahora había un poco más de dirección en su camino artístico. Sería una nueva aventura crear un sitio web y comenzar una presencia en redes sociales, pero podría ser divertido. Los pensamientos sobre Carlos llegaron abruptamente mientras miraba su lienzo.

Dejó atrás la conversación con Michael y entró en su realidad actual. Su amor por Carlos. Mientras movía el pincel sobre el lienzo, trató de dejar que su cuerpo se moviera de forma natural, transmitiendo lo que sentía en su corazón.

Tal vez todo estaba sucediendo como debía.

Tal vez eso es lo que pasa cuando sigues a tu corazón.

ARLOS **& Alex**

Carlos hizo una mueca mientras leía un trabajo estudiantil que parecía haber sido escrito por una IA. Cuando se preguntó cómo lo sabía, sonrió. Llevaba diez años enseñando, así que debería ser capaz de reconocer cuando algo parecía un poco extraño.

Se sintió mejor sobre su intuición cuando lo pasó por el software de Turnitin, que lo identificó como un 88% escrito por IA. Suspiró mientras miraba su reloj. Eran las 6 p.m., y todavía tenía un montón de trabajos por corregir. Normalmente, este era el momento en que se iría a una cafetería a trabajar; era la temporada de exámenes parciales, lo que marcaba su época más ocupada. Sin embargo, pensar en Alex en su apartamento lo hacía sentir conflictuado.

Durante años, el mundo de Carlos había estado lleno de colegas académicos, sus vidas una danza predecible de horarios compartidos y debates intelectuales. Alex, sin embargo, era diferente. Siempre habían sido amigos, pero como amigos, no tenían expectativas.

Esta era la parte de las relaciones románticas que siempre lo confundía. ¿Cómo podía hacer lo que necesitaba hacer y, al mismo tiempo, ser un buen compañero?

No podía decidir qué decirle a Alex, y de repente, en un destello de intuición, se dio cuenta de que podía preguntarle qué pensaba ella. No estaba solo en su relación. Estaba enamorado de alguien en quien confiaba. Era hora de ir en contra de sus instintos y simplemente preguntarle si estaba bien que él se dedicara a corregir.

Levantó su teléfono y esperó mientras sonaba, sonriendo al escuchar su voz decir, “Justo estaba pensando en ti.” La combinación de su voz y sus propios deseos hacía que querer trabajar fuera un desafío.

La combinación de sus palabras y su propia necesidad de verla hacía que concentrarse en el trabajo fuera aún más difícil. Respondió con tono juguetón: "Siempre estás pensando en mí."

Alex acababa de terminar de pintar, y sabía que su obra reflejaba sus sentimientos hacia Carlos y su relación. Pero se sentía demasiado tímida para mencionarlo en medio de una conversación coqueta y ligera.

Mientras miraba su estudio, de repente se dio cuenta de que tenía hambre. Ahora que había vuelto a pintar, parecía no tener una noción real del tiempo. Se rió de su hambre y de las bromas de Carlos y respondió: “Quizá.”

Él podía escuchar los ruidos de fondo en su apartamento, con Vivaldi sonando suavemente. Si cerraba los ojos, podía imaginarse su cálido y vibrante hogar.

Mientras encendía las luces de su cocina, Alex escaneó el refrigerador buscando algo de comer, pero lo encontró vacío. Eso tenía sentido, no podía recordar la última vez que había hecho la compra. Todo parecía competir con su pintura estos días.

Sonrió mientras tomaba una manzana de aspecto escéptico. De alguna manera, no tener estructura era satisfactorio. Carlos miró el cielo oscuro de finales de otoño, sintiéndose ligeramente culpable e inseguro. “Estoy atrapado en el infierno de las correcciones, y necesito…” Hizo una pausa. “Sé que dije que iría a verte, pero me siento abrumado,” explicó, sus hombros hundiéndose por el cansancio.

Se preparó para lo que ella diría. En el pasado, sus parejas habrían hecho pucheros o se habrían molestado, sin entender que él tenía que trabajar en momentos inusuales o que corregir era una gran parte de lo que hacía, y que tenía que encontrar tiempo para ello.

Carlos se sorprendió cuando ella rió, su voz cálida al decir: "Corrige. Lo entiendo. Podemos

ponernos al día cuando las cosas se sientan más manejables."

Alex estaba en medio de la habitación, tratando de decidir qué podía comer. Estaba triste de que Carlos tuviera que corregir, pero esto había ocurrido más de una vez cuando eran amigos, y entendía que su trabajo tenía una temporada ocupada.

Esperando su respuesta, se preguntaba si debería pedir algo para cenar.

"Pero quiero verte," admitió Carlos, con un toque de vulnerabilidad en su voz. Nunca había admitido, ni sentido, la necesidad de ver a alguien cuando tenía trabajo que hacer.

Sus necesidades eran confusas. En cuanto Alex no le puso presión, él deseó que lo hiciera.

Suspiró y continuó: "Solo sé que me distraería si te viera."

Miró los 30 trabajos que aún necesitaba corregir y se preguntó si debería ir a una cafetería y comer algo.

Alex respondió: "Lo entiendo. Yo siento lo mismo. Creo que es porque esto es tan nuevo. No será tan intenso todo el tiempo más adelante... pero incluso si lo es, lo resolveremos. Tienes que corregir, así que hazlo. Yo estaré aquí. Siempre puedes venir más tarde si te apetece, sin importar la hora."

Sintió una sonrisa tan fuerte que le dolían las mejillas. No era que pensara que podría ir a verla, era la opción de poder hacerlo, algo en eso le hacía sentir bien.

Y aun así... se sentía conflictuado. Por un lado, ella decía exactamente lo que quería escuchar, pero ¿por qué eso no lo hacía sentir mejor? La escuchó moverse y decidió insistir en el tema.

Preguntó: "¿De verdad, y si es medianoche?"

Sin pensarlo, empezó a empacar su bolso. Sintió alivio al darse cuenta de que podía concentrarse en completar sus tareas de trabajo.

Escuchó la sonrisa en su voz cuando ella respondió: "Incluso si es la una de la mañana. Tienes mi llave de repuesto. Simplemente entra."

Comenzó a caminar hacia afuera. "Está bien. Gracias, voy a la cafetería de la esquina a ver si el cambio de ambiente ayuda."

"Te mando todas las buenas vibras mientras como un yogur con fruta," dijo, mientras cortaba su manzana. Pensando en su propio cansancio y en la necesidad de fotografiar su trabajo.

Quería ver videos y aprender cómo montar un sitio web para artistas.

Carlos caminó la corta distancia hasta la cafetería y se detuvo afuera, mirando el cielo. "Eres bastante genial. ¿Te lo he dicho antes, Alex Santana?"

Ella tomó un bocado de su yogur con manzana. Estas cosas no eran buenas. Pediría comida china.

"Lo has dicho, por eso me gustas tanto. ¡Ahora ponte a corregir!"

Alex sonrió para sí misma. Entre las conversaciones con Michael y todo lo que estaba pasando

en su vida, no le molestaba tener la noche para ella sola.

Tantas cosas habían cambiado recientemente, y de alguna manera, sería bueno aprovechar la tarde para ponerse al día. Tal vez llamar a su tía. ¿Qué hora sería en Ámsterdam?

Alex buscó en línea y frunció el ceño: eran las 3 a.m. en Ámsterdam, no el mejor momento para llamar a su tía Sophia.

Carlos rió, sacándola de sus pensamientos, y dijo, "¡Está bien, adiós!"

Cuando Carlos colgó, se preguntó por qué Alex lo había dejado ir tan fácilmente. En su experiencia, las mujeres querían pasar cada minuto juntos, pero con Alex siempre había sido así. ¿Será que ya se estaba cansando de él?

Sus pensamientos daban vueltas antes de que se obligara a enfocarse nuevamente en la tarea que tenía. Necesitaba corregir.

CARLOS

Carlos hundió los dientes en un muffin, el cálido sabor de la masa distrayéndolo momentáneamente de la montaña de papeles frente a él. El reloj marcó las once de la noche, y al mirar hacia arriba, notó al personal de la cafetería limpiando a su alrededor, señalando la hora de cierre.

El cansancio se filtraba en sus huesos, los ensayos repetitivos volviendo su cerebro una masa informe. Debería simplemente conducir a casa, pero una preocupación persistente lo seguía molestando. ¿Y si Alex, a pesar de sus palabras tranquilizadoras, se molestaba?

La verdad era que los últimos días habían sido implacables, desde el robo en el bar de su hermano, hasta su discusión con su madre y las responsabilidades de su trabajo como docente. Quería ver a Alex, pero también quería ir a casa. Su cuerpo estaba físicamente agotado, y su casa quedaba más cerca.

Siguiendo su instinto, condujo hacia su hogar, y antes de que pudiera convencerse de lo contrario, le envió un mensaje: “Hola. Estoy tan cansado que me duele el cerebro. Te llamo en la mañana.”

Puso su teléfono a cargar y se fue a dormir.

A la mañana siguiente, la luz del sol se filtraba por sus persianas mientras Carlos se estiraba, sintiéndose renovado por primera vez en días.

Cogió su teléfono y revisó si Alex había respondido, preparándose. El teléfono sonó varias veces, pero ella no contestó. Una creciente sensación de pánico se agitó en su pecho mientras se dirigía a la ducha. ¿Seguramente todo estaba bien… no?

Sus relaciones pasadas, marcadas por la falta de comunicación y el tratamiento de silencio, lo habían dejado inseguro y desconfiado. Intentó calmarse, pero la ansiedad burbujeaba bajo la superficie.

Mientras seguía con su día, dando clases y asistiendo a reuniones, su mente seguía regresando a Alex. Su hermano lo llamó con una actualización sobre el robo, pero Carlos no podía deshacerse de la sensación de inquietud. Para las cinco de la tarde, esa preocupación se había solidificado en un nudo en su estómago.

Carlos tomó el teléfono y marcó su número. Sus dedos se detuvieron sobre la pantalla, preparándose para lo que fuera que viniera.

En el tercer tono, ella contestó, su voz cálida y ligera. "¡Hola! ¿Cómo te va?"

La tensión desapareció de sus hombros al escuchar su tono familiar, aunque aún sentía una punzada de incertidumbre.

Decidió ser honesto. "Estoy bien, pero me preocupé un poco cuando no contestaste mi llamada esta mañana. Y, bueno... ignoraste mi mensaje."

Contuvo la respiración, esperando su respuesta.

"¡Oh! Lo siento mucho, C," dijo Alex, sonando genuinamente sorprendida. "Estaba catalogando mis pinturas y debí haberlo perdido. Es extraño, ni siquiera aparece en mi registro de llamadas. Y sobre el mensaje, recibí un montón de textos de Michael ayer, y supongo que el tuyo se perdió entre ellos."

Carlos se congeló al escuchar el nombre de Michael, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza en su pecho. "Espera... ¿Michael?" preguntó, intentando mantener su voz firme, aunque un pequeño nudo de celos apretaba su pecho.

Ella percibió su duda y rápidamente explicó: "Sí, hablamos ayer. Me llamó para cerrar asuntos y me dio algunas ideas sobre cómo vender mi arte en línea. Ha sido útil, pero nada más que eso, te lo prometo."

Carlos sintió una oleada de alivio, la tensión desapareciendo. Está bien, eso tiene sentido, razonó, aunque el leve escozor de los celos persistía.

"Eso es genial," respondió, tomando una respiración profunda. "Me alegra que estés recibiendo consejos sobre tu arte. Es solo que... dejé que mi imaginación se descontrolarla." Rió, sintiéndose un poco tonto por haber dudado de ella.

La voz de Alex se animó. "He estado trabajando en la parte técnica, y todo está empezando a tomar forma. ¡Estoy emocionada! Lamento si te preocupé."

Carlos asintió, aunque ella no podía verlo, sintiendo su tranquilidad en la estabilidad de su respiración.

Miró por la ventana de su oficina, observando cómo las últimas hojas caían del árbol afuera, cubriendo el suelo con tonos otoñales.

El sol se hundía bajo el horizonte, proyectando largas sombras sobre el campus.

"Estoy planeando pasar mañana. Es viernes, y podemos hablar sobre cómo hacer que esto de las personas ocupadas funcione en una relación," dijo Carlos, sintiendo un oleada de cariño por ella. Siempre sabía cómo hacerlo sentir conectado con lo que realmente importaba.

Alex rió suavemente, su voz teñida de emoción y cansancio. "Me encantaría.

He estado organizando mi horario ahora que no tengo horas fijas de trabajo, y honestamente, ha sido un reto. Estoy aprendiendo a ponerme límites, incluso conmigo misma."

Carlos sonrió, imaginándola en su estudio, completamente absorbida en su trabajo.

"Lo entiendo. La vida académica es igual. Tienes que descubrir cómo mantenerte cuerdo con horarios flexibles. Solo me alegra que estemos hablando de esto. Me estaba volviendo loco pensando que podías estar molesta."

Su voz se suavizó, "Te prometo que te lo diría si estuviera molesta. Y con respecto a tu horario de trabajo, ya estoy demasiado familiarizada con él como para que me moleste. Hemos sido amigos por mucho tiempo, recuerda, y lo resolveremos juntos."

Tomó una respiración profunda, sintiendo una sensación de seguridad que no había sabido que necesitaba. Ella no solo decía las cosas correctas, sino que realmente lo entendía.

Carlos miró su escritorio y la foto enmarcada de los dos que había traído hoy. Sus dedos rozaron la superficie lisa, y una sensación de calma lo envolvió. Mi corazón está seguro con ella.

"¿Está bien si te mando un mensaje antes de dormir, solo para saludar?" preguntó, sintiéndose más ligero que durante todo el día.

"Por supuesto," respondió ella con calidez. "Incluso si no lo haces, no me voy a molestar. Confío en ti, Carlos. No me voy a ir a ningún lado."

Sus palabras asentaron algo profundo dentro de él. "Genial. Entonces hablamos mañana."

Colgó, con una sonrisa asomando en sus labios. Miró por la ventana, observando cómo la noche se asentaba sobre el campus.

Esta relación era diferente, algo que se sentía más estable, más real que cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Se dio cuenta de que, aunque confiaba en ella, eso no borraba sus propias inseguridades.

Tendría que hablar con ella sobre lo que estaba pasando dentro de él.

Le tomaría tiempo dejar de dudar, de dejar de temer lo peor. Pero con Alex, sentía que podría llegar ahí. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que su corazón realmente estaba a salvo.

VEINTIDÓS

Mucho ruido y pocas nueces

VARIOS MESES DESPUÉS

CARLOS

La anticipación y el temor retorcían el estómago de Carlos mientras conducía hacia la casa de Alex. Sus manos se apretaban sobre el volante, la tensión extendiéndose por su cuerpo. Quería ver a Alex, tocar su cabello oscuro, mirar sus ojos. Había un anhelo físico que deseaba satisfacer.

Pero sabía que necesitaban hablar sobre su relación. Esta constante renegociación de sus límites, este territorio inexplorado, estaba redefiniendo su idea de lo que una relación de pareja podía ser. Aunque aún le resultaba confuso.

Al aparcar frente a la familiar casa de ella, el peso de sus pensamientos lo presionaba. Tomó una respiración profunda y tocó el timbre.

Ella abrió la puerta vestida con un overol salpicado de pintura y una camiseta blanca, sonriendo al verlo. Sin decir palabra, lo abrazó, y él instantáneamente sintió cómo la tensión en su cuerpo se suavizaba.

"Pareces estresado. Pasa", dijo Alex con una suave sonrisa, su tono impregnado de preocupación.

Lo condujo al interior, y la familiar calidez de su sala lo envolvió. Colores vibrantes llenaban su casa, con materiales de arte esparcidos y una pintura en la que había estado trabajando apoyada contra la pared del fondo.

"¿Te gustaría un té? Acabo de preparar una tetera fresca", ofreció, girando hacia la cocina.

Carlos asintió, agradecido por ese pequeño gesto de cuidado. "Claro, suena bien", respondió.

Mientras esperaba, dejó que sus ojos recorrieran la habitación.

Las fotos en su pared captaron su atención, como siempre lo hacían: fotos familiares de Alex y sus padres, su tía Sophia, momentos de su infancia, rostros sonrientes congelados en el tiempo.

Las había visto antes, pero hoy le parecían más conmovedoras. En su imaginación, veía sus propias fotos uniéndose al collage, fusionando sus vidas.

Se imaginó sus recuerdos sumándose a los de ella, fotos de vacaciones, fiestas, un futuro donde

su historia se desarrollaba junto al pasado.

Sabía que se mudaría allí con ella. Ya entendía que ella necesitaba este lugar.

Alquilaría su casa y construirían su hogar allí.

Estos pensamientos deberían aterrorizarlo y, en cambio, lo anclaban, preparándolo para lo que estaba a punto de decir.

Ella regresó con dos tazas de té, el tenue sonido de música en español sonando suavemente de fondo.

Tomó la taza, envolviendo sus manos alrededor de ella, tratando de conectarse con el calor.

Mientras se sentaban en el sofá, el lugar donde tantas de sus profundas conversaciones habían tenido lugar, Carlos sintió un nudo de incertidumbre apretándose en su pecho.

¿Cuántas veces habían hablado sobre la vida aquí? Sobre su padre, su enseñanza, su arte. Era su lugar, y sin embargo hoy, el peso de lo que necesitaban hablar parecía diferente.

Bebió un sorbo de su té, dejó la taza, y luego habló, su voz apenas por encima de un susurro. "Estoy confundido, casi tengo miedo de admitirlo".

Alex lo miró, sus ojos intensos, leyéndolo de una manera que solo ella podía. "¿Sobre qué estás confundido?" preguntó, su voz firme pero suave.

Sus palabras salieron atropelladamente, imparables y sinceras. "Te adoro, Alex. Tú lo sabes. Yo lo sé. Pero ahora es diferente, más grande. Me siento posesivo, como si te necesitara cerca incluso cuando estamos separados," confesó Carlos, la vulnerabilidad palpable en su voz.

¿Cómo podía explicar que, en cierto modo, antes había estado entumecido, y ahora era como si sintiera demasiado? Como si se hubieran abierto las compuertas entre ellos, y eso lo abrumaba.

"Supongo... Me frustró que estuvieras tan absorta en tu trabajo que no viste mi llamada. Temía que no sintieras lo mismo, que esto... no fuera todo para ti. Sentí celos de tu pintura," admitió, su voz apagándose.

Alex se acercó más, sus acciones decían mucho mientras tomaba sus manos entre las suyas. El calor de su toque lo anclaba.

"Es gracioso que digas esto porque siento lo mismo. Estaba pintando esto. Pintándonos a nosotros. Y me perdí tratando de entenderlo."

Sonrió mientras tomaba un sorbo. "Creo que estamos de acuerdo en eso."

Él rió, "No puedes sentir ni la mitad de lo que yo siento por ti si no reaccionaste cuando no vine a verte."

Ella colocó su mano en su rostro, mirándolo a los ojos, acariciando suavemente su barba. "Solo confié en ti. Eso es todo. Tal vez hagas algo más adelante que me haga sentir insegura. Creo que está bien. Estamos aprendiendo nuestros desencadenantes. Me encanta pintar y puedo perderme en ello, pero eres mi compañero. Te amo," dijo, su voz un bálsamo reconfortante para sus preocupaciones.

Él la acercó, envolviendo su brazo firmemente alrededor de su cintura, y compartió: "Nunca antes había querido que alguien me necesitara. Me asustó."

Acercándose a su abrazo, ella respondió: "Lo entiendo. Te necesito y deseo tanto que me asusta. Y aún no tengo un trabajo, y no hay garantía de que tenga éxito en la pintura... y consume mi tiempo. Y a veces necesito tiempo a solas para procesar mis sentimientos. Además, una parte de mí siempre estará triste, extrañando a mi papá. Tenemos cosas que resolver, ¿recuerdas?"

Sus risas se mezclaron, un momento ligero en una conversación profunda.

Carlos asintió, afirmando: "Así es. Pero Alex, amo todo lo que te hace ser quien eres," dijo, acariciando suavemente su rostro, su voz encarnando una determinación renovada. "Siempre estaré ahí para ti."

Ella susurró en respuesta, un murmullo lleno de convicción: "Lo sé, y yo también. Entonces, ¿nos amamos y trabajaremos en nuestras peculiaridades? Creo que si intentamos decirnos lo que sentimos, eventualmente con el tiempo, todo se estabilizará y ambos nos sentiremos seguros."

Mientras se sentaban allí, con los dedos entrelazados y sus corazones latiendo al unísono, la mirada de Carlos se desvió hacia la pared de fotos. Ya no era solo su pasado, sino su futuro.

Un futuro donde agregarían sus propios momentos a esa pared.

Él expresó el sentimiento que flotaba en el aire. "Es la mejor promesa que he recibido. Entonces, ¿estamos dispuestos a arriesgarlo todo?"

Alex sonrió, sus ojos brillando mientras acercaba su rostro al de él. "¿El uno por el otro? ¿Por amor? Digo que sí. Ese es un riesgo que estoy dispuesta a tomar."

Su risa resonó, alegre y llena de vida, mientras unían sus labios en un beso que sellaba sus promesas.

En ese momento, rodeado por su mundo, con Alex a su lado como su amiga, su amante, su compañera, Carlos supo que el mundo tenía perfecto sentido.

ALEX Y CARLOS

Abril (muchos meses después)

Alex se sentó en su cama, aturdida.

La satisfacción se había asentado en su corazón en el mes que siguió a su decisión de dar un salto juntos. Nunca había sido alguien que creyera que las cosas buenas estuvieran garantizadas. La enfermedad de su padre le había mostrado que la vida podía ser triste y que a veces solo tenías que superar las cosas malas.

Sin embargo, últimamente, había experimentado tantas cosas buenas que había tenido que luchar contra su propio miedo para abrazarlas por completo. Nunca había conocido una relación como la que compartía con Carlos.

La anclaba y la impulsaba hacia adelante.

Los últimos meses habían sido una montaña rusa. Había lanzado su sitio web, comenzado a vender impresiones y pinturas en ferias locales, y cuestionado cada decisión que había tomado. Fue una época aterradora, pero en última instancia necesaria. Se había preocupado por sus finanzas, cuestionado sus decisiones, pero de alguna manera, persistió y finalmente estaba teniendo pequeños éxitos.

Mientras se sentaba en su cama temprano en la mañana, aún en su bata, reflexionando sobre su propio viaje, escuchó el distante clic de la ducha apagándose.

Carlos entró, todavía húmedo por su ducha, y Alex se encontró momentáneamente distraída, dándose cuenta de nuevo de lo atractivo que era.

Él notó su expresión distante y se sentó a su lado, su tono gentil. "¿Todo está bien? ¿Sigue en camino tu Sophia?"

Alex alzó la mirada y sonrió. "Sí, aterrizará en unas horas."

Hizo una pausa, frunciendo ligeramente el ceño, preguntándose, como a menudo hacía, si su Titi Sophia alguna vez se mudaría de regreso a Chicago o si estas visitas siempre serían temporales.

Alex apartó el pensamiento, su rostro iluminándose de nuevo. "¡Oh, y conseguí el trabajo en el centro comunitario!"

Él la abrazó entonces y dijo: "¡Por supuesto que lo hiciste!"

Ella lo golpeó juguetonamente. "Carlos, han pasado meses. No podías saber que lo conseguiría. Recuerda, contrataron a otra persona... Supongo que esa mujer no funcionó y ahora tengo el trabajo. ¡Un trabajo bien pagado con seguro, que es flexible y divertido! Y aún puedo trabajar en mi arte."

Carlos asintió. Habían sido unos meses estresantes.

Aunque sentía que la marea estaba cambiando. La comunidad se sintió en paz de nuevo cuando la pintura de Javy finalmente fue devuelta. "Bueno, te lo mereces. Solo espero que no te distraiga del éxito que estás construyendo con tu propia pintura."

La atrajo hacia su regazo, apartó su cabello y comenzó a besar suavemente su cuello, diciendo: "Creo que deberías estar contenta de que ya no necesites apoyarme financieramente. Dame una victoria. ¡Al menos por ahora tengo un trabajo!"

La abrazó más fuerte, consciente de que la estaba sosteniendo un poco agresivamente, y respondió: "Mmm, los tacos que te gustan de El Tapón realmente se interponían en mi plan de ahorros. Me encanta apoyarte. Te apoyaría más si me lo permitieras."

Ella rió, y el sonido lo reconfortó. Pensó en cuánto les había costado llegar hasta aquí. ¡Finalmente era oficial: vivían juntos! Su casa se había convertido en su hogar, un espacio compartido lleno de su amor. Y para colmo, él había alquilado su lugar más pequeño, proporcionando un bienvenido flujo de ingresos y la satisfacción de ser propietario-arrendador.

Era su primer hogar real. Habían elegido algunos muebles nuevos y reorganizado las cosas.

Estaba tan increíblemente feliz que ni siquiera su madre podía afectarlo. Y había notado que tenía una mejor relación con Javy.

Su madre, por supuesto, había aceptado a Alex. La había conocido la mayor parte de su vida. Él se apartó ligeramente y la colocó en la cama, caminando hacia sus cajones. Sacó una caja y la colocó en su regazo.

"Me dijiste que cuando te sintieras más estable discutirías el matrimonio. Sé que todavía hay preguntas por responder y que ambos tenemos carreras exigentes, pero no puedo imaginar compartir mi vida con nadie más. Quiero hacerlo oficial. Quiero que estemos juntos legal, espiritual y emocionalmente."

Ella envolvió sus manos alrededor de su cintura y apoyó su frente contra la de él, pasando sus dedos por su cabello. Mientras se miraban a los ojos, ella se estremeció.

La forma en que él la miraba la hacía sentir como la mujer más hermosa del mundo.

"Sí", respondió ella, su voz ronca por la emoción.

Él colocó el anillo en su dedo y la hizo recostarse.

Comenzó a besar la comisura de su boca.

Su amor mutuo convirtiéndose en felicidad.

Epílogo extendido

ESTOS EVENTOS TIENEN **lugar después de los eventos de "Sígueme hasta Siempre", "Ahora y Entonces", "Amor con Razón" y "Plan para Colocar".**

Alex y Carlos

Es noviembre, Alex ha comenzado su trabajo en el centro comunitario y Carlos ha obtenido la titularidad. Hoy es un día ordinario. Están comprometidos y muy ocupados.

Alex se peleaba con el nudo de su cola de caballo mientras miraba el reloj. Eran las 7 a.m. de un lunes; Carlos tendría que estar de camino al campus en una hora.

En sus días tempranos, él la dejaba dormir, pero ella intentaba despertarse a tiempo para despedirse y compartir el desayuno, su rutina matutina una constante reconfortante. Mientras se duchaba, repasaba las cosas que tenía que hacer.

Solo tenía que estar en el museo cuando tenían programas en marcha. Cuando no era así, podía trabajar en su propio arte. Estaba vendiendo impresiones a un ritmo constante y por eso estaba agradecida. Pero empacarlas y enviarlas era una constante pérdida de tiempo.

Se puso una bata y se dirigió a la cocina. Sabía que Carlos ya llevaba al menos una hora despierto.

Él era una de esas personas molestas de la mañana que se despertaban cada día con una actitud y mentalidad productiva. Alex no se sentía humana hasta que tomaba al menos una taza de café.

Al entrar en su cocina, lo notó de inmediato. Estaba en la mesa concentrado en su tableta, corrigiendo con un lápiz electrónico mientras comía su avena.

Era una rutina que aún hacía que su corazón se acelerara. Había algo inexplicable en saber que tu persona favorita en el mundo estaría esperándote cuando te levantaras.

Lo miró mientras él tarareaba junto con la radio que reproducía su lista de reproducción matutina de Marc Anthony. A veces, cuando lo miraba demasiado tiempo, sentía que el corazón le dolía.

Tomando una taza, se dirigió a la cafetera; mientras presionaba los botones y veía el líquido

oscuro verterse en su taza, suspiró felizmente.

El café sin desayuno era terrible para la digestión según Carlos, un hecho que había expuesto en una conferencia tan apasionada que resultó adorable (en ese momento). Pero ella necesitaba un pequeño estímulo antes de comer comida real. Algunos días, si él estaba muy ocupado, podía tomarse una taza entera antes de que él lo notara.

El rico aroma llenó el aire, una burla silenciosa mientras intentaba unos sorbos a escondidas, el calor extendiendo una deliciosa rebeldía por su garganta. La salud estomacal era importante, pero tal vez un sorbo más. Él ya estaba comiendo ya que tendría que irse pronto.

Mientras se dirigía a la mesa, miró a Carlos, quien levantó la vista al verla acercarse.

"¿Tomaste café antes de comer?", preguntó con ironía.

Ella negó con la cabeza, "No. ¡Tomé dos sorbos!"

Él la miró sin convencerse, pero ella sabía que no insistiría cuando tomara otra cucharada de su avena.

Volvía a parecer él mismo sin su "barba de titularidad", aunque no estaba exactamente más relajado. Había trabajado tan duro por la titularidad, pero como todo lo que Carlos hacía en el mundo académico, no significaba menos trabajo. Solo trabajo diferente. La titularidad significaba más comités. El actual era un comité de contratación en el que estaba, que constantemente tenía reuniones que podrían ser correos electrónicos.

Entre eso y sus responsabilidades normales, su tiempo juntos a menudo era limitado. Ahora, con el semestre llegando a su fin, las extensiones de los estudiantes eran un constante murmullo bajo su aliento.

Pero su pareja era organizada e incluso cuando estaba estresado y sobrecargado de trabajo, parecía entusiasmarlo en lugar de derrotarlo.

Para alguien que había odiado compartir su tiempo con alguien, había sido una sorpresa para ambos cuánto disfrutaba administrar su tiempo.

Organizaba sus vidas juntos como un déspota, y ambos secretamente lo amaban.

Había sido un poco de ajuste y sorprendente darse cuenta de lo desorganizada que era ella. No solo con su tiempo sino también con su espacio vital.

No era una persona desordenada per se, pero sí, solía tener una silla donde misteriosamente terminaba toda su ropa.

Y claro, a veces dejaba uno o dos platos en el fregadero. Sin embargo, Carlos era una persona muy ordenada. Todavía no se acostumbraba a que él recogiera detrás de ella. Ella se había disculpado, pero él solo la había abrazado y dicho que le encantaba limpiar.

Al igual que le encantaba pegar horarios en el refrigerador para asegurarse de que se mantuvieran conectados. Había algo en lo organizado que era él que la hacía sentirse vista y segura.

Después de tantos años de simplemente sobrevivir en la vida, sentía que finalmente podían cuidarla, que estaba siendo muy activamente cuidada.

Claro, tenía que tomar sorbos de café a escondidas, pero una tranquila paz vivía en su pecho.

Carlos le acercó un tazón de frutas, rebosante de fresas, plátanos en rodajas y vibrante açaí cubierto con granola.

"¿Qué tienes en tu agenda hoy? ¿Algo que necesitemos actualizar en nuestro horario?", preguntó.

Ella lo vio voltear su tableta hacia su horario. Estaba el de papel en el refrigerador y los virtuales que le enviaban recordatorios en su teléfono y computadora.

La luz de la mañana entraba por la ventana de la cocina, pintando cuadrados brillantes en la mesa e iluminando el vibrante rojo de las fresas anidadas contra las rodajas de plátano y una cucharada de profundo açaí púrpura en el tazón de frutas de Alex.

Alex tomó un bocado, la frescura de la cuchara contrastando con la calidez de la fruta. Estaba delicioso, y dijo: "Tenemos un nuevo programa hoy con Marcos, así que tengo que estar allí", dijo entre mordiscos.

"Se trata de diseñar una fuente de agua para el patio de la escuela. Los niños están llenos de ideas, algo sobre un sistema de irrigación sostenible. Estamos creando un espacio hermoso y funcional. Estaré en casa para las 4."

Carlos miró hacia abajo a su tableta y volvió a sus calificaciones. "Suena interesante", respondió, tomando un bocado satisfecho de su avena. "Voy a quedarme un poco más tarde hoy para ponerme al día con las correcciones. ¿Puedo recoger la cena de camino a casa y estar aquí para las 6? Pensaba en comida griega."

Un cálido aroma a canela flotaba desde la avena de Carlos mientras tomaba otro bocado.

"Perfecto", sonrió Alex, un brillo juguetón en sus ojos. "Entonces, prácticamente como cualquier otro día, ¿eh?"

Carlos se rió, extendiendo la mano a través de la mesa. Su cálida mano envolvió la de ella, enviando un agradable escalofrío por su columna. "Solo asegurándome de que tengamos nuestros horarios organizados. Eso es bueno, ¿verdad?"

Alex apretó su mano mientras decía: "Sin tragedias, vida ordinaria, buena comida, un prometido guapo. Es bastante cercano a perfecto."

Apartó su silla, el sonido familiar resonando en la cocina bañada por el sol. La luz del sol se reflejaba en el anillo en su mano izquierda, un recordatorio constante y cálido anidado contra su piel. Que pertenecía a alguien y que alguien le pertenecía a ella.

Con una sonrisa juguetona, Alex se sentó a horcajadas en su regazo, el peso cómodo de ella asentándose contra sus muslos. Él estaba completamente vestido camino al trabajo.

Instintivamente, sus brazos se envolvieron alrededor de su cintura; ella colocó sus manos en sus hombros mientras miraba sus amables ojos marrones y le daba un abrazo.

"¿Cómo tuve tanta suerte de estar con la persona más organizada y generosa del mundo?" murmuró, su voz un suave susurro contra su mejilla.

"Nos cuidas tan bien." Sus palabras fueron puntuadas por el suave y rítmico latido de su corazón

contra sus costillas.

Él se echó ligeramente hacia atrás, inclinando la cabeza para encontrarse con su mirada. El brillo juguetón en sus ojos reflejaba su propio afecto.

"Solo asegurándome de que mi otra mitad no descienda al caos", bromeó, su voz un bajo murmullo. Apartó un mechón suelto de cabello de su rostro, su toque demorándose en su mejilla.

Alex trazó las líneas alrededor de sus ojos con el pulgar, un reconocimiento silencioso de las noches en vela corrigiendo y del estrés que a veces se marcaba en su rostro. "Bueno, estás haciendo un trabajo fantástico, Profesor Contención-del-Caos."

Ella inclinó su rostro hacia él, sus labios flotando a una distancia tentadora de los suyos.

El aire crujía con deseo no expresado.

Carlos cerró el espacio restante, su toque enviando una calidez familiar a través de ella. Besó su cabello, su mejilla, y Alex sintió ese calor ya familiar extendiéndose en su vientre mientras giraba su cabeza hacia él y sus labios encontraban los de él.

Se demoraron en el beso, el sabor del café y la canela mezclándose en su aliento.

Separándose ligeramente, Carlos apartó un mechón suelto de cabello de su rostro. "Creo que encontré un sistema para la lavandería", dijo.

Alex rió, inclinándose en su abrazo. "Eso es emocionante", dijo, "pero tal vez esta mañana el horario pueda manejar un poco de caos antes de que discutamos la lavandería."

Se inclinó hacia adelante y susurró en su oído: "Tenemos exactamente cuarenta minutos antes de que tengas que irte."

Él gimió y se inclinó para besarla de nuevo, un beso completo y abierto, un beso hambriento, ansioso, codicioso, atrayéndola profundamente. "No es suficiente tiempo. Nunca es suficiente tiempo, pero puedo arreglármelas." Le quitó la bata con facilidad.

Sus palabras la emocionaron, y gimió mientras sus dedos se movían sobre su pecho, tirando y acariciando su pezón mientras su lengua danzaba con la de ella.

Su beso era una exploración lenta, llena de una familiaridad cómoda que solo viene con el tiempo y un profundo afecto. El mundo a su alrededor se desvaneció, reemplazado por el calor de su toque y el lenguaje no expresado de sus cuerpos.

Lo sintió contra ella, duro y listo, y se movió para sacar su miembro, suspirando en su boca al sentir lo duro que estaba.

Se apartó de su boca, gimiendo, usando su hombro como apoyo mientras lo acomodaba dentro de ella lentamente. Movió la punta de él a través de sus pliegues húmedos, en su humedad, se tentó un poco antes de asentarse sobre él.

Carlos la miró intensamente mientras susurraba contra su boca, lamiendo sus labios: "Toma lo que necesites, Alex. Siempre quiero darte lo que necesitas. Me encanta cuidarte."

Ella gimió contra su boca, agarrándolo con su pequeña mano, guiándolo dentro de ella,

moviéndose a un ritmo que la volvía loca.

Su mano descendió entre ellos, sintiendo el punto de contacto, el pulso grueso de él llenándola, tocando lentamente su clítoris mientras se movía contra él. "Mira lo bien que encajamos. Es como si hubieras sido hecha para mí."

Ella gimió ante sus palabras, su respiración acelerada en su oído, mientras él chupaba su cuello y la acariciaba primero suavemente y luego un poco más rápido.

"Más fuerte", suplicó ella.

Él estaba frotando entre sus piernas, una quemazón lenta convirtiéndose rápidamente en calor intenso. De repente, él tomó el control, cambió el ritmo.

Su erección persiguiendo el placer que solo él podía darle. Ella solo podía hacer demandas ahora mientras gemía: "Más rápido".

Él gruñó moviéndose dentro de ella, mientras la embestía, el sonido húmedo de sus cuerpos llenando sus oídos mientras se movían juntos, totalmente en sintonía con las necesidades y deseos del otro.

Ella gemía, sintiendo cada centímetro de él mientras la penetraba. Se aferró a sus anchos hombros.

Carlos aplastó su boca contra la de ella, mientras su miembro la embestía una y otra vez. Ella gimió en su boca, mientras se besaban frenéticamente, sus dientes chocando entre sí, una sensación de urgencia y desesperación. Querían acercarse aún más, lo querían más profundo.

Ella gritó aferrándose a él y arqueándose mientras su clímax alcanzaba su punto máximo. Él gimió mientras se venía dentro de ella. Ya no usaban preservativos. No porque estuvieran tratando de quedar embarazados, sino porque si lo hacían, sería una bendición.

Apoyando su cabeza en sus hombros, recuperando el aliento. Sus brazos sobre su pecho, murmuró contra su cuello: "Te amo tanto".

Sintió la verdad de esa declaración al sentirlo aún dentro de ella y pensar en bebés. Sus bebés y lo divertido que sería tener una familia juntos. Celebrar las fiestas y cantarle a su bebé la canción de cuna que su padre había escrito para ella.

Él le frotó la espalda en círculos lentos mientras decía: "Te amo más, pero creo que está bien".

Ella rió, demasiado cansada para discutir. Sin preocuparse por el tiempo. Sabiendo que él se aseguraría de mantenerlos en horario porque siempre lo hacía.

"EL AROMA de la carne asada y el orégano se aferraba al aire mientras Carlos salía de su restaurante favorito en Greektown. Al subir a su coche, echó un vistazo a las tabernas familiares y a las vibrantes tiendas, sonriendo a su segundo barrio favorito de Chicago.

Un suspiro de satisfacción escapó de sus labios, la dulzura del beso de Alex aún perduraba en su

mente. Era un hombre muy feliz. Las cosas con su familia estaban bien, tal vez esa era una palabra fuerte, las cosas estaban tranquilas.

Todavía no tenía una gran relación con ninguno de sus padres, pero Javy y su nuevo terapeuta lo estaban ayudando a aceptarlos tal como eran.

También ahora finalmente podía ver que tenía una buena relación con su hermano. Era un trabajo en progreso, pero estaban cerca de una manera que nunca podría haber predicho o esperado.

Y eso era suficiente, especialmente ahora que pensaba en formar una familia con Alex.

Porque ya no usaban protección, sabía que pronto podrían tener una familia, y quería que se casaran antes de que eso sucediera, si era posible.

Al entrar en su garaje en Pilsen, echó un vistazo al reloj. Quince minutos hasta que la alarma de su estudio sonara.

Agarró la bolsa de fragante comida griega y se apresuró a entrar. El apartamento estaba silencioso, la luz de las farolas entraba por las ventanas de la sala de estar.

Sintió un nudo de ansiedad apretarse en su estómago al considerar las respuestas pasadas de Alex a la planificación de la boda. Claro, ella había dicho que sí a su propuesta.

Sin embargo, cada vez que hablaban de detalles, ella estaba de acuerdo con sus sugerencias, con respuestas vagas como "lo que tú pienses" escapando de sus labios.

Al principio, le había dolido. ¿Acaso su visión de una boda de ensueño no tenía el mismo peso para ella?

Luego, una noche mientras estaban acurrucados en el sofá, viendo un programa de telerrealidad que a Alex le gustaba, mientras él leía un libro.

Alex había murmurado, enterrando su cabeza en su pecho. "Desearía que pudiéramos hacer eso..." Su voz se desvaneció, dejando la frase sin terminar.

Él había levantado la vista de su libro, miró la pantalla y dijo con una risita: "¿Ir a Las Vegas, emborracharnos, golpear a alguien y discutir con toda mi familia en televisión?"

Su risa resonaba en su mente incluso ahora, mientras ella respondía pensativamente: "No, solo fugarse", había aclarado. "Quiero casarme contigo. Es el resto lo que es estresante. Dejemos de hablar de ello, incluso hablar de ello es estresante."

Había reído junto con ella, pero sus palabras habían plantado una semilla. Alex era honesta; no aceptaría algo que no quisiera.

Así que, tomándose su comentario en serio, él tomó las riendas, planeando una boda sorpresa para este fin de semana cuando ambos estuvieran libres. Había esperado para decírselo porque ella siempre se ponía nerviosa cuando comenzaba un nuevo programa y no quería añadir otra cosa a su plato.

Lo había planeado todo, imaginando la sorpresa en su rostro al entrar en su comedor. Sin embargo, una persistente duda lo invadía: ¿estaba siendo presuntuoso?

¿Cómo reaccionaría ella ante su gran gesto de una boda completamente planeada por él?

Con una energía decidida, Carlos se dispuso a transformar su espacio. Un mantel blanco y crujiente fue desplegado sobre la mesa del comedor, la madera gastada momentáneamente disimulada. Colocó velas y flores rápida pero estratégicamente.

Arregló cuidadosamente platos de dolmades, su aroma avinagrado mezclándose con el olor del cordero asado.

Dos copas fueron colocadas, un destello de luz de las velas danzando en sus profundidades de cristal mientras Carlos las encendía. Cada acción era precisa, impregnada con la nerviosa anticipación de un hombre esperando su veredicto.

No era La Flor, pero era su mejor esfuerzo. Su intento de romance sin ayuda de su hermano ni de nadie más.

La puerta chirrió al abrirse, y Alex emergió del estudio diciendo: "Acabo de darme cuenta de lo hambrienta que estoy".

Su mirada recorrió el transformado comedor, posándose en el mantel blanco y crujiente, los relucientes platos de comida y las suaves velas que proyectaban un cálido resplandor.

Un jadeo escapó de sus labios.

Carlos se apresuró hacia ella, su sonrisa tensa. Antes de que pudiera expresar su confusión ante el elegante montaje, él la hizo girar en un remolino mareante.

Alex tropezó hacia atrás, su corazón latiendo con fuerza en su pecho. "¿Qué está pasando? ¿Me perdí nuestro aniversario?", balbuceó, la confusión y el afecto teñiendo su voz.

Él detuvo el baile giratorio, sus ojos fijándose en los de ella. "Quiero casarme contigo este fin de semana", soltó, las palabras saliendo a borbotones.

Alex retrocedió, su sorpresa reflejando el frenético giro. "¿Casarnos? ¿Este fin de semana?"

El torbellino de sus acciones la dejó momentáneamente sin palabras.

Él extendió su mano, su toque anclándola en medio de las emociones turbulentas. "En el oeste de Massachusetts", explicó, "hay una pequeña posada que sé que te encantará, con un chef que se supone es increíble. Te encanta Massachusetts, y hice reservas con un juez de paz. Tu tía, Javy y mis padres se unirán a nosotros".

Mientras el mundo volvía a enfocarse, ella clavó sus ojos en los de él, buscando cualquier signo de duda o vacilación. "¿Tienes reservas? ¿Quieres decir que ya planeaste todo esto?", preguntó, su voz apenas un susurro.

De repente, él se preocupó, ¿había cometido un error? Quizás debería haberlo consultado con ella.

Pero entonces la boca de Alex chocó con la de él. Ella se acercó para besarlo, necesitada y profundamente.

Él se apartó después de unos minutos, su mano en su mejilla mientras decía: "¿Está bien? Solo

quiero casarme contigo ya".

"Carlos", respiró ella, su voz cargada de emoción. "Me encanta que hayas planeado esto. Me daba tanta ansiedad siquiera pensar en todos los detalles, pero ¿esto? Esto es perfecto".

Alivio y alegría luchaban por dominar en sus ojos mientras la miraba fijamente.

Ella lo abrazó con fuerza, su voz teñida de emoción mientras decía: "¿Massachusetts en otoño? ¿Solo unas pocas de nuestras personas más cercanas? ¡Es como si hubieras visto mi boda soñada!"

Su sonrisa se amplió mientras sus ojos se posaban en la mesa. "Y mira cómo has transformado nuestra sala de estar. Incluso recordaste mi mantel de encaje favorito."

Una ola de alivio inundó a Carlos. Su sorpresa inicial no se había convertido en decepción.

Él rió, el sonido resonando en la habitación iluminada por velas. "Espera, hay más", dijo, acercándola para otro beso.

Ahora que le había dado la gran sorpresa, podía revelar sus planes de invierno.

Mientras se apartaba, le guiñó un ojo y dijo: "Durante las vacaciones, conseguí boletos para Europa. Será un poco más cálido que Chicago en diciembre, y como ambos estamos libres, podemos pasar un mes entero recorriendo todos tus museos favoritos."

Sabía que ella odiaba las fiestas. Extrañaba a su padre especialmente en esa época del año y habían hablado de viajar hasta que tuvieran una familia propia; entonces necesitarían quedarse en un solo lugar por ellos.

Esperó a escuchar lo que ella pensaba mientras la sostenía en sus brazos, agradecido de conocerla y consciente de que esto era solo el comienzo de todo lo que compartirían.

El peso de su sorpresa se disipó por completo cuando Alex apoyó su cabeza contra su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón. No podría haber imaginado una mejor manera de pasar los próximos meses. Y cuanto más lo pensaba, más feliz estaba de que finalmente se casarían.

Una silenciosa oración de gratitud se escapó de sus labios por el hombre que la conocía tan bien y por este momento perfecto que compartían. "Gracias. Suena más que perfecto, Carlos", murmuró, su voz impregnada de satisfacción. "Suena como una aventura."

A la luz parpadeante de las velas, se besaron suavemente, se balancearon gentilmente, perdidos en la promesa de su futuro juntos.

El aroma de la comida griega se mezclaba con el olor de la anticipación, un preludio apropiado para el torbellino de una vida llena de amor que les esperaba.

FIN

¡Espero que hayan disfrutado de Alex y Carlos!
La boda aparecerá en **INTO THE HEART**
Y hacen una aparición en la historia de la tía de Alex, **The Charity in Love**.

Regístrate para recibir actualizaciones sobre nuevos lanzamientos y adelantos en www.everaldaocampo.com.

Otras Obras de Everalda Ocampo

Sígueme por siempre: Una comedia romántica y picante | Una historia de Pilsen



Daisy López maneja las cuentas de redes sociales de un hospital de tamaño medio; se encarga de las publicaciones y hace que su hospital se vea bien. En su vida real, no puede entender cómo hacer que la vida que publica coincida con la que vive, y se pregunta si es aburrida. Luego aparece Michael Coppens. Su vida es tan curada como su feed en redes sociales, todo sonrisas, viajes y selfies con abdominales marcados. Pero, bajo los filtros, él está preocupado por su hermano, intentando dar sentido a una ruptura, y siempre ha sido profundamente inseguro.

Una queja en línea de Michael sobre el hospital de Daisy, y PUM, chocan en la vida real. Saltan chispas, se desdibujan las líneas y, de repente, la vida real de Daisy se siente... ¿eléctrica? ¿emocionante? ¿intensa?

¿Pueden dos personas acostumbradas a filtrar sus realidades navegar por las aguas desconocidas de la autenticidad y el amor?

En este libro encontrarás: hermanos menores que te sacarán canas verdes, botellas de agua que son más que simples bebidas, rutinas matutinas que nunca salen según lo planeado, malentendidos que te harán reír a carcajadas y un final feliz que te llenará de esperanza.

Cada historia en esta serie es independiente y termina en un final feliz. Sin embargo, todas están entrelazadas.

Acerca del Autor

Evie Ocampo es una escritora de romance con mucha experiencia. Inspirada desde una edad temprana por la diversa trayectoria profesional de Christopher Pike (¡después de leer su sección "sobre el autor"!), pasó tiempo en los mundos del comercio minorista, seguros, banca, cocina, enseñanza y, finalmente, investigación (por nombrar solo algunos).

Estas aventuras inspiran sus historias. Sus pasatiempos incluyen meditar, ver mala televisión de realidad, karaoke, intentar completar el desafío de 30 días de yoga con Adrienne cada año y la astrología. Lee de todo, desde romance oscuro hasta alienígenas azules, pasando por memorias y Shakespeare.

Este es su segundo libro, con muchas más novelas completas, novelas cortas y Kindle Vellas planificadas. ¡Síguela en las redes sociales y suscríbete a su boletín! <3